

Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Escuela de Postgrado
Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos

El viaje latinoamericano y el deseo de modernidad:

Una lectura de los *Viajes* de Domingo Faustino Sarmiento (1845-1847)

Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos

Rebeca Errázuriz Cruz

Profesores patrocinantes: Carlos Ossandón Buljevic Carlos Sanhueza Cerda
Santiago de Chile 2009

Agradecimientos . .	4
Dedicatoria . .	5
Introducción . .	6
Capítulo I: Los Libros de Viajes . .	11
1. Un primer deslinde . .	11
2. El libro de viajes como construcción y puesta en escena del saber . .	12
3. El libro de viajes y América Latina: desde el saber del otro hacia el otro como sujeto viajero. . .	19
Capítulo II. Sarmiento publicista: 1839 – 1845 . .	27
1. Sarmiento y la generación del 37: trazar el plano de la ciudad letrada . .	27
2. Las estrategias de un joven de provincias: Sarmiento publicista en Chile. . .	31
3. <i>Facundo</i> y la lucha entre civilización y barbarie . .	41
4. La Civilización soñada: imaginación y deseo en la imagen de Europa. . .	45
Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie ⁵⁴ . .	54
1. “He escrito, pues, lo que he escrito”: Sarmiento como sujeto viajero latinoamericano . .	54
2. Escenarios de la barbarie . .	63
a. La barbarie sudamericana: naturaleza y pulsión poética . .	63
b. España: la barbarie estéril . .	84
c. Argelia y el mundo árabe: la barbarie original . .	93
Capítulo IV. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Civilización . .	103
1. Francia: el ideal desencantado . .	103
2. Italia: pasado esplendor, presente degradado . .	120
3. Suiza y Alemania: la civilización útil . .	137
4. Estados Unidos: civilización y utopía . .	146
Conclusiones . .	162
Bibliografía . .	165

Agradecimientos

La elaboración de una tesis se asemeja en gran medida a un largo viaje, cuyo destino no conocemos nunca del todo y cuyo sentido a veces escapa de nuestra comprensión. Quisiera dar gracias aquí a las personas que apoyaron de manera diversa mis esfuerzos en esta travesía y que me permitieron eludir los posibles naufragios y arribar a buen puerto, sana y salva, cuerda y con la cabeza bien puesta sobre los hombros. En primer lugar, agradezco a mis profesores guías, el Dr. Carlos Ossandón Buljevic de la Universidad de Chile y el Dr. Carlos Sanhueza Cerda del Instituto Abate Molina de la Universidad de Talca; quienes tuvieron fe en mi proyecto y encaminaron mis pasos por senda segura. Al Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Chile, por haber acogido a esta estudiante diletante y haberle dado la confianza y el apoyo necesarios para su investigación. Muy especialmente, quiero agradecer al director del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, el profesor Dr. Grínor Rojo de la Rosa, cuya generosidad como intelectual y como ser humano es inestimable y constituye un valor poco común en el cada vez más deshumanizado medio académico. Quiero dar las gracias además a los miembros del Grupo de Estudios e Investigación “Viajes y viajeros: dimensiones del sujeto en movimiento”, integrado por los profesores Dr. Rolando Carrasco de la Universidad de Chile, Dr. Leandro Urbina de la Universidad Alberto Hurtado, el ya mencionado Dr. Carlos Sanhueza, y mis compañeros tesisistas Cristina Márquez, Marcelo Sanhueza y Carolina Salvo; gracias a ellos pude exponer y discutir mi trabajo, y compartir ideas y bibliografía que sin duda enriquecieron el contenido de la presente tesis. También quiero agradecer el apoyo del Colectivo *Sin Fama ni Gloria*, cuya fuerza creativa ha sido una constante inspiración. Finalmente, no puedo dejar de mencionar a las dos excelentes mujeres que ocuparon el cargo de secretaria del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos durante el periodo de escritura de esta tesis, a las siempre pacientes Valentina Letelier y Marieta Alarcón, porque sin ellas ninguno de nuestros esfuerzos habría sido posible.

De entre el círculo de mis amigas, amigos y familiares, agradezco en primer lugar a mis padres María Teresa Cruz Lagos y José Ignacio Errázuriz Barros; quienes me apoyaron de manera constante durante la escritura de esta tesis y me tuvieron toda la paciencia que sólo los padres pueden tener; a mis hermanos Constanza y José Ignacio, que me acompañaron con largas conversaciones y rock&roll, y a mi cuñada María Luisa Salvestrini, amiga y cómplice de mis correrías literarias. A mis compañeros y compañeras en el programa de magíster Diana Barrientos, Bernardita Eltit, María José Giménez, Felipe Lagos, Ana María Ledezma, Natalia López, Alondra Peirano y Javiera del Rosario Ruiz; no sólo porque fuimos camaradas en este proceso de parto, sino porque han sido mis más entrañables amigos en estos últimos tres años. Agradezco también a Hugo Contreras, quien permanece en nuestras memorias. Finalmente, quiero dar las gracias a mi marido Boris Eremiev Toro, porque su cariño, su apoyo, su comprensión y energía han sido mi tabla de salvación y mi más valiosa brújula durante esta larga travesía.

Debo mencionar finalmente que esta tesis ha sido financiada por el Proyecto FONDECYT N° 1070453 “Viajeros Latinoamericanos en los Estados Unidos durante el siglo XIX. Frontera cultural e identidad”, a cargo del profesor Dr. Carlos Sanhueza C.

Dedicatoria

A Boris.

Introducción

Abstraído en su larga visión como en un mágico cristal que a un tiempo encierra las tres caras del tiempo que es después, antes, ahora, Sarmiento el soñador sigue soñándonos.

Jorge Luis Borges

Es de todo punto impropio juzgar a un hombre como una categoría: cada destino es una expedición que comprende estaciones terriblemente variadas y terriblemente peligrosas. Lo propio del solo juicio humano posible, es decir, lo propio de la caridad de inteligencia, consiste en no mirar a los hombres como categorías inmutables, sino a la luz de los diversos accidentes de su condición.

Eduardo Mallea

A fines del año 1845, Domingo Faustino Sarmiento acababa de publicar como libro su folletín *Civilización i Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*. Ese mismo año se embarcaría en un largo viaje por Europa, Argelia y Estados Unidos, que duraría casi dos años. A su regreso, reunió sus impresiones de viaje en un conjunto de cartas dirigidas a distintos amigos, que publicó en dos volúmenes entre 1849 y 1851 con el título de *Viajes por Europa, África i América*. En el prólogo que abre su libro de viajes, podemos leer la siguiente afirmación acerca de la experiencia del viajero:

Cuánta influencia haya ejercido en mí mismo aquel espectáculo, i hasta dónde se haga sentir la inevitable modificación que sobre el espíritu ejercen los viajes, juzgaránlo aquellos que se tomen el trabajo de comparar la tendencia de mis escritos pasados con el giro actual de mis ideas. Por lo que a mí respecta, he sentido agrandarse i asumir el carácter de una convicción invencible, persistente, la idea de que vamos en América en mal camino, i de que hay causas profundas, tradicionales, que es preciso romper, si no queremos dejarnos arrastrar a la descomposición, a la nada, i me atrevo a decir a la barbarie, fango inevitable en el que se sumen los restos de los pueblos i de razas que no pueden vivir, como aquellas primitivas cuanto informes creaciones que se han sucedido sobre la tierra, cuando la atmósfera se ha cambiado, i modificándose o alterado los elementos que mantienen la existencia (Viajes: 6-7)¹.

Lo que este pasaje expresa es, ante todo, una urgencia para las sociedades latinoamericanas del siglo XIX, la urgencia de construir un orden civilizado, una sociedad moderna que resguarde a las nuevas naciones de ciertas fuerzas que amenazan con arrastrarlas hacia su descomposición. El “mal camino” que lleva nuestro continente se explica a partir de unas “causas profundas, tradicionales, que es preciso romper”. La necesidad de romper con un pasado, se traduce en el deseo de construir algo nuevo en

¹ Para todas las citas de *Viajes* usamos la edición crítica de la Colección Archivos *Viajes por Europa, África i América* (1997), coordinada por Javier Fernández. Todas las citas a esta obra serán indicadas por la palabra *Viajes*, seguida de la página citada. Conservamos la ortografía original, reproducida en dicha edición. Asimismo, todas las citas de textos de Sarmiento y otros autores contemporáneos suyos, serán reproducidas con la ortografía original.

su lugar ¿con qué se llenará ese lugar vacío? Esta disyuntiva expresa el modo en que los intelectuales latinoamericanos de la primera mitad del siglo XIX enfrentaron el problema de la ruptura con la antigua metrópolis, disyuntiva que Sarmiento planteó ya en *Facundo* bajo la fórmula de *civilización o barbarie*, donde el término civilización indica aquello que falta, el proyecto de instalación de una modernidad aún por realizar. Sarmiento, como otros intelectuales y políticos latinoamericanos de su tiempo, estaba convencido de que era necesario romper con las tradiciones de un pasado ligado al orden colonial español, que habían conducido al continente a un estado de barbarie social y política².

El triunfo de las fuerzas de la civilización en nuestro continente tienen, para el sanjuanino, como requisito la puesta en marcha de un impulso modernizador que aspira a crear un mundo *ex nihilo*, un mundo que se debe construir en el contexto de una ausencia total de fundamentos, en la aspiración por una “modernidad radical”³. El deseo de modernidad de Sarmiento se expresa en *Facundo* a través de la representación de la nación argentina como escenario de una lucha entre civilización y barbarie, donde el triunfo de la civilización se asocia al proceso de modernización seguido por las sociedades europeas occidentales, en especial Francia, en su lucha contra las “tradiciones medievales”. En este sentido, el orden de la civilización es definido en base a ciertos modelos e ideales propios de la modernidad europea⁴: la libertad en oposición a la tradición, lo racional en oposición a lo fáctico natural; la ciudad en oposición al campo, a la vida rural o feudal. Sin embargo, más allá de estas oposiciones, la modernización en Sarmiento, más que la expresión de un programa definido, es un asunto problemático. ¿En qué consiste esta modernidad? ¿Cómo se construye el saber latinoamericano del siglo XIX acerca de “lo moderno”? Una respuesta a estas interrogantes puede plantearse a través del análisis del texto de viajes.

El viaje que Sarmiento realizó constituye una experiencia de búsqueda de lo moderno, experiencia que al argentino le pareció oportuno registrar en un texto. La escritura del viaje ya nos indica que el autor tuvo la intención de otorgar un testimonio acerca de las sociedades que pudo observar, donde la travesía se puede leer como un “viaje importador de discursos” (Ramos, 1989: 20). A nosotros, más que la dimensión testimonial o el registro de una cierta realidad histórica, nos interesará el relato de este viaje como construcción de una imagen de lo moderno que el texto ofrece como modelo para las naciones de América Latina y que se desarrolla a través de la tensión y desplazamiento constante de los conceptos de civilización y barbarie. La construcción de esta imagen-modelo podemos encontrarla en el análisis de los *Viajes*, atendiendo no sólo a las ideas expuestas, sino a las estrategias hermenéuticas del relato viajero, que busca controlar retórica y discursivamente una realidad ajena (Sanhueza, 2006: 23). De este modo, pretendemos identificar los rasgos principales de esa imagen de modernidad, examinando el relato de viajes de Sarmiento como un “modelo de experiencia puesto en escena y apto para la apropiación de formas perceptivas de elementos culturales extraños” (Ette, 2001: 15).

Hasta ahora, son muchos los especialistas que han estudiado el libro de viajes de Sarmiento y que han reparado en él como un hito fundamental en el desarrollo de su

² El modo como la generación de liberales latinoamericanos enfrentaron el problema de la herencia colonial como ruptura con el pasado y necesidad de emancipación mental es expuesto por Leopoldo Zea. Véase el capítulo “Medioevo y modernidad en la cultura americana” de *El Pensamiento Latinoamericano* (Zea, 1976: 82).

³ Sigo aquí las reflexiones de Carlos Ossandón acerca de la obra *Facundo*, a quien agradezco el haberme facilitado este artículo. Véase Ossandón, 1992: 113-118.

⁴ El problema de la identificación de la Modernidad con los procesos históricos de Europa occidental es tratado por Enrique Dussel (2003: 41-53) en “Europa, modernidad y eurocentrismo”.

pensamiento. Sin embargo, nadie le ha dedicado un análisis exhaustivo al conjunto de cartas como un todo, que teje las distintas estaciones de una evolución en el pensamiento del sanjuanino. William H. Katra (1997) y Jaime Pellicer (1997) se han ocupado del viaje a los Estados Unidos; David Viñas ha analizado las cartas sobre Francia (1974) y Estados Unidos (2008); Javier Pinedo y Beatriz Colombi se han ocupado del viaje por España (1992) y Paul Verdevoye de los de Francia y Argelia (2002); por nombrar sólo algunos. Cada uno de estos autores ha hecho el análisis de las impresiones y aprendizajes de Sarmiento en algún país puntual, pero hasta ahora no se ha estudiado el texto en aquello que tiene de más fundamental, en su cualidad de presentar una verdadera secuencia de la evolución del pensamiento sarmientino, que es uno al comienzo del viaje, y otro distinto hacia el final. Cada una de las etapas del viaje va dejando aprendizajes, pero también desilusiones que sin duda influyen de manera decisiva en las etapas posteriores. A lo anterior se suma el hecho de que tampoco se ha realizado un análisis de los *Viajes* a partir del referente que constituye *Facundo* como primera presentación madura del pensamiento de Sarmiento, que construye una hermenéutica de la realidad argentina a través de los conceptos de civilización y barbarie. Dichos conceptos viajan también junto a Sarmiento, y sufren la transformación que toda experiencia de viaje depara, para terminar redefinidos hacia el final de la travesía. La evolución que experimentan ambos conceptos refleja necesariamente una nueva visión del autor acerca de América Latina, de lo que es, de lo que le falta y de lo que debería ser. La estadía de Sarmiento fuera del continente sin duda fue fundamental para la maduración de esta visión, de sus ideas acerca del origen de la barbarie americana y del camino hacia la construcción de una modernización futura. El texto de viajes muestra paso a paso estas transformaciones, e ilustra de este modo la construcción de un cierto saber. El análisis de *Viajes* nos permite descubrir que el ideario de un autor no constituye una estructura fija, y las experiencias, vivencias, sueños y deseos van configurando su devenir.

Desde esta perspectiva, podemos leer los *Viajes* como la puesta en escena de las categorías de civilización y barbarie acuñadas por el sanjuanino en 1845, con la publicación de *Facundo*. Es posible suponer que si el relato de viajes es un “movimiento del entendimiento en el espacio” (Ette, 2006: 18), es decir, la puesta en escena de los esfuerzos de un entendimiento, de una cosmovisión, por apropiarse y explicar una realidad que le es ajena; lo que este relato escenifica son esas categorías, que en el viaje adquieren consistencia y concreción. Civilización y barbarie no sólo constituyen el marco a través del cual Sarmiento establece jerarquías espaciales y fronteras culturales a lo largo de su periplo, sino que el texto mismo se despliega como una construcción de estas categorías, donde éstas entran en tensión frente a la experiencia de viaje, adquiriendo mayor complejidad y densidad.

El viaje se nos presenta entonces como la producción de un saber acerca de lo moderno desplegado a lo largo de un trayecto, más específicamente, un saber que desde la periferia, o como prefiere decir Sarmiento desde “las tierras bajas”, intenta comprender en qué consiste la modernidad de las “tierras altas”. Este proceso de comprensión, de encuentros y desencuentros, de ilusiones y desilusiones; trazan una imagen de la modernidad como aquello que el sujeto enunciante desea, el viaje se plantea como una “peregrinación al centro del mundo” (Sanhueza, 2006: 112). Este deseo implica de manera implícita la pregunta por lo propio frente lo ajeno. De este modo, la construcción de ese discurso modernizador despliega también un saber acerca de lo propio que se constituye frente a esa experiencia de modernidad. Y al mismo tiempo, ese saber acerca de lo propio en contraposición a lo ajeno, se transforma como dice Sarmiento en “convicción”, en la cristalización de un proyecto de modernización para América Latina.

Para llevar a cabo el objetivo principal de esta tesis, que es el análisis de los *Viajes por Europa, África i América* de Domingo Faustino Sarmiento, como búsqueda y construcción de una imagen de modernidad, que se ofrece como modelo para las naciones latinoamericanas del siglo XIX; hemos dividido nuestro trabajo en cuatro capítulos. En el **capítulo I** nos ocupamos de la especificidad de los libros de viajes como género literario, atendiendo sobre todo a su condición de fuente privilegiada para analizar la hermenéutica que estos textos despliegan al intentar comprender un espacio que es ajeno al sujeto que enuncia. Analizaremos para ello las herramientas que ofrece Ottmar Ette para el análisis del libro de viajes como puesta en escena de un saber, que este tipo de textos permiten observar en el movimiento mismo de su producción. En el **capítulo II** nos ocupamos de Sarmiento como letrado sudamericano y de su obra anterior al periodo de *Viajes*. Aquí nos interesará no sólo el análisis de sus escritos como publicista, sino sus motivaciones como intelectual sudamericano, su relación con la élite letrada de Argentina y Chile, su rol como traductor cultural del espacio de la barbarie argentina descrita en *Facundo* y sus ideas sobre la civilización en Europa. En el **capítulo III** entramos en el examen de los *Viajes*. Para efectos de nuestro análisis, hemos dividido las cartas del sanjuanino en dos grandes conjuntos: las que se refieren a Sudamérica, Argelia y España las agrupamos en este capítulo bajo el título de *Espacios de la Barbarie*, concentrándonos en el desarrollo del concepto de barbarie y su evolución a lo largo del periplo. En el **capítulo IV** hemos reunido el análisis de las cartas sobre Francia, Italia, Alemania y Suiza, y Estados Unidos; que como *Espacios de la civilización* permiten examinar las transformaciones de dicho concepto sarmientino y sus ideas acerca de las estrategias fundamentales a seguir para la modernización de las jóvenes repúblicas sudamericanas.

Este plan de trabajo nos permitirá estudiar el texto de *Viajes* como una construcción ideológica, que explicita los movimientos hermenéuticos de comprensión de una realidad ajena, que el texto intenta apropiarse. Nuestra estrategia en este sentido será abordar los *Viajes por Europa, África i América* como un relato que explicita una serie de movimientos hermenéuticos tendientes a la construcción de una imagen de la modernidad que pueda erigirse como modelo a seguir para América Latina. Las categorías de civilización y barbarie utilizadas por Sarmiento en *Facundo* para explicar la realidad argentina y los problemas en la implantación de las nuevas repúblicas latinoamericanas, se modifican en el del texto de viaje y, al mismo tiempo, la imagen de Sudamérica se le aparece al sanjuanino como espacio de proyección de un cierto deseo de modernidad. El concepto de lo “moderno” es para Sarmiento una idea vacía que se va llenando a medida que el viaje avanza, y cuyos contenidos se irán desplazando, y reacomodando, configurando diversas jerarquías. La modernidad, en este sentido, no es más que un desiderátum y el sanjuanino se asemeja bastante a la figura del Fausto de Goethe, tal como la describiera Marshall Berman (2004). Sarmiento es un letrado que vive simultáneamente en dos mundos: aquel de la barbarie sudamericana, que es la realidad que le pesa tanto como el pasado colonial del cual intensa desprenderse a toda costa; y aquel de la modernidad, que es el futuro imaginado, el camino a seguir de la modernización, que si bien no es más que deseo, ocupa su mente, su imaginación y sus energías de manera constante, al punto de adquirir a veces la consistencia de un *factum*, pues se apoya en la secreta fuerza de la ley del progreso. Sarmiento sufre, como ese Fausto desarrollista, aquella escisión interior entre su pensamiento, que siempre está dando un salto hacia el futuro, y la realidad, que aparece siempre bajo la forma de una sociedad estancada, enquistada en tradiciones coloniales y medievales (Berman, 2006: 34). Sarmiento sabe que quiere crear en Sudamérica un nuevo mundo, que aún no posee siquiera bases y cuya fundación requiere necesariamente la

El viaje latinoamericano y el deseo de modernidad:

destrucción de la realidad tal como la conoce. Aquellas bases que le faltan, las irá a buscar a Europa. Lo que encontró es lo que mostramos a continuación.

Capítulo I: Los Libros de Viajes

1. Un primer deslinde 2. El libro de viajes como construcción y puesta en escena del saber 3. El libro de viajes y América Latina: desde el saber del otro hacia el otro como sujeto viajero

1. Un primer deslinde

El análisis de los textos llamados comúnmente libros de viajes nos enfrenta a un problema de género: ¿qué entenderemos por libros de viajes? Habrá que aclarar que cuando hablamos de este tipo de textos no nos referimos a las novelas de viajes, como podrían ser *Los viajes de Gulliver* o *Macunaima*. Los libros de viajes no son plenamente literatura de ficción, pero tampoco son propiamente textos documentales: si bien poseen formas enumerativas o descriptivas que intentan ilustrarnos acerca de un referente, no es posible diferenciarlos completamente del campo de la ficción literaria, ni podríamos afirmar que son textos puramente informativos, como lo son, por ejemplo, las guías de viajes. Como otros géneros fronterizos (la biografía o la crónica), el libro de viajes posee la particularidad de privilegiar al mismo tiempo dos funciones del discurso: la función representativa y la función poética (Albuquerque, 2006: 70). La combinación de ambas funciones plantea un problema para el estudio de este tipo de textos, tanto desde el punto de vista de la literatura como de la historia.

Desde el campo de los estudios históricos se suele considerar al libro de viajes como una fuente poco fiable como medio de acceso a una realidad histórica (Sanhueza, 2006: 35). Sin embargo, autores como Hayden White tienden a relativizar la capacidad de la ciencia histórica de ofrecer una imagen de la realidad que carezca de elementos ficcionales, pues los escritos históricos o testimoniales, al igual que la literatura, no escapan de su naturaleza textual, la cual los obliga a ordenar sus discursos a través de figuras comunes a la literatura (como lo son la metáfora, la metonimia o la sinécdoque, entre otras)⁵. Roland Barthes en su momento también se refirió al discurso histórico atendiendo a su estructura y con independencia de su contenido, como elaboración ideológica o imaginario, entendiendo éste último como “el lenguaje gracias al cual el enunciante de un discurso (entidad puramente lingüística) «rellena» el sujeto de la enunciación” (Barthes, 1987: 174). Por otro lado, es posible pensar los libros de viajes no como documentos referentes a las tierras descritas por el viajero, sino como testimonios de un tipo de mentalidad (Sanhueza, 2006: 36). Si entendemos el estudio de las mentalidades no sólo como un conjunto de ideas o una visión de mundo, sino también como una disciplina que se interesa por la “estructura de las creencias, además de su contenido, en otras palabras, las categorías,

⁵ Véase sobre este tema la argumentación que hace Hayden White acerca de la naturaleza tropológica de los discursos en los artículos “Tropología, discurso y modos de conciencia humana” y “El texto histórico como artefacto literario” en *El texto histórico como artefacto literario* (2003). El análisis tropológico que propone White para leer la historia desde su estructuración a partir de figuras literarias puede revisarse también en *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (2005). Finalmente, cabe mencionar el interesante alcance que hace Carlos Sanhueza sobre el olvido en que comúnmente caen los historiadores respecto de la naturaleza textual de sus fuentes en el artículo “De las lecturas ciegas: Historiografía y Lenguaje” (1996).

metáforas y símbolos, cómo piensa la gente además de en qué piensa” (Burke, 2000: 207). La historia de las mentalidades puede utilizar documentos artísticos y literarios como fuentes, pues se intenta dilucidar no los hechos objetivos sino la “*representación* de estos fenómenos, la historia de las mentalidades se alimenta naturalmente de los documentos de lo imaginario” (Le Goff, 1985: 93). De este modo, podemos estudiar el libro de viajes observando la posición que adopta el viajero frente al escenario descrito.

La teoría literaria también ha tenido un acercamiento problemático a los libros de viajes. Por constituir un género fronterizo o híbrido, algunos han afirmado que no se trata propiamente de literatura, sino de textos pertenecientes a la *paraliteratura*, como el conjunto de obras que, independientemente de su valor estético, no pueden ser definidas como literatura pues no cumplen con algunos de los rasgos que el canon exige a las obras de arte literarias, razón por la cual deben ser agrupadas en un sistema paralelo (Villar Dégano, 1995: 18-19). Entre los rasgos que descalificarían al libro de viajes como literatura propiamente tal se incluirían la intencionalidad informativa y utilitaria del texto. Sin embargo, existen autores como Ottmar Ette que han afrontado el estudio de los libros de viajes desde la perspectiva de la teoría literaria, definiéndolos como género *friccional*, es decir, como género que oscila entre la ficción y la dicción, acercando ambos polos y limando las aristas entre ellos (Ette, 2001: 36-37). Nosotros nos situaremos en esta perspectiva, entendiendo que esta fricción entre ficción y dicción puede estudiarse a través de los procedimientos hermenéuticos⁶ que el texto realiza para presentar un espacio (geográfico, social y cultural) desconocido, incorporándolo a las estructuras de lo conocido. A continuación, nos adentraremos en las herramientas que propone Ette para el análisis de los libros de viajes.

2. El libro de viajes como construcción y puesta en escena del saber

Ante todo, debemos entender el viaje como construcción de una experiencia, como un salir de casa, de lo conocido y familiar, para adentrarse en el lugar de lo desconocido, en el espacio de lo extraño. El enfrentamiento con la novedad produce en la mente del viajero una nueva identidad que lleva las marcas de esta experiencia⁷. La mentalidad del viajero es transformada por el periplo, por ese esfuerzo que debe hacer, a veces doloroso, por incorporar lo nuevo a las estructuras de lo ya conocido. Ese esfuerzo y las tensiones que se

⁶ Los procedimientos hermenéuticos que realiza el viajero son semejantes a los que puede experimentar un lector frente a un texto desconocido, tal como lo describe Gadamer en *Verdad y Método*. La percepción de una alteridad describe un proceso, un movimiento del comprender que no puede sino partir de los prejuicios, de la experiencia propia y la propia historia desde la cual arranca necesariamente todo comprender. El pensamiento avocado a un proceso de comprensión se mueve en un “círculo hermenéutico” que se inicia desde el prejuicio y se lanza hacia la experiencia de lo desconocido, para finalmente volver al prejuicio inicial con una perspectiva crítica, que se produce a través de este enfrentamiento con lo que se desconoce, el choque con lo otro y la aperturidad como actitud fundamental del comprender. Identificar las estrategias hermenéuticas de los libros de viajes frente a una alteridad requiere entonces, como primer paso, conocer los prejuicios y saberes previos del viajero, lo que Ette llamará “lo presabido”. Para los conceptos de círculo hermenéutico y de prejuicio, véase Gadamer, 1991; especialmente el capítulo IX “La historicidad de la comprensión como principio hermenéutico”, pp. 331-377.

⁷ Me guío aquí por las ideas expuestas en la Introducción del libro de Eric J. Leed *The Mind of the Traveler. From Gilgamesh to Global Tourism*. Basic Books (1991: 1-22).

producen entre lo propio o familiar y aquello que el viajero enfrenta, la transformación de su mentalidad; todo esto queda plasmado en el libro de viajes, cuyo texto es un documento que refleja, más que el lugar visitado, los intentos del viajero por dar cuenta de su experiencia. El libro de viajes es una narración de esas tensiones y nos muestra las posiciones que adopta el sujeto viajero ante la novedad de los espacios visitados. De hecho, la escritura selecciona, dispone y da sentido a esas experiencias, donde el viajero intenta integrar lo vivido al interior del universo de lo conocido. Este cambio puede ser entendido como un movimiento en la mentalidad del que viaja, que nos interesará aquí por sobre el movimiento geográfico del viaje.

Desde este punto de vista, donde tomamos el libro de viajes como el desplazamiento que realiza la mentalidad del viajero desde lo conocido hacia lo desconocido, el trabajo de Todorov puede ser iluminador, pues este último ha estudiado las estrategias hermenéuticas que yacen tras la percepción de la alteridad. En su libro *La conquista de América: el problema del otro* (2003) adoptó esta perspectiva para desentrañar las formas de percepción de la alteridad en el contexto de la conquista de América. El semiólogo búlgaro analiza el caso de Colón, quien al enfrentarse al espacio americano, realiza una hermenéutica que le permite interpretar lo que ve. Los procedimientos de interpretación de Colón están determinados por su cosmovisión cristiano-medieval y por las expectativas que el navegante tiene de su viaje, que lo llevan a adoptar estrategias “finalistas” de interpretación: se enfrenta a la experiencia de viaje no para interrogar a la realidad (a la manera del empirista), sino para confirmar una verdad que posee de antemano y que está sustentada por las autoridades bíblicas. Sin embargo, al mismo tiempo Colón puede adoptar la actitud contraria, es decir, interpretar los signos de la naturaleza de manera científica en su rol de navegante experimentado. Todorov señala que en Colón conviven estas dos actitudes, pero cuando abandona su rol de navegante lo que en definitiva determina los procedimientos hermenéuticos que utiliza para describir la realidad observada, son los deseos que guían su travesía⁸. De este modo, los libros de viajes pueden ser estudiados como formas de percepción de un espacio, donde se realiza una puesta en escena del saber o un movimiento del entendimiento que va modelando el lugar descrito por el viajero, según los deseos que impulsan el viaje, la cosmovisión del viajero y sus actitudes frente a lo extraño de la realidad explorada. Todorov señala que el viajero, narrador y protagonista de su propio relato, puede adoptar distintas actitudes frente al espacio ajeno, es decir, diversas estrategias para representar el lugar visitado: puede comportarse como *asimilador* cuando quiere modificar a los otros para que se asemejen a él, al modo de los misioneros cristianos; o al contrario, puede adoptar la actitud del *asimilado* que desea asemejarse a los otros, como sucede en general con los inmigrantes. Existen otras actitudes posibles, como la del *impresionista*, el *turista*, el *aprovechador*, el *desengañado*, el *alegorista* o el *éxota* (Todorov, 1991: 385 y ss.). Si bien estas actitudes obedecen a la construcción de tipos ideales que en general no se observan de manera pura en los libros de viajes, todas ellas constituyen estrategias que le permiten al sujeto viajero controlar discursivamente la realidad presentada mediante estos distintos modos de enunciación previstos, con independencia de que el narrador pueda saltar de una actitud a otra, al modo de Colón.

El alemán Ottmar Ette se basa en las ideas de Todorov para crear una nueva estrategia de análisis y comprensión de la literatura de viajes. Lo que a Ette le interesa es leer los libros de viajes como una “puesta en escena del saber”:

El relato de viajes es la forma de escritura literaria y científica en la que quizás se plasme con mayor claridad la relación de la escritura con el espacio, su

⁸ Véase el capítulo “Colón hermeneuta” en Todorov (2003: 23-41).

dinámica y su necesidad de movimiento. Tal vez pueda resultar paradójico que rara vez nos hayamos planteado la pregunta por los lugares al ocuparnos de los relatos de viaje, lo cual no quiere decir que no nos hayamos preguntado por la referencialidad del relato de viajes (...) Precisamente porque el espacio y el movimiento están tan presentes en los relatos de viaje, a menudo los pasamos por alto. Sin embargo, los estudios dedicados al análisis de los aspectos literarios, hermenéuticos, filosóficos o específicamente escriturales de los relatos de viajes no sólo nos pueden aportar nuevas informaciones y arrojar luz sobre ellos, sino también sobre la literatura y sus formas, y sobre la puesta en escena del saber (Ette, 2001:11-12).

Centrándose en la capacidad de estos relatos para construir una experiencia a partir de una cosmovisión específica que se ve enfrentada a un espacio desconocido, lo que Ette nos propone es analizar los movimientos que realiza la mente del viajero para comprender los lugares y escenas que visita, darles un significado y construir a través de ese movimiento un saber acerca de lo presentado en el relato. Y la construcción de ese saber –como bien recalcan tanto Ette como Todorov– nos habla más del universo conocido del viajero y de los deseos que impulsan su viaje que del lugar al cual se hace referencia.

La ventaja de esta estrategia de comprensión es que se sitúa en la naturaleza procesual del movimiento que queda plasmado en el libro de viajes: podemos observar, como lectores, el proceso que despliega el viajero a través de su periplo para construir ese saber. Por esta razón el autor llama a este género *literatura en movimiento*, lo que nos presentan los libros de viajes son las dinámicas de construcción de ese *saber en movimiento*, que se desplaza desde lo conocido hacia lo desconocido, para transformar eso que ignora en un saber:

La fascinación del libro de viajes –ésta es mi tesis– se basa fundamentalmente en los movimientos de entendimiento omnipresentes en la literatura de viajes, considerados como movimientos del entendimiento en el espacio (...) El entender se presenta como un proceso cerrado y, al mismo tiempo, abierto para el lector; como experiencia que se puede comprender en su específica condición procesual (Ette, 2001: 14-15).

La naturaleza procesual que presenta la construcción de saber en los libros de viaje, implica una cierta polifonía dada por la multiplicidad de textos que hablan a través de los libros de viaje. La narración del viajero está siempre en relación –explícita o implícita– con otros textos, con otros relatos que participan de la presentación de su experiencia. Existe por lo tanto una dialogicidad (Ette, 2001: 27-28) que se presenta como condición fundamental de toda experiencia y escritura, pues lo “otro” que es presentado por el sujeto viajero entra en una relación (jerarquizada o no) con lo propio. El continuo ir y venir de lo ajeno a lo propio se logra mediante procedimientos literarios que exceden la dimensión meramente topográfica o descriptiva del libro de viajes. Para Ette, el libro de viajes es un género que realiza una función de traducción: es capaz de transformar experiencias individuales –la del viajero– en un conjunto de saberes colectivos, o al menos es capaz de establecer una reciprocidad entre estos dos planos (experiencia individual y saber colectivo), un diálogo constante entre ambos que permite asistir al proceso de construcción de modelos de percepción.

Allí radica también el carácter híbrido de estos textos, pues no se limitan a una dicción⁹, es decir, a un discurso que excluye radicalmente el carácter imaginario de sus objetos

⁹ Genette define ficción y dicción de la siguiente manera: “Literatura de ficción es aquella que se caracteriza particularmente por el carácter imaginario de sus objetos, mientras que la literatura de dicción impresiona, sobre todo por sus cualidades formales -una vez más ignorando la amalgama de formas mixtas” (citado en Ette, 2001: 36).

(Ette, 2001: 36). Por esta razón Ette llamará a los libros de viaje literatura friccional, pues se caracterizan por oscilar entre ambos polos sin encontrarse en estado puro, más bien ilustran las posibilidades y tensiones entre ambos géneros del discurso, tanto desde la producción del texto como desde su recepción, dado que un mismo libro de viajes puede ser considerado ficticio o verídico según lo que cada época y cultura está dispuesta a aceptar como *narratio vera*:

El relato de viajes se caracteriza más bien por una oscilación fundamental entre ficción y dicción, por un salto continuo que impide una clasificación estable tanto en lo referente a la producción como a la recepción. Entre los polos de la ficción y la dicción, el relato de viajes nos lleva más bien a una fricción, puesto que se evita tanto el traspasar fronteras bien definidas, como el llevar a cabo experimentos, amalgamas estables y formas mixtas. A diferencia de lo que ocurre con la novela, el relato de viajes constituye una forma híbrida por los géneros que recoge, su variedad de discursos y su propiedad de acercar la ficción y la dicción. El relato de viajes lima las aristas entre los dos ámbitos: se encuentra en una zona literaria que podemos definir como literatura friccional (Ette, 2001: 37)

De este modo es este carácter friccional, es decir, la necesidad de construir los objetos presentados a partir de un modelamiento que tiene como marco de referencia el universo conocido del viajero y la intencionalidad del mismo, el que permite tomar estos textos como aptos para el análisis de los procedimientos hermenéuticos que intervienen en la presentación de los lugares visitados. Para realizar un análisis de esta naturaleza, Ette propone algunas herramientas: por un lado, esta literatura en movimiento se compone de ciertas *dimensiones*, por otro lado, también podemos leer la literatura de viajes desde sus *lugares*, y finalmente desde sus *coreografías*. Nos referiremos primero a las dimensiones, seleccionando aquellas que son de mayor relevancia para nuestro trabajo. Las dos primeras dimensiones del libro de viajes son las propias del espacio: la altura y la amplitud, como las coordenadas básicas de un espacio bidimensional. El sujeto viajero puede presentar su descripción situándose de distintas maneras frente a estas dimensiones. En ciertas ocasiones, podemos ver cómo el viajero se siente sobrepasado frente a la visión del espectáculo que lo rodea, y aparece como un pequeño ser rodeado por la grandeza que se extiende a lo largo y ancho del paisaje, como le sucede a Sarmiento en las cataratas del Niágara o a Martí frente al puente de Brooklyn, donde los hombres son como pequeñas hormigas ante una bestia de hierro. Otras veces el viajero nos presenta una visión del lugar que parece posar su mirada desde lo alto, nos muestra el espacio visitado como un todo que puede ser contemplado como si fuera un mapa que el relato va dibujando, y con ello trasciende una perspectiva meramente individual y se sitúa como si contemplara el todo del paisaje desde la altura. Según Ette, esto sucede justamente con ciertas descripciones de Humboldt en sus cuadros de naturaleza¹⁰, donde se interrumpen la perspectiva subjetiva y las peripecias del viajero para instalar una descripción que parece contemplar el paisaje desde los cielos. Para Ette, es fundamental prestar atención a estos gestos pues en ellos descubrimos dos cosas: en primer lugar, asistimos a la construcción del saber acerca del lugar visitado, las lecturas y conocimientos previos del viajero permiten construir este panorama amplio, donde la experiencia de viaje individual se completa y es enmarcada por las lecturas y datos previos obtenidos de distintos informantes, que le hacen posible trazar

¹⁰ Así, por ejemplo, Ette nos muestra cómo el científico y naturalista alemán construye sus cuadros de naturaleza con “una mirada que abarca todo desde arriba” (Ette, 2001: 16). Para un análisis más detallado de las perspectivas que adopta Humboldt en su escritura, véase el cuarto capítulo de *Literature on the move*, “Writing in modernity” (Ette, 2003: 111-128).

ese panorama. Asistimos, por lo tanto, a la construcción de un saber colectivo, conformado por la experiencia del viajero que se suma a sus conocimientos previos tomados de lecturas y de lo que otros han podido contarle acerca del lugar, para agregar a ese saber algo nuevo, a partir de una experiencia individual. En segundo lugar, Ette explica que este gesto de trascender el plano de lo individual implica la construcción de un marco de comprensión, dentro del cual se traza la línea de la experiencia y recorrido del viajero. El viaje y su marco de comprensión se van construyendo mutuamente en estos gestos, que delatan la posición cultural desde donde el viajero construye su mirada y la dirección que esta construcción va a adquirir a lo largo del viaje (Ette, 2001: 15-17). La tercera dimensión es la profundidad y se relaciona con las dos anteriores en su carácter espacial. Aquí también puede observarse una cierta posición del viajero frente a su descripción. Cuando La Condamine se interna en la densa selva amazónica como quien penetra en lo hondo de un secreto, nos da cuenta de la profundidad, del acceso a un terreno ignoto que trasciende las coordenadas bidimensionales de un mapa. Esta tercera dimensión describe una profundización en el saber de un cierto territorio, que de pronto se vuelve un espacio ya no rebelde sino susceptible a ser conquistado por el saber occidental.

La cuarta dimensión es la temporal, donde nuevamente podemos obtener un claro indicio de la posición que adopta el sujeto viajero respecto del lugar visitado: el que viaja se desplaza no solo en el espacio sino también en un tiempo. Pero no nos referimos aquí al tiempo cronológico que consume el viajero en su travesía, sino a un viaje *en el tiempo* que lo hace trasladarse a veces al pasado histórico, como le sucederá a Sarmiento cuando visita España o el norte de África, otras al futuro; como le pasa, en general, a los viajeros latinoamericanos del siglo XIX que visitan los EE.UU., pero también a Tocqueville¹¹. Según Ette, el viajero siempre se mueve dentro del tiempo de su país de origen que sirve de referente para juzgar la situación de los espacios visitados. Es un viajero que lleva el tiempo consigo, “el viajero europeo del siglo XVIII, y también algunos del XIX, creen en un tiempo común de la Humanidad, es decir, en un eje temporal con el que se pueden relacionar linealmente los distintos planos temporales por ellos constatados” (Ette, 2001: 21). Esto permite que el viaje para él sea también el salto a épocas pasadas o futuras y cuando se topa con la experiencia de un “futuro”, es porque se enfrenta a un desarrollo histórico que se aparta de los modelos conocidos y que niega toda legitimidad a la Historia y a la tradición como *Magistra Vitae* (Ette, 2001: 20). En general, y a partir de Tocqueville, el viaje a EE.UU. se transforma en una máquina política del tiempo:

¿No han sido con frecuencia viajes de exploración desde y sobre los EE.UU. los relatos de viaje (...) en los que se trataba menos de comprender las condiciones en las que se hallaba el otro que de una reflexión sobre las posibilidades que lo propio ofrecía para el futuro? (Ette, 2001: 20-21).

¹¹ Así lo deja entrever el francés, que pinta la democracia, que él mismo vio en los EE.UU. como el futuro que se avecina lentamente para instalarse en Francia y el resto de Europa, de modo tan inexorable como la marcha misma de la naturaleza: “¿Es sensato creer que un movimiento social que viene de tan lejos, puede ser detenido por los esfuerzos de una generación? ¿Puede pensarse que después de haber destruido el feudalismo y vencido a los reyes, la democracia retrocederá ante los burgueses y los ricos? ¿Se detendrá ahora que se ha vuelto tan fuerte y sus adversarios tan débiles? ¿A dónde vamos? Nadie podría decirlo; los términos de comparación nos faltan; las condiciones son más iguales en nuestros días entre los cristianos, de lo que han sido nunca en ningún tiempo ni en ningún país del mundo; así, la grandeza de lo que está hecho impide prever lo que se puede hacer todavía. El libro que estamos por leer ha sido escrito bajo la impresión de una especie de terror religioso producido en el alma del autor al vislumbrar esta revolución irresistible que camina desde hace tantos siglos, a través de todos los obstáculos, y que se ve aún hoy avanzar en medio de las ruinas que ha causado. No es necesario que Dios nos hable para que descubramos los signos ciertos de su voluntad. Basta examinar cuál es la marcha habitual de la naturaleza y la tendencia continua de los acontecimientos” (Tocqueville, 2005: 33-34).

Con el caso de los viajes a Estados Unidos se produce el paso de una *utopía* (Norteamérica como lugar de realización de la utópica democracia) a una *ucronía* (Norteamérica se transforma en el anuncio de un futuro utópico para el resto de las naciones que siguen la senda de la civilización).

La quinta dimensión es la llamada dimensión social, donde el viajero, en su condición privilegiada que le permite moverse al interior y a través de los distintos estratos de la sociedad, es capaz de ofrecernos un amplio panorama al respecto. En el libro de viajes podemos ver representada una totalidad social en sus diversas capas y en sus diferencias respecto de la sociedad de origen del viajero. La sexta dimensión se vincula con la imaginación y la ficción, que dice relación con los modelos ficcionales que ayudan a construir el libro de viajes y que son tomados en general de la literatura: existen viajes que toman como modelo la literatura picaresca (por ejemplo, Flora Tristán en Perú o Fray Servando Teresa de Mier en España) cargando sus observaciones de ironía, otros que toman modelos épicos como la novela de caballería (las crónicas de Hernán Cortés son un buen ejemplo), intensificando el sentido heroico del viaje narrado. Para Humboldt la función poética de su libro de viajes no se oponía al carácter científico del mismo, sino que lo poético era una función primordial en la captación de la naturaleza: “Lo poético tiene que desprenderse de la relación presentada entre lo sensorial y lo intelectual, del sentimiento de comunicación universal, de la limitación mutua y de la unidad de la vida y la naturaleza” (citado en Ette, 2001: 24).

La séptima dimensión, de vital importancia para nosotros, será la del espacio literario, entendido éste como la relación del libro de viajes con textos de otros autores, (citados de manera explícita o implícita), y las referencias y vínculos con otros textos del mismo autor. Para el caso de Sarmiento, es fundamental ver la función que cumplen tanto la intertextualidad como la intratextualidad. Los intertextos cumplen funciones de autorización y ayudan a legitimar los puntos de vista del autor, en cambio la intratextualidad entre *Facundo* y los *Viajes*, da cuenta de los cambios y tensiones que se producen en la experiencia del viaje y permiten vislumbrar también la dirección futura del pensamiento del autor. Además, según Ette la intertextualidad permite dar cuenta de la posición que asume el sujeto viajero frente al espacio visitado. El viajero puede referirse al lugar que visita meramente como un objeto de observación que sólo puede ser alumbrado por textos de extranjeros, silenciando al interior del libro de viajes las fuentes e informantes que provienen del espacio visitado. En cambio, si el viajero considera que el espacio que describe puede asumir no sólo la forma de un objeto, sino la de un sujeto e interlocutor válido al abrirse al estudio de textos producidos en y desde el espacio a observar e integrando al texto sus conversaciones con los informantes locales, se produce un diálogo más simétrico con el lugar que se intenta retratar y comprender.

Respecto de los *lugares* del libro de viajes, Ette nos explica cómo en general se han analizado los lugares de este tipo de género desde el punto de vista de su referente. Sin embargo, es posible hacer un análisis desde el punto de vista de cómo el narrador construye estos lugares estéticamente al interior del texto, otorgándoles una mayor intensidad en torno a su significación a lo largo del periplo. Ette distingue cuatro lugares clásicos de la literatura en movimiento que suelen ser comunes a la mayoría de los libros de viajes, pero sin duda, en cada texto en particular, podríamos encontrar otros¹². El primer lugar es *la despedida*, donde el viajero le da su último adiós al espacio de lo propio, y se prepara para lo que el viaje le depara. En general, en este tipo de lugares toma una relevancia importante el *yo narrado* por sobre el *yo narrador*; es decir, el viajero deja de lado su narración acerca de lo que ve y

¹² Véase Ette, 2001: 39-51

de los espacios visitados, deja de ser un mero vehículo que transmite la información acerca de los espacios visitados, para concentrarse en las impresiones, emociones y sensaciones subjetivas que le acontecen, incluso a veces se permite la licencia de alguna digresión (cosa común en estos relatos). Veremos como las transiciones y tensiones entre este *yo narrador* y el *yo narrado*, dan indicios importantes acerca de la posición del viajero frente al escenario que visita; en especial en estos lugares de alta significación a lo largo de la travesía. Un segundo lugar que merece nuestra atención es el llamado *punto álgido*, que se produce cuando algún momento del viaje adquiere especial centralidad. Puede ser el instante de pasaje de una cultura a otra, la visión desde el navío de las costas de una tierra aún desconocida para el viajero, como le ocurrirá a Sarmiento al aproximarse a las costas francesas. En estos casos el viajero que vislumbra el ansiado lugar deja entrever sus expectativas, sus deseos y su posición frente al lugar visitado (de admiración, temor, superioridad, inferioridad, etc). Otro lugar que merece atención es el de la *llegada*, de vital importancia porque es el lugar del relato donde el sujeto que narra debe enfrentarse a lo desconocido y aparece la tensión entre sus modelos de percepción y la alteridad que debe enfrentar, entre una cierta expectativa y lo que en realidad aparece. Finalmente, el libro de viajes visita un último lugar, aquel del *regreso*, de la vuelta al hogar, con la carga emocional que ello implica y los cambios que el viaje ha operado sobre la percepción del viajero. A veces el viajero realiza un elogio de la tierra natal, o una reafirmación de lo propio frente a lo extraño. En este punto se produce un cierre del ciclo y el viajero manifiesta sus impresiones finales y definitivas.

Las estrategias hermenéuticas que realiza el viajero a través de su narración pueden ser entendidas a su vez como diferentes *coreografías* (Ette, 2004: 13) que permiten entender el procedimiento que el entendimiento ha realizado en el espacio y que permiten describir la construcción de un modelo de comprensión que el viajero ha elaborado y que ofrece al lector. Así, por ejemplo, si el *círculo* describe el movimiento donde el viaje sólo adquiere su sentido total al volver al lugar de origen, donde se produce una multiplicación del saber sobre el o lo otro; la *línea* en cambio describe un movimiento donde la meta del viaje, el punto de llegada, está altamente semantizado, entendiendo el transcurso del itinerario como una progresión que culmina en la llegada y que se corresponde en general con los viajes de peregrinación y los viajes místicos. En estos casos no se viaja para volver al hogar enriquecido con la experiencia realizada, como sucede con el *círculo*, sino que el viajero no espera volver y viaja para ascender a un nuevo plano de experiencia que implica una superación.

En general, intentaremos una lectura de los *Viajes* de Sarmiento en su condición de género friccional, lo que nos permite adoptar un enfoque que enlaza los aspectos históricos del texto, como fuente de estudio para un cierto tipo de mentalidad presente en los intelectuales latinoamericanos del siglo XIX, pero atendiendo al mismo tiempo a los procedimientos utilizados para presentar los espacios (geográficos, culturales y sociales) descritos en el texto, como construcción de una teoría en movimiento o paisaje de la teoría, es decir, de un modelo de comprensión de los espacios visitados, que permite analizar las jerarquías espaciales y culturales que se producen en el relato a través de las distintas herramientas de análisis ya descritas. Como señala Ette, el viaje estructura sus movimientos hermenéuticos a través de dos impulsos fundamentales: el deseo por el otro y el coleccionismo (Ette, 2004: 10). El deseo por el otro impulsa al texto hacia una meta siempre diferida. El coleccionismo, ya sea de paisajes, tipos humanos o formas de organización social, es la fuerza que despliega series de clasificaciones y catálogos, articulando un conjunto de relaciones que el viaje ha engendrado. Para el caso de Sarmiento, el objeto de deseo que impulsa el relato del viajero será la construcción

de una imagen de la modernidad que pueda utilizarse como modelo para las naciones latinoamericanas.

3. El libro de viajes y América Latina: desde el saber del otro hacia el otro como sujeto viajero.

Los libros de viajes tienen su propia historia en nuestro continente, partiendo por los diarios de Colón, que abren todo el corpus de los viajes sobre el descubrimiento y conquista de América. Al ciclo de viajes referidos en las crónicas y relaciones del “Nuevo Mundo”, seguirá el de los viajes científicos, que durante el siglo XVIII adquirieron gran popularidad entre el público europeo. Si América ya había sido invadida y dominada en el ámbito político y económico, ahora la dominación se extiende a los terrenos del saber: la naturaleza americana y sus recursos debían ser explorados en términos científicos. Como señala Mary Louise Pratt, durante el siglo XVIII se produce un deseo de sistematización de la naturaleza como proyecto europeo de conocimiento: “el proyecto de la historia natural determinó muchas clases de prácticas sociales y de significación, de entre las cuales los viajes y la literatura de viajes eran las más vitales” (Pratt, 1997: 76). Es un tipo de viaje cuyo objetivo es la producción de un saber, por lo tanto se caracteriza como un viaje útil, destinado a ordenar y clasificar una realidad desconocida.

En el tránsito que va del siglo XVII al XVIII se produjo un cambio en el pensamiento europeo: la experiencia como fuente de conocimiento comenzó a primar por sobre la autoridad de los antiguos. Esta transformación en el modo de producir y, sobre todo, de legitimar el saber tendrá una enorme influencia sobre el viaje como práctica y como género escrito, pero también podríamos decir que fueron los mismos libros de viajes los que ayudaron a impulsar este cambio epistemológico. A medida que se multiplicaban los relatos acerca de países y territorios desconocidos y hasta hace poco impensables para la cosmovisión europea, la importancia de viajar y conocer con los ojos propios las maravillas del mundo comenzó a crecer significativamente, leer acerca de las cosas ya no era suficiente y de algún modo las virtudes instructivas y pedagógicas de la experiencia del viaje adquirieron un peso no menor:

For Purcha’s contemporary, Francis Bacon, the travelers of the Renaissance had discovered a ‘new continent of truth’, based on experience and observation rather than authority of the ancients; and it was in effect travel writing which provided the vehicle for the conveyance of the new information which laid the foundations for the scientific and philosophical revolutions of the seventeenth century. John Locke, a representative figure in these revolutions, owned a vast collection of travel writing on which his philosophical texts regularly drew (Hulme y Youngs, 2002: 4).

Durante este periodo aparece en Europa lo que se llamó el *Grand Tour*, viaje que realizaba el joven de clase noble para cultivarse, rodearse de lo mejor de la cultura y civilización europea, adquirir finas obras de arte (como fuente de prestigio) y codearse con el resto de la nobleza del continente¹³. Así como en las prácticas sociales, también en la ciencia y la filosofía el viaje comenzará a ser apreciado como una fuente de conocimiento directo. Si

¹³ Para un análisis del *Grand Tour* y sus funciones sociales, véase el artículo de James Buzard “The Grand Tour and after (1660-1840)” (Hulme y Youngs, 2002: 37-52).

en 1625 ya Bacon hablaba de las ventajas formativas de viajar: “Los viajes, en época de juventud, son parte de la educación; en la vejez, parte de la experiencia” (Bacon, 1980: 82), durante el siglo de las luces el viaje será una experiencia valiosa y una práctica común para la ilustración del joven. Rousseau en el *Emilio* señalaba las ventajas del viaje como medio de educación, cuando éste era guiado por el objetivo de conocer las relaciones físicas, morales y sobre todo civiles del hombre con sus conciudadanos, es decir, como forma de conocimiento del hombre en general¹⁴. La primacía de la experiencia afectará también el modo en que se escriben los relatos de viajes. De algún modo, las narraciones de segunda mano, basadas en lo relatado por otros informantes, pierden fuerza frente a la autoridad de lo visto. La visión comenzará a reemplazar al oído como sentido privilegiado en la producción del saber y, por lo tanto, como mecanismo de autorización del libro de viajes. El mismo Rousseau afirmará que es necesario que el filósofo viaje y se instruya, y de algún modo esto altera también el lugar desde el cual se construye el saber¹⁵. Sin embargo, la mera experiencia sin más tampoco será suficiente y el conocimiento no queda garantizado únicamente por la experiencia de lo visto, por el testimonio directo. Nuevamente Rousseau, en su *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* (1755), se quejará de la falta de instrucción de los viajeros que, pese a tener el beneficio de la experiencia directa, no poseen la ilustración necesaria para sacar provecho de su travesía (Ette, 2003: 69; Todorov, 1991: 30-31). De este modo, para Rousseau no es lícita ni la generalización del filósofo, que especula a partir de testimonios ajenos, ni la experiencia directa del viajero ignorante. No es casual entonces que casi medio siglo más tarde aparezca un texto como el de Joseph-Marie de Gérando *Considérations sur les diverses méthodes à suivre dans l'observation des peuples sauvages* (1800), un folleto con instrucciones para orientar a los viajeros en sus observaciones sobre otros pueblos¹⁶. Tal como señala Ette, el libro de viajes moderno deberá poseer no sólo un *saber ver* y un *saber hacer*, sino también un *saber hacer ver* (Ette, 2003: 70).

Es entonces cuando emerge la figura de Alexander von Humboldt, quien encarna a ese viajero ideal que Rousseau añoraba: es el viajero científico, instruido, capaz de observar la naturaleza y la gente de los lugares que visita desde el prisma de un conocimiento que es previo y que otorga legitimidad a su punto de vista, para producir un saber útil, ése que era necesario para la sistematización de la naturaleza que mencionábamos más arriba. Humboldt reemplaza a la anterior figura del naturalista típica del siglo XVIII, encarnada por sabios como Buffon y Cornelius de Pauw. La construcción de una ciencia empírica sobre la naturaleza, tal como la practicaron los naturalistas que protagonizaron la llamada *disputa del nuevo mundo*¹⁷, ya no era posible; ya no era suficiente con tener la más amplia red de informantes para que el hombre letrado, desde su escritorio, sistematizara el saber de su tiempo: leer ya no será suficiente para producir un saber. La ciencia de la naturaleza ahora se genera desde un doble lugar de escritura (Ette, 2003: 88), el nuevo científico viaja para ver aquello que desea conocer, recoge con sus ojos los datos acerca de los especímenes,

¹⁴ Sobre las finalidades del viaje ilustrado, véase Gómez de la Serna (1974: 11-13).

¹⁵ Un análisis detallado del pasaje del oído a la vista, como dos paradigmas epistémicos de la literatura de viajes, puede encontrarse en “Eye, ear and the place of writing” (Ette, 2003: 69-109).

¹⁶ Para un análisis sobre este texto véase Todorov (1991: 28-30).

¹⁷ Antonello Gerbi ha estudiado exhaustivamente la historia de esta disputa, desde sus antecedentes en *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo* (1978) a la discusión propiamente tal entre los naturalistas del siglo XVIII y los resabios de dicha discusión durante el siglo XIX en *La Disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900* (1960).

la geografía, los ríos y los pueblos para luego, desde su escritorio europeo, producir sus cuadros de naturaleza.

Humboldt será además el viajero moderno que reúne en su figura los rasgos del viajero ilustrado con el romántico. Es en su época cuando surge el viaje romántico como género, de la mano de escritores ingleses como Wordsworth, Byron y el francés Chateaubriand, quienes tendrán una enorme importancia en el modo en que se aprecia la naturaleza desde el punto de vista del civilizado europeo, que busca la experiencia romántica de *lo pintoresco*

¹⁸ y lo *sublime*. En 1757 Edmund Burke escribe su *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y lo bello*, donde aparece la categoría estética de lo sublime. Burke describe esta categoría como la experiencia que tiene el sujeto frente la contemplación de un escenario natural que, en su inmensidad y poderío, representa un peligro de aniquilación para el hombre, pero que, contemplado desde una distancia segura, produce una sensación de deleite, que impulsa al hombre hacia la actividad y el trabajo¹⁹. La noción de lo sublime descrita por Burke implica la oposición implícita entre naturaleza y civilización, entre la razón, el trabajo y lo salvaje, la oscuridad, la animalidad y la barbarie. Lo interesante aquí es que aparece una dimensión estética de la observación de la naturaleza que luego será retomada por Kant en su *Crítica de la Facultad de Juzgar* (1790), y que tendrá una influencia sobre los libros de viajes a América durante el siglo XIX, cuyo objeto de descripción privilegiado es justamente esta naturaleza y sus pueblos bárbaros, opuesta a la civilización europea y a su cultura. Si bien ya el viaje ilustrado había dado comienzo a la construcción de esta dicotomía entre civilización y barbarie (Pierini, 1994: 168), esta oposición ahora dará también rendimientos estéticos, convirtiendo al continente americano en un objeto disponible no solo para el conocimiento sino también para la imaginación, siempre desde esa distancia segura que busca la contemplación desde una posición de superioridad cultural. En 1801 Chateaubriand había publicado su *Atala*, relato épico sobre los indios de Norteamérica, inspirado en el viaje que el mismo autor realizara años antes con la finalidad de obtener de primera mano una visión del nuevo mundo que deseaba retratar en sus relatos. Comienza a consagrarse el viaje romántico, con su preocupación por la descripción de la naturaleza exótica y salvaje. Humboldt beberá también de esta fuente romántica y de sus formas de descripción de la naturaleza, logrando en sus escritos una combinación inédita hasta entonces: el viaje científico y el romántico se aúnan en un solo modelo:

Y el discurso romántico había consagrado ya el sentimiento de lo sublime, una categoría que en Inglaterra se confinaba al ejercicio de la pastoral y de la poesía de los lagos, pero que en Francia se abría a la percepción de la naturaleza americana, revelada a millones de lectores desde las páginas de Atala (1801), en las vísperas mismas del regreso de Humboldt a Europa. En todo caso, en el prefacio de Tableaux de la Nature, el viajero alemán expresaba ya las grandes dificultades de ejecución en la pretensión de combinar ambos discursos, porque cuando “los sentimientos y la imaginación son excitados, el estilo se inclina a extraviarse en la prosa poética” (...) Voyages aux régions équinoxiales du Nouveau Continent (París, 1809-1824) debió impresionar en los años de su aparición como un poderoso montaje textual en el que la anotación científica, la

¹⁸ Para un análisis de la relación de ambos conceptos con los relatos de viajes, en especial para el caso inglés, véase el artículo de James Buzard “The Grand Tour and after (1660-1840)”, especialmente las pp.42-47 (Hulme y Youngs, 2002).

¹⁹ Para descripción detallada de los tipos de experiencia que producen el sentimiento de lo sublime, véase Burke (1987: 43-63).

efusión estética, la preocupación humanística podían acoplarse o desglosarse, alternadamente, de la voz del narrador y de su cautivante relato de revelaciones personales. (Prieto, 2003: 17-18)

A través de esta técnica de montaje textual, que combina la descripción científica, enmarcada por el saber ilustrado de su autor, con las anécdotas y peripecias del viajero, y las impresiones de cuño romántico que el paisaje produce en el sujeto; se inaugura un nuevo discurso acerca del nuevo mundo y un nuevo tipo de libro de viajes que tendrá un fuerte impacto en Europa y en la imagen que este continente se hizo del territorio americano. Alexander von Humboldt consagró las tres imágenes tópicas de la naturaleza americana: las altas cumbres nevadas, la selva exuberante y los llanos o planicies infinitas (Sanhueza, 2006: 77), pero además fue capaz de crear un discurso que ya no mostraba al espécimen natural como un elemento aislado de su relación con el medio (Cicerchia, 2000: 8), sino que era capaz de pintar el paisaje como una totalidad articulada. Humboldt narra sus viajes de tal forma que se mueve desde el *yo narrado* del viajero (con sus anécdotas de viajes y las dificultades del camino), que va describiendo sus impresiones acerca de la naturaleza desde el punto de vista del caminante que se va encontrando con las cosas a medida que éstas aparecen en su campo visual; hacia el *yo narrado* del científico, capaz de contemplar el todo del paisaje y que parece observar desde lo alto el escenario natural de América, desde la altura y amplitud de su condición de europeo ilustrado²⁰. Esta alternancia de posiciones y actitudes del *yo narrado* es fundamental en los textos de Humboldt, pues no sólo le otorgan la autoridad de “lo visto y lo vivido” y de “el hombre de ciencias”, moviéndose en ambos niveles al mismo tiempo, sino que su visión de totalidad contribuye a pintar la imagen de América como espacio de naturaleza plena que se ofrece para ser explotado en términos de una relación colonial (Pratt, 1997: 217-228).

Los relatos de los viajes europeos por América tendrán una enorme influencia sobre los intelectuales y escritores latinoamericanos posteriores a las guerras de independencia, en especial Humboldt se convertirá en un referente obligado para la descripción de cuadros de naturaleza americanos. Pero además, durante el siglo XIX aparecerá en América Latina el viajero comerciante (Pierini, 1994: 169), que en el contexto de la independencia busca explorar los recursos y riquezas de las colonias liberadas con el fin de identificar oportunidades y establecer relaciones comerciales. Son numerosos los viajeros ingleses que llegarán a la ciudad de Buenos Aires y atravesarán la pampa para dirigirse hacia Chile o Perú, muchas veces en condiciones poco favorables. Las descripciones que estos viajeros hicieron del territorio argentino, que a su vez también tomaron de Humboldt varias de sus imágenes tópicas²¹, ejercieron su influencia sobre los escritores de la nueva nación, los intelectuales de la llamada Generación de 1837: Echeverría, Alberdi y Sarmiento tomaron de ellos sus imágenes de la pampa (Cicerchia, 2000: 11). En el caso de Sarmiento es conocida la influencia que tuvo sobre *Facundo* su lectura de los viajes de Francis Bond

²⁰ Un análisis de los procedimientos de montaje textual de Humboldt y del carácter móvil del *yo narrado*, que se desplaza desde los polos del viajero hacia el científico podemos encontrarlo en el capítulo “Writing in Modernity” (Ette, 2003: 111-128).

²¹ Se sabe que estos viajeros ingleses extrapolaron la descripción humboldtiana del llano venezolano para utilizarla en su descripción de la pampa argentina. Estos préstamos entre viajeros producen confusiones como la de Sarmiento, quien en el capítulo primero de *Facundo* inscribe un epígrafe que atribuye a Francis Bond Head, pero que en realidad pertenece al naturalista alemán (Prieto, 2003: 20-25; 188). Además algunos investigadores han llegado a la conclusión de que el acceso de Sarmiento al texto de Bond Head no fue directo, sino a través de una reseña aparecida en el diario francés *Le Globe* (Haberly, 2005: 287-293). El estudio acerca del tipo de acceso que los intelectuales hispanoamericanos tuvieron a los textos originales de Humboldt y de qué modo se expandió su influencia en los campos intelectuales de la época, está aún por hacerse.

Head²². Sin embargo, no por eso los latinoamericanos dejaron de tener una actitud crítica frente a los textos de viajeros europeos: si bien estos relatos fueron fundamentales en la creación de un imaginario acerca de sus propias tierras, al mismo tiempo se hicieron duras críticas a la falta de veracidad de algunas de las descripciones y los prejuicios presentes en la mirada del viajero europeo. Andrés Bello criticó la descripción que algunos viajeros hacían de lugares que en realidad nunca vieron con sus propios ojos y los prejuicios y generalizaciones en que incurría la mirada europea. Por esta razón celebró la aparición de los *Viajes* de Sarmiento, como la oportunidad de acceder a una visión latinoamericana en lugar de disponer sólo de textos escritos por europeos y para europeos (Sanhueza, 2006: 88-95).

De este modo, se advierte la importancia de los *Viajes* de Sarmiento como la aparición de una mirada latinoamericana sobre la realidad de Europa y Estados Unidos. Sin embargo, el viajero latinoamericano tendrá problemas específicos al intentar autorizar su relato sobre las tierras europeas, puesto que se da una relación de asimetría entre el visitante y la cultura que visita. Así por ejemplo Alberdi dirá de su viaje lo siguiente:

Voi a copiar literalmente las espresiones que escribia en presencia de los objetos mismos. Ésta prueba no es poco atrevida de mi parte; pero es el único, o a lo menos el mas perfecto medio de que el viajero americano pueda valerse para dar cuenta esacta de sus primeras sensaciones de Europa (...) A una persona venida de una capital europea, mis impresiones darian risa quizas; a un americano del sud, mui lejos de eso (Alberdi, 1845: 6).

A partir de esta cita notamos dos cosas relevantes para nuestro estudio: en primer lugar, el autor admite una situación de asimetría entre su posición cultural y la del país visitado; en segundo lugar, vemos cómo Alberdi autoriza su texto mediante la apelación a un destinatario específico: el sudamericano. Poca utilidad pueden prestar sus impresiones – cree Alberdi– a un ciudadano europeo, y de este modo reconoce que la producción del saber que puede realizar su texto es la de un saber subalterno, válido sólo al interior de sus tierras. El *saber hacer ver* que se produce desde los libros de viajes latinoamericanos a Europa tiene, entonces, un destinatario específico: el lector sudamericano. Mary Louise Pratt advierte cómo también Sarmiento enfrenta la dificultad de establecer una autoridad discursiva desde su posición de sujeto colonial, de “tierras bajas”, con su ojo poco acostumbrado al espectáculo de la civilización (Pratt, 1997: 329). ¿Y cuál es la utilidad que buscan estos textos? ¿Por qué los latinoamericanos viajan a las metrópolis o a los EE.UU.? Sin duda, no es en la búsqueda de una naturaleza desconocida o de la explotación de recursos y riquezas ignotas. El saber que estos viajes desean producir busca suplir aquello que estos viajeros percibían como las carencias propias del suelo americano: si los libros de viajes contribuyeron a construir la imagen de América como pura naturaleza, en oposición a la civilización europea; si los viajeros europeos visitaban nuestras tierras en busca de esa naturaleza en estado puro; los latinoamericanos viajan a Europa en busca de la civilización. Dice Lilianet Brintrup sobre el viajero chileno:

¿Qué buscaba este viajero al viajar? Si iba a Europa lo hacía buscando una civilización en la que deseaba no sólo ver una cultura acumulada en construcciones y museos, sino más fundamentalmente asistir, participar y registrar esa civilización y tecnología (sobre todo la tecnología) como espectador

²² Adolfo Prieto (2003) analiza la influencia de los viajeros ingleses en la formación de literatura nacional argentina durante el siglo XIX en *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*. Para un comentario de la influencia de la literatura de viajes en el *Facundo*, véase además Echeverría (1988: 388-406).

vivo, el cual como actor periférico la observaba en proceso de hacerse. Por algunos meses o años, en su viaje por Europa, dejaba de ser un “consumidor” de cultura para pasar a ser, involuntariamente, un productor de la misma y de su propia historicidad. Viajar desde Chile y, en general, desde Hispanoamérica a Europa constituía una buena oportunidad para el viajero de aproximar lo lejano, de realizar aquello que en Chile se había vivido como desmembrado (Brintrup, 1992: 2).

La civilización europea, desde la visión de estos viajeros latinoamericanos, era un modelo desde donde importar el progreso. Y el viaje permite, como afirma Brintrup, dejar de ser un consumidor pasivo de la cultura metropolitana, para experimentarla y verla con ojos propios y ser a la larga un productor que se apropia de dicha cultura para reproducirla, transformarla, aplicarla, adaptarla (en casos contados, incluso para rechazarla), de manera más o menos crítica, en la tierra natal. En este contexto, el relato sarmientino se erigirá como una reinención de la imagen de modernidad de la cual disponían hasta entonces los latinoamericanos, donde la situación del que narra no es ya la del *viajero cortesano* que describe David Viñas, donde el sujeto colonial que visitaba la metrópolis se situaba frente al europeo en una relación pasiva de súbdito (Viñas, 1974: 135-143)²³. El acto de enunciar lo moderno, de representarlo e incluso criticarlo, constituye un esfuerzo de apropiación de esa realidad que se intenta conocer y ofrecer a un lector latinoamericano. El viaje de Sarmiento constituye entonces una suerte de voluntad de modernización, que va a buscar un modelo para el desarrollo de las naciones latinoamericanas (Halperin Donghi, 1999: 624-626). Su deseo de modernidad se asemeja al de la figura de Fausto descrita por Marshall Berman (1982: 31 y ss.) que desea transformar la totalidad del mundo físico y hacer desaparecer el pasado tradicional. El voluntarismo de Domingo Faustino querrá apropiarse de una imagen de lo moderno, que aparece en estos viajes y que es contrapuesta a la imagen de América Latina, en los juegos múltiples de la contraposición ente civilización y barbarie.

De este modo, el viaje latinoamericano, como el europeo, también es un viaje útil que produce un saber destinado a la condición específica de asimetría de las naciones de América Latina. Y posee sus propios procedimientos para legitimar la producción de un saber que intenta recoger modelos de progreso para su país de origen. Además de la autoridad que confiere la experiencia directa, lo “visto y vivido” y el contacto con la realidad que se intenta comprender; Sarmiento viaja premunido de múltiples lecturas que le permiten erigirse como un intermediario válido entre la cultura metropolitana y su país de origen. Así como en su *Facundo* Sarmiento utiliza el epígrafe culto, con referencias a Humboldt, Bond Head, Víctor Hugo, Volney o Chateaubriand; para imprimir a su discurso la autoridad del saber europeo como respaldo a sus afirmaciones²⁴; asimismo en su viaje no dejan de

²³ Para un análisis del viaje cortesano chileno en el siglo XVIII y su evolución hacia la conformación de una identidad propia frente a la metrópolis, véase Sanhueza (2005b) “De la periferia colonial al centro del Imperio. Viajeros hispanoamericanos en las cortes españolas durante el siglo XVIII”.

²⁴ Este respaldo de la autoridad europea le sirve para legitimar su discurso no sólo ante su público latinoamericano, sino también ante un posible (deseado) público europeo. Sarmiento se llevó consigo una copia de su *Facundo* e intentó darlo a conocer en Francia. Adolfo Prieto especula acerca de la omisión de Alberdi en el aparato de citas del texto de Sarmiento, afirmando que podría ser una estrategia que apuntaba a utilizar citas de autores que le ayudaran a garantizar un posible público en el “viejo” continente: “El éxito de las novelas de Cooper en Europa, tanto o más que las notables afinidades de éstas con el escenario y la tipología del *Facundo* puede, si es acertada nuestra comprensión de los hábitos de escritura desarrollados por Sarmiento en su labor periodística, explicar la precedencia de citas y la importancia que las mismas parecen asumir en la articulación del mencionado capítulo. Obsesionado por el fenómeno de la constitución de los campos de lectura, calculando, midiendo, creando entre el patetismo y el humor su propia

aparecer las referencias a lecturas que permiten garantizar a su receptor que el testigo es uno que posee la instrucción necesaria para sacar provecho de su estadía en las “tierras altas”, y que el ojo que describe las sociedades europeas no es un “ojo miope”. De este modo, la escritura del libro de viajes sarmientino es capaz de producir ese *saber hacer ver* a través de una descripción que va desde el detalle cotidiano o el episodio anecdótico hacia la reflexión utilitaria dirigida al provecho del lector latinoamericano, capaz de pintar a partir del detalle el todo orgánico de una nación. No deja de estar presente el modelo del viajero romántico en las descripciones estéticas, tanto de la ciudad como de la naturaleza o el desierto (en el caso de su paso por África), pero estas descripciones y las impresiones que el espectáculo produce en el sujeto siempre se redirigen hacia alguna reflexión que busca diagnosticar, comparar y enfrentar las carencias de su propia región contrastadas con el lugar que se visita. Los datos que el viaje recoge acerca de las costumbres, instituciones y modos de vida del mundo civilizado son seleccionados, jerarquizados y presentados al lector a partir de este interés útil que controla e impulsa la narración, en un doble movimiento que va desde lo particular del detalle hacia la reflexión útil por una parte, y desde lo visto hacia la comparación con la situación de su propia tierra. Construye, a partir del detalle del vestido, o de un episodio casual, una totalidad que ya no es el panorama de una naturaleza, al modo de Humboldt, sino una totalidad cultural o social. Y lo que permite que Sarmiento se eleve hacia esa contemplación del todo social es la claridad que le confieren por un lado su formación culta y, por otro, la claridad del fin que impulsa su viaje, el narrador siempre está atento a aquello que puede ser relevante desde el marco de su búsqueda de modelos y de la comparación donde uno de los términos es siempre constante: es siempre Latinoamérica (sea ésta representada por Chile o Argentina) en relación al lugar de turno que el viajero tiene la oportunidad de visitar. El autor nos advierte que este no es un viaje que busque entretener mediante la descripción de algún lugar exótico: “la descripción carece, pues, de novedad, la vida civilizada reproduce en todas partes los mismos caracteres, los mismos medios de existencia” (*Viajes*: 4). El constante compromiso con una finalidad útil controla de este modo el discurso, permite seleccionar y jerarquizar los detalles relevantes y dirige la narración hacia la producción de un modelo que el autor genera en función de la carencia propia:

Por medio de estos comentarios, el narrador está jerarquizando aquello que el territorio visitado le ofrece. Ante la variedad del mundo, recorta, delimita, excluye aspectos a favor de otros. La jerarquización que realiza obedece a sus propios intereses civilizadores y es controlada por su grado de compromiso con respecto a la sociedad a la que pertenece, describiendo así aquello que considera como más importante de ser referido y conocido (Brintrup, 1992: 147).

Según Brintrup es esta carencia la que guía el proceso de escritura y que transforma los viajes de Sarmiento en un modelo confesional (Brintrup, 1992: 142): su carencia como escritor latinoamericano y como viajero son el tema velado de su narración, que al mismo tiempo que confiesa realiza la construcción de un yo que no sólo es héroe de sus peripecias, sino que se erige como autoridad dentro de la ciudad letrada latinoamericana, a través de un viaje que es iniciático y que legitima la voz del autor como juez respetable de la realidad de su país de origen. Recordando a Ette, detrás del viaje siempre hay un deseo que impulsa al viajero más allá, en el caso de Sarmiento, la búsqueda del modelo de modernización lo impulsa en su relato y lo lleva a coleccionar las imágenes posibles del camino que pueda llevar al progreso. Cómo se construye ese modelo en el texto sarmientino y, por contraste, cuál es la imagen que ese modelo arroja acerca de sus propias tierras, de lo que ellas son

audiencia, comparando incesantemente la dimensión de las ajenas, un éxito de público en Europa equivalía para Sarmiento a la más alta consagración a que podía aspirar un escritor del mundo civilizado” (Prieto, 2003: 193).

y lo que ellas pueden (deberían) ser, es el tema que nos ocupará en las páginas siguientes. El viaje no sólo de Sarmiento, sino de la oposición acuñada por él en su *Facundo*: las categorías de civilización y barbarie viajan hacia Europa y, como el viajero, volverán del periplo acusando las marcas de una travesía por el “viejo continente” y por ese país nuevo, tierra de promesas, los Estados Unidos.

Capítulo II. Sarmiento publicista: 1839 – 1845

1. Sarmiento y la Generación del '37: trazar el plano de la ciudad letrada 2. Las estrategias de un joven de provincia: Sarmiento publicista en Chile 3. *Facundo* y la lucha entre civilización y barbarie 4. La civilización soñada: imaginación y deseo en la imagen de Europa.

Escribir para escribir, es la profesion de los vanidosos i de los indiferentes sin principios i sin verdadero patriotismo; escribir para insultar es la de los malvados i la de los estúpidos; escribir para regenerar es el deber de los que estudian las necesidades de la época en que viven.

Domingo Faustino Sarmiento.

1. Sarmiento y la generación del 37: trazar el plano de la ciudad letrada

Cuando a inicios de la década de los '80 se publicó, de manera póstuma, *La Ciudad Letrada*, Ángel Rama puso de relieve la peculiar relación entre los intelectuales latinoamericanos y el poder, relación que se cimenta y queda signada en el espacio de la ciudad. Las élites letradas de América Latina, cuyo poder estuvo, al menos durante el periodo colonial y el siglo XIX, ligado al monopolio de la letra y la escritura en las lenguas impuestas por los conquistadores, cumplieron una función legitimadora a través de su activo rol público y político como productoras de un discurso orientado a establecer y preservar un cierto orden social. Según Rama, la clase letrada intentó forjar una forma idealizada sobre la realidad, a partir del espacio urbano específico de Hispanoamérica²⁵, comprendido como un modelo de distribución socio-espacial diseñado desde una razón abstracta, que proyecta la jerarquía social sobre la organización espacial de la urbe (Rama, 1984: 7-9). Esta voluntad racional que se esfuerza por modelar lo real se caracterizó por tener a la cultura occidental europea como modelo ideal del orden deseable, en desmedro de las culturas locales heredadas de las sociedades indígenas y de las costumbres nacidas del mestizaje.

²⁵ Si bien Rama habla de la ciudad latinoamericana de manera indistinta, la tesis de una ciudad proyectada desde un modelo abstracto, creado enteramente por la razón, no es del todo aplicable al caso brasileño, al menos no durante la colonia. Río de Janeiro habría sido una ciudad cuyo nacimiento y desarrollo se caracterizó por ser antojadizo y azaroso, sin una planificación urbana semejante al diseño en damero de las colonias hispanas. Recién en la segunda mitad del siglo XIX, cuando Brasil se transforma en una República, se hará una importante remodelación de Río de Janeiro para transformarla en una ciudad moderna, al modo del París de Haussman. Quien desarrolla el tema de la organización urbana del Brasil colonial como aspecto fundante de la cultura brasileña es Sergio Buarque de Holanda en *Raíces do Brasil*, especialmente en el capítulo "O sementeiro e o Ladrilhador" (1969: 61-80).

Si bien las tesis fundamentales del libro de Rama pueden ser discutidas en varios puntos²⁶, resulta fructífero analizar al intelectual latinoamericano decimonónico desde su relación con el poder y la necesidad de fundar el nuevo orden de las repúblicas, una vez finalizadas las guerras de independencia. Las élites letradas de la primera mitad del siglo XIX no sólo jugaron un importante rol en la esfera de las ideas y en el problema de la emancipación cultural respecto de la antigua metrópoli, sino que además tuvieron un destacado papel político, pues fueron ellas quienes se encargaron de pensar y discutir en el espacio público las distintas políticas orientadas a la construcción de las nuevas naciones: fueron ellas quienes redactaron las constituciones y las leyes, quienes discutieron y diseñaron las nuevas políticas educacionales, quienes avivaron el rol de la prensa como vehículo de discusión pública, quienes apoyaron con sus ideas y su escritura las candidaturas políticas y los programas de gobierno y quienes, en última instancia, pensaron profundamente en cómo debía ser el ciudadano ideal de las nuevas repúblicas americanas y a qué sujetos se incluía o excluía de dicha categoría:

Si se piensa en el siglo XIX, no podrían describirse adecuadamente ni el proceso de la independencia, ni el drama de nuestras guerras civiles, ni la construcción de los estados nacionales, sin referencia al punto de vista de los hombres de saber, a los letrados, idóneos en la cultura escrita y en el arte de discutir y argumentar. Según las circunstancias, juristas y escritores pusieron sus conocimientos y sus competencias literarias al servicio de los combates políticos, tanto en las polémicas como en el curso de las guerras, a la hora de redactar proclamas o de concebir constituciones, actuar de consejeros de quienes ejercían el poder político o ejercerlo en persona. La poesía, con pocas excepciones, fue poesía cívica (Altamirano, 2008: 9).

Si la cita anterior ilustra en qué medida las élites culturales latinoamericanas estuvieron enormemente comprometidas e implicadas en el proceso de construcción de los estados nacionales, orientando sus competencias al servicio de esta tarea, en pocos casos este fenómeno fue más intenso que en el grupo de intelectuales y literatos argentinos conocidos como la Generación del '37. Esta llamada generación, fue formada por el grupo de jóvenes que fundaron en 1837 el Salón Literario de Buenos Aires, cuyo lugar de reunión fue la librería de Marcos Sastre y que estaba destinado a la discusión de diversos autores europeos y sus tendencias ideológicas. Tras su oposición y crítica al gobierno de Juan Manuel de Rosas, operaron desde 1838 en la clandestinidad bajo el nombre de Asociación de la Joven Generación Argentina, cuya misión era recuperar la tradición liberal de la Revolución de Mayo, alentar el progreso material y superar la polarización entre federales y unitarios, para lo cual debían influir sobre la clase dirigente y asesorarla ideológicamente. Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Carlos Tejedor y Miguel Cané, entre otros; participaron de su fundación, y más tarde, cuando las tensiones políticas forzaron a sus miembros al destierro, se produjo una diáspora de intelectuales argentinos radicados principalmente en Chile y Montevideo, cuyos esfuerzos se orientaron a utilizar las armas de las letras como principal herramienta en la oposición al régimen político de Rosas. La crítica al orden rosista y la tarea de pensar en una organización de la Argentina que permitiera superar las guerras intestinas que habían seguido a la independencia y encauzar a la nación en la vía

²⁶ No abordaremos aquí esa discusión, simplemente mencionaremos que la idea de un cogollo letrado que forma un anillo que protege, ejecuta y realiza a través de la letra el poder y el orden social (Rama, 1984: 25), si bien es aplicable al periodo colonial y a gran parte del siglo XIX, tiende a negarle al intelectual latinoamericano toda autonomía respecto de las esferas del poder. Casos como el de José Martí o el de José Carlos Mariátegui, por dar sólo dos ejemplos señeros, difícilmente pueden ser comprendidos desde esta tesis y a medida que el libro de Rama avanza, el autor deberá retroceder en el énfasis de las tesis expuestas en los capítulos I y II.

del progreso, se transformó en la principal labor de este grupo, a cuyas filas se sumó el sanjuanino Domingo Faustino Sarmiento durante su exilio en Chile en la década del '40.

Tulio Halperin Donghi ha señalado la excepcionalidad de la situación de los intelectuales argentinos de esta generación, que como ninguna otra tuvo la oportunidad de diseñar los rasgos de la futura nación desde el pensamiento primero, como ideal a realizar, para luego llevarlo a la praxis política. Intelectuales que, justamente por cumplir ese rol ideológico, tuvieron un enorme peso político y fueron parte activa de los gobiernos que siguieron al periodo rosista. El rol político del intelectual latinoamericano del siglo XIX alcanzó entonces una expresión aguda en el caso argentino, pues la letra precedió a la acción política y le imprimió su dirección y forma:

La excepcionalidad argentina radica en que sólo allí iba a aparecer realizada una aspiración muy compartida y muy constantemente frustrada en el resto de Hispanoamérica: el progreso argentino es la encarnación en el cuerpo de la nación de lo que comenzó por ser un proyecto formulado en los escritos de algunos argentinos cuya única arma política era su superior clarividencia. No es sorprendente no hallar paralelo fuera de la Argentina al debate en que Sarmiento y Alberdi, esgrimiendo sus pasadas publicaciones, se disputan la paternidad de la etapa de la historia que se abre en 1852 (Halperin Donghi, 1980: XI-XII).

La Generación del '37 aspira a reafirmar el rol directriz de la clase letrada argentina en la construcción de la nación. La búsqueda de una hegemonía de los letrados en la formación del nuevo estado nación era una aspiración que puede ser rastreada ya en el periodo del gobierno unitario de Rivadavia (1826-27), que a partir de los ideales ilustrados que animaron en su momento el proceso de independencia, buscó imprimir en Argentina los rasgos de una nación moderna a través del libre comercio, la inmigración y la educación; tres pilares que volverán aparecer en las propuestas de la Generación del '37. Sin embargo, el plan del gobierno ilustrado de Rivadavia, que pretendía transformar Argentina a imagen y semejanza de los modernos países de Europa, fue diseñado a espaldas de los intereses económicos de la clase estanciera y ganadera que representaba Rosas, cuyo peso como fuerza política sería determinante en el fracaso del gobierno de Rivadavia. La hegemonía letrada estaba pensada como un ideal que había olvidado dirigir su mirada a la realidad argentina, al modo en que estaban configuradas sus costumbres, su sociabilidad, sus fuerzas políticas y económicas y su tradición; orientada por un modelo abstracto, la clase intelectual desconoció una realidad fáctica que cayó con todo su peso sobre el gobierno de Rivadavia:

Rivadavia se inclinó ante la fuerza combinada de sus opositores y renunció a la presidencia el 27 de julio de 1827. En último análisis, carecía de apoyo social amplio; representaba a los intelectuales, burócratas y políticos profesionales. Rosas, del otro lado, proporcionaba músculo a la oposición, dado que representaba una fuerza política básica, los estancieros (Lynch, 1984: 38-39).

La ceguera de Rivadavia respecto de la realidad argentina, especialmente la del interior, era justamente lo que marcaba en última instancia la superioridad de Rosas, quien manejaba las claves de la sociabilidad rural y sus intereses mucho mejor que la clase letrada, pues eran estos los factores que le habían permitido ser un estanciero de éxito y un líder entre sus pares (Lynch, 1984: 31-32). La Generación del '37, si bien no renuncia a la hegemonía de la clase letrada²⁷ y a su rol rector en el futuro de la nación, será consciente de los errores

²⁷ Halperin Donghi no deja de enfatizar que, en su base, son más los elementos comunes entre la Generación del '37 y los unitarios de Rivadavia que los aspectos que los separan: "Frente al grupo unitario raleado por el paso del tiempo y deshecho por la derrota,

de sus predecesores y su crítica fundamental pasa por un examen de la realidad argentina y la urgente necesidad de elaborar un discurso que apele no sólo a las capas cultas de la sociedad sino al pueblo entero. La búsqueda de los rasgos de identidad nacional que brindan color local a la literatura de un Echeverría o un José Mármol, y la preocupación por elaborar un discurso cuyo lenguaje sea asequible para las clases populares, son las estrategias que apuntan a superar los errores de sus predecesores. Si bien la gran mayoría de estos intelectuales considera al pueblo como a una suerte de masa pasiva, a la cual es necesario imprimir la forma adecuada para arrancarla de su estado de barbarie, y no como a un aliado político e interlocutor válido, sí es vital interpelarlos y darles un sentido de pertenencia al interior del proyecto modernizador, especialmente a las clases rurales y a las provincias del interior. En este sentido, su escritura apunta a una discusión que no sólo se dirige a sus pares ilustrados sino que busca sobretodo incluir a las clases populares, cautivarlas y educarlas a través de la letra. En una frase clave, Félix Frías expone el problema de este modo: “La razón del pueblo es más racional que la razón filosófica (...) Diremos solamente que si fuera necesario, los poetas deben sacrificar su fama literaria a su fama civil. Que el pueblo que lee no es literato y ante todo pide que se le hable claro”²⁸. Por lo tanto, parte de su misión es crear una literatura con la fuerza suficiente como para alcanzar este objetivo. Libros como *El Matadero* de Esteban Echeverría, *Amalia* de José Mármol y el mismo *Facundo* de Sarmiento apuntan al público culto como al popular, pues son conscientes del carácter potencialmente fundacional (Sommer, 2004) que posee su literatura en un doble sentido. Y digo doble, pues en el caso argentino no se trata solo de fundar una literatura propia, que exalte los rasgos originales de los pueblos latinoamericanos, como forma de marcar la independencia cultural respecto de las metrópolis y de fundar un sentido de lo nacional representativo, que sea apto para elaborar esa nueva identidad original, capaz de abrazar en su interior a las distintas capas sociales y al mismo tiempo incluir los criterios de la cultura europea como ideal a seguir²⁹; sino que además la fundación de lo nacional en este caso está situada específicamente en la lucha entre civilización y barbarie, es decir, entre los intelectuales progresistas y el gobierno de Rosas. El carácter épico que otorga a la literatura fundacional argentina su caracterización en términos de una lucha en la que se juega el destino de la patria, será una de sus mayores fortalezas.

el que ha tomado a su cargo reemplazarlo se define como la Nueva Generación. Esta autodefinición alude explícitamente a lo que lo separa de sus predecesores; implícitamente, pero de modo no menos revelador, alude a todo lo que no lo separa. No lo distingue, por ejemplo, una nueva y diferente extracción regional o social. Por lo contrario, esa Nueva Generación, en esta primera etapa de actuación política, parece considerar la hegemonía de la clase letrada como el elemento básico del orden político al que aspira, y su apasionada y a ratos despiadada exploración de las culpas de la élite revolucionaria parte de la premisa de que la principal es haber destruido, por una sucesión de decisiones insensatas, las bases mismas de esa hegemonía, para dejar paso a la de los tanto más opulentos, pero menos esclarecidos jefes del federalismo” (Halperin Donghi, 1980: XIV).

²⁸ La frase pertenece al artículo de Félix Frías “La poesía nacional”, publicado originalmente en *El Iniciador*. Existe una reproducción facsimilar de la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, Guillermo Kraft Ltda., 1941. Nosotros tomamos la cita de Batticuore (2005, 26). Graciela Batticuore desarrolla más ampliamente el problema de la búsqueda de un público lector en los escritores de la Generación del '37, especialmente para el caso de la lectora femenina. Véase Batticuore, especialmente el Capítulo 1(2005: 19-99).

²⁹ Rama toma el tema de las tres directrices de la literatura y cultura latinoamericana del siglo XIX, independencia, originalidad y representatividad; y su posterior desarrollo bajo la forma del conflicto entre vanguardismo y regionalismo como punto de partida de su estudio *Transculturación narrativa en América Latina* (Rama, 1987: 11-34). Sobre el problema de producir una literatura que pueda llamarse propia, y la dialéctica que oscila entre una literatura laudatoria de la propia nación (o de su naturaleza) y una literatura pesimista y crítica del estado de cosas en América Latina, es tratado de manera brillante por Antonio Candido en su artículo “Literatura y subdesarrollo”(Candido, 1998: 335-353). Otro acercamiento al tema, de gran interés, lo realiza Roberto Schwarz en “Nacional por Subtração” (Schwarz, 1987: 29-48).

Al interior de esta generación, Sarmiento ocupa un lugar especial que lo distingue en varios aspectos de sus pares argentinos. En primer lugar, su situación de provinciano, originario de San Juan, lo coloca en una posición de inferioridad respecto de los intelectuales porteños como Echeverría y Alberdi, pues no sólo está ausente en el momento fundacional de la Generación del '37, sino que además es un nombre desconocido antes de su destierro en Chile, no ha publicado nunca en la revista *La Moda*, no ha estado nunca en Buenos Aires y su única credencial como publicista era la creación de *El Zonda* (1839), un semanario de San Juan que alcanzó sólo seis números. A esto se añadía su carencia de una educación formal, su carácter de intelectual autodidacta –el intelectual bárbaro como él mismo se autoproclama, caudillo de la civilización– que tendía a ser un flanco débil a la hora de entablar cualquier discusión pública. Sin embargo, como veremos a continuación, una de las características de la escritura de Sarmiento es transformar sus debilidades en fortalezas. Hará de su origen provinciano una posición aventajada, pues sólo él conoce las verdades de la pampa y el interior en la Argentina; su condición de autodidacta la transforma en una mayor libertad a la hora de realizar la necesaria mediación entre la biblioteca europea y la realidad latinoamericana; en suma, transfigura su posición en una perspectiva privilegiada –una perspectiva para ver, que permite hacer visible aquello que sus letrados interlocutores argentinos son incapaces de alumbrar– a la hora de examinar la situación actual y las necesarias transformaciones futuras para su nación. Por esta razón, a las ya mencionadas estrategias que utilizan los miembros de la Generación del '37 a la hora de escribir –examen crítico de la realidad argentina a través del uso del color local, interpelación a las clases populares a través de un lenguaje igualmente popular, pero con intenciones educativas; y la transformación de la causa antiosista en una lucha épica fundacional, en cuya batalla se juega el nacimiento de una nación– Sarmiento agrega una cuarta estrategia que le es propia: la transformación de su escritura en su mejor propaganda, es decir, utilizar sus publicaciones no sólo como exaltación del Yo, sino, aún más importante, en el medio para devenir propiamente un Autor³⁰.

2. Las estrategias de un joven de provincias: Sarmiento publicista en Chile.

Sarmiento inició su carrera como publicista en su natal San Juan donde crea junto a su amigo Manuel Quiroga Rosas el semanario *El Zonda*, en 1839. Si bien *El Zonda* alcanzó a tener sólo seis números, el intento de establecer una publicación periódica en su ciudad

³⁰ Nos referimos aquí a la “función” autor, tal como la describe Foucault en “¿Qué es un autor?”. Allí el francés habla del autor como una función que permite clasificar y agrupar ciertos textos, relacionarlos entre sí, y recortar y delimitar su significado al interior de una sociedad y cultura específicas: “Se llega así finalmente a la idea de que el nombre de autor no va, como el nombre propio, del interior del discurso al individuo real y exterior que lo ha producido, sino que corre, en algún modo, en el límite de los textos, que los recorta, que sigue sus aristas, que manifiesta su modo de ser o por lo menos, lo caracteriza. Manifiesta el acontecimiento de un cierto conjunto de discursos, y se refiere al estatuto de este discurso en el interior de una sociedad y en el interior de una cultura” (Foucault, 1999: 338). Foucault reflexiona acerca de cómo esta función delimita el sentido de un conjunto de textos con posterioridad a su producción y con una relativa independencia de su contenido, modelando y regulando su significación y su modo de interpretación al interior de una cultura. De modo que Sarmiento, al intentar erigirse en un autor, busca justamente construir esta figura de sí mismo cuya función sea dar a sus textos un lugar eminente en el campo cultural latinoamericano y que legitime su escritura como la de una autoridad, de tal manera que el conjunto de su obra quede supeditado al peso y prestigio de su figura.

no fue nada tímido: el primer número, publicado el 20 de Julio de 1839, parte en su primera página con una declaración que interpela al “rudo lector”:

Nos hemos propuesto escribir un periódico y por rudo que sea el lector no dejará de suponer que contamos con todas las cualidades necesarias para desempeñarnos con acierto (El Zonda, n°1, 20 de Julio de 1839)³¹.

La apelación al rudo lector continúa con una declaración de principios que intenta justificar el acto de escribir: *El Zonda* ha sido creado para cumplir la misión de decir la verdad. Y con esto sus autores intentan desmarcarse de la prensa destinada a la exaltación de un patriotismo que se traduce en halagar y celebrar las virtudes de la nación. El periódico de Sarmiento y Quiroga Rosas parte de la premisa contraria, si se desea engrandecer a la nación argentina, es necesario partir de la crítica y no esquivar la cruda verdad del atraso y la miseria:

Cualquiera que haya leído diarios o periódicos nuevos, recordará cuanto en su programa, dicen los E.E. sobre desinterés, patriotismo, amor al orden, deseos ardientes de promover el bien público y otras mil bellezas, que no siempre justifican los resultados. Mas, nosotros aleccionados por la experiencia, el conocimiento pleno que tenemos de nosotros mismos, y temerosos de desmentirnos en la segunda publicación si aventurásemos aseveraciones tan positivas y halagüeñas, hemos tomado un rumbo enteramente nuevo. Nada de promesas, nada de protestas: la verdad pura y limpia; y aunque esta verdad es un poco embarazosa y difícil de decirse, nosotros nos hemos resignado a confesarla sin rodeos. Nadie ignora el estado de penuria y miseria a que han reducido a esta provincia digna de mejor suerte los pasados trastornos políticos, los estragos causados por los desbordamientos del río, y otras irrupciones y plagas no menos funestas. Separados sus habitantes por largas distancias, o por penosas y dilatadas cordilleras de los focos del comercio extranjero, condenados a buscar en su propio seno los escasos medios que pueden proporcionarse para su subsistencia. Sin fortunas, sin capitales que fomenten las empresas mercantiles, expuestos a las depredaciones de los bárbaros en su larga travesía a Bs. As.; recargadas sus producciones agrícolas e industriales de onerosos y tiránicos derechos en todas o la mayor parte de las otras provincias, carecen de los medios de rehacerse rápidamente de sus pasados quebrantos (El Zonda, n°1, 20 de Julio de 1839).

De este modo, aparecen aquí dos rasgos que atraviesan la escritura sarmientina durante todo su periodo de publicista: el gesto de interpelar al lector desde una postura de cercanía que raya en un exceso de confianza, en una actitud entrometida y, velada o explícitamente, desafiante. A partir de esta posición insiste en la crítica y denuncia de una realidad de atraso económico y social, de falta de instrucción que el autor enrostra constantemente a

³¹ Si bien en *El Zonda* aparecen los primeros escritos conocidos de Sarmiento, éstos no fueron incluidos en la edición de sus *Obras Completas*. Existe una antología de estos escritos realizada Rosalía Baltar (compilación y presentación) titulada *Periódico semanal. Precio, un real. O no leer El Zonda o comprarlo*, de Estanislao Balder editor, Mar del Plata, 2001. Lamentablemente, no pudimos tener acceso a dicha edición y las citas de *El Zonda* están tomadas de una versión transcrita y digitalizada, que está disponible para ser descargada en la página Proyecto Sarmiento (<http://www.proyectosarmiento.com.ar/proyecto.htm>). En adelante citaremos este semanario indicando el número y fecha de publicación.

sus lectores, justificando su queja en la experiencia y conocimiento pleno que posee de esta realidad, pues Sarmiento es uno más de los hombres y mujeres que viven en ella, y no un ilustrado bonaerense ni un extranjero inglés, de paso por la región. Esta posición autoriza su tono irónico de denuncia. La actitud irritante, típica de la escritura de Sarmiento, producirá un efecto inmediato en su escaso público lector, muchos sanjuaninos alzarán su voz indignada ante las críticas mordaces de Sarmiento y Quiroga Rosas, que es interpretada como falta de patriotismo. Pero justamente esa es la intención de Sarmiento, producir una instancia que abra el debate público y ponga sobre la mesa los temas que urgen al desarrollo de la nación y, al mismo tiempo, utilizar la forma de la polémica como estrategia para excitar la curiosidad de aquellos que no se dignarían en primera instancia a leer el semanario. En un punto, donde los autores hablan sobre la falta de continuidad que han tenido las publicaciones periódicas, se refieren al rol ideal que la prensa debe cumplir si desea ser un medio de adelanto para los pueblos:

A más de las vicisitudes políticas que lo han interrumpido todo, hasta las vidas de muchos, casi sin excepción los antecedentes periódicos han sido instrumentos de los Gobiernos, en cuya época se escribieron. El espíritu de partido alimentó sus producciones, y en lugar de ser la prensa un medio de instrucción, una mejora social, un vehículo del comercio las artes y las ciencias, un canal que derramase las luces en que nos aventajan otros pueblos, una discreta censura de los abusos y costumbres que nos han legado nuestros antecesores, fue sólo en sus manos la campana de alarma, el bramido de las pasiones políticas y el augur funesto de días de desorden y de calamidades públicas (El Zonda, n°1, 20 de Julio de 1839).

Este ideal de la prensa, ser medio de instrucción y de mejora social, vehículo de cultura y de discusión pública, debía asumir una primera dificultad: encontrar un público en una población donde la enseñanza de la lectura estaba escasamente difundida y el hábito de leer era aún menos frecuente. De este modo, todos los esfuerzos apuntarán a la caza de ese furtivo lector y a atraer la atención del público sobre el semanario. Adolfo Prieto ha hecho notar cómo Sarmiento, en su búsqueda del esquivo lector, se diferencia sustancialmente de Alberdi (Prieto, 1994). Según demuestra Prieto, Alberdi, cuando escribe para *La Moda* los artículos “Predicar en desiertos” (Alberdi, 1886: 318-321) y un “Un papel popular” (Alberdi, 1886: 326-332), en marzo de 1838, dice que escribir para el pueblo es predicar en desiertos. Alberdi nos presenta un pueblo desglosado en tipos sociales como la mujer, el tendero, el zapatero, el pastor y el pulpero; que no se interesa más que en sus propios asuntos: la mujer, en las telas y en los vestidos; el tendero, en la libertad del comercio que no ponga traba en su actividad; el pulpero, en el modo de ganar más dinero; etc. Ninguno es el lector que podría estar interesado en el periódico *La Moda* y, sin embargo, a ellos es necesario apelar:

Escribir de su arte para los comerciantes, para los labradores, para los pastores, para los artesanos, para los industriales de cualquier especie, es predicar en desiertos. No leen, ni han leído, ni leerán jamás. ¿Acaso esas cosas se aprenden leyendo ni están en los libros? Eso se aprende por instinto, por imitación, por rutina, maquinalmente como los animales, como las abejas; y por eso es que nuestros artesanos y labradores trabajan hoy sus obras como lo hacían ahora cien años, y como de aquí á cien años lo harán todavía. Son exactamente unas abejas en esta parte, pero unas abejas ociosas, negligentes, abandonadas, sin duda por el número infinito de zánganos con que cuenta la colmena. Estimular

la juventud al pensamiento, al patriotismo, al desprendimiento, es predicar en desiertos. La noble juventud se hace sorda, y corriendo afanosa tras de deleites frívolos, por encima de un hombro desdeñoso, envía una mirada de tibieza sobre las lágrimas de la patria (Alberdi, 1886: 320-321).

Para Alberdi, el ejercicio de adaptarse a este público es, claramente, rebajarse. Tiene claro que es el único camino a seguir, pero establece inmediatamente una jerarquía implícita entre la clase ilustrada y las masas, a las que considera vulgares e incapaces de elevarse por sobre sus intereses mezquinos y su escasa cultura. El autor no deja de expresar su desprecio por los lectores a quienes busca dirigirse, que son como los animales, como las abejas o los zánganos. No es un público que pueda eventualmente ser un interlocutor. Por esta razón afirma Prieto que, aunque Alberdi intenta dirigirse al pueblo, en lo profundo, está escribiendo para el lector del futuro, ese que por obra de la prensa y del esfuerzo de esta élite letrada y publicista, será culto y podrá al fin entender las palabras escritas treinta años antes (Prieto, 1994: 260). Sarmiento, en cambio, adopta una estrategia inversa, provoca al lector, sin duda, pero desde una situación de aparente complicidad, inserta los problemas a discutir en situaciones de la vida cotidiana, relatadas por testigos comunes; todas estrategias que intentan anular, en lo posible, la distancia entre el autor y su público. Y desde ese lugar va a interpretar el papel del maestro, encubierto en el disfraz del hombre común. En *El Zonda* se vale de distintos artilugios para producir dicha complicidad. En el artículo "Las tapias tienen orejas" (*El Zonda*, n°4, 10 de Agosto de 1839) aparece como tema la importancia de la lectura y la instrucción a través de un curioso escenario: el narrador del artículo cuenta cómo espío, con la oreja pegada a una pared, la conversación de dos amigos, donde uno disuadía al otro de la importancia de la educación, de leer y elevarse en los conocimientos, como forma de aprovechar la juventud y de servir a la patria. El narrador no se presenta entonces como el autor ilustrado, que desde su elevada posición cultural predica en medio de las masas iletradas, sino como un hombre común, un fisgón que nos relata lo que ha oído como si fuera por puro chisme y curiosidad. En la sección de correspondencias, aparece una carta donde una preocupada madre pregunta por la nueva costumbre de los jóvenes que insisten en tomar a las niñas del brazo durante los paseos. Sarmiento y Quiroga Rosas aprovechan esta instancia para hablar de la herencia española, del peso de las costumbres como modo acrítico de aceptar el pasado colonial y de las desventajas de marginar a la mujer de los beneficios de la instrucción primaria. En otra ocasión, aparece la carta de una mujer campesina, espantada porque los publicistas de *El Zonda* hablan utilizando la expresión "el siglo" (fórmula común de la época para referirse a los cambios que traen consigo los adelantos del progreso), pide que le expliquen qué significa dicha expresión, pues los curas de la aldea le han dicho que es "cosa del diablo" (*El Zonda*, n°6, 25 de Agosto de 1839). Los autores de *El Zonda* crean hábilmente estos escenarios y montan discusiones, cartas y polémicas, para intentar despertar al lector de su modorra e integrarlo de manera didáctica a las discusiones, utilizando no sólo su lenguaje o sus intereses, sino aún más importante, adoptando el lugar del lector, hablando no sólo para el pueblo, sino *por* el pueblo. Veremos que esta estrategia de Sarmiento se transforma en una de sus principales armas: su capacidad para adoptar el lugar y la voz del otro.

La publicación de los seis números de *El Zonda* significó para Sarmiento una primera incursión en el mundo de la prensa, pero no alcanzó a saborear del todo los efectos producidos por su ambicioso pasquín: el semanario irritó a las autoridades del gobierno rosista a tal punto que el sanjuanino fue arrestado y luego desterrado. El 18 de diciembre de 1839 Sarmiento parte exiliado a Chile. En esas tierras probará suerte nuevamente como publicista y comienza a descubrir y desarrollar las potencialidades de la letra y la prensa que

durante su periodo de *El Zonda* alcanzó sólo a vislumbrar. Su primer artículo publicado en Chile se titula “12 de febrero de 1817”³² y aparece el 11 de febrero de 1841 en *El Mercurio* de Valparaíso. En este artículo Sarmiento conmemora la batalla de Chacabuco, exaltando el evento como un momento clave para Chile, y por extensión para Hispanoamérica, en la conquista de la ansiada emancipación. En esta ocasión Sarmiento vuelve a utilizar algunas de las estrategias ya probadas en *El Zonda*, interpela al lector y lo acusa de frialdad, reclama al pueblo chileno el olvido de una tradición de lucha por la libertad inaugurada por los próceres de la independencia:

El extranjero que nos observa, nos creeria hijos de los españoles vencidos en aquel gran día, fastidiados de ver repetirse un recuerdo humillante i odioso. Veinte i cuatro años han transcurrido apenas, desde que aquel memorable dia alumbró en Chacabuco un combate de vida o de muerte para la independencia americana, i ya ni se mentan los nombres ilustres que lo inmortalizaron. ¡Ah! ¡Los pedruzcos que cubren aquel suelo sagrado, no han conservado las manchas de la sangre patriota que los salpicó, i el cóndor de los Andes ha dejado de revolotear en torno de este vasto campo de carniceria en que el amo y el esclavo lucharon con furor! (O.C., I: 1-2).

Sarmiento reclama que los chilenos han echado al olvido la tarea comenzada por los héroes de la independencia, que inauguraron una lucha que debe ser continuada en la actualidad. En lugar de perpetuar esta honrosa tradición, lo que ha seguido a la independencia son recriminaciones y luchas de partido. Y hábilmente Sarmiento desliza la indiferencia que los chilenos muestran ante las penurias que sufren los argentinos bajo el régimen de Rosas. Para dar mayor fuerza a su artículo, el sanjuanino se vale de dos artilugios, el primero es la firma del artículo: “Un teniente de artillería en Chacabuco”. Sarmiento juega nuevamente al disfraz como estrategia, al situar el artículo desde el punto de vista de un testigo de esta lucha por la libertad, carga su escritura de un peso vital, lo relatado aparece como algo vivido de primera mano y que fuerza al lector a dar crédito a sus palabras y conmoverse más hondamente cuando el narrador relata las penosas horas de la noche previa a la gran batalla³³. La segunda estrategia, que se desliza sutilmente al inicio y al final del artículo, es la introducción de un virtual observador extranjero, que juzga y condena la indiferencia actual frente a la histórica lucha por la libertad. Ese observador extranjero se identifica con el juicio de la historia:

Un día la historia recojerá con avidéz los nombres de todos los que lidiamos juntos en Chacabuco i en otros lugares tan gloriosos como éste; un día el estrajero, porque vosotros no sois capaces, vendrá a recoger los inmortales documentos de nuestras gloriosas hazañas, i desechará con desprecio vuestro abultado catálogo de recriminaciones, solo dignas de figurar en la historia, como un aviso de que eran hombres los que tales cosas i tan grandes hicieron! Un día el viajero que pase la famosa cuesta, verá asociados en el mármol los nombres

³² Véase Sarmiento, *Obras Completas*, Tomo I, Santiago, Imprenta Gutemberg, 1887, p. 1-7. En adelante las citas tomadas de esta obra se indicarán como O.C., seguidas del tomo y las páginas respectivos.

³³ No está de más mencionar que Sarmiento recorrió varias veces el camino de la cuesta de Chacabuco en sus idas y venidas entre Argentina y Chile. Su conocimiento del lugar descrito brinda verosimilitud al fingido testimonio. La capacidad de Sarmiento de rellenar el relato con su imaginación a partir de unos cuantos datos concretos (vividos o leídos) será otra de sus estrategias que cobra especial fuerza en *Facundo*.

de O'Higgins i Prieto, Las Heras i Búlnes, Lavalle i San Martín, Necochea i Soler, i tantos otros patriotas ilustres (O.C., I: 6).

Vemos cómo aparecen en equivalencia el ojo del juicio extranjero, con el de la historia y el viajero. Implícitamente Sarmiento insinúa que sólo el sujeto civilizado, es decir, aquel que conoce el valor de la libertad, puede arrojar un juicio certero –el juicio de la historia, que no es otra que la historia del progreso sin fin de las sociedades humanas– sobre los acontecimientos de la guerra de independencia. En cambio el chileno, y por ende el hispanoamericano, es incapaz de ver el panorama desde la perspectiva épica de la historia. Sólo el que prestó su cuerpo a esta lucha y fue testigo del acontecimiento –el teniente de artillerías– posee una autoridad similar al ojo extranjero. Sarmiento jugará en sus textos con ambas posiciones, la de testigo o actor partícipe de la situación descrita y el ojo distanciado del extranjero o del poseedor del saber de la civilización, ambas posiciones que lo autorizan a juzgar la situación presentada. Sarmiento se mueve en un estratégico espacio intermedio entre ambas posiciones, y es este curioso juego de posiciones el que imprime fuerza y autoridad a su escritura.

El artículo termina acusando a la prensa por su silencio, por su falta de conciencia histórica: “Mientras la prensa guarda un criminal silencio sobre nuestros hechos históricos” (O.C., I: 7). Con ello, Sarmiento vuelve a insistir en el rol de la prensa y de la letra, como medios de instrucción, que provean de luces y muevan a la acción política y cívica del ciudadano latinoamericano, cuyo deber es continuar la tarea iniciada por la independencia. Está implícito aquí que el rol de la prensa es el rol de la élite letrada y del mismo Sarmiento, como guías y mediadores en este proceso.

Este artículo atrajo la atención sobre el sanjuanino, quien comenzó a hacerse conocido y a posicionarse en los círculos letrados chilenos. Las ideas de Sarmiento acerca de la libertad, el romanticismo, las disputas políticas, la educación, las jerarquías sociales y las tradiciones coloniales; le dieron notoriedad, pero fue sobre todo su estilo lo que llamó la atención del público chileno: la crítica mordaz, la ironía, el lenguaje que mezclaba el tono popular con galicismos, la directa interpelación a sus lectores y la completa libertad para apelar conjuntamente a la autoridad de la biblioteca europea tanto como a la voluntad del pueblo y –sobre todo– a la fuerza de su propia experiencia y convicción; no podían pasar desapercibidos. Su autodidactismo lo había transformado en un animal raro dentro del diarismo chileno, hábil para manejar políticamente las armas de la prensa. Su escritura, beligerante y seductora, hizo de Sarmiento una personalidad durante el decenio de Bulnes en Chile y un aliado poderoso. No por nada Manuel Montt le pedirá que apoye la candidatura de Bulnes desde la tribuna de la prensa, cosa que Sarmiento aceptará, pese a que Bulnes representaba al ala conservadora³⁴. Pero no sólo ganó aliados en su paso por Chile como publicista, sino también múltiples detractores, quienes participaron en polémicas y e incluso crearon publicaciones en su contra³⁵. Lo que irritaba a muchos de los lectores chilenos

³⁴ Se ha especulado bastante acerca del apoyo que Sarmiento dio a los conservadores en Chile, siendo que las ideas del argentino debiesen haberlo acercado más al bando de los liberales. Entre las principales razones que Sarmiento podría haber tenido para aliarse con los conservadores está su delicada condición de exiliado (no quería que los chilenos juzgaran a los exiliados argentinos como a unos potenciales alborotadores) y la falta de un candidato fuerte en el ala liberal. A esto se puede agregar la confianza que Sarmiento hace a Quiroga Rosas en una carta fechada el 15 de Marzo de 1841: “Bulnes nos conviene. Aborrece a Rosas de muerte” (Jakšić, 1994: 54).

³⁵ “El Desmascarado”, que publicó un solo número en 1843, fue creado exclusivamente para atacar y desacreditar a Sarmiento. El título hace referencia al constante uso de seudónimos de nuestro autor, una de sus estrategias favoritas. Sarmiento se refiere a esta publicación y al rol del detractor en la prensa en su artículo “Literatura negra” (*El Progreso*, 8 de Agosto de 1845). Véase O.C., II: 301-306.

era la desfachatez de Sarmiento al criticar costumbres y tradiciones, y su defensa de un ideal de progreso que rechazaba la autoridad de lo antiguo para defender la necesidad de modernizar completamente la sociedad: nuevos criterios en el arte y en la literatura, una nueva ortografía, nuevos métodos de educación; la necesidad de transformarlo todo para alcanzar el modelo de una Francia que, según las ideas de Sarmiento en esos años, representaba el máximo ideal de la libertad en política, en arte, en la capacidad de proclamar un criterio nuevo para todo, donde el pueblo participaba activamente en la creación de nuevos cánones estéticos y políticos, o más ampliamente, en la creación de una cultura propia, capaz de rechazar y superar las tradiciones retrógradas.

Sarmiento aprovecha la instancia de la polémica justamente para profundizar la crítica, para él la polémica será un arma vital para dar a conocer sus ideas y darse a conocer como autor, o más bien, crearse una imagen como publicista, donde él ocupa el lugar de un autor en los márgenes: extranjero en Chile, provinciano en Argentina, autodidacta en educación; todos estos rasgos que le enrostraban sus enemigos, Sarmiento los alzaría como virtud y como estrategia de legitimación (Barrera Enderle, 2005, 143-166). Si, como vimos en el artículo de la batalla de Chacabuco, el ojo extranjero es para Sarmiento el único capaz de trascender las luchas de partido y la ceguera del atraso colonial, para elevarse hacia la perspectiva del juicio de la Historia, Sarmiento hará de su condición marginal una perspectiva para ver –un *saber hacer ver*– que valida su juicio y que le permite además jugar –y juzgar– desde identidades y puntos de vista múltiples que le permiten cargar de peso vital sus escritos, utilizando a la vez la autoridad de la experiencia, de lo visto y oído. En el caso de Sarmiento, veremos que el uso del seudónimo no será como en sus pares, un artilugio para ocultar su identidad sino para apropiarse de diversas perspectivas que legitiman su discurso, que le otorgan amplitud y que lo transforman en poseedor de un saber: sólo él puede mirar la realidad chilena (y más tarde la argentina) desde su verdad y su carencia. Ni pasivo seguidor de las doctrinas europeas ni ciego defensor de las tradiciones hispánicas, ese lugar intermedio que Sarmiento gana para sí y para su discurso, le permiten apropiarse de múltiples ángulos para analizar la realidad, invocar el pasado, imaginar el futuro, hablar desde la voz de los otros o al oído de sus lectores (sean amigos o enemigos) e imprimirle a todo su discurso una carga testimonial o vital, la legitimidad de lo que se conoce en cuanto vivido. Se apropia de las teorías europeas y las acomoda a su experiencia para formar un saber nuevo³⁶, que estará siempre adaptado a un receptor específico o a varios a la vez: el pueblo chileno, la élite letrada de Santiago, la Generación del '37 o el público latinoamericano sin más.

³⁶ Bernardo Subercaseaux hace referencia al concepto de apropiación cultural, como un modo de relación entre lo local y la cultura europea o las culturas centrales, donde se realiza una mediación –que la mayoría de las veces es llevada a cabo por una élite ilustrada que actúa como mediadora– que permite hacer una adopción creativa de las ideas europeas: “El concepto de “apropiación” más que a una idea de dependencia y de dominación exógena apunta a una fertilidad, a un proceso creativo a través del cual se convierten en “propios” o “apropiados” elementos ajenos. “Apropiarse” significa hacer propio, y lo “propio” es lo que pertenece a uno en propiedad, y que por lo tanto se contrapone a lo postizo o a lo epidérmico. A los conceptos unívocos de “influencia”, “circulación” o “instalación” (de ideas, tendencias o estilos) y al supuesto de una recepción pasiva e inerte, se opone, entonces, el concepto de “apropiación”, que implica adaptación, transformación o recepción activa en base a un código distinto y propio. El modelo de apropiación no desconoce el rol de las élites ilustradas ni de los intelectuales, pero tampoco lo sobredimensiona. Son instancias mediadoras que están subsumidas en un contexto; desde esta perspectiva serán las condicionantes socio-culturales las que, en definitiva, instituyan la legitimidad del proceso de apropiación” (Subercaseaux, 1988: 130-131). El concepto aparece también, de manera sucinta, en la obra de Subercaseaux *Historia del libro en Chile (alma y cuerpo)*. Véase Subercaseaux, 1993: 16. Nos parece que este concepto, junto con la noción de traductor cultural se ajustan más al rol intelectual de Sarmiento que el concepto de transculturación, que implica la creación de una *neoculturación*, cuestión que con Sarmiento no necesariamente ocurre como proceso social, más allá de su propia escritura. Véase Rama, 1987: 32-33.

Rafael Gutiérrez Girardot se refiere al uso de la polémica en los intelectuales latinoamericanos como Sarmiento, Bilbao, González Prada o Fernández de Lizardi; y reflexiona acerca de lo que estos autores agregan al concepto tradicional de polémica, entendido como “Controversia por escrito sobre materias teológicas, políticas, literarias o cualesquiera otras”³⁷:

Los correspondientes hispanoamericanos hubieran podido agregar a esta definición de “polémica” esta línea sumaria: Hisp.: Crítica racional al pasado. Pues en el siglo pasado hispanoamericano, que fue el siglo de la constitución del ensayo y de la crítica racional al pasado, estos dos tuvieron representantes y, a la vez, configuradores (Gutiérrez Girardot, s/a: 29).

Efectivamente, para Sarmiento la polémica será una instancia que trasciende la mera discusión de ideas. Implícita en ella está la voluntad de aguijonear a su público, despertarlo de la pereza y el acomodo en tradiciones rancias heredadas del pasado colonial e invitarlos a abrazar las nuevas ideas que promueve el progreso. Pero la crítica al pasado será también un autoconocimiento, a través de la denuncia de barbarismos, costumbres retrógradas y convenciones erradas, permite al lector reconocerse y vislumbrar la posibilidad de algo diferente. Y habría que decir además que, sin duda, mientras la polémica permite al latinoamericano reconocerse en su carencia, permite a su autor de paso hacerse reconocido, ganar un nombre y una posición central en un campo intelectual³⁸ tensado por disputas. La primera de las polémicas en la cual Sarmiento se vio involucrado como publicista, fue la del idioma, que se inicia con el artículo de Sarmiento “Ejercicios populares de la lengua castellana” (*El Mercurio*, 27 de abril de 1842). Allí el sanjuanino presenta un manual anónimo llamado *Ejercicios de la lengua castellana* que, según se sabe, pertenecía a Pedro Fernández Garfias, y que estaba destinado a corregir errores de lenguaje comunes en el pueblo. A propósito de dicho manual, Sarmiento comienza a hacerse una serie de preguntas que desatan la polémica:

Convendría, por ejemplo, saber si hemos de repudiar en nuestro lenguaje, hablado o escrito, aquellos jiros o modismos que nos ha entregado formados el pueblo de que somos parte, i que tan espresivos son, al mismo tiempo que recibimos como buena moneda los que usan los escritores españoles i que han recibido también del pueblo en medio del cual viven. La soberanía del pueblo tiene todo su valor i su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina i las tradiciones. Son a nuestro juicio, si nos perdonan la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero,

³⁷ Extraído por Gutiérrez Girardot de la ed. de 1970 del diccionario de la RAE (Gutiérrez Girardot, s/a: 29)

³⁸ Entendemos la noción de campo intelectual –y campo cultural en general– tal como la describe Bourdieu: “constituye un sistema de líneas de fuerza; esto es los agentes o sistemas de agentes que forman parte de él pueden describirse como fuerzas que, al surgir, se oponen y se agregan, confiriéndole su estructura en un momento dado del tiempo (...) cada uno de ellos (cada uno de los sistemas o sistemas de agentes) está determinado por su pertenencia a este campo: en efecto, debe a la posición particular que ocupa en él propiedades de posición irreductibles a las propiedades intrínsecas y, en particular, un tipo determinado de participación en el campo cultural, como sistema de relaciones entre los temas y los problemas, y, por ello, un tipo determinado de inconsciente cultural, al mismo tiempo que está intrínsecamente dotado de lo que se llamará un peso funcional, porque su masa propia, es decir, su poder (mejor dicho su autoridad) en el campo, no puede definirse independientemente de su posición en él”. (Bourdieu, 2002: 9-10). Sarmiento utiliza la polémica como una estrategia para situarse rápidamente al centro del campo intelectual chileno, transformándose en pocos años en una de sus figuras más prominentes en la disputa por la hegemonía al interior de dicho campo entre las facciones liberales y conservadoras.

como los de su clase en política, su derecho está reducido a gritar i desternillarse contra la corrupción, contra los abusos, contra las innovaciones. El torrente los empuja i hoy admiten una palabra nueva, mañana un estranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante; pero ¿qué se ha de hacer? Todos han dado en usarla, todos la escriben i la hablan, fuerza es agregarla al diccionario, i quieran que no, enojados i mohinos, la agregan, i que no hai remedio, i el pueblo triunfa i lo corrompe i lo adultera todo (O.C., I: 209).

Esta declaración de Sarmiento es una aplicación al tema del idioma de una de sus ideas fundamentales: romper con el pasado en lo que tiene de obsoleto y lanzarse a las novedades del progreso, donde ya no es España la que dice a América cómo debe hablar sino que es su propio pueblo quien crea su idioma, según sus necesidades. La pequeña chispa arrojada por Sarmiento se transforma en incendio cuando aparece la contestación firmada por “Un Quidam”, quien no es otro que Andrés Bello. El ilustrado venezolano defenderá el rol rector de la clase ilustrada en materia de idioma con las siguientes palabras:

Contra éstos reclaman justamente los gramáticos, no como conservadores de tradiciones i rutinas, en espresión de los redactores, sino como custodios filósofos a quienes está encargado, por útil convención de la sociedad, fijar las palabras empleadas por la gente culta i establecer su dependencia i coordinación en el discurso, de modo que revele fielmente la espresión del pensamiento. De lo contrario, admitidas las locuciones exóticas, los jiros opuestos al jenio de nuestra lengua, i aquellas chocarreras vulgaridades e idiotismos del populacho, vendríamos a caer en la oscuridad i el embrollo, a que seguiría la degradación; como no deja de notarse ya en un pueblo americano, otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se ve degenerado el castellano en un dialecto español-gálico (El Mercurio, 12 de mayo de 1842. Reproducido en una nota en O.C., I: 252-253).

Y más adelante, respecto de la soberanía del pueblo en el idioma, añade:

En las lenguas, como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades, como las del habla en las que ha de espresarlas; i no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma (O.C., I: 254).

Paul Verdevoye ha advertido que la oposición entre las posiciones de Sarmiento y Bello no debe ser exagerada. Existía entre sus posturas un suelo común, pues para ambos estaba fuera de discusión la preponderancia de la cultura y el arte europeos, como punto de partida para la formación de una cultura latinoamericana³⁹. Sin embargo lo que los separa, más allá de la rivalidad entre clasicismo y romanticismo, es la forma y estrategia que tienen ambos, como representantes de la clase letrada, para relacionarse con el público lector y con los lectores potenciales, es decir, con el pueblo y todos aquellos que no forman parte del círculo ilustrado. Si Sarmiento clama por una innovación y mayor libertad en el idioma y por el rechazo de una tradición culterana y arcaizante, es porque ésta última representa la antigua

³⁹ “Hay en ambos el reflejo de la situación de la cultura americana en una encrucijada, donde confluían la tradición española y las nuevas corrientes. Hay por lo menos un punto sobre el cual estuvieron de acuerdo en su encuentro chileno: ambos daban por sentado que lo que llamaban arte o literatura tenía origen europeo. Y si preconizaban la aplicación de la lección de modelos a la descripción de la naturaleza americana, a la evocación de temas históricos americanos, se movían dentro del ámbito de una misma cultura. En la trayectoria del pensamiento americano, cabe advertir este parentesco intelectual. Si hubo oposición entre ellos, no se dio, como más tarde, entre indigenistas y europeístas; se trató más bien de variaciones dentro de una misma concepción cultural” (Verdevoye, 2002: 307).

relación entre la corona y el pueblo americano. Al nuevo orden político le corresponde una nueva configuración del orden social y de las relaciones entre oligarquía, clase letrada y pueblo. La misión de la clase letrada es, para Sarmiento, justamente la de establecer la mediación entre el pueblo y la oligarquía, entre la cultura europea y las viejas costumbres, sello de la ignorancia colonial. Y para Sarmiento, un intelectual más despreocupado y por lo mismo más pragmático, la única manera efectiva es acercarse e integrar al pueblo en el debate público como el mejor modo de instruirlo. Y este sería para Sarmiento la única vía posible para poder generar una cultura viva, arraigada en el pueblo. Algo de esto se intuye en su “Contestación a un *Quidam*” aparecida el 19 de mayo de 1842 en *El Mercurio*:

Por manera que los que han renunciado a su propio pensamiento para repetir las tradiciones de sus pedagogos, en lugar de enseñar nuestros admirables modelos, debían ocuparse con más aprovechamiento de sus discípulos, de enseñar el arte de importar ideas i los medios de espresarlas, porque esta es la ocupación primordial del castellano (O.C., I: 217).

El arte de importar ideas y el modo de expresarlas para transformarse en un mediador y traductor cultural⁴⁰ será la principal tarea de Sarmiento como publicista. Pues al sanjuanino, por sobre una cultura muerta, le interesa el saber que mueve a la acción, que transforma la realidad y tiene consecuencias prácticas⁴¹. Un ejemplo de ello es su intento por capturar a un público lector femenino⁴². En la serie de artículos “Cartas de dos amigas” (publicados en el *El Progreso*, los días 16, 18 y 22 de noviembre; 29 de diciembre de 1842; y 2 de enero de 1843)⁴³, Sarmiento adopta las voces de dos mujeres, Rosa y Emilia, que mantienen correspondencia. La adopción de la voz femenina prueba nuevamente el intento de Sarmiento por identificarse con sus lectoras, adentrarse en su mundo y desde ese escenario incorporarlas a las ideas y cambios necesarios al progreso. En el artículo “Al oído

⁴⁰ En su análisis de *Recuerdos de Provincia*, Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano ahondan en el relato sarmientino acerca de sus años de aprendizaje, donde el estudio de los libros europeos es percibido por el mismo Sarmiento como un esfuerzo de traducción, que intenta acercar ese pensamiento europeo al contexto concreto de la realidad americana. Altamirano y Sarlo rescatan la siguiente frase de Sarmiento: “Traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano, con los cambios que el diverso escenario requería” (Sarmiento, 1979: 168). Los autores reparan en cómo la producción de saber es concebida por Sarmiento como un proceso de traducción cultural, que es el resultado final del largo periplo de aprendizaje que describe la autobiografía sarmientina. Altamirano y Sarlo dicen que Sarmiento se pinta así mismo, en sus *Recuerdos*, como una “máquina de aprender”: en su condición de autodidacta, Sarmiento realiza su aprendizaje a través de la lectura de una larga “cadena de libros” que él mismo va juntando, ordenando, relacionando y yuxtaponiendo en su ideario, sin que medie la figura de un maestro o un tutor. La culminación de este largo pasaje por la cadena de libros es el proceso de traducción cultural, que Sarmiento realiza a través de su escritura: “Traducción en sentido figurado, pero también en sentido propio: entre sus obras Sarmiento menciona especialmente, sobre el final de *Recuerdos*, los libros que ha traducido o que ha encargado traducir. Porque es precisamente esa otra máquina, junto con la cadena de libros, la máquina de traducir, la que produce el aprendizaje cuyo modelo se describe en *Recuerdos*” (Altamirano y Sarlo, 1997: 130).

⁴¹ Bernardo Subercaseaux destaca en Sarmiento su agudeza a la hora de pensar en políticas para la instalación de imprentas y el estímulo de la compra y lectura de libros en Chile. Sarmiento se diferencia de sus contemporáneos de la élite letrada chilena, pues es de los pocos que posee una sensibilidad más pragmática, donde el ideal está supeditado a su efectiva aplicación práctica, una aplicación que se adapte a la realidad concreta de la sociedad chilena, con sus carencias y dificultades a la hora de crear políticas culturales con un alcance y efecto real. Por esta razón es de los pocos que tiene una conciencia certera de la doble naturaleza del libro como bien social y bien económico (Subercaseaux, 1993: 55-67).

⁴² Nuevamente, Graciela Batticuore desarrolla en profundidad las estrategias de Sarmiento respecto al público lector femenino y las políticas en la educación del “bello sexo” que adoptará años más tarde en Argentina. Véase Batticuore, especialmente la sección del Capítulo II dedicada a Sarmiento (2005: 68-99).

⁴³ Véase O.C., II: 24-45.

de las lectoras” (*El Progreso*, 16 de diciembre de 1842)⁴⁴ nuevamente intenta adentrarse en el espacio del público femenino, pidiendo la máxima cercanía al querer susurrarles al oído, en tono lúdico y seductor. Si bien hay implícita en estas estrategias una actitud paternalista, ésta queda encubierta bajo la estrategia de acortar distancia y tomar la voz de su público como si fuera la suya propia, por eso les ofrece publicar un “figurín de modas”, es decir, una sección que sea para ellas, que atienda a sus intereses. A partir de la ganancia de ese espacio, Sarmiento busca introducir su discurso educador. No podemos dejar de sorprendernos nuevamente del contraste entre Alberdi, con su tono despectivo, y Sarmiento, para quien todo vale con tal de triunfar en una misión que va a la caza del lector. Todas estas estrategias alcanzarán un punto culminante cuando Sarmiento publique *Facundo*.

3. *Facundo* y la lucha entre civilización y barbarie

Cuando apareció *Facundo*, el año 1845 en la sección de folletín del diario *El Progreso*, su publicación fue motivada por un acontecimiento concreto: la llegada a Chile de un representante de Rosas, Baldomero García, quien entre otras cosas, venía a pedir una mayor vigilancia a los exiliados argentinos y sus publicaciones difamadoras contra el gobierno de Rosas. Si bien el texto fue escrito bajo la urgencia política del momento, comentaristas como Ana María Barrenechea aseguran que en la escritura de *Facundo* existe “un plan constituido antes de redactar el libro” (Barrenechea, 1978: 39). Efectivamente, las ideas y la forma de exposición parecen haber sido producto de una larga decantación en la mente de su autor, una maduración en cierta medida desarrollada al alero de su carrera como publicista en Chile. *Facundo*, de hecho, reúne varias de las estrategias del autor: aúna el conocimiento libresco a la posición testimonial, lo relatado es algo que el autor en cierta medida ha *vivido*, su relato tiene la fuerza del conocimiento alcanzado a través de lo visto, lo vivido y lo sufrido, la historia que cuenta es tan suya como su voz o su carne y es modulada desde el timbre de una voz concreta, particular. A esto se suma que la obra está estructurada como una biografía que sirve a modo de ilustración de una época, de una sociedad y de sus males, encarnadas en la figura del caudillo. Ya Sarmiento era consciente del poder aleccionador de las biografías, como demuestra en su artículo “De las biografías” (*El Mercurio*, 20 de marzo de 1842):

La biografía de un hombre que ha desempeñado un gran papel en una época i pais dados, es el resúmen de la historia contemporánea, iluminada con los animados colores que reflejan las costumbres i hábitos nacionales, las ideas dominantes, las tendencias de la civilización, i la dirección especial que el genio de los grandes hombres puede imprimir a la sociedad (...). La biografía es, pues, el compendio de los hechos históricos más al alcance del pueblo i de una instrucción más directa i más clara. Mucho trabajo cuesta comprender el enlace de la multitud de acontecimientos que se desenvuelven a un mismo tiempo; pero nada es más fácil, ni hai cosa que escite mayor interés i nueva simpatias más ardientes, que la historia particular de un hombre a cuyo nacimiento asistimos (O.C., I: 178-179).

⁴⁴ Véase O.C., II: 75-79.

Sarmiento, consciente de la eficacia de la biografía para ilustrar los conflictos de una época como forma de relato pedagógico y persuasivo a la hora de dirigirse al pueblo, acude a esta fórmula para escribir *Facundo* y le otorga a la apertura del texto la fuerza de un escenario teatral, que abre con una invocación y el anuncio de un secreto que el texto busca develar:

¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! Tú que conoces el secreto: ¡revélanoslo! (Sarmiento, 1985: 7).

Sarmiento invoca a un cadáver, gesto teatral y truculento que encontrará su continuación en los varios episodios sangrientos que aparecen a lo largo del texto, y que le imprimen un atractivo épico y novelesco a su relato. Elizabeth Garrels comenta que *Facundo*, aunque fue publicado en la sección de folletín, no responde a las condiciones de producción clásicas del género, donde eran el éxito e interés del público los elementos que guiaban la trama a seguir; sin embargo, el autor echa mano a varias estrategias típicas del folletín: la mantención del suspenso entre una entrega y otra, la dispersión en diversas anécdotas que buscan mantener la atención del lector y que son reconducidas siempre a la trama principal y a una unidad mayor, la profusión de episodios sanguinarios, etc. (Garrels, 1988: 424). A esto se suma la división de la obra en partes que presentan primero el escenario, con sus pampas y gauchos; luego al personaje principal y después la acción. Este montaje teatral, sumado a las estrategias del folletín y la elección de una biografía, son todas artimañas destinadas a ampliar el público lector: es un libro que le habla al pueblo chileno, a su gobierno, a la élite letrada chilena, a los europeos (utilizando una disposición del material similar a la de Tocqueville en su *Democracia en América*: primero se describe el territorio, luego sus personajes típicos y finalmente sus costumbres, en este caso la *falta de asociación*), a los argentinos de la Generación de '37 y finalmente a Rosas mismo; aludido confrontacionalmente en el último capítulo. Y el objetivo del relato no es otro que explicar qué significa en Argentina la lucha entre civilización y barbarie.

Sarmiento utiliza ambos términos, civilización y barbarie, antes de escribir *Facundo* de manera más o menos constante: en sus artículos de prensa civilización es Europa, es la lucha por la libertad representada por la revolución francesa y la emancipación norteamericana, es la ciudad productiva e industrial, es el teatro, la prensa como difusora de ideas, la educación y el libro como objeto de consumo masivo. Barbarie en cambio son las luchas intestinas en Argentina, pero también las peleas de partido en Chile, la prensa cuando se limita a ser medio de las rencillas facciosas, las costumbres coloniales heredadas de España y la Inquisición, el árabe⁴⁵ y el mismo Rosas. Pero sólo en *Facundo* aparecen como categorías explicadas y relacionadas entre sí bajo la forma de una lucha que envuelve el destino de la nación. Paul Verdevoe, en su excelente investigación, muestra cómo Sarmiento a lo largo de su carrera como publicista, va reflexionando acerca de la situación argentina y el origen de su mal. Sabe que los conceptos claves son civilización y barbarie, pero lo central es mostrar cómo ambos se relacionan y se encuentran entrelazados en el contexto específico de América Latina y Argentina. A Sarmiento le interesa construir, a partir de estas nociones y la investigación de su funcionamiento, una suerte de filosofía de la historia (Verdevoe, 1963: 381), al modo de Guizot, Michelet o Tocqueville; tres de sus

⁴⁵ Ya en *El Zonda* el oriental musulmán aparece como representante de una sociedad bárbara: "Clase de libros que alimentan esta sed ardiente, que debemos tener en conocimientos, para avanzar en la carrera de la civilización, en las artes, industria y agricultura cuyo progreso se hacen sentir hoy con vergüenza nuestra, hasta en Constantinopla y Egipto, no obstante el embrutecimiento á que el fanatismo religioso tienen reducidos á los que profesan las doctrinas de Koran" (*El Zonda*, n° 2, del 3 de agosto de 1839).

autores favoritos, pero sabe que esa filosofía debe construirse a partir de la observación de la historia y el suelo argentino. Por esta razón civilización y barbarie jamás aparecen definidos en *Facundo*, son conceptos operativos, cuya oposición se define por asociaciones y contigüidades, metáforas, metonimias, imágenes y analogías⁴⁶.

Para Sarmiento el problema de la barbarie es definido, en principio, negativamente, es aquello de lo cual se carece, lo que falta: ciudad, asociación, educación, vías de comunicación. Nace del suelo americano, de las pampas que dificultan la asociación y van modelando a su habitante, imprimiéndole sus rasgos de naturaleza salvaje, de vacío y ausencia de límites: “El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes, y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre una y otra provincia” (Sarmiento, 1985: 23). Pero los rasgos naturales⁴⁷ y la consiguiente falta de asociación por sí solos no bastan para explicar la existencia de los sanguinarios caudillos que asolan la región e impiden el surgimiento de la vida civilizada. Sarmiento busca en las costumbres hispanas, mezcladas con la influencia indígena, es decir, en el mestizaje cultural, el origen de los males. Y los signos de este mestizaje cultural va a encontrarlos en el traje, en las vestiduras, en las herramientas de los pueblos. A partir del detalle exterior, Sarmiento extrae el estado de civilización. Una muestra de que estas ideas estaban presentes en su pensamiento algunos años antes de *Facundo*, la encontramos en uno de sus artículos más tempranos, “Avíos y Monturas” (*El Mercurio*, 23 de febrero de 1841):

Los pueblos (...) descubren su jenio, su espíritu, sus necesidades i su civilización en la manera i forma de sus equipajes i vestidos. La civilización ha tomado su forma exterior la misma en todas partes. El hombre culto usa fraque, periódicos, reloj, levita, gobiernos constitucionales donde puede, literatura nacional, silla, ciencias, etc., etc., etc. (...) El arjentino que sigue a grandes pasos, gracias a su gobierno, la cultura de sus vecinos los pehuenches, usa

⁴⁶ Piglia indica cómo la analogía y la comparación son un método para apropiarse de la alteridad de la pampa y reinscribirla en un mapa cultural que la vuelva inteligible: “En Sarmiento la erudición tiene una función mágica: sirve para establecer el enlace entre términos que a primera vista no tienen relación. Si Sarmiento se excede en su pasión, un poco salvaje, por la cultura es porque para él conocer es comparar. Todo adquiere sentido si es posible reconstruir las analogías entre lo que se quiere explicar y otra cosa que ya está juzgada y escrita. Para Sarmiento saber es descifrar el secreto de las analogías: la semejanza es la forma misteriosa, invisible, que hace visible el sentido. La cultura funciona sobre todo como un repertorio de ejemplos que pueden ser usados como términos de la comparación” (Piglia, 1980: 17).

⁴⁷ Pese a que, a partir de la lectura de *Facundo*, muchos comentaristas han afirmado que Sarmiento atribuye al clima y geografía un peso determinante en el grado de barbarie de los pueblos. Dicha afirmación es discutible, al menos en los escritos de Sarmiento de la década del '40, si se lee atentamente su obra como publicista. Para el argentino los rasgos físicos de la pampa favorecen la vida indómita del gaucho, pero no poseen un carácter determinante por sí solos, sino sólo en conjunto con la falta de educación y de instituciones. Sarmiento hace burla en varias ocasiones de los naturalistas europeos que ven el clima como un factor determinante en las capacidades intelectuales y en la organización social de los pueblos. He aquí un ejemplo tomado del artículo “Canto al incendio de la compañía” (*El Mercurio*, 15 de julio de 1841): “Moda ha sido desde tiempos de Montesquieu dar al clima una grande influencia en el carácter de los hombres; pero ya esta *razon suficiente* ha dejado de ser tal, desde que se han visto a los pueblos de las llanuras i a los que coronan las montañas rivalizar en bravura i amor a la libertad” (O.C., I: 86). Otro ejemplo en “Segunda contestación a un *Quidam*” (*El Mercurio*, 22 de mayo de 1842): “¿A qué causa atribuir tamaño fenómeno?... ¿Al clima que hielas las almas?... ¿A la atmósfera que sofoca y embota la imaginación?... ¡Bella solución, por cierto que no sólo condena a la impotencia y a la esterilidad la generación presente, sino que insulta a las venideras, y pronuncia sobre ellas un fallo tan injusto como arbitrario! No, no es el clima, que es variado y risueño, y ha cobijado almas enérgicas y guerreros valientes. No es eso, es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los admirables modelos, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos” (O.C., I: 223).

cueros, caronas de vaca, bolas. En sus espuelas nazarenas, como si dijéramos crucificadoras, con enormes, ralas i agudas púas, se descubre de leguas su gusto favorito de derramar sangre; en sus miniaturas de estribos que no le aprisionan sino un dedo, su amor a la libertad; en todo su sencillo aparato, su sencillez republicana i sus hábitos democráticos, su odio a la dominación francesa, su nacionalidad pampera, su gobierno federal (O.C., I: 9-10).

En esta cita, firmada con seudónimo por “Un Pinganilla”, donde el narrador se identifica como un viajero “gringo”, aparece la hermenéutica de Sarmiento, heredada del costumbrismo, especialmente de Mariano Larra (Verdevoye, 1988). Aparece también la influencia del indio en el atraso del argentino, pero también surge un nuevo elemento: la barbarie justificada como amor a la libertad. Aquí es donde aparece la barbarie ya no en su condición más simple de vacío, negatividad y falta, aparece la barbarie en un registro socio-político (Lojo, 1994: 48) que *Facundo* va a explotar, pues a través de él Sarmiento podrá explicar la existencia de un caudillo como Rosas. Si nace de las costumbres hispano coloniales, tiene que ver con la dominación que implica la supresión de toda razón autónoma (por eso, para Sarmiento, España e Inquisición van siempre asociadas como si fueran sinónimos). En términos de su organización social, la campaña aparece traducida como feudalismo, es decir, dispersión de la población, ausencia de industria y sumisión a un líder de carácter militar. Se contrapone a la ciudad, que en la imaginación sarmientina (recordemos que Sarmiento no conoce Buenos Aires, y la ciudad es siempre en *Facundo* una ciudad imaginada, una Buenos Aires fundada en el reino del *deber ser*) es una ciudad europea, culta, con ciudadanos libres y educados, que asisten al teatro, leen el diario y poseen escuelas por doquier. A su vez la campaña tiene una segunda equivalencia, es feudal, pero también es oriental, y con esto Sarmiento designa no sólo el nomadismo del pueblo árabe, sino su carácter violento y despótico (Altamirano, 1997: 88-89) y su adhesión acrítica a la religión del Corán.

De este modo, la barbarie no es algo que pueda ser definido, pues no existen palabras para ella más que por aproximación, por analogía y por oposición. El texto no la presenta de un solo golpe, sino que la va palpando: describe, compara y vuelve inteligible su sustancia esquiva, su *secreto*. En lugar de aplicar conceptos europeos sin previo examen, Sarmiento va explorando minuciosamente aquello que desea describir, lo va presentando de a poco y luego lo va traduciendo, para que el público letrado pueda entender. Esto es lo que Julio Ramos ha llamado un “saber del otro” (Ramos, 2003), pues Sarmiento actúa como un traductor cultural, que hace inteligible para los círculos letrados (y también para los europeos) una realidad que la letra no había podido asir. Si queremos eliminar la barbarie, piensa Sarmiento, es preciso antes producir un saber acerca de la misma. Paradójicamente, el saber acerca de la barbarie transforma a su objeto en positividad en el plano de la producción estética: domada por la letra, la barbarie se vuelve objeto de una literatura nacional y de goce estético para el mundo civilizado.

Si la barbarie es definida desde su negatividad para transformarse en un saber productivo, la civilización es fácil de comprender. No es necesario producir un saber acerca de ella, pues está disponible en los libros europeos. Sin embargo, resta comprender cómo esa civilización puede florecer en tierra americana. Mientras no surja esa pregunta, la oposición entre civilización y barbarie es clara: barbarie es la campaña, la civilización es Buenos Aires; bárbaro es *Facundo* y civilizado es Rivadavia, la civilización organiza a sus pueblos a través de la democracia, las escuelas y las ideas; la barbarie, alrededor del fusil y el amor por lo sanguinario. Pero si la civilización de Rivadavia ha fracasado, es necesario explicar por qué. Y aún más difícil, explicar quién es Juan Manuel de Rosas:

un bonaerense educado, empresario estanciero y un caudillo sanguinario, es decir, una extraña conjunción entre civilización y barbarie. La oposición comienza a tambalear y como ha señalado Jitrik, cuando Rosas se apodera de la culta Buenos Aires y hace que ésta última caiga sobre las provincias y el interior, asolando a sus habitantes, ocurre algo extraño pues la oposición entre civilización y barbarie queda subvertida (Jitrik, 1968). Es lícito decir entonces que para Sarmiento las categorías de civilización y barbarie constituyen una oposición inclusiva: existe en la barbarie un conato de civilización y en la civilización, un impulso que puede transformarse en barbarie. El conato de civilización presente en la barbarie aparece en los tres tipos descritos por Sarmiento en el capítulo II de *Facundo*: el baqueano, el rastreador y el gaucho cantor; representan una versión primigenia del geógrafo, el perito y el artista musical. Si bien para Sarmiento esta protocultura parece destinada a desaparecer si queremos fundar un nuevo orden, no deja de reconocer el atractivo de estos personajes que, nuevamente, se ofrecen como objetos estéticos para una literatura nacional. En el caso de la civilización, su peligro de devenir barbarie yace allí donde está depositada su mayor grandeza: la libertad. Sarmiento no se cansa de decir que el gaucho y el caudillo aman la libertad: libertad de cabalgar sin obstáculo a lo ancho de las pampas, libertad para guerrear e imponer su voluntad allí donde lo deseen. Pero claramente ésta no es la misma libertad por la que luchó Francia en su revolución, la que ama la democracia, la libertad de prensa y el libre comercio. La libertad que el gaucho ama es una versión degradada de aquella que fue defendida por los próceres de la independencia, pero que, en un contexto de costumbres atrasadas y de pueblos carentes de educación letrada, degenera en lucha sanguinaria. Sarmiento, que ha vivido en Chile durante el gobierno de Bulnes, reconoce que el exceso de libertad conlleva el peligro de un Rosas o de un Robespierre. Y sabe que los pueblos no están preparados para ella a menos que se den las condiciones ideales de educación extendida, libertad de prensa, estímulo de las artes, libertad en el comercio y la creación de una industria productiva, como ocurrió en Francia, que superó el obstáculo de la barbarie y su sangre.

De este modo, es fácil ver que la barbarie, sin que Sarmiento lo note demasiado, es en cierta medida también un producto de la civilización y en ella está su más profundo secreto, pues sólo puede ser definida a partir de la civilización, y sólo es visible y se vuelve un verdadero problema para el hombre que es civilizado o que busca fundar un orden acorde a la civilización. Para exorcizar la barbarie de sus entrañas, la nación americana que busca ser civilizada debe deshacerse del peso retrógrado de las costumbres coloniales y de la influencia indígena, para fundar un nuevo orden *ex nihilo* (Ossandón, 1992).

4. La Civilización soñada: imaginación y deseo en la imagen de Europa.

La civilización, en el pensamiento de Sarmiento, como ideal al cual Argentina y Latinoamérica debían aspirar, tenía a las sociedades de Europa como modelo por excelencia. Y al interior de Europa, Francia parecía ser la nación que llevaba el estandarte del progreso: era la tierra de la revolución, del ideal de la libertad, de los grandes escritores del romanticismo social como Víctor Hugo o Lamartine, de la filosofía de la historia de Cousin, Guizot y Michelet. La referencia a la cultura francesa como modelo a seguir es constante en los artículos de prensa de Sarmiento. En su polémica con Andrés Bello sobre la lengua, el venezolano acusará a Sarmiento de corromper el idioma español y sus modelos

clásicos con su excesivo uso de galicismos, vicio adquirido de la lectura de los franceses. Sarmiento contesta de manera tajante:

¿Se quejan los franceses o ingleses de los españolismos que se introducen en sus idiomas respectivos? ¿Por qué los españoles, que no son puramente gramáticos, no estudian los admirables modelos de su rica literatura i van a estudiar las literaturas extranjeras, i luego se lanzan a escribir según la versión que más han leído? (...) Eso es, pues escriben según la versión que más leen, i no es su culpa si la antigua pureza del castellano se ve empañada desde que él ha consentido en dejar de ser intérprete de las ideas que viven hoy los mismos pueblos españoles. Cuando queremos adquirir conocimiento sobre la literatura estudiamos a Blair el inglés, o a Villemain el francés, o a Schlegel el alemán; cuando queremos comprender la historia, vamos a consultar a Vico el italiano, a Herder el alemán, a Guizot el galo, a Thiers el francés; si queremos escuchar los acentos elevados de las musas, los buscamos en la lira de Byron o de Lamartine o de Hugo, o de cualesquiera otro extranjero; si vamos al teatro, allí nos aguarda el mismo Víctor Hugo i Dumas i Delavigne i Scribe i hasta Ducange; i en política i en legislación i en ciencias i en todo, sin escluir un solo ramo que tenga relación con el pensamiento, tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma. Parecía que en religión, en historia i costumbres nacionales, hubiésemos de contentarnos con lo que la católica España nos diese de su propio caudal; pero desgraciadamente no es así. Los españoles de hoy traducen los escritos extranjeros que hablan de su propio país, i nunca tuvieron en religión un Bossuet, ni un Chateaubriand, ni un Lamennais (O.C., I: 215).

El argumento de Sarmiento es claro: el lenguaje se adapta a las ideas y si las ideas provienen de una cultura foránea, será inevitable que la pureza del idioma español se corrompa. La necesidad de importar ideas y con ellas impulsar el progreso, es más apremiante y es el primer deber del intelectual latinoamericano. Y la madre patria del progreso es, para Sarmiento, Francia. Obviamente el argentino estaba fuertemente influenciado por su lectura de los franceses, hecho bien claro en los epígrafes de *Facundo*, entre los cuales encontramos a Lamartine, Víctor Hugo, Lerminier, Cousin, Fortoul y Villemain. Incluso aunque cita a Shakespeare en dos de sus epígrafes, lo hace en francés. Lo cierto es que Sarmiento podía leer en francés, lo que le permitía acceder a cuanto libro o revista francesa cayera en sus manos. En cambio, su conocimiento del inglés era limitado, lo que explica que los epígrafes de Shakespeare y Francis Bond Head⁴⁸ aparezcan en francés. La lengua de los galos era la puerta de acceso de Sarmiento a la cultura europea y no es de extrañar que este factor fuera de vital importancia en el deslumbramiento que el argentino sentía frente a la producción intelectual de los franceses, que en materia de historia, filosofía y literatura parecen estar a la vanguardia de los tiempos a ojos del sanjuanino. De hecho, no sólo él era víctima de dicho deslumbramiento. El general, los jóvenes liberales sudamericanos de la década del '40 cayeron bajo el hechizo del liberalismo francés y el romanticismo social, que veían como la continuación natural del ideario ilustrado de la revolución: las lecturas de Rousseau, Montesquieu y Diderot

⁴⁸ Existen indicios para creer que Sarmiento no leyó directamente la obra de Head *Rough Notes taken during some rapid journeys across the pampas and among the Andes*, publicada por primera vez en 1826. Lo más probable es que haya leído un comentario sobre la misma aparecida en *Le Globe* de París ese mismo año (Haberly, 2005: 287-293).

acompañaban a las de Víctor Hugo, Cousin y Michelet (Zea, 1949). En particular, la corriente francesa de historiadores que abogaban por una filosofía de la historia, que investigara las leyes o principios que daban forma a los hechos históricos, sedujo muy especialmente a la generación de liberales como José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao en Chile, José María Samper en Colombia o Esteban Echeverría, Vicente Fidel López y el mismo Sarmiento en el caso de los argentinos; pues dicha línea de pensamiento sostenía la idea de la marcha histórica hacia un progreso indefinido y la perfectibilidad de las sociedades humanas⁴⁹. La idea de estudiar el pasado y a través de éste comprender las leyes que desenvuelven el devenir histórico, era atractiva a los jóvenes latinoamericanos que, como Sarmiento, deseaban que sus pueblos avanzaran hacia la modernidad. Sarmiento defiende entonces el ideal del progreso estudiado al alero de la filosofía de la historia de los franceses:

Nosotros creemos en el progreso, es decir, creemos que el hombre, la sociedad, los idiomas, la naturaleza misma, marchan a la perfectibilidad, que por tanto es absurdo volver los ojos atrás y buscar en un siglo pasado modelos de lenguaje, como si cupiese en lo posible que el idioma hubiese llegado a su perfección en una época a todas luces inculta, cual es la que citan nuestros antagonistas; como si los idiomas, expresión de las ideas, no marchasen con ellas; como si en una época de rejección social, el idioma legado por lo pasado había de escapar a la innovación i a la revolución (O.C., I: 247).

Sarmiento entiende este ideal de progreso y civilización, que es la meta a alcanzar, como una intensa transformación, donde las sociedades rechazan las viejas tradiciones estériles, para entregarse a la novedad que introduce el “genio creador del pueblo”, que es puesto al centro de la creación artística y de la producción cultural no tanto como agente de la misma, sino como objeto susceptible de ser retratado por el arte y como público al cual deben dirigirse esas mismas producciones. Por ello es necesario proclamar un nuevo canon para todo: nuevas instituciones, nuevas ideas, nueva literatura, la renovación del idioma, la centralidad de la prensa como medio difusor de los nuevos tiempos; en fin, la cultura y las costumbres se renuevan para ponerse al servicio de una causa útil: la civilización. Por esta razón las tradiciones y costumbres en lo social, las formas clásicas en las artes, quedan caducas si no son capaces de ajustarse a este ideal. En la polémica sobre el romanticismo, desatada por el artículo de su amigo Vicente Fidel López “Clasicismo y Romanticismo”, publicado en el n° 4 de la *Revista de Valparaíso* en mayo de 1842, aparece una defensa, escrita por López, del romanticismo como una literatura que se pone al servicio de los fines del progreso:

La crítica de hoy no se cuida ya tanto de saber si una obra es bella, cuanto de resolver si puede ser bella sin ser útil a la humanidad; se pretende, pues, y con razón, humanizar la poesía y despojarla de sus pretensiones aristocráticas y divinos atavíos, para que no sólo sea el néctar servido en los festines del Olimpo

⁴⁹ Sobre el ideario de las corrientes historiográficas de Francia durante el siglo s.XIX véase Picard (2005: 213-235) y White (2005: 135-160). Sobre la influencia del romanticismo social y el liberalismo franceses en los intelectuales latinoamericanos, véase Zea (1949). Para el caso de Chile, especialmente de Lastarria, véase Subercaseaux (1979: 73-122).

y de los héroes, sino también el pan de los pueblos y uno de los instrumentos del progreso que ellos reclaman con pleno derecho (Pinilla, 1943: 12)⁵⁰.

La idea de la utilidad del arte como medio de difusión del progreso, que por lo mismo debe ampliar su público y abandonar sus viejas formas, la idea de un nuevo canon de lo bello supeditado al progreso y al ideal de la libertad individual como medios de alcanzar la civilización, son tomadas de ese espíritu renovador que predicaban los autores franceses. Víctor Hugo proclamará que el romanticismo en literatura no es más que el liberalismo en historia: la abolición de las formas antiguas de la literatura y de las instituciones sociales para gestar un nuevo orden donde la libertad sea el bien supremo de cada individuo (Picard, 2005: 18). Sarmiento, inspirado en los franceses, abogará por aplicar esta completa renovación en las tierras del “Nuevo Mundo”: si los franceses tuvieron su revolución, los latinoamericanos tuvieron su independencia; si los franceses, como los latinoamericanos, hicieron la revolución en política, ha llegado el turno de seguir el paso a la nación culta y hacer la revolución en las costumbres y las ideas. Por esta razón Sarmiento, al defender a Vicente Fidel López en la polémica sobre el romanticismo, se proclamará “socialista”:

Hemos sido siempre y seremos eternamente socialistas, es decir, haciendo concurrir el arte, la ciencia y la política, o lo que es lo mismo, los sentimientos del corazón, las luces de la inteligencia y la actividad de la acción, al establecimiento de un gobierno democrático, fundado en bases sólidas, en el triunfo de la libertad y de todas las doctrinas liberales, en la realización, en fin, de los santos fines de nuestra revolución. (...) Entre estas ideas tomadas al vuelo (...) tenemos la de propender a la igualdad, contribuyendo a la mejora intelectual de las masas (Pinilla, 1943: 108).

La proclamación que hace Sarmiento de este credo “socialista”, es decir, de la abolición del antiguo orden colonial, donde la producción cultural estaba destinada a una élite letrada, se traduce en una nueva relación entre dicha clase letrada y el pueblo. La producción cultural debe dialogar con las masas y dirigirse a ellas para acelerar la transformación social hacia el progreso. Ya hemos mencionado antes que Sarmiento desea desempeñar un rol de mediador entre las producciones culturales y políticas de Europa y el pueblo sudamericano, que es interpelado por el letrado, cuyo deber es guiar, a través de su actividad en la prensa, en la literatura, en la historia y la política, el proceso que conduzca a las naciones latinoamericanas hacia la civilización. Sarmiento lo plantea así en su discusión con Bello:

Los idiomas vuelven hoy a su cuna, al pueblo, al vulgo, i después de haberse revestido por largo tiempo el traje bordado de las cortes, después de haberse amanerado i pulido para arengar a los reyes i a las corporaciones, se desnuda de estos atavíos para no chocar al vulgo a quienes los escritores se dirijen, y ennoblecen sus modismos, sus frases i sus valientes i expresivas figuras. El panteísmo de todas las civilizaciones, de todas las literaturas que las investigaciones de los modernos construyen; la mezcla i la fusión de las ideas de todos los pueblos en una idea común, como la que empieza a prepararse; el contacto diario de todas las naciones que mantienen el comercio; la necesidad de estudiar varios idiomas; la incorrección i la superficialidad de la prensa periódica i las diversas escuelas literarias; en fin, el advenimiento de tantos

⁵⁰ Cito los artículos que componen la polémica del romanticismo a partir de la edición de Norberto Pinilla *La Polémica del Romanticismo en 1842: Vicente Fidel López, Domingo Faustino Sarmiento y Salvador Sanfuentes (1943)*, por ser la única que reúne todos los artículos que participaron de dicha discusión.

hombres nuevos, audaces i emprendedores, hacen vacilar todas las reglas establecidas, adulteran las formas primitivas i excepcionales de cada idioma, i forman un caos que no desembrollarán los gritos de los gramáticos todos, hasta que el tiempo i el progreso hayan sacado al arte como los idiomas de la crisis que hoí experimentan (O.C., I: 220-221).

Sarmiento ve en Francia aquel “panteísmo de todas las civilizaciones” y no vacilará en afirmar que es el “país más culto del mundo” (O.C., I: 291). No es raro que pensara así si su acceso a la cultura europea eran principalmente las revistas y libros de Francia, más aún si los mismos franceses, como Guizot (uno de los autores predilectos de Sarmiento), no tenían mayor dificultad en afirmar que Francia era, en aquella época, el centro indiscutido del progreso y la civilización:

creo poder decir, sin lisonja, que Francia ha sido el centro, el hogar de la civilización de Europa. Sería excesivo pretender que Francia ha marchado siempre y en todas direcciones a la cabeza de las naciones. En diversas épocas ha sido adelantada en las artes por Italia, en las instituciones políticas por Inglaterra. Acaso, desde otros puntos de vista, en ciertos momentos se encontrarían en Europa otros países que la habían sobre pujado, pero es imposible desconocer que siempre que Francia se ha visto rebasada en la carrera de la civilización ha tomado nuevo vigor, se ha lanzado para encontrarse en seguida al nivel o delante de todos. Y no solamente ha sido éste el destino peculiar de Francia; las ideas, las instituciones civilizadas, si puedo hablar así, nacidas en otras tierras, cuando han querido trasplantarse, hacerse fecundas y generales, obrar en provecho común de la civilización europea, se han visto, en algún modo, obligadas a sufrir en Francia una nueva preparación, y de Francia, como de una segunda patria, han partido a la conquista de Europa. No hay casi ninguna gran idea, ningún gran principio de civilización que, para difundirse, no haya pasado antes por Francia (Guizot, 1968: 19-20).

Si Francia es, como dirá Sarmiento, el punto céntrico de la civilización (Pinilla, 1943: 97), desde el cual el progreso se expande al resto de las naciones, son los intelectuales los llamados a propagar el impulso civilizatorio hacia las naciones latinoamericanas, en franca condición de atraso social y cultural. La evidente posición subalterna de Latinoamérica frente a la producción cultural de Francia es para Sarmiento un punto de partida que no admite la posibilidad de una crítica hacia los modelos culturales que Francia ofrece. La clase letrada latinoamericana pierde el tiempo al aferrarse a sus costumbres hispanas y al criticar inútilmente las novedades literarias llegadas del país galo, no queda más remedio que admitir la realidad de inferioridad cultural y tomar sin más al arte francés como el modelo a seguir:

Hagamos en secreto un examen de conciencia y un apuntito ligero de todo lo que sabemos aquí en América; de todos los libros europeos que nos han llegado a las manos, todas las doctrinas que hemos bebido, todas las fuentes de saber que hemos consultado; atribuyamos entre objetos de difícil evaluación todo el talento que queramos; su chispa de genio también, aunque hayamos ocultado tanto la posesión de este raro tesoro, que nadie haya llegado a sospecharlo. ¿Qué somos, en todo nuestro pequeño ato, al lado de un escritor más adocenado de esos que criticamos como románticos? ¿No habrán leído ellos lo mismo que nosotros, ellos que viven en el foco más ardiente de la civilización del

mundo, recibiendo el pan en la puerta del horno? (...) ¿cómo se atreven tan descaradamente a levantar su voz, que debiera enmudecer, para desarrajar contra una faz de la literatura moderna, no contra un escritor que al cabo no es más que un hombre, sino contra un siglo entero, contra una forma literaria que ha tenido por patronos a genios de primer orden y por sectarios a centenares de talentos distinguidos? ¿En qué Chimborazo del mundo filosófico nos hemos parado para ver a nuestros pies con ojos desdeñosos a todo un Víctor Hugo...? (Pinilla, 1943: 86-87).

Ese examen secreto de conciencia que Sarmiento exige a sus pares letrados en la polémica sobre el romanticismo, es nuevamente la develación de una carencia. Sarmiento, que en *Facundo* desea desentrañar el secreto de la barbarie argentina y transformarla en ese “saber del otro” (Ramos, 2003: 35-53), nos empuja a develar aquí un segundo secreto: la carencia sociocultural latinoamericana solo puede ser suplida a través de la importación de ideas. Y frente a esas ideas sólo podemos oponer nuestra propia mudez cultural. Sólo aquel que ha estudiado y ha leído los modelos del “foco más ardiente de la civilización” puede alzar su voz, y producir, desde esa intermediación, desde ese rol de traductor cultural que Sarmiento desea para sí, un saber acerca de la civilización, que sea útil para los pueblos latinoamericanos. Sin embargo, cabe preguntarse cómo construye Sarmiento esta mediación entre la metrópolis cultural que es Francia y la realidad latinoamericana. Como hemos mencionado anteriormente, el acceso de Sarmiento a la biblioteca europea, es decir, a las producciones culturales del viejo mundo, era bastante limitado: no sabía leer inglés, manejaba el francés, es cierto, pero aún así el acceso a los libros extranjeros era limitado en América Latina, más aún para un argentino provinciano, formado en San Juan y que para colmo, carecía de una educación formal. El autodidactismo, como hemos dicho ya, era uno de sus flancos débiles, pero también una de sus fortalezas, pues le permitía hacer de una condición cultural precaria, una forma de apropiación cultural (Subercaseaux, 1988) de las ideas foráneas que se adaptaba más libremente a las necesidades de la realidad latinoamericana y a las necesidades del propio Sarmiento en su carrera como autor y letrado sudamericano. Su estrategia de apropiación le permite legitimar su saber acerca de la barbarie argentina en *Facundo*: es un saber legitimado por la experiencia personal (Sarmiento ha sufrido en carne propia los abusos de la barbarie, como exiliado argentino), pero mediado por la lectura de libros europeos que permiten avalar una correcta interpretación de esa realidad bárbara desde un punto de vista civilizado. Al mismo tiempo, ese conocimiento de los libros europeos le permite parchar de algún modo aquello que no sabe, pero que, a través de las descripciones de un viajero inglés como Bond Head, puede imaginar: las pampas argentinas y la vida del gaucho no eran en Sarmiento una experiencia de primera mano, sino aprendida a través de las descripciones leídas en libros sobre viajeros, descripciones a las cuales Sarmiento añade su propia imaginación para configurar el relato de la vida de Facundo Quiroga. Si a esto agregamos que su conocimiento de la cultura europea tampoco es directo en todos los casos, y que muchas veces se refiere a obras que nunca leyó, sino que conoció solamente a través de reseñas en revistas francesas, como ocurre en el caso de los viajes de Francis Bond Head, tenemos una situación bien curiosa de producción de saber, donde la gran mayoría de la información es tomada de a partir de fuentes de segunda mano, para ser reconstruida a través de una curiosa combinación de lecturas, experiencia e imaginación:

Sarmiento read everything he could find, tracking down books and rumors of books. He was desperate to learn, desperate to be letrado, desperate to acquire the intellectual and social authority than European texts could bestow. When

books were not available, he and young men like him throughout the hemisphere hunted down, devoured, and treasured copies of the French journals –the Revue des Deux Mondes, the Revue Encyclopédique, Le Globe– which must at times have seemed to them to contain all of human knowledge. It should not surprise us, thus, that when Sarmiento went looking for his own country, he would encounter one of his sources in the yellowing pages of an old issue of Le Globe (Haberly, 2005: 292).

Si tenemos en cuenta estas características de Sarmiento como escritor, no es difícil comprender la fascinación que Borges sentía por *Facundo* y por la figura de Sarmiento, un intelectual que levantó un libro sobre la realidad argentina sin nunca haber conocido dicha realidad a través de sus propios ojos, sino a través de libros⁵¹. Por esta razón Borges dedica un poema a Sarmiento donde éste último aparece como el hombre que eternamente sueña a la nación argentina. Sarmiento, desde el punto de vista de Ottmar Ette, es un autor que construye su libro *Facundo* dando primacía a “lo oído”, es decir, a las lecturas e informantes, por sobre “lo visto” (Ette, 2003: 69-109). La novedad en Sarmiento es que, consciente de la primacía de “lo visto”, es decir, de la experiencia directa, finge ser testigo directo de lo que relata, tal como lo hace en sus artículos literarios donde finge ser un viajero inglés, un teniente de artillerías o un “gringo” pinganilla. Si este era efectivamente el método usual de trabajo de Sarmiento, la producción de un saber útil para Latinoamérica a partir de retazos de una erudición de segunda mano (Piglia, 1980), que el autor hábilmente transformaba en algo nuevo, digamos que en su propia obra, que no era otra cosa que la producción de un saber para Latinoamérica y desde una perspectiva latinoamericana; es evidente que esa transformación, esa traducción cultural, estaba mediada por sus deseos: deseos de convertirse en un autor eminente en nuestras tierras, deseo de reconocimiento y deseo de liberar a Argentina de la barbarie de Rosas y modernizar la realidad de atraso de los pueblos sudamericanos. Dicho deseo de modernidad, que en Sarmiento, como hemos dicho anteriormente, adquiere dimensiones faústicas, tiene en mente el modelo francés. Pero Sarmiento, como sabemos, nunca había estado en Francia antes de 1846. Su modelo de modernidad, de este modo, también es un producto combinado de lecturas e imaginación, lo que hace fácil que su imagen de la modernidad adquiriera dimensiones utópicas y su visión de la nación y cultura francesas esté altamente idealizada antes de que emprenda sus viajes. Una muestra de esta idealización podemos encontrarla en un artículo publicado en *El Progreso* el 1 de agosto de 1845, antes de que zarpara desde Valparaíso el 28 de octubre de 1845, es decir, dos meses antes de que emprenda camino hacia el “viejo mundo”. Dicho artículo se titula “Un día en Francia”⁵² y comienza con una visita imaginaria al las tierras francesas:

¿No lo creéis? Tanto peor para vosotros; pero he estado en Francia, un solo día, es verdad, en medio del pueblo francés, respirando el aire de Francia, oyendo sus cantares populares, viendo sus regocijos, sus danzas campestres, sus usos i costumbres. I no os imaginéis, consintáis o no en oír mi narración, que he ido a París i que voi a describiros sus monumentos, su Louvre, su Palais Royal, o su Columna Vendôme. Nada de eso. Al vapor que me condujo, o al globo

⁵¹ Véase, por ejemplo, lo que dice Borges en su prólogo a una de las ediciones de *Facundo*: “Es lícito conjeturar que el hecho de haber recorrido poco el país, pese a sus denodadas aventuras de militar y maestro, favoreciera la adivinación genial del historiador. A través del fervor de sus vigiliias, a través de Fenimore Cooper y el utópico Volney, a través de la hoy olvidada Cautiva, a través de su inventiva memoria, a través del profundo amor y del odio justificado, ¿qué vio Sarmiento?” (Borges, 1975: 12)

⁵² Véase O.C., II: 288-301.

aerostático, o al ensueño, no sé qué decir, porque a fe que no lo sé, no le plugo llevarme a las orillas del Sena. He visto las costas meridionales, las riveras del Loira, Burdeos a lo que me imagino, por el acento i fisonomía de las personas con quienes estuve (O.C., II: 288-289).

En este artículo, Sarmiento imagina estar en Francia cuando se reúne con unos amigos inmigrantes franceses en Chile, a celebrar un 27 de julio, el aniversario de la revolución de 1830. Sarmiento finge en un principio estar en Francia, y aunque esta vez no engaña al lector y confiesa el carácter de ensoñación de su estadía en las tierras galas, queda implícito el hecho de que su conocimiento de Francia y los franceses es tan íntimo que es *como si* hubiese estado allí. En la reunión, Sarmiento está rodeado de los que serían distintos representantes del pueblo francés, gente común y provinciana: una costurera, un tapicero, un encuadernador de libros, un médico, un joyero y un fabricante de cerveza; es decir, todos trabajadores y conocedores de un oficio. Es gente del pueblo, pero es un pueblo educado y trabajador. La casa donde se realiza la celebración es humilde y llaman la atención de Sarmiento las paredes decoradas con varios cuadros de Napoleón en distintas facetas y un mármol con la inscripción *27, 28, 29 Juillet 1830*, ante lo que Sarmiento comenta:

Este simulacro me trajo a la memoria que estábamos a 27 de julio, e inferí fácilmente que los fieles allí reunidos celebraban los grandes días en que el pueblo de blusa echó a rodar un trono, una dinastía, i a fe que ha debido quedarle a este pueblo sabrosa la mano, después de un tiro como aquel. Estos hechos no se olvidan, i aunque los proletarios franceses no cosecharon los resultados de su grande hazaña, basta que hayan mostrado una vez de cuánto son capaces, para que se les tenga en cuenta para días más felices (O.C., II: 290-291).

Esta primera presentación de la escena, nos muestra a representantes de un pueblo que no olvida, a diferencia de los chilenos a quienes Sarmiento reclamaba su falta de memoria y agradecimiento a propósito de la batalla de Chacabuco⁵³. Es la representación de un pueblo ideal, que ama y conmemora la libertad, porque sabe que ésta es un bien superior. En el artículo desfilan una serie de personajes que representan justamente a este pueblo fiel a los ideales del progreso, del amor a la patria y a la libertad. Es el caso de Mr. Combet, el encuadernador, que desde niño había aprendido de memoria la biografía de Napoleón y que en Chile encuaderna libros, cobrando el doble por aquellos que le parecen antiliberales:

Ved aquí lo que no sabéis vosotros, pobres americanos. Este pobre artesano, este encuadernador de libros, este Mr. Combet es, ahí donde lo véis con su chaquetón burdo y su chaleco descolorido, poeta, tant soit peu literato, i más de un comunicado suyo han registrado en sus columnas el Indicateur de Burdeos i el Progreso de Santiago. Es el tipo popular francés en sus más bellas manifestaciones. Un oficio honroso para vivir, bon viveur i sin duda bon bubeur, he aquí sus cuidados morales; patriota, además de todos los patriotismos, patriota francés, chileno, arjentino, portugués, polaco, dondequiera que hai camorra por la libertad. Mr. Combet os lo dirá, toda su pena consiste en no hallarse ahora en las murallas de Montevideo mostrando a Rosas lo que vale un patriota francés (O.C., II: 291-292).

Sarmiento monta en este texto una imagen utópica del pueblo francés para oponerlo al pueblo chileno y a los sudamericanos en general: el francés es un pueblo patriota, ama la libertad, se identifica con los ideales ilustrados, entonan a coro canciones de Beranger, y

⁵³ Véase el mencionado artículo de Sarmiento "12 de febrero de 1817" (O.C., I: 1-7).

hasta la modista es una culta lectora de las novelas de Dumas y los *vaudevilles* de Scribe (es el ideal de la mujer educada y lectora, que Sarmiento también intentaba promocionar por aquel entonces). Sarmiento exclama en un momento: “¡Qué vínculo el que une al pueblo con la sociedad alta, que piensa por él y para él!” (O.C., II: 296). Esta frase es quizás el más vivo resumen de cómo Sarmiento erige un modelo de este pueblo francés, de características utópicas, siempre en oposición al pueblo sudamericano, que no ama la libertad, que es holgazán, carece de educación y cuya clase letrada opera a espaldas de la escena popular, que escribe para la clase culta y no en diálogo con las masas. Nuevamente Francia es el modelo a seguir frente a nuestra carencia. Pero es una Francia imaginada, soñada como ese mundo idealizado donde el progreso parece haberse encarnado. ¿Qué sucederá cuando el sanjuanino cambie ese saber construido desde el oído, por uno donde es el ojo quien enfrenta directamente esa idealizada realidad europea? El viaje de Sarmiento a Europa es la instancia donde todas esas lecturas, ese saber construido a retazos, cobrará una nueva dimensión y el modelo idealizado que había en su mente habrá de ser contrastado a través de la experiencia directa. Cómo esta experiencia altera el ideal de la civilización que Sarmiento había tenido hasta entonces y de qué modo se erige un nuevo modelo de la nación moderna a partir de la experiencia del viaje, será este el asunto que nos ocupará en los capítulos siguientes.

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento:

Escenarios de la Barbarie

54

1. “He escrito, pues, lo que he escrito”: Sarmiento como sujeto viajero latinoamericano
2. Escenarios de la barbarie a) Barbarie sudamericana: naturaleza y pulsión poética b) España: la barbarie estéril c) Argelia y el mundo árabe: la barbarie original

Pero lo que mi madre no notó nunca, porque es cosa que no se hace notar en Chile, es la invencible propensión que a escribir un viaje tengo; un viaje en que yo sea el héroe i el objeto más puntiagudo que se ofrezca, para tener el gusto de oír mi nombre i ocuparme de mis aventuras.

Domingo Faustino Sarmiento

1. “He escrito, pues, lo que he escrito”: Sarmiento como sujeto viajero latinoamericano

El 17 de octubre de 1845, Manuel Montt, que era entonces ministro de justicia, culto e inspección pública, comisionó a Domingo Faustino Sarmiento para que estudiara en Europa los sistemas escolares y métodos de enseñanza. El 28 de octubre de ese mismo año Sarmiento zarpa en el velero “Enriqueta” desde Valparaíso, para embarcarse en una travesía que lo llevará por Montevideo, Río de Janeiro, Francia, Argelia, España, Italia, Alemania, Suiza y Estados Unidos. Se sabe que una de las razones por las cuales Montt, amigo de Sarmiento, le encomendó al argentino dicha misión, fue la de sacar al sanjuanino de un escenario de creciente tensión en torno a su figura: a su ya polémica actividad en prensa, que le había granjeado a Sarmiento numerosas enemistades por su escritura afilada y su condición de extranjero, se sumaba la publicación de *Facundo* en el delicado contexto político de la visita de un enviado especial de Rosas en diálogo con el gobierno

54

Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas corresponde a la disposición que tienen las mismas en el libro de Viajes, y que es el siguiente: “Más-a-fuera”, “Montevideo”, “Río de Janeiro”, “Ruán”, “París”, “Madrid”, “Barcelona”, “África”, “Roma”, “Florencia, Venecia, Milán”, “Suiza, Munich, Berlín” y “Estados Unidos”.

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas corresponde a la disposición que tienen las mismas en el libro de Viajes, y que es el siguiente: Maca, Rusia, América del Sur, Río de Janeiro, Ruán, París, continuación de París, América, Roma, Florencia, Venecia, Milán, Suiza, Berlín, Berna y Estados Unidos el 24 de febrero de 1848. Como resultado de la misión encomendada por el gobierno de Chile, Sarmiento publica en 1849 *De la Educación Popular*, trabajo donde expone sus investigaciones sobre los sistemas de enseñanza primaria en Europa y Estados Unidos. Pero este no será el único libro que escribe como resultado de su estadía en Europa, y ese mismo año, antes de que *De la Educación Popular* saliera a la luz, publica *Viajes en Europa, África y América*⁵⁵. Este libro, nacido de la experiencia viajera, se diferencia de su par *De la Educación Popular*, pues en éste último Sarmiento estaba en la obligación de dar a conocer los resultados de la misión encomendada; en cambio *Viajes* es un libro nacido de la necesidad del propio autor de relatar sus peripecias y expresar sus impresiones como sujeto viajero latinoamericano, es una obra escrita por voluntad propia, donde el autor puede contar todo aquello que quedaba necesariamente excluido en su libro sobre educación. Por esta razón, el libro de viajes de Sarmiento, además de las doce cartas⁵⁶ que lo componen, inicia con un prólogo donde el autor intenta explicar sus razones para publicar dichas cartas:

Ofrezco a mis amigos, en las siguientes páginas, una miscelánea de observaciones, reminiscencias, impresiones e incidentes de viaje, que piden toda la indulgencia del corazón, para tener a raya la merecida crítica que sobre su importancia no dejará de hacer el juicio desprevenido. Saben ellos que a fines de 1845 partí de Chile, con el objeto de ver por mis propios ojos, i de palpar, por decirlo así, el estado de la enseñanza primaria, en las naciones que han hecho de ella un ramo de la administración pública. El fruto de mis investigaciones verá bien pronto la luz; pero dejaba esta tarea, árida por demás, vacíos en mi existencia ambulante, que llenaban el espectáculo de las naciones, usos, monumentos e instituciones, que ante mis miradas caían sucesivamente, i de que quise hacer en la época, abreviada reseña a mis amigos, o de que guardé anotaciones i recuerdos, a que ahora doi el posible orden, en la colección de cartas que a continuación publico (Viajes: 3).

⁵⁵ El texto de *Viajes* se publicó por primera vez en Santiago de Chile, a través de la Imprenta Julio Belin, en dos tomos. El primero, aparecido en 1849, contiene los siguientes capítulos: "Advertencia"; "Más-afuera"; "Montevideo"; "Río de Janeiro"; "Ruán"; "París"; "Madrid"; "África" y "Roma", en 386 pp. El volumen dos, titulado *Segunda entrega*, aparece en 1851 y contiene: "Florencia"; "Venecia"; "Milán"; "Suiza"; "Munich"; "Berlín"; "Estados Unidos"; "Incidentes de viaje: Nueva York". Incluye también los siguientes trabajos anexos: "Memorias: Memorias sobre el cultivo de la seda"; "Discurso de recepción en el Instituto Histórico de Francia"; "Expedición del General Flores". Los trabajos anexos fueron reeditados por separado y no fueron incluidos en las ediciones posteriores de *Viajes*.

⁵⁶ No nos ocuparemos aquí del análisis textual de los géneros discursivos presentes en el texto de *Viajes*. Nos limitamos a indicar que, aunque Sarmiento utiliza la carta como género de escritura para sus viajes, está demás decir que éstas no son cartas íntimas y que su estructura se asemeja más a la de un ensayo. El formato de la carta permite a Sarmiento presentar sus reflexiones en un tono más coloquial, casi conversacional, aludiendo siempre a un interlocutor latente, sin tener que ceñirse todo el tiempo a la narración cronológica de su periplo (como ocurre con los diarios de viajes), pudiendo saltar fácilmente de un tema a otro y de un incidente a otro sin mayor explicación que la mera asociación de ideas; todos elementos que apuntan a las típicas estrategias de la escritura sarmientina para cautivar a su lector, tal como hemos expuesto en el capítulo II de esta tesis. Estas estrategias permiten que Sarmiento haga partícipe a su lector de la experiencia de viaje del modo más vívido, sin por ello omitir las disgresiones y salidas reflexivas tan frecuentes en su texto. Sarmiento, como es su costumbre al escribir, lleva a los lectores de su viaje desde las experiencias concretas y las anécdotas hacia el examen y la reflexión social. Más detalles acerca del análisis discursivo de *Viajes* pueden encontrarse en el artículo de Elena M. Rojas "Texto, texturas y formas" (Rojas, 1997: 955-1004).

Sarmiento se ve en la necesidad de justificar su escritura, en este primer párrafo recurre a la falsa modestia, pide indulgencia a sus lectores por la posible falta de importancia que podría tener un texto como este, aunque hacia el final del prólogo dicha modestia se irá desvaneciendo paulatinamente, para argumentar a favor de la utilidad de su escrito. ¿Por qué en un principio Sarmiento debe justificar su escritura de viajero? Esta necesidad surge de un problema de género que nuestro autor debe enfrentar al hacer relación de su experiencia en las tierras de Europa y Norteamérica. Cuando Sarmiento escribió sus viajes, el género estaba dominado por los libros de los viajeros europeos que salían a explorar tierras desconocidas, un modelo que apuntaba a la producción de un saber: desde los libros de viajes de científicos como La Condamine o Humboldt, fuertemente orientados a la descripción de la naturaleza (que en el caso de Humboldt adquiere una notable fuerza estética), hasta el relato de viajeros ingleses como Francis Bond Head o John Miers, aquellos que Mary Louise Pratt ha llamado “la vanguardia capitalista” (Pratt, 1997: 254-272), y que recorrieron la ruta de Buenos Aires a Lima, describiendo los territorios en términos de las posibilidades de producción y explotación que éstos ofrecían para el imperialismo inglés. Los viajes de Sarmiento obviamente no se ajustan a los modelos establecidos por este tipo de viajeros, ni tampoco pueden apoyarse en el modelo que brinda el viaje romántico⁵⁷, al modo de Chateaubriand, porque el objeto que el argentino debe describir dista mucho de esa naturaleza sublime y edénica que el viajero romántico consagrará en sus escritos y no desea tampoco caer en el vicio de la excesiva ficcionalización, típica de la descripción de lo pintoresco. El viaje que Sarmiento intenta relatar, se distingue de los modelos europeos que lo preceden, pues intenta presentar algo distinto, que rompe con los tópicos más comunes del género:

El viaje escrito, a no ser en prosecucion de algún tema científico, o haciendo exploracion de paises poco conocidos, es materia mui manoseada ya, para entretener la atencion de los lectores. Las impresiones de viaje, tan en boga como lectura amena, han sido explotadas por plumas como la del creador inimitable del jénero, el popular Dumas, quien con la privilegiada facundia de su espíritu, ha revestido de colores vivaces todo lo que ha caido bajo su inspeccion, hermooseando sus cuadros casi siempre con las ficciones de la fantasia, o bien apropiándose de acontecimientos dramáticos o novedosos ocurridos muchos años ántes a otros, i conservados por la tradición local; a punto de no saberse si lo que se lee es una novela caprichosa o un viaje real sobre un punto edénico de la tierra. ¡Cuán bellos son los paises así descritos, i cuán animado el movable i corredizo panorama de los viajes! I sin embargo, no es en nuestra época la escitacion continua el tormento del viajero, que entre unas i otras impresiones agradables tiene que soportar la intercalacion de largos días de fastidio, de monotonía, i aún la de escenas naturales, mui bellas para vistas i sentidas; pero que son ya, con variaciones que la pluma no acierta a determinar, duplicados de lo ya visto i descrito (Viajes: 3-4).

⁵⁷ A diferencia del viajero científico o el comerciante, el viajero romántico ya no se ocupa únicamente de clasificar un objeto y conocerlo, sino que el viaje pasa a ser relevante como experiencia para un sujeto, que de algún modo es modelado por dicha experiencia. El viaje romántico responde a la necesidad de satisfacer una inquietud interior, se concibe como una experiencia de formación y aprendizaje, que transforma al sujeto que la realiza y por esta razón es, en cierta medida, heredero del *Grand Tour*. Como la experiencia del viaje en sí adquiere relevancia, hay una búsqueda por lo exótico, lo diferente, lo que evoque un pasado perdido. Por eso los viajes a España para ver las corridas de toros y otros escenarios pintorescos, a Italia para conocer las ruinas y a Oriente para experimentar la barbarie, se harán populares durante el siglo XIX. Véase Porras Castro, 1995: 181-188.

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas corresponde a la disposición que tienen las mismas en el libro de Viajes, que es el siguiente: Plaza de Europa, Monte Vidueo, Río de Janeiro, Bahía de Guanabara, Barcelona, Estación de Roma, Florencia, Venecia, Milán, Suiza, Munich, Berlín y Valparaíso (O.C., I: 115-145), artículo en varias entregas publicado en septiembre de 1841 por *El Mercurio*, donde Sarmiento describe un viaje desde Santiago al puerto. En este artículo, Sarmiento finge ser un chileno amante de los relatos de viajes y curioso por conocer parajes lejanos y exóticos. A través de este texto, Sarmiento aprovecha de parodiar varios de los lugares comunes del viaje romántico (Prieto, 2003: 182), se burla de la búsqueda de lo pintoresco que contrasta con una realidad que deja palpar el atraso del país:

Un mundo de ilusiones se habia evaporado con esta perspectiva; habiame propuesto dividir mi viaje en cuadros románticos; el primero debia llamarse “Mi partida”, i cualquiera que como yo sea aficionado a versos i amorios, se imajinará fácilmente todas las ternezas que podian ataviarlo; el segundo “Un compañero de viaje”, tema fecundo en incidentes i rasgos de ingenio para trazar un carácter orijinal, costumbres raras, etc; el tercero “El paisaje”; “La casa de campo”, el cuarto; “El encuentro feliz”, el quinto, si habia alguno que no fuese el de una carreta o una piedra, i así los demás. ¿Qué me quedaba, mientras tanto, de mi plan de viaje? Mi primer cuadro era la cataplasma de barro en el ojo; el segundo sería sin duda, el lecho i cobertor de barro debajo del dosel de una rueda; i no me quedaban alientos para imajinar los demás (O.C., I: 117-118).

El pasaje citado muestra cómo el sanjuanino conocía bien las posibilidades que brindaba el género, pero también era consciente de que un texto de viajes luce muy distinto a ojos de un lector latinoamericano, cuyas perspectivas y preocupaciones no son las mismas. El protagonista de la crónica sobre el viaje a Valparaíso ha leído muchos relatos de viajes y cae en la desilusión al comprobar que lo que a un europeo le puede parecer pintoresco, para él no es más que la prueba poco grata del atraso de su país. Sin embargo, la desmitificación del modelo romántico no significa que el sanjuanino deje de lado otros modelos que el género ofrece. Más que la descripción de una naturaleza exuberante y de episodios pintorescos, Sarmiento se interesa por retratar el cuerpo social. Su descripción de Valparaíso nos demuestra que para él (y para su público lector) será más atractivo y fructífero describir el puerto como el escenario de transición de un tipo de sociedad y de organización urbana –la hispano-colonial– a otra nueva –la civilizada, modelada por el intercambio con marinos e inmigrantes de Francia e Inglaterra y el estímulo que el libre comercio da al progreso– transición cuyo espectáculo quizás no es sublime, pero cuya descripción sí puede producir un saber útil, tal como lo hiciera también con *Facundo*:

Valparaíso es una anomalía en América, una ciudad sin plan i sin forma, es un verdadero camarón echando patas i antenas en todas direcciones (...) Valparaíso con sus vastos almacenes de depósito, sus escasos pero lindos templecillos con torres brillantes de barniz i pintura; Valparaíso, en fin, tan distinta física i moralmente de las regulares i monótonas ciudades americanas, cortadas todas en ángulos rectos por las calles paralelas que en encontrados sentidos las cruzan, es la Europa acabada de desembarcar i botada en desorden en la playa, es una burla hecha a la profusión de tierras del continente; es una parodia que remeda el exceso de población de otros países; es la miseria con los atavíos de la opulencia; el combate de las costumbres nuevas con las añejas; la invasión lenta pero irresistible de la civilización i de los hábitos europeos. Valparaíso es una belleza i una monstruosidad, un jardín sin verdura, una playa poblada,

un desembarcadero i no un puerto; la puerta de Chile i el gran emporio de su comercio (O.C., I: 127-128).

La cita anterior nos muestra cómo la exaltación típica del tono romántico no es del todo abandonada, pero el tema del cual se hace cargo este viajero es otro, que dista del objeto que solían pintar los viajeros románticos europeos. Observamos además que en el pasaje citado la perspectiva del viajero sufre una modificación: en un principio el narrador va describiendo la ciudad a medida que se interna en ella, contándonos lo que ve a través de la ventana del coche en el que viaja; de pronto esta perspectiva se transforma abruptamente y la mirada del viajero parece elevarse por sobre la perspectiva individual para describir el espectáculo como una totalidad que se abarca desde las alturas, sobrevolando el panorama para alcanzar la visión de un todo en movimiento. Este cambio en el punto de vista se relaciona con lo que Ette llama las dimensiones espaciales de la literatura en movimiento⁵⁸, que permiten analizar la construcción de la descripción del espacio en relación con el punto de vista del sujeto viajero (Ette, 2001: 16). Ette observa en Humboldt este mismo cambio desde la perspectiva individual hacia una perspectiva elevada que construye un marco de comprensión más amplio respecto del espacio que el texto presenta, un marco que se eleva por sobre la experiencia individual para integrar información y conocimientos adquiridos a través de lecturas y estudios previos que permiten configurar este panorama amplio. Vemos que Sarmiento realiza un movimiento similar y el viajero que nos habla de Valparaíso parece ser otro, ya no es ese chileno ingenuo y romántico, lector aficionado de relatos de viajes, sino que se revela la mirada del argentino como representante del letrado latinoamericano, cuya preocupación es la lucha por el progreso de las recién nacidas repúblicas y la superación de la condición de atraso heredada del pasado colonial. Al igual que Humboldt, la descripción de Sarmiento es abundante en la enumeración de elementos, pero éstos últimos no se acumulan en una suerte de lista, uno detrás de otro, sino que van formando una totalidad organizada (Ette, 2003: 116-118) cuya estructura apunta a una comprensión de la problemática latinoamericana que es previa a la experiencia viajera y que le permite organizar el panorama al mismo tiempo que lo presenta. Sarmiento se disfraza de un viajero común, chileno y sin pretensiones –un simple curioso–, sólo para introducir de contrabando esta otra perspectiva, que se eleva por sobre la del individuo común para adoptar la posición del intelectual de la ciudad letrada latinoamericana. Su estrategia es captar la atención y buscar la identificación con el lector común, y desde esa complicidad elevarlo a la perspectiva del intelectual, donde la descripción está ordenada por una red de significaciones que permiten mostrar al lector en qué consiste el atraso y la carencia en las sociedades de América Latina y cuáles son los caminos a seguir para superar dicha condición. Mary Louise Pratt ha destacado cómo las descripciones en Humboldt pintan un panorama cuya potencia no reside en la fuerza visual de lo descrito, sino en la revelación de las fuerzas ocultas que mueven la naturaleza y que permiten representarla como una totalidad (Pratt, 1997: 220). Sarmiento, por su parte, se muestra similar a Humboldt, como el alemán, su descripción destaca no por su riqueza visual, sino por su habilidad para inscribir los elementos dentro de una trama de significaciones que apuntan a hacer visible la lucha entre civilización y barbarie en América y las fuerzas ocultas del movimiento del progreso en lucha contra las fuerzas retrógradas de las costumbres coloniales. Valparaíso es uno de los lugares donde esa lucha y ese movimiento lento, pero irrefrenable, se está realizando y la descripción del argentino busca por sobre todo, hacer de ese movimiento y de esa traslación, casi épica, de la civilización europea a tierras latinoamericanas algo *visible*. Sarmiento, de este modo, en su rol de sujeto viajero, se encargará de construir esta perspectiva para ver, una perspectiva que permita hacer visible las fuerzas de la historia

⁵⁸ Tratamos este tema detalladamente más arriba, en el Capítulo I, sección 2.

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas corresponde a la disposición que tienen las mismas en el libro de Viajes, y que es el siguiente: Como la fubiera, “Montevideo”, “Río de Janeiro”, “Europa”, “Argelia”, “Paris”, “Madrid”, “Barcelona”, “Londra”, “Roma”, “Venecia”, “Marsella”, “Suiza”, “Múnich”, “Berlín” y “Estados Unidos”. ofrece el libro de viajes europeo, para construir un modelo nuevo, distinto, un viaje útil para los latinoamericanos, que sea capaz de elevarse por sobre el detalle pintoresco, para develar las fuerzas ocultas que mueven la historia en los países europeos. Quien posea la clave para comprender esas fuerzas que han hecho de Europa el centro de la civilización, podrá aplicarlas luego al caso latinoamericano. Sarmiento necesita relatar su viaje porque desea entregar ese saber que su experiencia viajera le ha permitido producir, y desea al mismo tiempo legitimar su propio discurso como letrado latinoamericano a través de dicha experiencia, que otorga autoridad a sus ideas acerca de América.

De este modo, el viaje de Sarmiento por Montevideo, Río de Janeiro, Europa, Argelia y Estados Unidos brinda al argentino la posibilidad única de producir un saber acerca de las sociedades europeas y norteamericana, y compararlas con los casos sudamericanos. Si bien Sarmiento no es el primer intelectual latinoamericano que viaja en busca de la modernidad, sí es uno de los primeros que decide escribir un texto acerca de ese viaje, cuya finalidad explícita es producir un saber destinado a los lectores latinoamericanos⁵⁹. Existen textos de viajeros latinoamericanos que relatan su visita a Europa ya en el periodo de la colonia, pero tal como señala David Viñas al analizar el caso de Manuel Belgrano, la relación que estos viajeros mantienen con Europa es la de un súbdito frente a la corte, la mirada se subordina ante la altura mayor de la sociedad europea, de su cultura superior y de su autoridad frente a un visitante de las colonias, por lo tanto la actitud del viajero colonial es pasiva y su relato de viajes está transido de esa pasividad a la hora de retratar el “viejo continente” (Viñas, 1974: 13-25). Algo similar sucede con un viajero chileno como Nicolás de la Cruz y Bahamonde, el Conde del Maule⁶⁰, que publicó sus relaciones de viajes en 1783, y a quien Sarmiento se refiere en su prólogo como a uno de sus pocos antecedentes latinoamericanos⁶¹. El caso es que el sanjuanino también desea desligarse de dicho referente, al considerarlo muy descriptivo, probablemente por su pasividad como viajero colonial. La finalidad de Sarmiento, al publicar sus *Viajes* no

⁵⁹ Así también lo señala Mary Louise Pratt cuando se refiere a los viajes de Sarmiento: “Lo nuevo no fue que Sarmiento viajara, ni qué países visitó: lo nuevo fue que escribió un libro sobre ello. Era frecuente que los criollos hispanoamericanos viajaran a Europa y mandaran a sus hijos a estudiar allí; pero no produjeron una literatura sobre Europa. Podríamos muy bien pensar que, como sujetos coloniales, carecerían de una autoridad discursiva o de una posición legítima de discurso desde la cual representar Europa” (Pratt, 1997: 329). De este modo, los viajes de Sarmiento inauguran una serie de discursos latinoamericanos acerca de Europa, que si bien no son una superación de la posición subalterna frente a la cultura europea, sí representan una descolonización de los discursos latinoamericanos acerca de Europa, donde la representación de lo europeo se realiza de manera activa, y el viajero va construyendo esta representación a partir de sus impresiones, lecturas, ilusiones y desilusiones frente a la experiencia de viaje.

⁶⁰ El modelo del “viajero colonial”, tal como lo describe David Viñas (1974), es analizado para el caso de dos viajeros chilenos pertenecientes al periodo colonial – Nicolás de la Cruz y Bahamonde (1757-1828) y Juan Antonio Rojas (1742-1814) en el artículo “De la periferia colonial al centro del Imperio. Viajeros hispanoamericanos en las cortes españolas durante el siglo XVIII” (Sanhueza, 2005b). Agradezco al profesor Carlos Sanhueza por haberme facilitado su artículo.

⁶¹ Aunque Sarmiento no lo menciona, existe otro antecedente inmediatamente anterior a él: en 1845 Juan Bautista Alberdi publica en Chile la relación de su viaje por Europa *Veinte días en Génova*, que David Viñas interpretará bajo el modelo del *viaje utilitario*, donde Alberdi se avoca a engullir todo el conocimiento que Europa pueda ofrecerle, evitando la tentación de hundirse en los placeres que ofrecen las ciudades del “viejo mundo”, y el peligro de transformar su periplo en un viaje estético (Viñas, 1974: 25-36). Es raro que Sarmiento no se moleste en aludir a un texto que evidentemente debía conocer, dada su relación con Alberdi y estando ambos exiliados en Chile. La rivalidad entre Sarmiento y Alberdi, que llegará a un punto culminante después de la batalla de Caseros en 1850, explica quizás esta evidente omisión.

es la de describir minuciosamente todo lo visto fuera de Chile, como lo hicieran el Conde del Maule o más tarde su compatriota Alberdi⁶², sino que su relato es algo distinto que reclama una cierta explicación previa⁶³. De este modo, Sarmiento se ve en la ardua misión de justificar su escritura frente a una doble dificultad: desligarse de los modelos que ofrecen los viajeros europeos y a la vez legitimar su lugar de enunciación como latinoamericano que ya no se sitúa pasivamente frente Europa, sino que intenta comprender su realidad, explicarla e incluso criticarla. De este modo, su texto se vuelve en cierta medida una anomalía y –encubierto por el recurso a la falsa modestia– un gesto triunfal, pues ¿cómo un latinoamericano va a poder explicar en qué consiste la civilización europea? Sarmiento, que admite su inferioridad como veedor frente a la metrópolis, sabe que su texto tendrá algo de inclasificable y que por lo mismo posee un carácter inaugural:

el Anacarsis⁶⁴ no viene con su ojo de escita a contemplar las maravillas del arte, sino a riesgo de injuriar la estatua con sólo mirarla. Nuestra percepción está aún embotada, mal despejado el juicio, rudo el sentimiento de lo bello, e incompletas nuestras nociones sobre la historia, la política, la filosofía i bellas letras de aquellos pueblos, que van a mostrarnos en sus hábitos, sus preocupaciones, i las ideas que en un momento dado los ocupan, el resultado de todos aquellos ramos combinados de su existencia moral i física. Si algo más hubiera que añadir a esto, sería que el libro lo hacen para nosotros los europeos; i el escritor americano, a la inferioridad real, cuando entra con su humilde producto a engrosar el caudal de las obras que andan en manos del público, se le acumula la desventaja de una prevención de ánimo que le desfavorece, sin que pueda decirse por eso que inmerecidamente. Si hubiera descrito todo cuanto he visto, como el Conde del Maule, habría repetido un trabajo hecho ya por más idónea i entendida pluma; si hubiese intentado escribir impresiones de viaje, la mía se me habría escapado de las manos, negándose a tarea tan desproporcionada. He escrito, pues, lo que he escrito, porque no sabría como clasificarlo de otro modo, obedeciendo a instintos i a impulsos que vienen de adentro, i que a veces la razón misma no es parte a refrenar (Viajes: 4-5).

Aquella fórmula de Sarmiento “He escrito, pues, *lo que he escrito*”⁶⁵, revela ese gesto triunfal del que hablábamos más arriba: el argentino no necesita escudarse en modelos conocidos, pues su escritura se legitima por sí misma, la utilidad y valía de lo que aparece en esta

⁶² Escribe Alberdi en sus viajes: “Voi a copiar literalmente las espresiones que escribía en presencia de los objetos mismos. Esta prueba no es poco atrevida de mi parte; pero es el único o a lo menos el más perfecto medio de que el viajero americano puede valerse para dar cuenta exacta de sus primeras sensaciones en Europa.” (Alberdi, 1845: 6).

⁶³ Thea Pitman, en un artículo sobre los libros de viajes escritos por mexicanos, afirma que estos últimos, cuando escriben sus viajes, también buscan distinguirse del género del viaje europeo a tal punto que afirman que ellos no escriben libros sobre viajes. Según Pitman, dicha afirmación sería una estrategia retórica para distinguir los escritos mexicanos del género del viajero europeo (Pitman, 2007: 215). Nuevamente, doy las gracias al profesor Carlos Sanhueza por haberme facilitado este artículo.

⁶⁴ ***No está de más hacer notar la referencia de Sarmiento a Anacarsis, protagonista de la obra de Jean Jacques Barthélémy Voyage du jeune Anacharsis en Grèce, vers le milieu du quatrième siècle avant J.C. (1821). Anacarsis se caracteriza por ser un viajero que lee e investiga antes de viajar y de narrar sus impresiones, para asegurarse de la verdad de lo que le cuentan y muestran durante su periplo. No es de extrañar que Sarmiento invoque su figura como un modelo a seguir para el relato de su propia experiencia de viaje.***

⁶⁵ El destacado es de Sarmiento.

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de la colección de cartas justifica automáticamente su publicación. El móvil de esta escritura que las cartas corresponden a la disposición que tienen las mismas en el libro de Viajes, y que es el siguiente: “Italia afuera”, “Méjico adentro”, “Quede a guisa de París”, “Madrid y Barcelona”, “Atrás”, “Roma”, “Florencia”, “Venezia”, “Milán”, “Suza”, “Mantua”, “Berlín” y “Estados Unidos”. La lectura del prólogo, cuando el sanjuanino hace explícito cuál es el objeto que sus viajes pretenden examinar, más allá de las peripecias del propio viajero:

Ni es ya la fisonomía exterior de las naciones, ni el aspecto físico de los países, sujeto propio de observación, que los libros nos tienen hartos familiarizados con sus detalles. Materia más vasta, si bien menos fácil de apreciar, ofrecen el espíritu que ajita a las naciones, las instituciones que retardan o impulsan sus progresos, i aquellas preocupaciones del momento, que dan a la narración toda su oportunidad, i el tinte peculiar de la época (Viajes: 5).

De este modo, la perspectiva desde la cual Sarmiento relata sus viajes es aquella que permite vislumbrar este “espíritu que ajita a las naciones”, es decir, las fuerzas que mueven la historia en las naciones europeas, que hacen nacer nuevas instituciones, nuevas ideas, costumbres y formas artísticas, que impulsan revoluciones, conquistas, luchas sociales; y que representan para el sanjuanino el desenvolvimiento del espíritu de la civilización. Los viajes de Sarmiento inauguran lo que Frédéric Martínez llamará el viaje de la “observación civilizadora” (Martínez, 2001: 281 y ss.), en que los intelectuales y políticos latinoamericanos, generalmente hombres pertenecientes a la oligarquía, viajan a Europa a observar el mundo civilizado y extraer del mismo un aprendizaje acerca de la marcha de la civilización. Este viaje de formación se hace relativamente común durante la segunda mitad del s.XIX, periodo en el que se escribe una gran multitud de libros de viajes de latinoamericanos que visitan Europa o Estados Unidos y que, en su vertiente liberal, se transforman en una herramienta de la “pedagogía del progreso” (Martínez, 2001: 304). La idea de representar qué es Europa –cuyo solo nombre es una suerte de sinónimo de progreso y civilización– lleva asociada un poder que no debe despreciarse: la posibilidad de producir, controlar y administrar un cierto saber que otorgaba un peso y autoridad a quien lo detentaba y, en virtud de dicha autoridad, la posibilidad de influir en decisiones políticas acerca del futuro de las nacientes repúblicas latinoamericanas:

La voluntad, compartida por liberales y conservadores, de hacer del relato de viaje un instrumento de pedagogía nacional revela que existe un consenso sobre la pertinencia de las experiencias europeas en el contexto nacional; pero también refleja el anhelo de las élites de adueñarse de las representaciones políticas del viejo continente. Este deseo de apropiarse y controlar el discurso sobre Europa se fundamenta también, tanto para los liberales como para los conservadores, en la convicción de que la difusión incontrolada de escritos europeos puede ser peligrosa políticamente y es preferible filtrarla y controlarla (Martínez, 2001: 305).

Sarmiento, que inaugura esta “pedagogía del progreso”, es consciente de que su libro de viaje le permite ostentar un lugar privilegiado al interior de la élite letrada, pues no sólo posee el “secreto de la barbarie”, develado a través de su biografía de Facundo Quiroga, sino además el secreto de la civilización. El viaje de Sarmiento, y los que seguirán después de él, refuerzan a su vez el rol de la élite letrada como mediadora entre la cultura europea y el medio cultural latinoamericano. Sarmiento, que como afirmamos en el capítulo II, había ganado su lugar en el campo intelectual chileno como traductor cultural, completa a través de este texto una trayectoria que lo legitima en ese rol, pues ahora es capaz de traducir, para el lector latinoamericano, en qué consiste la civilización en Europa, diagnosticar el estado de cosas en las sociedades de Latinoamérica, y mostrar el rumbo a seguir si éstas quieren

vencer a las fuerzas de la barbarie. Por eso, en su prólogo a *Viajes*, deja en claro que como representante de las tierras de América Latina, su visión de Europa y Estados Unidos siempre está en constante referencia a la realidad latinoamericana, punto de comparación obligado desde el cual es posible dar significado a lo que ve durante su travesía, pues su experiencia como viajero sólo tiene sentido, solo adquiere real valor y espesura, en la medida en que sirve para iluminar la situación de las repúblicas latinoamericanas:

El hecho es que bellas artes, instituciones, ideas, acontecimientos, i hasta el aspecto físico de la naturaleza en mi dilatado itinerario, han despertado siempre en mi espíritu, el recuerdo de las cosas análogas de América, haciéndome, por decirlo así, el representante de estas tierras lejanas, i dando por medida de su ser, mi ser mismo, mis ideas, hábitos e instintos. Cuánta influencia haya ejercido en mí mismo aquel espectáculo, i hasta dónde se haga sentir la inevitable modificación que sobre el espíritu ejercen los viajes, juzgáranlo aquellos que se tomen el trabajo de comparar la tendencia de mis escritos pasados con el jiro actual de mis ideas. Por lo que a mí respecta, he sentido agrandarse i asumir el carácter de una convicción invencible, persistente, la idea de que vamos en América por mal camino, i de que hai causas profundas, tradicionales, que es preciso romper, si no queremos dejarnos arrastrar a la descomposicion, a la nada, i me atrevo a decir a la barbarie, fango inevitable en que se sumen los restos de los pueblos i de razas que no pueden vivir, como aquellas primitivas, cuanto informes creaciones que se han sucedido sobre la tierra, cuando la atmósfera se ha cambiado, i modificádose o alterado los elementos que mantienen la existencia (Viajes: 6-7).

La cita anterior no sólo pone en claro cuál es la perspectiva que Sarmiento va a asumir en su mirada a las tierras de Europa y Norteamérica, sino que además hace énfasis en cómo la experiencia viajera ha operado un cambio, o una transformación en su ideario y en su modo de pensar la civilización y el destino de América Latina. Su periplo ha adquirido las marcas del “viaje iniciático” (Barrera Enderle, 2005: 165), la experiencia viajera se traduce en una confirmación de su misión civilizadora, y lo transforma a él en una figura ungida por dicha experiencia: encarna la imagen del intelectual patriota que vuelve de un largo viaje, con la misión de salvar a su patria del peligro de la barbarie y con la certeza de cuál es el camino que debe seguir para realizar su misión⁶⁶. El discurso sarmientino queda investido de la autoridad que brinda una experiencia que se ha transformado en una creciente certeza, en la visión clara de cuáles son los hilos que mueven la historia, el progreso de las naciones y el lugar que Latinoamérica ocupa dentro del mapa mundial de la marcha hacia la civilización. El intelectual argentino ha entrado en posesión de una verdad, alcanzada después de una travesía ardua, que desea compartir con sus lectores, para iluminar y brindar claridad a sus coterráneos. La imagen del sol y su luz como alegoría de la verdad, aparece hacia el final del prólogo, el viaje de Sarmiento se inscribe en una red de

⁶⁶ Frédéric Martínez advierte cómo, en el caso de los viajeros colombianos que visitan Europa y Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XIX, la imagen del viajero que regresa a salvar su patria, se remonta a la figura de Bolívar y la estadía en el extranjero se transforma en una etapa formativa clave en la carrera del intelectual-político latinoamericano, que le confiere la autoridad y legitimidad en la tarea de construir la nación: “El paradigma del regreso desde el extranjero para salvar la patria comienza entonces a imponerse como una de las etapas obligadas en la carrera de todo gran hombre de Estado. Bolívar regresando a América luego de haber jurado en Roma su emancipación, o Santander, quien vuelve del exilio en 1832 para tomar las riendas de la Nueva Granada, proveen los modelos de referencia.” (Martínez, 2001: 336). Aprovecho de agradecer a Carlos Sanhueza, quien me recomendó y puso a mi disposición este libro.

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas corresponde a la disposición que tienen las mismas en el libro de Viajes, y que es el siguiente: Mas y Güera, Montevideo, Rio de Janeiro, "Quilic", Paris, "Quilic", Barcelona, la "Civilización", Roma, Florencia, Viena, Milán, Suiza, Munich, Berlín y Estocolmo. Nos suyo los ojos venidos de las "tierras bajas" para poder contemplar con justeza el panorama de las culturas metropolitanas. El viaje queda representado como una progresión lineal que culmina en el momento en que los ojos del viajero se han elevado hasta alcanzar la contemplación del resplandor que emana de lo verdadero, ojos latinoamericanos cuya posición subalterna les impide en primera instancia mirar de frente y comprender la verdad de las sociedades europeas, pues son ojos que han vivido en una tierra de sombras y la sola visión del resplandor metropolitano puede cegarlos. El movimiento de ascensión lineal, como coreografía general del viaje (Ette, 2004: 13), se confirma en este prólogo donde Sarmiento admite haber alcanzado la condición del ojo europeo y la capacidad de respirar en las "tierras altas":

..no siendo otra cosa mi viaje, que un anhelar continuo a encontrar la solución de las dudas que oscurecen i envuelven la verdad, como aquellas nubes densas que al fin se rompen, huyen i disipan, dejándonos despejada y radiosa la inmutable imájen del sol. Sobre el mérito puramente artístico i literario de estas páginas, no se me aparta nunca de la mente que Chateaubriand, Lamartine, Dumas, Jaquemont, han escrito viajes, i han formado el gusto del público. Si entre nuestros inteligentes, educados en tan elevada escuela, hai alguno que pretenda acercárseles, yo sería el primero en abandonar la pluma i descubrirme en su presencia. Hai rejiones demasiado altas, cuya atmósfera no pueden respirar los que han nacido en tierras bajas, i es locura mirar el sol de hito en hito, con peligro cierto de perder la vista. (Viajes: 7)

Si bien en párrafo final vuelve a la estrategia de la falsa modestia, y Sarmiento admite que el valor literario de su pluma no osa compararse con el arte de aquellos cuatro autores franceses, queda flotando la idea de que si bien su obra no pretende alcanzar un mérito estético a la altura de los escritores europeos, los viajes de Sarmiento sí han conquistado el mérito de producir un saber útil, que es justamente lo que el autor propone en su prólogo como clave de lectura. La diferenciación inicial respecto del viaje romántico queda nuevamente zanjada, al argentino no le interesa escribir un viaje bello, sino un viaje útil, que entra en posesión de la verdad respecto de la civilización y cuya misión es entregar esa verdad, mostrarla a su pueblo y emanar su luz a través de su escritura. La consagración que Sarmiento cree alcanzar a su regreso desde la peregrinación metropolitana, no es la del artista, sino la del intelectual-político de la ciudad letrada que ha alcanzado "la convicción invencible, persistente" de que en América Latina vamos por mal camino y que conoce las "causas profundas" de ese malestar.

2. Escenarios de la barbarie

a. La barbarie sudamericana: naturaleza y pulsión poética

La primera carta de los viajes de Sarmiento está dirigida a su amigo Demetrio Peña, quien, en palabras del sanjuanino, fue el último en despedirse y por ello el primero en los recuerdos del viajero (Viajes:9). En la misiva que inaugura la travesía sarmientina, no obtenemos, sin

embargo, noticia alguna acerca su estadía en nuevos parajes, en cambio, Sarmiento relata una breve aventura previa al itinerario previsto, su paso por la isla de “Mas-a-fuera” en el archipiélago Juan Fernández. La carta comienza con las dificultades del velero “Enriqueta”, que se encuentra varado en alta mar por la ausencia de vientos favorables. Sarmiento comenta el asunto:

Estas contrariedades con que la naturaleza desbarata los esfuerzos del arte humano, no son del todo estériles sin embargo. En el mar i en los buques de vela sobre todo, aprende uno a resignarse al destino i a esperar sin hacerse violencia. Los primeros días de viaje, cada milla que hacíamos desviándonos de nuestro rumbo, era motivo de rebeliones de espíritu, de rabia i malestar. Al cabo de cuarenta días, empero, éramos todos unos corderos en resignacion; i el viento, por contrario que nos fuese, soplaba según su voluntad soberana sin recojer de paso vanas e impotentes maldiciones. Así educado, empiezo a mirar como cosa llevadera las molestias que me aguardan en todos los mares i en todas las latitudes, hasta que acercándome a Europa, el vapor venga en mi auxilio, contra la naturaleza indócil (Viajes:9).

El pasaje establece una clara relación entre la naturaleza, como fuerza indócil y obstáculo para la voluntad humana, y Europa como espacio cultural donde esa naturaleza ha sido domada por el hombre. El espacio latinoamericano, en cambio, debe sufrir los embates de esta naturaleza indómita, hasta que logre –por fin– “acercarse a Europa”. La oposición entre naturaleza y progreso humano es una constante en las tres cartas que se ocupan de espacios sudamericanos y se desarrolla a lo largo del texto de viajes, alcanzando momentos culminantes en el pasaje sobre la corrida de toros en España y las cataratas del Niágara en EE.UU; ambos puntos que trataremos más adelante. Por ahora, en esta primera carta, Sarmiento reflexiona acerca del poder de la naturaleza ante la visión del mar infinito, una especie de equivalente a la visión de las pampas en *Facundo*⁶⁷:

le comunicaba la impresion que me causa la vista del mar, permaneciendo cuando puedo horas enteras, inmóvil, los ojos fijos en un punto, sin mirar, sin pensar, sin sentir, especie de embrutecimiento i paralización de todas las facultades, i sin embargo, lleno de atractivo i de delicia? De este placer gozaba a mis anchas todos los días, i aun con mas viveza en aquellos mares en que las olas son montañas que se derrumban por momentos, disolviéndose con estrépito aterrante en una cosa como polvo de agua. Allí el abismo, lo infinito, lo incontrastable, tienen encantos i seducciones, que parece que lo llaman a uno, i le hacen reconocer si está bien seguro, para no ceder a la tentacion (...). ¡Pues bien! desde el día en que cayó el marinero, no mas pude permanecer como ántes reclinado sobre la obra muerta, con los ojos fijos en las olas; temia ver salir la cabeza del infeliz náufrago; el silbido plañidero del viento perdió para mí

⁶⁷ Dice Sarmiento en el primer capítulo de *Facundo*: “El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes, y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí, la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra, entre celajes y vapores tenues, que no dejan, en la lejana perspectiva, señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo.” (Sarmiento, 1985: 23). Aquí la amplificación del espacio natural adquiere la significación de un obstáculo insalvable para el quehacer humano, y presenta la clara oposición entre las fuerzas naturales y la civilización: donde prima la naturaleza en su inmensidad inabarcable, lo humano es una ausencia. La extensión reaparece, como obstáculo superado, como el contraejemplo civilizado, en la carta sobre EE.UU.

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de **toda su misteriosa melancolía, porque me parecía que había de traer a mis oídos, como si yo estuviera en el mismo ambiente de viajes, y que es el siguiente: "Mas-a-fuera", "No poderlo, "Bocanegra", "Scotch Plains", "Jemidos", "Cabañas", "i lejanos, como ríos de nombre, como grito de socorro, como "Suiza, Munich, Berlín" y "Estados Unidos". desvalido, i el corazon se me oprimía (Viajes: 10-11).**

En el largo pasaje citado, Sarmiento experimenta un sentimiento de vulnerabilidad y peligro frente al poder de la naturaleza. El mar, que contemplado a distancia había sido un objeto placentero, le muestra ahora su poderío y la indefensión del ser humano cuando se encuentra a su merced⁶⁸. El fragmento nos muestra cómo el viajero se siente despojado de las seguridades de lo que podría llamar su hogar, su cultura y el medio de lo familiar. La experiencia del viajero lleva siempre las marcas de este despojo y de la formación de una individualidad que se forja a través de los peligros que el viaje conlleva⁶⁹. El pasaje sarmientino tiene todo el sabor de una partida que adquiere conciencia de la soledad y la precariedad que acompañan toda experiencia de viaje, pero también del deleite y cierto vértigo que producen la inminencia de dicha experiencia. La reflexión de Sarmiento prepara los ánimos del lector para el relato de la visita a la isla de "Mas-a-fuera", donde se encuentra con cuatro forajidos norteamericanos que viven allí tal como lo hizo Alexander Selkirk, apartados de toda civilización. Sarmiento se refiere a ellos como los "robinsones" en alusión a la historia de Robinson Crusoe y el episodio le sirve para meditar sobre las condiciones de la vida humana alejada de cualquier tipo de sociedad y cultura. En un principio, el argentino le da al relato ciertos ribetes utópicos: tres hombres viven ajenos a los ajetreos y conflictos de las sociedades modernas, trabajando libremente con sus manos, viviendo de la caza y triunfando sobre las dificultades que les impone el medio natural:

Recordará V. que en una de estas islas, i sin duda ninguna en la de Mas-a-fuera fué arrojado el marinero Selkirk, que dió origen a la por siempre célebre historia de Robinson Crusoe. ¡Cuál sería pues nuestra sorpresa, en verla esta vez i en el mismo lugar realizada en lo que presenciábamos, i tan a lo vivo, que a cada momento nos venían a la imaginación los inolvidables sucesos de aquella lectura clásica de la niñez. Algunos momentos despues de llegar a las cabañas de aquellos desconocidos, el fuego hospitalario encendido en una tosca chimenea de piedra, a la par que secaba nuestros calzados, nos iba enseñando los objetos le aquella mansion semisalvaje (...) Secuestrados en las hondonadas de una isla abortada por los volcanes; viendo de tarde en tarde cruzar a lo léjos una vela

⁶⁸ La descripción sarmientina guarda relación con lo que el pensamiento prerromántico europeo define como "sentimiento de lo sublime". La sensación de terror y deleite ante la potencia inconmensurable de la naturaleza, que produce el colapso de las facultades del entendimiento, fue descrita por Kant en estos términos: "Las rocas que penden atrevidas y como amenazantes; tempestuosas nubes que se acumulan en el cielo y se aproximan con rayos y estruendo; los volcanes con todo su poder destructor; los huracanes con la desolación que dejan tras de sí; el océano sin límites, enfurecido; la alta catarata de un río poderoso y otras cosas parecidas, hacen de nuestra potencia para resistirlos, comparada con su poder, una pequeñez insignificante. Mas su vista se hace tanto más atrayente cuanto más temible es, con tal que nos hallemos seguros; y de buen grado llamamos sublimes a estos objetos, porque elevan la fortaleza del alma por sobre su término medio habitual y permiten descubrir en nosotros una potencia de resistir de especie completamente distinta, que nos da valor para poder medirnos con la aparente omnipotencia de la naturaleza" (Kant, 1983: 180-181). El sentimiento de lo sublime aparece de manera recurrente en Sarmiento cuando se refiere al paisaje natural. Volveremos sobre este tema más adelante.

⁶⁹ En *The Mind of the Traveler*, Eric J. Leed se refiere a la experiencia del viaje como peregrinación modeladora, que implica el sufrimiento de dejar el hogar y las comodidades de lo familiar: "Travel, from the moment of departure, removes those furnishings and mediations that come with a familiar residence. It thus substantiates individuality in its sense of "autonomy", for the self is now separated from a confirming and confining matrix" (Leed, 1991: 10).

que pasa sin acercarse a ellos, i mui frecuentemente por las inmediaciones una ballena que recorre majestuosamente los alrededores de la isla, estos cuatro proscritos de la sociedad humana, viven sin zozobra por el día de mañana, libres de toda sujecion, i fuera del alcance de las contrariedades de la vida civilizada, ¿Quién es aquel que burlado en sus esperanzas, resentido por la ajena injusticia, labrado de pasiones, o forjándose planes quiméricos de ventura, no ha suspirado una vez en su vida por una isla como la de Robinson, donde pasar ignorado de todos, quieto i tranquilo, el resto de sus días? (Viajes: 13-14).

Como señala Mary Louise Pratt, Sarmiento nos muestra una suerte de pequeña república utópica masculina (Pratt, 1997: 331-332), hombres que viven “libres de sujeción” y que se las han arreglado para instalar una micro sociedad ajena a las convulsiones de la vida civilizada. Pero el argentino bien pronto nos libra de esta primera ilusión con una insinuación:

Esta isla afortunada está allí en la de Mas-a-fuera, aunque no sea prudente asegurar que en ella se halle la felicidad apetecida. ¡Sueño vano!... Se nos secaría una parte del alma como un costado a los paralíticos, si nouviésemos sobre quienes ejercitar la envidia, los celos, la ambicion, la codicia, i tanta otra pasion eminentemente social, que con apariencia de egoista, ha puesto Dios en nuestros corazones, cual otros tantos vientos que inflasen las velas de la existencia para surcar estos mares llamados sociedad, pueblo, estado. ¡Santa pasion la envidia! Bien lo sabian los griegos que la levantaron altares (Viajes: 14).

La alusión de Sarmiento al “sueño vano” se confirma más adelante, cuando se entera de que los isleños, si bien no deseaban retornar al mundo, tampoco vivían felices ni en armonía y que existían rencillas entre ellos. Es notable el excursus de Sarmiento sobre la envidia y las ventajas ocultas de la vida en sociedad con sus “pasiones sociales”, que por medio del egoísmo personal alimentan el progreso y el bien común, y que compara con los vientos favorables que mueven navíos y animan el movimiento y el adelanto de las empresas humanas. Hay un eco de Adam Smith en sus palabras y la sombra de Benjamin Franklin, a quien el argentino tanto admiraba y que era un defensor del ahorro y la ambición como motores del espíritu de empresa yanqui. Sin duda, Sarmiento nos relata esta aventura con la clara moraleja de que no es posible la utopía de una vida pacífica lejos de la asociación con otros hombres y de las instituciones que regulan su convivencia, pues, como afirma hacia el final de la carta, “la discordia es una condicion de nuestra existencia, aunque no haya gobierno ni mujeres” (Viajes: 21). A la luz de este *factum* de la naturaleza humana y de los conflictos inherentes a la vida en comunidad, el argentino prosigue su travesía en busca del modelo social que pueda iluminar la marcha hacia un verdadero progreso.

Después de zarpar de la isla “Mas-a-afuera”, Sarmiento se detuvo en Montevideo y Río de Janeiro. Las cartas escritas desde ambas ciudades dan testimonio de la voluntad del sanjuanino por adentrarse en las realidades de estos países, observando sus diversas situaciones, tratando de explicar el mal que las aqueja en términos similares a los utilizados en *Facundo*. Civilización y barbarie siguen siendo categorías explicativas útiles para otras realidades latinoamericanas, más allá de la pampa argentina y del imperio gaucha.

El caso de Montevideo le resulta familiar al argentino, la ciudad se encontraba sitiada desde 1843 por su propio “tirano”, el general Manuel Oribe, aliado uruguayo de Juan Manuel de Rosas. El general Oribe controlaba la totalidad de la República Oriental a través de su gobierno desde el Cerrito de la Victoria, con excepción de Montevideo y Colonia del Sacramento. Oribe encabezaba la lucha contra el bando antirrosista en Montevideo, donde

Oriental. La radiografía de la sociedad de Montevideo que Sarmiento quiere trazar comienza entonces por la presentación de un problema: las luchas intestinas entre facciones políticas que se han vuelto costumbre y condición casi cotidiana, al punto de transformarse en un espectáculo que ha deformado la conciencia civil de sus ciudadanos: “Hé aquí las emociones que educan a aquellos pueblos” (*Viajes*: 24). La presentación del problema que Sarmiento desea examinar comienza entonces con la introducción anecdótica de un incidente concreto de su travesía como viajero: las aguas rojas que recuerdan la sangre que mancha al Río de la Plata. La anécdota da pie para que el viajero interrumpa su relato y enumere rápidamente, con ritmo exaltado, una serie de episodios históricos relativos a las batallas libradas en las aguas del río. El excursus permite ampliar la perspectiva individual del viajero, que parece desaparecer para adentrarse no en las calles de la ciudad sino en su historia. La mirada individual se eleva a través del excursus hasta ser reemplazada por la mirada pretendidamente neutral de la “Historia”, trazando un marco de comprensión que permite situar la presentación del lugar visitado en una trama de significaciones específicas. A través de este recurso, Sarmiento puede establecer una continuidad entre el examen que realiza en *Facundo* y el que elabora sobre la ciudad de Montevideo. El espacio que el viajero presenta queda cargado con una red de significaciones que lo hacen comprensible, y que autorizan su interpretación de la sociedad que visita. El excursus cierra con una exclamación que pinta de un plumazo el retrato que el sanjuanino intenta presentarnos:

¡Cuánto trabajo ha de costar desembrollar este caos de guerras, i señalar el demonio que las atiza, entre el clamoreo de los partidos que se denuestan, las pretensiones odiosas siempre de las ciudades capitales, el espíritu altanero de la provincia vuelta estado, los designios de la política, la máscara de la ambición, los intereses mercantiles, el odio español contra el extranjero, i el viento que echa la Europa sobre la América, trayéndonos sus artefactos, sus emigrantes, i haciéndonos entrar en su balanza de desenvolvimiento i de riqueza! (*Viajes*: 25).

Luego de presentarnos la historia de Montevideo, con su “caos de guerras” y sus luchas entre partidos, Sarmiento retoma su relato de viajero, nos cuenta cómo divisa a lo lejos la ciudad desde la cubierta del velero. Sus impresiones son bastante favorables, se refiere a sus calles onduladas sobre el cerro que dan la sensación de imitar el oleaje del mar y declara: “La ciudad en tanto se presentaba a nuestro escrutinio con una coquetería que pocas pueden ostentar” (*Viajes*: 26). Su emoción al divisar la ciudad por la que ya siente una suerte de simpatía (no por nada la pinta con la coquetería de una mujer) se hace mayor al desembarcar en el puerto, el viajero es invadido por un cúmulo de impresiones que se suceden rápidamente: los veleros anclados junto al muelle, la profusión de inmigrantes italianos que se han unido al ejército del General Paz, los cañones que coronan el cerro y la visible amenaza de las fuerzas de Oribe que mantienen sitiada la ciudad y que Sarmiento reconoce como enemigas suyas: “i el enemigo que cercaba a Montevideo, lo era mio también” (*Viajes*: 27). Al mismo tiempo se entera de que el diario *El Nacional* acaba de publicar allí *Facundo* y Sarmiento ya comienza a palpar los efectos de su reciente fama como publicista: “el examen de mi pasaporte en el resguardo, bastó para atraer en torno mio numeroso círculo de arjentinos asilados en Montevideo, comerciantes, empleados, soldados, letrados, periodistas y literatos” (*Viajes*: 27). Sarmiento comenta que se siente entre los suyos, pero que al mismo tiempo percibe que no son ni los argentinos ni los uruguayos la “rama más robusta” de esta ciudad, sino los inmigrantes europeos. Vuelve aquí a defender su idea de la influencia positiva de las migraciones europeas en el territorio

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas no responde a la disposición factual en las mismas, sino que en el libro de Viajes, Sarmiento las ordena de la siguiente manera: “Madrugada”, “Montevideo”, “Buenos Aires”, “Rosario”, “París”, “Madrid”, “Barcelona”, “África”, “Roma”, “Florencia”, “Venecia”, “Milán”, “Suiza”, “Munich”, “Berlín” y “Estados Unidos”. El asunto de la inmigración se vuelve uno de los temas principales de la misiva, que pronto interrumpe nuevamente el relato viajero para comenzar a realizar el examen de la situación de los inmigrantes europeos en Montevideo. Con datos estadísticos en mano, intenta demostrar cómo todo el progreso material, comercial e industrial de la ciudad ha sido producto de los extranjeros residentes allí. Sarmiento compara el progreso material que ha producido el trabajo de los inmigrantes con las costumbres del criollo uruguayo, que es un equivalente del criollo argentino: gauchos liderados por el general Oribe, que reclaman la expulsión de los “extranjeros”. Si la inmigración representa para Sarmiento las fuerzas de la civilización, justamente el criollo es la barbarie que destruye el progreso, que no contento con el nulo esfuerzo que ha puesto en levantar el comercio y en dedicarse a labores útiles para su patria –“gauchos de la campaña, que no producen ni consumen” (Viajes: 30)– se afana en destruir el adelanto producido por manos ajenas y a reclamar la expulsión de los europeos en nombre de lo que para Sarmiento no es más que un americanismo espurio:

Premunido de estos datos, mi querido amigo, pregúntese en el fondo de su conciencia, ¿a quién pertenecen los derechos políticos en esta ciudad (...)? Riqueza, propiedad urbana, inteligencia, ¿cuál es el título que reclamarían los primeros con exclusión de los otros? Pero tal es la lógica española, la lógica de la expulsión de moros i judíos, que toda la América ha simpatizado con la resistencia que el exclusivismo torpe de nuestra raza opone ciegamente para suicidarse, a aquellos movimientos providenciales que salvan pueblos transformándolos (Viajes: 30).

Para fortalecer su argumento, Sarmiento cita una fuente colonial: *El Lazarillo de ciegos caminantes* (1775) de Alonso Carrió de la Vandra. El autor fue un funcionario de la corona española que escribió esta guía para caminantes entre Montevideo, Buenos Aires y Lima, en la cual, entre muchas otras cosas, describe a los llamados “gauderios”, voz utilizada para referirse a los gauchos de la zona. La referencia de Sarmiento al texto de Carrió dice así:

«La mayor parte de la población, dice un cronista, se compone de muchos desertores de mar i tierra, i algunos polizones que, a título de la abundancia de comestibles, ponen pulperías con mui poco dinero, para encubrir su poltronería i sus contrabandos «...» Tambien se debe rebajar del referido número de vecinos, muchos holgazanes criollos, a quienes con grandísima propiedad llaman gauderios». Titúlase el libro que contiene datos tan preciosos: «El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima» (Viajes: 31).

Sarmiento toma la visión de Carrió acerca de los “gauderios” dedicados al vagabundaje y la holgazanería y la transforma en propia. Como el español, Sarmiento cree que el mal de estos criollos nace de las facilidades que brinda la abundancia de la región⁷¹. La

⁷⁰ Sarmiento escribe en *Facundo*: “Pero el elemento principal de orden y moralización que la República Argentina cuenta hoy, es la inmigración europea, que de suyo, y en despecho de la falta de seguridad que le ofrece, se agolpa, de día en día, en el Plata, y si hubiera un Gobierno capaz de dirigir su movimiento, bastaría, por sí sola, a sanar en diez años, no más, todas las heridas que han hecho a la patria, los bandidos, desde Facundo hasta Rosas, que la han dominado” (Sarmiento, 1985: 242).

⁷¹ Carrió de la Vandra introduce su retrato de los “gauderios” después de una detallada descripción de las riquezas de la ciudad de Montevideo (abundante ganado, carneros, peces que se cazan con inmensa facilidad): “De esta propia abundancia, como dije arriba, resulta la multitud de holgazanes, a quien[es] con tanta propiedad llaman GAUDERIOS Éstos son unos mozos nacidos en

holgazanería de los “gauderios” se traduce en improductividad, mal hábito que resulta en la falta de progreso, en la condición estacionaria del país y en la inestabilidad de las instituciones republicanas. La cuestión de la improductividad, consecuencia de las costumbres que se arrastran desde la colonia y que son herencia de la dominación española y de los indios, es uno de los temas que atraviesa la misiva de Sarmiento, que compara la pereza del criollo con la laboriosidad del inmigrante europeo. Y nuestro viajero agrega a la holgazanería del gaucho un rasgo adicional, que lo descalifica como posible ciudadano de la una república civilizada, la inclinación a la pendencia y las prácticas sanguinarias:

Oribe por un lado, Rivera por el otro, sus aliados i sostenedores adentro i afuera de Montevideo, podrian llamarse, con grandísima propiedad, gauderios, si en lugar de cantar como la cigarra, no se entretuvieran en derramar sangre. Es este el antiguo tipo colonial que se revuelca en el fango i se descompone en los puntos remotos, donde el comercio europeo no viene a inyectarle nueva vida; que resiste vigorosamente, cuando logra rehacerse bajo la inspiracion de un Viriato, como acontece del otro lado del Plata, cual el tísico que en la flor de la edad siente disolverse su pulmon (Viajes: 31).

Todo lo anterior lleva a Sarmiento a plantear una conclusión tajante: la lucha entre civilización y barbarie es en estas tierras, lucha entre estos extranjeros y el montevidiano criollo, y si el orden republicano ha de triunfar en la región, lo hará sólo de la mano de estos inmigrantes, portadores de la simiente civilizadora:

El mal de Montevideo es el de Tejas, un pueblo que se muere i otro que llega; porque Tejas i Montevideo son los dos desembarcaderos que en las costas españolas se han procurado los inmigrantes (...) Lo que hai de real aquí es la industria que se atrinchera, contra la arbitrariedad de los haraganes, llámense estos Oribe, Rivera, Rosas, i las escuadras protectoras del comercio, sea la Inglaterra, la Francia o el Brasil, quienes las envíen. Hai sustitucion de vida, por tanto sustitucion de gobiernos, pasando de la arbitrariedad del caudillo, que remueve el pais por dar suelta a sus pasiones, a la habilitacion de la masa intelijente, que quiere gobernarse a sí misma i seguir sus propias inclinaciones. En una palabra, hai en Buenos Aires, España esclusiva; en Montevideo, Norte América cosmopolita. ¿Cómo han de estar en paz el fuego i agua? (Viajes: 31-32).

Sarmiento defenderá la savia traída por este pueblo nuevo, europeo, civilizado, portador del progreso y la industria frente al americanismo propugnado por Oribe y Rosas. El autor lucha

Montevideo y en los vecinos pagos. Mala camisa y peor vestido, procuran encubrir con uno o dos ponchos, de que hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla. Se hacen de una guitarrita, que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas, que estropean, y muchas sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre amores. Se pasean a su a[r]bitrio por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos, comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero, cantando y tocando. Si pierden el caballo o se lo roban, les dan otro o le toman de la campaña, enlazándolo con un cabestro muy largo que llaman rosario. También cargan otro, con dos bolas en los extremos, del tamaño de las regulares con que se juega a los trucos, que muchas veces son de piedra que forran de cuero, para que el caballo se enrede en ellas, como asimismo en otras que llaman ramales, porque se componen de tres bolas, con que muchas veces lastiman los caballos, que no quedan de servicio, estimando este perjuicio en nada, así ellos como los dueños” (Carrió de la Vandera, 1985: 21-22). Es claro que a Carrió le preocupa el modo en que la corona española desaprovecha la oportunidad de generar riquezas que ofrecen estos territorios. Sarmiento transformará esta preocupación colonial en una republicana. Sobre las continuidades entre el proyecto español de colonialismo ilustrado durante el siglo XVIII y los proyectos de la élite republicana en el siglo XIX, véase Robles, 2008; especialmente las pp. 70-88 y 124-127. Aprovecho de agradecer aquí a Francisco Robles por haberme permitido acceder a su investigación.

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas corresponde a la disposición que tienen las mismas en el libro de Viajes, y que es el siguiente: Masayuders, Montevideo, paso de la civilización, Ruán, "Paris", "Madrid", "Barcelona", "África", "Roma", "Florencia, Venecia, Milán", "Suiza, Munich, Berlín" y "Estados Unidos". *Porque corto una vez la cadena que la tenía atada, tengo por la América a errar sola por sus soledades, huyendo del trato de los otros pueblos del mundo, a quienes no quiere parecerseles. No es otra cosa el americanismo, palabra engañosa que hiciera, al oírlo, levantarse la sombra de Américo Vespucio, para ahogar entre sus manos el hijo espureo que quiere atribuirse a su nombre. El americanismo es la reproducción de la vieja tradición castellana, la inmovilidad y el orgullo árabe (Viajes: 35).*

Notamos cómo en la cita anterior aparecen dos referentes usuales de la barbarie en Latinoamérica: el mundo español y el mundo árabe. España, que para el argentino representa la colonia, la Edad Media y la Inquisición; es aludida en *Facundo* como una de las fuentes del atraso argentino. La combinación del medio natural de la pampa con las costumbres feudales de la campaña son las razones que da Sarmiento para la barbarie de los gauchos, unida a la amenaza del indio⁷². La analogía orientalista, por otra parte, es un recurso extendido a lo largo de *Facundo* y que el argentino proyecta ahora sobre Montevideo como espacio equivalente: el gaucho encuentra su símil en el árabe, tanto por la naturaleza que lo engendra (el desierto), como por sus costumbres violentas, su carácter orgulloso y su tendencia al despotismo⁷³. Ambos, árabe y gaucho, representan formas sociales y modos de convivencia que están fuera de la ley y norma civilizada, son, como indica Julio Ramos (2003: 50-51), la imagen de la alteridad respecto del paradigma europeo al interior del *Facundo*. Durante la estadía en Montevideo esta estructura interpretativa sigue operando sin modificaciones. Más adelante veremos qué sucede cuando el autor visita España y Argelia.

En la carta montevideana la reflexión de Sarmiento acerca de la herencia española se extiende sobre dos temas que serán también retomados durante su visita a España: la violencia o carácter sanguinario y las facultades poéticas del español. El primero de estos temas es suscitado por la descripción de las prácticas de degüello del General Oribe y sus tropas, que eran celebradas haciendo de la violencia un espectáculo pavoroso para el mundo civilizado, sosteniendo su dominación sobre la República Oriental a través del

⁷² Para la idea del medio natural como determinante cfr. *Facundo*, el capítulo I: "Aspecto físico de la república Argentina; caracteres, hábitos e ideas que engendra" (Sarmiento, 1985: 23-34). Para una descripción de la campaña véase el capítulo III "Asociación – La Pulpería" (Sarmiento, 1985: 57-62).

⁷³ Carlos Altamirano examina el orientalismo presente a lo largo de *Facundo* como una estrategia textual que busca no solo dotar al texto de la retórica del exotismo, atractiva de suyo para los escritores románticos, sino que además el orientalismo y "lo árabe" connotan la idea del despotismo como forma de gobierno típica del mundo asiático. Detrás de esta connotación está el discurso europeo sobre la otredad oriental, que opone a las formas de gobierno civilizadas de Europa el despotismo del mundo árabe. Esta connotación, que se inscribe en el proceso de la construcción de la identidad europea, nos muestra además cómo Sarmiento sitúa su propio discurso al interior de esta trama, buscando la identificación con el europeo al querer compartir un mismo lugar de enunciación respecto de este despotismo: "El Oriente de *Facundo* nos reenvía así, antes que a un área de conocimientos, a un conjunto discursivo dominado por significaciones –el archivo orientalista–, constitutivo de la identidad europea y, durante el siglo XIX, entrelazado con la expansión colonial (...) el uso del símil asiático cobra un sentido ideológico del que la sola noción de exotismo literario no daba cuenta. Esta noción podía sensibilizar al lector para los procedimientos a través de los cuales Sarmiento insertaba una lejanía imitada, buscando para la naturaleza y la sociedad que ponía en escena la sugestión de los espacios distantes y de lo raro; la sola idea del encanto exotista y sus recursos, sin embargo, no dejaba entrever que uno de esos procedimientos, el más frecuente, si bien no el único, el de las analogías orientalistas, iba asociado a una red de elementos que agrupaba no sólo estereotipos literarios, sino también estereotipos ideológicos, inscriptos todos ellos en una empresa de dominación" (Altamirano, 1997: 88).

terror⁷⁴. El argentino procede a hacer una doble comparación⁷⁵, como es su costumbre, para situar en su mapa cultural los orígenes de esta práctica. Por un lado, relaciona este episodio con las prácticas de los indios de Norteamérica descritas por Fenimore Cooper (una de sus fuentes favoritas), para preguntarse si acaso estas costumbres proceden de los nativos sudamericanos. Pero luego establece un nuevo término de comparación, referido a España:

Despues se procedia a cortar las cabezas, i hacer mutilaciones en el cuerpo que la pluma se resiste a especificar. Veces ha habido que el tránsito de una calle de estramuros estaba obstruido por una hilera de cabezas de franceses así cortadas. Por mas detalles vea Ud. a Cooper, i los viajeros que han descrito las costumbres de los salvajes de la América del Norte. Ignoro si entre nuestras tribus indíjenas existen prácticas semejantes, para achacar estos actos a tradiciones populares. Las colonias españolas han vivido durante tres siglos en una tranquilidad patriarcal, i solo con la revolucion comenzaron a verse ejecuciones i derramamiento de sangre. ¿Será que en el hombre sea natural aquella fiereza que tiene sofocada la civilizacion i las leyes, i que reaparece de nuevo cuando esta doble presion afloja? (...) O bien ¿será que una raza traiga en la sangre las tradiciones de sus padres, i éstas revivan i se animen con la excitacion de los odios políticos, como aquellas culebras entorpecidas en nuestros campos, a quienes el calor del sol devuelve el uso de su veneno mortífero? Lea Ud. entónces a Llorente, Memorias para servir a la historia de la inquisicion, i allí puede encontrar afinidades mui ilustrativas (Viajes: 49).

Conviene tomar en cuenta que, aunque parece quedar zanjado por el costado de la herencia racial hispana, el asunto del origen de la violencia en el ser humano y la sociedad será tema de constante preocupación para Sarmiento, y volverá a aparecer en el episodio de la corrida de toros en Madrid. Si aquí la cuestión es achacada a la herencia de sangre, como si determinados rasgos prevalecieran en ciertos pueblos, en España cambiará de opinión.

Respecto a la poesía española, el sanjuanino se muestra profundamente despectivo. Y aquí aparece una relación más o menos implícita en el *Facundo*: la oposición entre la poesía y el progreso de la civilización:

Me parece que una causa profunda hace al pueblo español por todas partes poeta; inteligencias caidas como aquellos nobles de otro tiempo descendidos a la plebe, con organizaciones e instintos desenvueltos; mentes elevadas y ociosas, que se remueven y ajitan en su nada, revelando su elevada condicion por entre los harapos que las cubren. El español inhábil para el comercio que

⁷⁴ Nuevamente Altamirano destaca que uno de los atributos con que Sarmiento pinta a Facundo Quiroga, su capacidad de infundir temor, es la pasión que, según Montesquieu, está a la base de la dominación despótica (Altamirano, 1997: 96-97). La dominación a través del terror, propia del despotismo árabe, se extiende entonces a las figuras de Facundo y Rosas, y; nuevamente por analogía, a la del General Oribe, simil montevideano de estos dos últimos.

⁷⁵ Piglia indica cómo la analogía y la comparación son un método para apropiarse de la alteridad de la pampa y reinscribirla en un mapa cultural que la vuelva inteligible: "En Sarmiento la erudición tiene una función mágica: sirve para establecer el enlace entre términos que a primera vista no tienen relación. Si Sarmiento se excede en su pasión, un poco salvaje, por la cultura es porque para él conocer es comparar. Todo adquiere sentido si es posible reconstruir las analogías entre lo que se quiere explicar y otra cosa que ya está juzgada y escrita. Para Sarmiento saber es descifrar el secreto de las analogías: la semejanza es la forma misteriosa, invisible, que hace visible el sentido. La cultura funciona sobre todo como un repertorio de ejemplos que pueden ser usados como términos de la comparación" (Piglia, 1980: 17).

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas sobre la vida de los pueblos que tiene en cuenta el mismo Sarmiento es el siguiente: “La máquina, las artes, el estudio de Luces” “Para haber añido a las ciencias” “África” “Roma” “Florencia, Venecia, Milán” “Suiza, Munich, Berlín” y “Estados Unidos”. ***está preparado, el español se encierra en sí mismo i hace versos; monólogo sublime a veces, estéril siempre, que le hace sentirse ser inteligente i capaz, si pudiera, de accion y de vida, por las transformaciones que hace experimentar a la naturaleza que engalana en su gabinete, como lo haria el norteamericano con el hacha en los campos (Viajes: 49-50).***

En este pasaje de la carta ocurren varias cosas curiosas. En primer lugar, como ya mencionamos, se produce una oposición entre la labor poética y el progreso material de un pueblo. Sarmiento insinúa que la energía que una sociedad no consume en la actividad útil, en el desarrollo científico e industrial, queda encauzada hacia la actividad poética. En lugar de dedicarse a explotar y domar a la naturaleza para el beneficio humano, el español escribe poesías que cantan la belleza de esa naturaleza indómita. Y cuando habla de naturaleza indómita se refiere también al gaucho, ese engendro de un medio natural salvaje que trata con la naturaleza cuerpo a cuerpo, inmerso en ella. Sarmiento introduce el tema de la poesía muy a propósito para hablarnos de su encuentro con los poetas argentinos exiliados en Montevideo. Su posición frente a estos poetas es ambigua pues, como señala en el pasaje anterior, le parece que las energías consagradas a este arte son fuerzas que debiesen reorientarse a la industria y a la actividad útil. Pero, por otra parte, en el caso específico de los argentinos, le parece que este arte tiene una función útil que lo justifica. Sarmiento le perdona al poeta argentino este derroche –estéril en el caso español– porque cree que esta poesía ayuda a denunciar la condición de su patria, los poetas debían reflejar el medio social y la personalidad de sus pueblos para impulsar con las letras la lucha en pro de la civilización. Por eso se incluye a sí mismo en el esfuerzo que él llama “literatura homérica”: es el canto del surgimiento de un pueblo, canto épico de la lucha entre civilización y barbarie, entre hombre y naturaleza:

¡Yo os disculpo, poetas arjentinos! Vuestras endechas protestarán por mucho tiempo contra la suerte de vuestra patria. Haced versos i poblad el rio de seres fantásticos, ya que las naves no vienen a turbar el terso espejo de sus aguas. I miéntras otros fecundan la tierra, cruzan a vuestros ojos con sus naves cargadas el almo rio, cantad vosotros como la cigarra; contad sílabas miéntras los recién venidos cuentan los patacones; pintad las bellezas del rio que otros navegan; describid las florestas i campiñas, los sotos i bosquecillos de vuestra patria, miéntras el teodolito, i el grafómetro, prosaicos en demasía, describen a su modo i para otros fines los accidentes del terreno (Viajes: 50).

La particularidad de la pampa argentina, la campaña, los gauchos; son todos tópicos que según el argentino pueden engendrar poesía. En *Facundo* afirma:

Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales, y, sobre todo, de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia; lucha imponente en América y que da lugar a escenas tan peculiares, tan características y tan fuera del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, porque los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman, los usos sorprendentes, y originales los caracteres (Sarmiento, 1985: 39).

Lo que aparece aquí es la barbarie como el objeto privilegiado del arte poética. Obviamente Sarmiento distingue en *Facundo* la poesía cantada por el gaucho de la poesía culta, y aunque no le resta legitimidad estética a la primera, es la poesía culta la que está llamada a cantar esta realidad sin par. Pues sólo la forma culta es capaz de instaurar un cosmos en el caos de la barbarie, como una puesta en orden del “otro”, que entra en una legalidad estética que lo hace inteligible para la civilización (Ramos, 1989: 30-31). En el contexto de estas sociedades en tránsito de la barbarie hacia la civilización, la literatura puede cumplir un rol mediador, donde se realiza primero por la representación literaria lo que después se hará a través de la acción política: hacer inteligible el espacio de la barbarie es una tarea previa al establecimiento del orden político e institucional. Y lo que aparece como signo de estancamiento en España, en Argentina puede aún cumplir cierta función importante, y así lo da a entender Sarmiento en la misiva desde Montevideo:

¿Cómo hablar de Ascazubi, sin saludar la memoria del montevideano creador del género gauchi-político, que a haber escrito un libro en lugar de algunas páginas como lo hizo, habría dejado un monumento de la literatura semi-bárbara de la pampa? A mí me retozan las fibras cuando leo las inmortales pláticas de Chano el cantor, que andan por aquí en boca de todos. Echeverría describiendo las escenas de la pampa, Maldonado imitando el llano lenguaje, lleno de imágenes campestres del cantor, ¡qué diablos! por qué no he de decirlo, yo, intentando describir en Quiroga la vida, los instintos del pastor argentino, i Rugendas, pintando con verdad las costumbres americanas; hé aquí los comienzos de aquella literatura fantástica, homérica, de la vida bárbara del gaucho que como aquellos antiguos hicsos en el Egipto, háse apoderado del gobierno de un pueblo culto, i paseado sus caballos i hecho sus yerras, sus festines i sus laceaduras en las plazas de las ciudades (Viajes: 51).

Vemos cómo una realidad que es condenable desde el punto de vista sociopolítico, puede ser el ámbito por excelencia de la ficción (Lojo, 1994: 59). Sarmiento justifica la poesía y literatura nacional frente a la española porque la primera no es un producto del ocio, sino que está sujeta a una utilidad estricta: es una literatura que, como *Facundo*, permite inscribir la barbarie, su “otredad”, dentro del discurso letrado, transformando esas obras literarias en un “saber del otro” y, a la vez, es una literatura crítica, que busca denunciar la tiranía de Rosas y mover a las masas a la acción política. Pero como sabemos que el deseo más profundo de Sarmiento es que Argentina deje su estado de salvajismo y se encamine al orden civilizado, entendemos que anhela que ese paisaje, por fértil que sea desde un punto de vista literario, desaparezca y que la naturaleza bruta sea finalmente dócil a la ciencia humana. Algo de este sentimiento se trasluce en el comentario que nos hace de su encuentro con Esteban Echeverría. Sarmiento queda favorablemente impresionado por el mentor de la Asociación de Mayo, aunque parece valorarlo mucho más como poeta que como pensador social. Sarmiento se refiere muy a la rápida a las preocupaciones sociales y políticas de Echeverría, pero el retrato que pinta el sanjuanino es, ante todo, el de un poeta, absorto en la contemplación de lo bello:

Echeverría, que ha engalanado la pampa con las escenas de la Cautiva, se ocupa de cuestiones sociales i políticas, sin desdeñarse de descender a la educación primaria, como digna solicitud del estadista americano. Alma elevadísima por la contemplación de la naturaleza i la refracción de lo bello, libre además de todas aquellas terrenas ataduras que ligan los hombres a los hechos actuales, i que suelen ser de ordinario el camino del engrandecimiento, Echeverría no es

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas no responde a la disposición que tiene en el mismo el autor. Es el siguiente: *“Las cosas”*, *“No desdén la República”*, *“A París”*, *“A patria y a dar aplicación”*, *“África”*, *“Roma”*, *“Florencia y Venecia”*, *“Milán”*, *“Suiza”*, *“Munich”*, *“Berlín”* y *“Estados Unidos”*. ***ni soldado ni periodista; sufre moral i físicamente; i aguarda sin esperanza que se dé a examinar por lo que puede ser que trasluzca usted algo en un trabajo que prepara para ver la luz pública bajo el nombre del Dogma Socialista. El poeta vive, empero, aun al traves de estas serias lucubraciones (Viajes: 53-54).***

Sarmiento pinta a Echeverría como a un ser contemplativo, que observa y sufre fuera de la acción política –no por nada se refiere a él como “manso varón” (*Viajes*: 53)– y queda fuertemente impresionado por un poema suyo, *Ángel Caído*, del cual transcribe algunos fragmentos en su carta. Sarmiento comenta que “A falta de sentimientos morales para engalanar su patria, tan humillada i tan cubierta de lodo, Echeverría canta las grandezas naturales de su rio” (*Viajes*: 54) y a continuación reflexiona sobre el significado de ese canto a la naturaleza en el contexto sociopolítico argentino:

Hé aquí al verdadero poeta, traduciendo sílaba por sílaba su país, su época, sus ideas. El Hudson o el Támesis no pueden ser cantados así; los vapores que hienden sus aguas, las barcas cargadas de mercadería, aquel hormiguar del hombre, aforradas sus plantas en cascos, no deja ver esta soledad del Rio de la Plata, reflejo de la soledad de la pampa que no alegran alquerías, ni matizan villas blanquecinas que ligan al cielo las agujas del lejano campanario. No hai astilleros, ni vida, ni hombre; hai solo la naturaleza bruta, tal como salió de las manos del Criador, i tal como la perpetúa la impotencia del pueblo que habita en sus orillas (Viajes: 56).

Nuestro viajero se refiere a Echeverría como al “verdadero poeta”, en oposición implícita al poeta “estéril” -el español y el gaucho cantor- y alaba la capacidad de Echeverría de “traducir” la patria y la época “sílaba por sílaba”. Pero al mismo tiempo la cita deja traslucir cómo Sarmiento aprueba sólo a medias la producción poética de los argentinos en el exilio: si bien muchas de sus obras cumplen esa función útil a los intereses políticos de la que hablábamos más arriba, el canto a la naturaleza americana también es expresión no sólo de la energía que no se dedica a la industria sino también de la carencia, pues no es posible cantar acerca de lo que no se tiene y entre los argentinos o los montevideanos no podríamos encontrar a un Balzac ni a un Eugène Sue, escritores eminentemente modernos y urbanos, que describen el espectáculo de las grandes ciudades y de la modernidad europea, esos escritores que Sarmiento había llamado “socialistas” porque pintaban y animaban el proyecto moderno de una sociedad liberal y democrática⁷⁶. El argentino canta la “naturaleza bruta” justamente porque carece de vida civilizada. Sarmiento, de hecho, se muestra desilusionado de su encuentro con sus compatriotas en el exilio, los ve aferrados a las viejas ideas unitarias y a las rencillas de partido, como nos da a entender cuando se encuentra con Florencio Varela “digno representante de un partido que ha desaparecido hasta el último, por la muerte de los jefes, i por la desmoralización del resto, que ha ido desprendiéndose i cayendo, como las carnes i tegumentos que revisten el esqueleto de los animales sin vida” (*Viajes*: 50) o con Valentín Alsina. La misiva termina rápidamente después del encuentro con Echeverría, enumera su encuentro con otros argentinos en el exilio: Batolomé Mitre (del que se hará muy amigo), Valentín Alsina, Florencio Varela y Miguel Cané, entre otros, pero no nos cuenta nada más de sus entrevistas con ellos, trasluciendo su desilusión al verlos dedicados a las rencillas facciosas y al cultivo de una

⁷⁶ Véase el capítulo II de esta tesis, sección cuarta.

poesía poco útil⁷⁷. La carta termina de esta manera abrupta y nos deja con la sensación de que en su estadía en Montevideo Sarmiento aún no ha experimentado esa puesta en tensión a la que se somete todo sujeto viajero. Lo que el sanjuanino describe en esta misiva no es todavía una experiencia de “lo nuevo”, sino una realidad que puede explicar con el mismo modelo de comprensión que utilizó en *Facundo*. Por esta razón, Sarmiento contempla Montevideo desde las alturas, desde un saber previo, no hay casi relato de las peripecias de viaje, ni asomo de una “experiencia” en el sentido fuerte de la palabra, no observamos aquí a un sujeto viajero en movimiento y el desplazamiento es meramente espacial, pero no cultural. El paso por Uruguay, sin embargo, le sirve para confirmarse en sus ideas y en su posición de autor como “uno más” entre los intelectuales de la Generación del ‘37, quienes ahora se han transformado en sus pares. El joven de provincia ya no es un ser anónimo y Sarmiento parte de Montevideo con la certeza de que, más allá de las recepciones más o menos favorables de su obra, ha logrado forjarse un nombre.

Antes de partir definitivamente hacia las anheladas tierras europeas, Sarmiento hará una última parada sudamericana en Río de Janeiro. Desde la ciudad carioca el sanjuanino escribe una carta a otro de sus compatriotas exiliado en Chile, Miguel Piñero, fechada el 20 de febrero de 1846. En Brasil Sarmiento entra en contacto con la naturaleza de los trópicos, una experiencia que lo impresiona profundamente y que atraviesa la misiva. La carta se inicia con una escena concreta, Sarmiento le escribe a su amigo que son recién las seis de la mañana y sin embargo se encuentra “postrado, deshecho, como queda nuestra pobre organización cuando se ha aventurado más allá del límite permitido de los goces” (*Viajes*: 56). ¿Qué produce en nuestro viajero un agotamiento tal? Es el sol del trópico, que le infunde temor y al que llama tirano por menguar sus energías: “Es un tirano sobre cuya faz no es uno osado de echar una mirada furtiva; sus rayos se sienten presentes a toda hora, agudos como flechas, penetrantes como lluvia de agujas” (*Viajes*: 56-57). La escena inicial nos presenta al sol y con él a la naturaleza tropical como al gran personaje de la carta brasileña, que permite al argentino continuar sus reflexiones sobre la relación entre hombre y naturaleza en el contexto sudamericano. La imagen de la “naturaleza bruta”, que ya había aparecido en las cartas sobre Montevideo y “Mas-a-fuera” como fuerza contraria a la labor humana, es retomada como motivo central en la carta desde Río de Janeiro. Si en la pampa la imagen del medio geográfico era el vacío, el espacio infinito que debe ser llenado con inmigrantes, ciudades e industrias; en Brasil la imagen de la naturaleza es exuberancia y exceso, una fuerza de un ímpetu tal que resulta contraria al espíritu de la inteligencia humana:

Después de veinte días de residencia en esta ciudad, permanezco inmóvil, los brazos tendidos, las fibras sin elasticidad, agobiado bajo la influencia letárgica. Anunciase apenas la aurora, i ya el calor del sol ausente aun, pone en movimiento la vegetación, bulliciosa ella misma, como los enjambres de insectos dorados que la pueblan. Bajo los trópicos la naturaleza vive en orjia perenne. La vida bulle por todas partes, ménos en el hombre, que se apoca i anonada, acaso para guardar un equilibrio entre las fuerzas de su producción. El hombre nacido en estas latitudes, resiste a su acción instantánea; pero a la larga, vésele en sus hábitos, en sus hijos, debilitarse i perder la energía original de la raza (Viajes: 57).

⁷⁷ José S. Campobassi nos cuenta de la desilusión de Sarmiento al encontrarse con sus pares de Montevideo: “Sarmiento encontró a los exiliados argentinos apegados a ideas, teorías y fórmulas políticas envejecidas y desacreditadas. Advirtió que los Varela y los Alsina, doctores unitarios, según se lo llamaba, tenían muy poco de común con él” (Campobassi, 1975, I: 244). El autor nos informa de ciertos eventos que la carta no menciona, como los comentarios que le hicieron Varela y Alsina acerca de *Facundo*, que al parecer no causó la adhesión inmediata que Sarmiento esperaba.

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas corresponde a la disposición que tienen las mismas en el libro de Viajes, y que es el siguiente: Mas-a-fuera, Montevideo, Río de Janeiro o Raan, diferencia de la naturaleza de la "América", "Roma", "Florencia", "Vauda", "Milán", "Suiza", "Múnic", "Berlín" y "Estados Unidos". El desarrollo de las facultades humanas. Sin embargo, una diferencia de la naturaleza de la "América", "Roma", "Florencia", "Vauda", "Milán", "Suiza", "Múnic", "Berlín" y "Estados Unidos" natural presente en la carta es la de la experiencia del sujeto viajero frente a esta naturaleza, lleva la carga de lo vivido, al igual que la descripción del mar en la misiva sobre "Mas-a-fuera". Es Sarmiento mismo quien experimenta el debilitamiento de sus facultades y a la vez la fascinación ante la profusión selvática de Brasil. El texto deja de elevarse, como en la carta de Montevideo, sobre un saber previo y la perspectiva es individual, son las impresiones del viajero las que suscitan la reflexión y vemos a Sarmiento intentando comprender una sensación nueva a través de teorías que puedan dar cuenta de dicha novedad:

El extranjero venido de climas templados, se siente paralizado en sus movimientos, como en aquellas pesadillas en que el brazo no obedece a la impulsión que quisiera darle la voluntad en un soñado peligro; anda escondiéndose del astro matador, i asechando su ausencia para ir a contemplar como un intruso las obras de este artífice supremo o las maravillas tropicales. I entónces, cuando la vista se ha esparcido sobre este conjunto de cuadros, de sombras luminosas i de luz reberberada, se comunica a los sentidos la fatiga del espíritu gastado por la sensación de lo sublime, que en la vida no se ejercita sino de tarde en tarde i por minutos, i que dura aquí horas enteras; i el pobre neófito vuelve a buscar su hogar sintiendo su nada, i la limitación de sus facultades físicas i morales (Viajes: 57).

Sarmiento explica su fatiga mediante el recurso a la experiencia de lo sublime que, como hemos mencionado ya en el capítulo I, era una categoría estética central del discurso romántico europeo a la hora de representar la naturaleza como objeto estético y en su relación con el hombre como sujeto de dicha experiencia. La visión de un espectáculo natural en su magnitud o en su poderío fueron descritos por Kant en 1790 en su *Crítica de la Facultad de Juzgar*. La visión de esta naturaleza cuyo grandor es inabarcable para la mirada o cuya fuerza es abrumadoramente superior a la humana es explicada por Kant como una experiencia que produce en el sujeto este sentimiento de lo sublime, que se caracteriza por el colapso de las facultades del entendimiento⁷⁸ y que, a diferencia del sentimiento de lo bello, no genera una sensación de agrado sino de temor. El sujeto de esta experiencia se siente atraído y repelido sucesivamente por el objeto que despierta este sentimiento, pero al mismo tiempo dicho objeto, contemplado a cierta distancia, produce un placer negativo cuando el sujeto siente su capacidad de sobreponerse al poder o a la inmensidad de la naturaleza. Antes de Kant, Edmund Burke hizo también un análisis de lo sublime en 1757 y de similar forma que el filósofo de Königsberg, lo describe como un sentimiento de deleite o placer negativo frente a escenas que nos producen terror y que representan un peligro, pero que contempladas a cierta distancia se vuelven placenteras⁷⁹.

⁷⁸ Kant distingue dos tipos de experiencias lo sublime: lo sublime dinámico de la naturaleza, donde el sentimiento aparece en el sujeto ante la presentación de la naturaleza como poder (Kant, 1983: 179 y ss); y lo sublime matemático, donde el sujeto experimenta un "sentimiento de inadecuación de su imaginación con respecto a las ideas de un todo, para presentarlas, en el cual alcanza la imaginación su máximum y, en el afán por ampliarlo, vuelve a sumirse en sí misma, siendo transportada a través de ello, sin embargo, a una complacencia emotiva" (Kant, 1983: 166). Véase en general la "Analítica de lo sublime" en la *Crítica de la Facultad de Juzgar* (Kant, 1983: 153-183).

⁷⁹ Dice Burke: "Cuando el peligro o el dolor acosan demasiado, no pueden dar ningún deleite, y son sencillamente terribles; pero a ciertas distancias y con ligeras modificaciones, pueden ser y son deliciosos, como experimentamos todos los días" (Burke, 1987: 29).

La representación de la naturaleza en su máxima expresión, en toda su inmensidad y potencia, aparece a su vez en Humboldt que, como se ha mencionado, fue un referente obligado entre los miembros de la élite letrada latinoamericana del siglo XIX a la hora de representar la naturaleza americana como punto de partida de las literaturas nacionales⁸⁰. En este momento de los *Viajes*, Sarmiento evoca el tópico humboldtiano de la selva espesa, pero de algún modo no logra situarse en el mismo punto de vista del viajero europeo, no puede ver la selva a distancia como *disponibilité*, como naturaleza disponible que se ofrece a la mirada europea como objeto estético, materia de conocimiento y recurso a explotar en términos capitalistas; sino como una experiencia que lo invade y lo abruma. No ocurre aquí la distancia necesaria que indican tanto Kant como Burke como condición de la experiencia de lo sublime y que el mismo Sarmiento señala como experiencia placentera sólo a condición de su brevedad. Lo que experimenta Sarmiento es una inmersión en la inmensidad natural que hace flaquear la voluntad del argentino, que lo aliena de su cuerpo (nótese la alusión al brazo que no obedece a la voluntad de la razón). El argentino parece querer excusarse de estas sensaciones cuando dice que esa reacción es común a los “extranjeros de climas templados”, pero lo cierto es que su intento de situarse en el punto de vista del viajero europeo respecto de la naturaleza americana fracasa. La representación de la naturaleza americana que nos brinda el argentino no es ya la de una simple fuente de riquezas, disponible en su abundancia para ser trabajada y explotada, sino como una fuerza contraria, como un obstáculo que sobrepasa las capacidades del hombre americano, sea éste gaucho o letrado. Las ideas típicas de Sarmiento acerca de la pereza del americano que no trabaja ni produce porque la abundancia de su tierra le da el fruto en bandeja, o de la violencia del gaucho que se funde y se deja modelar por el escenario natural, de pronto aparecen puestas en tensión cuando es el propio sujeto letrado latinoamericano el que parece sucumbir a las potencias de aquella naturaleza bruta.

Luego de presentarnos esta experiencia de anonadamiento de su voluntad frente a la naturaleza de los trópicos, Sarmiento prosigue su relato, está tendido en su cama, exhausto ante el sol abrumador del día que ya despunta, cuando de pronto un sonido lo sacude de su sopor:

Esto es el despertar del trópico, i esta mañana cuando recordaba el sentimiento de la existencia así mutilada, un desconocido rumor de sonajas metálicas i de voces humanas, porque decididamente aunque estrañas, pertenecian a las modulaciones de nuestra especie, venia a confundirse en aquel caos del espíritu que se llama sueño. Incorpórome pesadamente, i los ruidos toman la forma neta i despejada de la realidad; asómome a la ventana que domina la plaza, i la esclavatura se me presenta en toda su deformidad. Larga recua de negros encorvados bajo el peso de la carga, seguian al trote, al madrin que en la delantera ajitaba sonajas de cascabeles i campanillas. Negros arrieros cerraban la procesion, chasqueando sus látigos sonoros para avivar el paso de las mulas

⁸⁰ Así lo señala Pratt para los casos de Andrés Bello, Simón Bolívar, José María Heredia y el mismo Sarmiento: “Los escritos de Humboldt –mucho más que la vanguardia capitalista o las exploradoras sociales– llegaron a ser una materia prima fundamental para las ideologías americana y americanistas forjadas por los intelectuales criollos en las décadas de 1820, 1830 y 1840. Su obra fue una piedra de toque para la literatura cívica que proclamaba la independencia literaria de Hispanoamérica, formulando interpretaciones de la realidad americana que eran orgullosamente *americanistas* y, al mismo tiempo –como señaló el historiador cultural Pedro Henríquez Ureña–, no eran *européas* sino *européizantes*. Una y otra vez en los textos fundacionales de la literatura hispanoamericana, la estetizada América virgen de Humboldt brindó un punto de partida para la elaboración de prescripciones cívicas y morales para las nuevas repúblicas. Su reinención de América para Europa fue transculturada por los escritores euroamericanos a un proceso criollo de autoinvención” (Pratt, 1997: 305-306).

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas que se describen a continuación que tienen lugar en el marco de viajes, y que es el que se sigue en el presente trabajo, es el que se sigue en el presente trabajo, y que es el que se sigue en el presente trabajo. **humanas i aquella bestia en dos pies, léjos de jimir bajo el peso, canta para aguiarse. Don el compás de su voz al clarín con la de los que de preceden, i le siguen, se reme. Roma, Florencia, Venecia, Milán, Suiza, Munich, París, y Estados Unidos". fatiga, el muelle donde las naves cargan, i un fin lejano, la muerte que cura todos los dolores (Viajes: 57-58).**

La aparición de los esclavos surge como una continuidad del paisaje tropical y como una expresión del mismo. Sarmiento habla de los hombres y mujeres de raza negra asumiendo como algo natural su inferioridad, los llama bestias en dos pies y los describe como deformes. Y, sin embargo, les reconoce el rasgo humano en el canto que utilizan para darse ánimos durante el trabajo, al punto de que ha sido esta música el estímulo capaz de despertar a nuestro autor de su letargo inicial. Este canto parece emocionar profundamente a nuestro viajero que realiza una breve reflexión acerca de la injusticia de la esclavitud, propia de pueblos con complejo de inferioridad, como España y Portugal: "páreceme que todas las injusticias humanas vinieran del sentimiento de inferioridad" (Viajes: 58). Atribuye a esta injusticia el castigo recibido por la sociedad portuguesa residente, que bajo la influencia de esta institución despreciable ha degradado sus costumbres morales y familiares (parece olvidar que la esclavitud también existe en los Estados Unidos). Y en un momento de entusiasmo, Sarmiento se deja contagiar por el placer que le produce el canto de los esclavos y llega a considerar las artes musicales cultivadas por los africanos quizás superiores a las venidas del territorio europeo⁸¹:

¡Cuánta animación en aquellos semblantes radiosos de felicidad y de entusiasmo, cuánta voluptuosidad en aquellas bocas entreabiertas, i cuánto fuego en aquellas miradas fijas y centelleantes! ¡No! Los artistas de la ópera no me han mostrado sentir la música como una negra a quien resquebraba, sin duda en canto mandinga o cafre, un negro que la detenía en la calle" (Viajes: 60).

Y pese a esa superioridad que el argentino concede al arte musical africano, bien pronto reflexiona que dicho carácter superior proviene justamente de la naturaleza circundante y de la íntima relación que los negros parecen tener con este entorno tropical. Aquí encontramos nuevamente una relación entre naturaleza, barbarie y arte:

Hai en la naturaleza tropical melodias inapercibibles para nuestros oídos, pero que conmueven las fibras de los aborígenes. Oyen ellos susurrar la vegetación al desenvolverse, i en los palmeros donde solo escuchamos nosotros murmullos del viento, distinguen los africanos cantos melodiosos, ritmos que se asemejan a los suyos (Viajes: 60)

La relación está dada por la naturaleza siempre: es el entorno natural el que estimula a la barbarie, pero también el que suscita en el hombre impresiones que lo mueven a

⁸¹ Llama la atención la impresión positiva de Sarmiento frente al canto de los africanos. Alonso Carrió de la Vandra, uno de sus referentes en la carta de Montevideo, en el cual se apoya para hacer su descripción de los criollos uruguayos, opina muy distinto de los esclavos negros: "Los negros civilizados en sus reinos son infinitamente más groseros que los indios (...) Las diversiones de los negros bozales son las más bárbaras y groseras que se pueden imaginar. Su canto es un aúllo. De ver sólo los instrumentos de su música se inferirá lo desagradable de su sonido. La quijada de un asno, bien descarnada, con su dentadura floja, son las cuerdas de su principal instrumento, que rascan con un hueso de carnero, asta u otro palo duro, con que hacen unos altos y tiples tan fastidiosos y desagradables que provocan a tapar los oídos o a correr a los burros, que son los animales más estólidos y menos espantadizos." (Carrió de la Vandra, 1985: 175). Un contemporáneo de Sarmiento, Benjamín Vicuña Mackenna, que visitó Brasil durante la década de 1850, tampoco emitirá una opinión muy favorable: "Pero para reanimar sus fuerzas entonan a la vez una canción salvaje i penosa que parece fuera la angustia del alma i el rechinamiento de los huesos puesto en notas musicales" (Vicuña Mackenna, 1856: 349).

expresar esa experiencia de algún modo. Las melodías del esclavo africano o el lirismo del cantor gaucho se distinguen del arte producido en las metrópolis por esta relación todavía mimética con el medio natural. El hombre civilizado, por estar fuera de la barbarie, por tener una relación más instrumental con el medio; produce un tipo de representación distinto, capaz de traducir este medio natural al lenguaje de la civilización. En el caso de Sarmiento, cuando describe el mundo gaucho en *Facundo*, no es necesario siquiera conocer el lugar del que se habla, basta con haber leído sobre él: tal es la distancia a la que puede llegar la representación que hace el civilizado del mundo bárbaro. Curioso es que Sarmiento no considere al mulato como parte de esta barbarie, más bien le parece ver en este mestizaje la superación de la barbarie salvaje del negro esclavo y la barbarie corrupta del portugués, que se ha degradado por efecto de las injusticias y la convivencia inmoral con sus esclavos. Sarmiento incluso ve en el mulato el depositario del futuro de Brasil y una feliz mezcla entre adaptabilidad al clima y razón, entre arte y ciencia:

El mulato se levanta ya en el Brasil amenazando vengar bien pronto las injurias hechas a su tostada madre. Raza viril que conserva la sangre ardiente del africano, templada para bullir bajo los rayos verticales del sol, al mismo tiempo que la organizacion de su cráneo lo liga a la familia europea. Dumas, Plácido, Petion, Barcala, aquellos nobles mulatos, viven aquí en todos cuantos hombres notables brillan por las artes, la música, la poesía, i la ciencias médicas. La raza pura portuguesa cae visiblemente en la decrepitud (...) Me detengo sin quererlo sobre las brillantes cualidades morales de esta raza intermediaria entre el blanco, que se enerva en los climas ecuatoriales, i el negro, incapaz de elevarse a las altas rejones de la civilizacion. Otra vez habia notado la predisposicion constante del mulato a ennoblecerse, i su sentimiento exquisito del arte, que lo hace instintivamente músico. Viénele la primera cualidad de haber ensanchado su frente, i la segunda de la sangre africana que calienta su nuevo i mas idóneo cerebro (Viajes: 59).

En contraste con la naturaleza tropical y la población esclava, el sanjuanino nos muestra Río de Janeiro en su faz civilizada: edificios, plazas, acueductos, ómnibus y locomoción acuática⁸². Esta cara civilizada parece estar implícitamente en lucha con el entorno selvático cuando Sarmiento dice que la vegetación se siente invadida por esta ciudad creciente, la lucha entre civilización y barbarie es aquí una tensión constante entre ciudad y selva:

En medio de la ciudad, en el centro de los barrios mas populosos, se alzan siete morros revestidos de verdura brillante como un mosaico revestido de esmeraldas; el pasto de Africa cubre el terreno, i donde un corte o un derrumbe de la tierra impide la vejetacion, el panizo de un rojo vivísimo se deja ver para hacer contraste con los diversos matices de verdes, plateados, negruscos o amarillos que los árboles entrelazados entre sí por diversas lianas, ostentan en deliciosos sotillos, cual si trataran de prestarse mutuo apoyo en los declives i sinuosidades que los protejen contra las invasiones de la civilizacion que los circunda (Viajes: 61).

Sarmiento nos cuenta de sus paseos por la ciudad, de sus casas de granito, que le parecen superiores a las de adobe que se construyen en Chile, de la belleza de la bahía en el barrio de Botafogo, de la impresión que causa la vista del Corcovado. Luego de una descripción

⁸² Recuérdese la obsesión de Sarmiento por hacer navegables los ríos del interior en Argentina, cfr. *Facundo*, Capítulo I (Sarmiento, 1985: 24).

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de de su recorrido por los distintos barrios de la ciudad. Sarmiento nos relata su visita al Jardín Botánico del emperador, donde “acompañado del naturalista Mr. König, revisa el catálogo de África”, de Roma, Antioquia, Vesuvio, Miraflores, Suiza, Madrid, Belas y Estados Unidos para darles un fin útil:

No sé si Ud. ha visitado alguna vez un jardín botánico acompañado de un naturalista, apasionado como lo son casi todos de esta segunda creación que la ciencia ha hecho, clasificando las plantas, estudiándolas en su orígen, familia, costumbres, etc., como si fueran pueblos de distintas razas i paises. Es necesario ser muy inculto, para no sentirse interesado, en despecho de los nombres técnicos, en esta esposicion que el cicerone naturalista va haciendo, a medida que encuentra una nueva planta que mostrarnos (...) todas útiles, o raras o extraordinarias, i aun estravagantes por sus formas. Hai calles de árboles hermosísimos del pais, i se estaban formando otras del árbol del pan, i de bambúes; compartimentos ocupados por plantaciones de té, alcanfor, clavo de olor, canela, etc., etc. Mostráronme un sembrado de un pasto fuerte i largo que sirve maravillosamente para techar cabañas; un árbol cuya corteza sirve para hacer ligaduras; una especie de palma para construir con sus hojas un tejido para bolsas de café, i multitud de árboles i plantas productivas o aplicables a la industria de todos los paises tropicales del mundo (Viajes: 63).

La descripción que hace Sarmiento del Jardín Botánico constituye un contrapunto significativo de su experiencia frente a la exuberante selva brasileña y su sol abrasador: la naturaleza desbordada del trópico, mermando las facultades humanas; versus la naturaleza domada por la ciencia y encaminada a la producción útil. El contrapunto está orientado a restaurar el poder de la ciencia humana y su señorío sobre la naturaleza que se transforma en fuente de conocimiento y materia prima. Ciertas frases confirman e intensifican dicha significación, Sarmiento se refiere al Jardín como “segunda creación” donde el hombre de ciencias clasifica y ordena la naturaleza como si fuera Adán en el jardín del Edén. Y no deja de ser curioso que el argentino compare este gesto de ordenamiento de la flora, la clasificación de sus distintas especies y de sus usos, con el estudio de las costumbres de los pueblos en sus distintas razas y países. La analogía remite al gesto del mismo Sarmiento estudiando las costumbres de los pueblos de la pampa en *Facundo* y devuelve al argentino su confianza como sujeto letrado, su posición como mediador entre la civilización europea y la barbarie latinoamericana. No deja de ser también significativo que el personaje que aparece mostrándole a Sarmiento esta versión catalogada de la naturaleza tropical sea justamente un europeo, el alemán Mr. König, que le permite al argentino no sólo conocer las maravillas del jardín, sino superar su primera experiencia –abismante, pero al mismo tiempo, fascinadora– frente al trópico, sobreponerse a su anonadamiento inicial para recuperar sus fuerzas de sujeto letrado, capaz de identificarse con el punto de vista del europeo respecto de la barbarie latinoamericana.

Cuando Sarmiento termina la relación de su visita al Jardín Botánico, la misiva cambia de tono y se vuelve eminentemente reflexiva. El argentino interrumpe el relato en una carta donde, hasta este punto, había dominado la descripción y la narración, para pasar a un tono ensayístico donde vuelve una vez más sobre el tema de la inmigración europea:

Ya ha visto Ud., mi buen amigo, como el mulato suplanta al blanco; pero aun hai otros movimientos que equilibran esta fuerza, bien que siempre en detrimento de los oriundos del pais. Acumúlense de dia en dia en Rio Janeiro los portugueses de la península, que ya se cuentan en número de 50,000, conservando siempre

sobre los habitantes del independiente imperio, aquella superioridad de energía i de fuerzas productoras que caracteriza al europeo (...) Síguenseles los europeos en jeneral que ostentan en la Rua Directa i en la de Ouvidor, todas las magnificencias del comercio europeo, espuestas con gusto parisiense. El europeo es allí la parte viva de la sociedad; de él son las naves, suyos los almacenes, él entra como parte obligada en todas las empresas, i por él i para él, los negros están en continuo movimiento. Yo he buscado en vano en Rio Janeiro al brasilero, sin poderlo encontrar sino por raras muestras que me han dejado sospechar que debe existir en alguna parte (...) El brasilero ha bloqueado los empleos, allí no hai cuarentena para el extranjero que no puede ser ni ingeniero, razon por la que no hai todavía un mapa del imperio ni una carta topográfica de la provincia de Rio Janeiro. Tal es esta oscuridad del nacional, que la embajada inglesa ha mantenido por tres años consecutivos una tertulia de invierno, a cuyas reuniones no era permitido a los nacionales asistir, aunque formasen sus mujeres i sus hermanas el principal ornato de ella (Viajes: 65-66).

Sarmiento reflexiona aquí sobre las razas capaces de llevar a Brasil por la vía del progreso y si bien considera al mulato, le parece que el brasileño, es decir, el criollo hacendado y el blanco pobre, no está llamado a participar de este movimiento en pos de la modernización, y nuevamente el argentino prevé su reemplazo paulatino de la mano de la población europea, portadora de la semilla de la civilización y verdadera impulsora del movimiento comercial y de los adelantos sociales. El desprecio por el brasileño que manifiesta Sarmiento en este punto lo lleva a decir que buscando al brasileño no lo ha encontrado, en alusión a que le parece que su aporte a la nación es nulo, que, como los criollos y gauderíos en Montevideo, son perezosos y se conforman con la vida fácil que les provee la mano de obra esclava y la riqueza del suelo tropical, que a ojos del sanjuanino ha sido escasamente aprovechada. Nuestro viajero denuncia además la aversión del brasileño por los extranjeros, en especial por los ingleses, al punto de que no es permitido que los inmigrantes accedan a ciertos cargos. Para el argentino esta situación es similar al americanismo de Rosas, cuyo odio al extranjero se traduce en atraso y en la perpetuación de un estado de caos y estancamiento para las naciones de Sudamérica:

De todo este conjunto de movimientos de suplantacion de aquella aglomeracion de fuerzas activas civilizadoras que hacen la riqueza i el esplendor del Imperio, se levanta un grito unísono contra el extranjero, que es insolente, astuto, avaro, conspirando contra el Brasil, llevándose el oro i los diamantes en cambio de sus baratijas i sus avalorios. ¡Qué odio contra la Inglaterra que persigue la esclavatura! ¡Qué dia de gloria aquel, en que el Emperador mandase echar a pique las escuadras estacionadas en la bahia, i ahogar a todo extranjero establecido allí, i prohibir la introduccion de artefactos europeos, para que entónces los fabricasen los brasileros mismos, bien entendido que traerian de Europa las máquinas, i acaso consintieran en que viniesen los artesanos a enseñarles a manejarlas! Los diarios i los estadistas mas eminentes propalan la mision del Brasil para ponerse a la cabeza de la cruzada contra las pretensiones europeas; Rosas, que se llama el Defensor de la Independencia americana, es un intruso, un bárbaro, i un pobre diablo, porque el brasilero afecta ignorar que existe por ahí una cosa que se llama República Arjentina, no obstante que sus

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas y la disposición de la descripción que de ellas se hace en el texto de los viajes, por lo que sigue a continuación (Viajes: 66-67): “Montevideo”, “Río de Janeiro”, “Ruán”, “París”, “Madrid”, “Barcelona”, “África”, “Roma”, “Florencia”, “Venecia”, “Milán”, “Suiza”, “Munich”, “Berlín” y “Estados Unidos”. Como si su relato de la visita al Jardín le hubiese devuelto una perspectiva perdida, la escritura de nuestro viajero se eleva nuevamente hacia un punto de vista que trasciende la experiencia individual y comienza a mirar a Brasil desde la altura letrada, como si pudiese ver cómo se desenvuelven en el país las fuerzas de la historia y el progreso. Dicha perspectiva es construida nuevamente a partir de su diagnóstico de la situación argentina, sirve como modelo extrapolable a otras realidades sudamericanas. Guardando las diferencias entre Argentina y Brasil, ambas naciones comparten ciertos problemas que facilitan esta mirada clasificatoria de Sarmiento: la naturaleza hostil, el odio al extranjero, la improductividad del criollo en contraste con el inmigrante europeo, la implantación de un gobierno más preocupado de la acumulación de riquezas de la clase gobernante que de la modernización de la nación; en suma, son todos estos factores comunes a las descripciones que Sarmiento nos brinda de Montevideo y Río de Janeiro y que están siempre en referencia constante a la situación argentina descrita en *Facundo*. La dimensión político social que Sarmiento describe y critica no impide, por otro lado, la intercalación con pasajes de cuño estético, donde el argentino observa cómo existe una relación entre el paisaje y las producciones artísticas de estas distintas naciones: el gaucho cantor, el poeta argentino en el exilio desde Ascasubi a Echeverría, la música de los esclavos negros; todas figuras cuyas manifestaciones artísticas son dignas de mérito, pero que, sin embargo, son también reflejo y síntoma del atraso de sus respectivas naciones. Este modo de comprender la relación entre la dimensión social y las producciones artísticas de los espacios sudamericanos visitados y descritos queda reforzada en la última sección de la misiva brasileña, que refiere el encuentro de Sarmiento con el poeta argentino José Mármol, exiliado en Río de Janeiro. Mármol muestra a Sarmiento algunos fragmentos de su obra *El Peregrino* y nuestro viajero queda profundamente impresionado, al punto de afirmar que cualquier poeta europeo de los grandes habría deseado escribir versos tan bellos como los de Mármol. Pero nuevamente el mérito estético no es capaz de borrar la condición de la cual esta poesía es reflejo:

El Peregrino, que no verá la luz porque a nadie interesará leerlo, es el raudal de poesía mas brillante de pedrería que hasta hoi ha producido la América. Byron, Hugo, Beranger, Espronceda, cada uno, no temo afirmarlo, querría llamar suyo algun fragmento que se adapta al jenio de aquellos poetas. Mi teoría sobre la poesía española está allí plenamente justificada; exhuberancia de vida, una imaginacion que desborda i lanza cascadas de imágenes relucientes que se suceden unas a otras; pensamiento altísimo que se disipa, falta de mejor ocupacion, en endechas, maldiciones i vano anhelar por un bien imposible; bellezas de detalle, hacinadas como las joyas en casa del lapidario, sin que el fin venga a darles a cada una su debida importancia; i el alma replegándose sobre sí misma por no encontrar fuera de ella el espectáculo de las grandes cosas, palpando sus heridas, recontando como el avaro sus tesoros, i repitiendo como el niño en palabras animadas, en eterno i rimado monólogo, todos los sentimientos, todas las crispaciones que en aquella prision del no ser, del no poder emplearse experimenta (Viajes: 70-71).

Una vez más, Sarmiento vuelve aquí a sus ideas sobre la poesía esbozadas en la carta montevideana: la poesía del sudamericano es un derroche de energía que se expresa en versos, por no poder encauzarse hacia la actividad útil y modernizadora, es un síntoma de la nada, es decir, de la barbarie en la que el sudamericano vive, de la falta y la carencia

de civilización. Los cuidados y bellos versos de Mármol son resultado del anonadamiento en que está sumida la sociedad en la cual vive, Sarmiento no tiene problema en igualar la barbarie a la nada y afirmar, al mismo tiempo, que es ésta una nada creativa pero improductiva, artística pero inútil, bella pero estéril a los ojos de una historia del progreso, como la selva tropical inmensa y anonadadora.

b. España: la barbarie estéril

Nuestro viajero escribe desde Madrid una extensa carta fechada el 15 de noviembre de 1846 y dirigida al intelectual chileno José Victorino Lastarria. La elección del destinatario no es casual, pues Lastarria era uno de los más importantes representantes de las juventudes liberales en Chile y, por lo mismo, compartía con Sarmiento una actitud de desprecio hacia España, cuyas costumbres e instituciones coloniales enquistadas en el suelo americano eran según ellos una de las principales causas del atraso y uno de los más fuertes obstáculos al progreso que ambos deseaban para sus respectivas naciones. Sarmiento, como Lastarria, creía que era necesario romper con las tradiciones de un pasado ligado al orden colonial español, que habían conducido al continente a un estado de barbarie social y política. Ambos ligaban la herencia colonial hispana al medioevo, a una forma de vida retrógrada y contraria al camino que señalaban las fuerzas históricas del progreso, y ambos pensadores, pese a sus diferencias, luchaban en aquel entonces por lo que Leopoldo Zea llamó la “emancipación mental”⁸³ del continente americano, que debía suceder a la emancipación política. Por esta razón la carta que Sarmiento escribe a Lastarria está transida de ironía y complicidad, pues sabe que él y su destinatario comparten una visión común acerca del espacio descrito:

Se me antoja, escribiros, ¡oh Lastarria! cuando aspiro el aire de Madrid, a vos que fuisteis el escritor rayano en cuanto a las ideas entre español i frances, si bien en materia de palabras i de frase castiza, os preciais de haber metido mui adentro la mano en la saccocia del Diccionario. Esta Aspañia que tantos malos ratos me ha dado, téngola por fin en el anfiteatro, bajo la mano; la palpo ahora, le estiro las arrugas, i si por fortuna me toca andarle con los dedos sobre una llaga a fuer de médico, aprieto maliciosamente la mano para que le duela, como aquellos escribanos de los tribunales revolucionarios o de la inquisicion de antaño, que de las inocentes palabras del declarante sacaban por una inflexion de la frase el medio de mandarlo a la guillotina o a las llamas (Viajes: 127-128).

El pasaje presenta a España como si fuese un cuerpo envejecido y enfermo, cubierto de llagas, decadente. La analogía de esta España atrasada con el cuerpo enfermo se extiende a lo largo de la carta, al punto que en un momento llega a decir que es ya un “cadáver fresco aun que hiede e inspira disgusto” (Viajes: 156). Al mismo tiempo, notamos cómo el autor adopta la actitud de un examinador frente a esta “Aspañia”, no quiere como médico curar sus llagas, sino exponerlas, denunciarlas y erigirse en juez frente a la antigua metrópolis, mostrar su decadencia usando incluso irónicamente la alusión a la Inquisición. Sarmiento pisa el suelo español con una actitud específica: es el sujeto que se sabe superior a esta tierra fijada a un pasado estéril. En el pensamiento sarmientino, Argentina (y se entiende en cierto modo que también Latinoamérica) está ya por delante de España pues, pese

⁸³ El pensamiento de la generación de liberales latinoamericanos y su forma de enfrentar el problema de la herencia colonial como ruptura con el pasado y necesidad de emancipación mental es expuesto por Leopoldo Zea en el capítulo “Medioevo y modernidad en la cultura americana” de *El Pensamiento Latinoamericano* (Zea, 1976: 82).

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas corresponde a la disposición que tienen las mismas en el libro de Viajes, y que es el siguiente: *México de la cultura de la vieja metrópolis*. Esta es un país de los fundadores, Barcelona a través de España, Florencia, Venecia, Milán, Suiza, América, Berlín, y Estados Unidos. La cultura por parte de Hispanoamérica respecto de su antigua metrópolis, y los americanos bien pueden relacionarse con la cultura occidental sin necesidad de la mediación de la vieja madre patria:

A propósito, una noche hablábamos de ortografía con Ventura de la Vega i otros, i la sonrisa del desden andaba de boca en boca rizando las estremidades de los labios. Pobres diablos de criollos, parecían disimular, ¡quién los mete a ellos en cosas tan académicas! I como yo pusiese en juego baterías de grueso calibre para defender nuestras posiciones universitarias, alguien me hizo observar que, dado caso que tuviésemos razon, aquella desviación de la ortografía usual establecía una separación embarazosa entre la España i sus colonias. Este no es un grave inconveniente, repuse yo con la mayor compostura i suavidad; como allá no leemos libros españoles; como Uds. no tienen autores, ni escritores, ni sabios ni economistas, ni políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga; como Uds. aquí i nosotros allá traducimos, nos es absolutamente indiferente que Uds. escriban de un modo lo traducido i nosotros de otro (Viajes: 128).

El argentino comienza su misiva con un lenguaje que parodia el de los procesos de la Inquisición. Si en Sudamérica prima el tono de lucha y la proyección hacia el futuro como esperanza de construcción, en España la voz de Sarmiento adquiere el peso de una tajante condena, con tintes burlescos:

He venido a España con el santo propósito de levantarla el proceso verbal, para fundar una acusación que, como fiscal reconocido ya, tengo de hacerla ante el tribunal de la opinión en América (Viajes: 128).

El rostro de España es el del Medioevo y tal es su atraso en la opinión del sanjuanino, que los extranjeros de Francia la visitan para experimentar ese pasado pintoresco y novelesco, es un país de aventuras, suerte de viaje en el tiempo. De hecho, el viaje a España era por entonces una práctica popular entre los franceses, que visitaban la península para tener una experiencia de lo pintoresco y la impresión de un país detenido el tiempo que albergaba todo tipo de aventuras. Durante la primera mitad del siglo XIX la fascinación por España, por sus corridas de toros, sus “manolas” y sus bandidos; se transforma en una suerte de imaginario de lo exótico, en un símil de oriente dentro de Europa, al alcance de la mano⁸⁴. *Le Voyage en Espagne* (1843) de Théophile Gautier; *Carmen* (1845), de Próspero Mérimée y *Un Hiver à Majorque* (1842), de Georges Sand; son sólo algunos ejemplos de la fecundidad del territorio español como espacio de proyección imaginaria en la literatura francesa romántica (Colombi, 2004: 112-114). Alejandro Dumas padre, que escribió su famoso viaje a España

⁸⁴ Isabel Ballano, que estudia la imagen de España en la literatura de Stendhal, señala la idea, común a varios viajeros franceses, de que África comenzaba en España: “El espíritu europeo del XIX tenía una imagen de lo exótico muy próxima a la del fabuloso y lejano Oriente. Para empezar, requisito imprescindible era el del clima. Este debía ser cálido, casi ardiente. El aspecto desértico de Castilla se aproximaba mucho, sin duda. La luminosidad cegadora, la soledad y los vastos espacios, todo ello se asociaba a un cierto exotismo. Pero el término despertaba además otras ideas, como la de lejanía. Aunque España geográficamente no podía considerarse lejana, algo de ella permanecía misterioso y diferente, inalcanzable, en una palabra. Su proximidad a África y la influencia que este continente había ejercido sobre la Península hacía presuponer estrechos vínculos entre uno y otro pueblo. No pocos franceses creían por aquel entonces que África comenzaba en los Pirineos. Sin ir más lejos Stendhal afirmaba: “Il paraît que je vais aller en Espagne, c'est-à-dire en Afrique”; y hablando de Andalucía: “Les Maures, en abandonnant l'Andalousie, y ont laissé leur architecture et presque leur mœurs”. España se convertía de este modo en una prolongación del misterioso Oriente” (Ballano, 1997: 28).

De Paris à Cadix (1847), coincidió con Sarmiento durante su estadía en Madrid y asistieron ambos a las festividades de las bodas reales. Es notorio cómo Sarmiento se distancia de la actitud romántica y exotista de los viajeros franceses e ironiza frente a los detalles que suscitan la fascinación de los galos y que para el sanjuanino no son más que tristes ejemplos de la decadencia española⁸⁵. Vemos en un pasaje cómo, a propósito de la sarta de maldiciones que echan los conductores de las diligencias y que espantan los oídos de Sarmiento, los franceses tienen una impresión completamente distinta justamente porque, según el argentino, no comprenden lo que oyen y ven, y proyectan su imaginación y sus lecturas sobre el escenario hispano:

El extranjero que no entiende aquella granizada de palabras incoherentes, se cree en un país encantado, abobado con tanta borlita i zarandaja, tanta bulla i tanto campanilleo, i declara a la España el país mas romanesco, mas sideral, mas poético, mas extra-mundanal que pudo soñarse jamas. Entónces pregunta donde está don Quijote, i se desespera por ver aparecer los bandidos que han de detener la diligencia i alijarlo del peso de los francos, fruicion que codicia cada uno, para ponerla en lugar mui prominente en sus recuerdos de viajes (Viajes: 130).

De manera similar a lo que hiciera en su artículo “Un viaje a Valparaíso” (O.C. I: 115-145), Sarmiento parodia la actitud del viajero romántico y la visión europea que considera novelesco y exótico el modo de vida de las naciones que aún no han logrado encaminarse en la vía del progreso. El argentino nos cuenta que escucha a Dumas comentar que la civilización de España le importa un bledo: “Alejandro Dumas nos decía ayer, hablando de la España «Poco me importa la civilización de un país; lo que yo busco es la poesía, la naturaleza, las costumbres»” (*Viajes*: 130). Y es que si bien tanto en la visión de Sarmiento como en la de los franceses la visita a España posee la dimensión temporal de un viaje al pasado, específicamente a un pretérito medieval con tintes arabescos, lo que para los franceses es un viaje a una época remota y enterrada, dado que Francia se encuentra ya encaminada en las vías de la modernización capitalista, es para Sarmiento un viaje a un pasado que para él no ha muerto, un pasado que pervive en la realidad de las ex colonias de América y que el argentino siente como una llaga que reconoce como propia y que le duele también a él⁸⁶.

⁸⁵ Recordemos que una de las referencias que Sarmiento nombra en el prólogo de *Viajes* en relación al modelo de las impresiones del viajero romántico y ficcionador del cual el argentino quiere desmarcarse, es justamente Dumas: “Las impresiones de viaje, tan en boga como lectura amena, han sido explotadas por plumas como la del creador inimitable del género, el popular Dumas, quien con la privilegiada facundia de su espíritu, ha revestido de colores vivaces todo lo que ha caído bajo su inspección, hermoseando sus cuadros casi siempre con las ficciones de la fantasía, o bien apropiándose de acontecimientos dramáticos o novedosos ocurridos muchos años antes a otros, i conservados por la tradición local; a punto de no saberse si lo que se lee es una novela caprichosa o un viaje real sobre un punto edénico de la tierra” (*Viajes*:3).

⁸⁶ No por nada Unamuno, que admiraba la pluma sarmientina, dirá que la crítica de Sarmiento a España se revela como españolísima, pues lo que al argentino le duele de España es lo que le duele a los propios españoles: “Y era un Español, he dicho. Un español que renegaba de España a cada paso y quería borrar de su patria la tradición española, a la que atribuía los males de la Argentina. Pero aunque combatiera contra esa tradición histórica, la tradición íntima, la de debajo de la historia, la radical, la honda, la que va agarrada a la sangre, a las costumbres y sobre todo a la lengua, ésa la guardaba como nadie. Siempre que leo las invectivas de Sarmiento contra España, me digo: ¡Pero si este hombre dice contra España lo mismo que decimos los españoles que más y mejor la queremos! Habla, sí, mal de España, pero habla mal de España como sólo un español puede hablar mal de ella; habla mal de España, pero lo hace en español y muy en Español” (Unamuno, 2002: 94).

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas corresponde a la disposición que tienen las mismas en el libro de Viajes, y que es el siguiente: Más a propósito de su viaje, en diligencia hacia Madrid, París, relato sarmientino estática África, Roma, Ploceia, Verona, Milán, Suiza, Aupa, Basilea y Estados Unidos al visitante la fantasía de estar en África o en las planicies asiáticas (*Viajes*: 131). Nuevamente la imagen orientalista sirve como referente último para expresar la barbarie de un país, pero aquí no aparece vinculada al despotismo, como sí sucedía en el *Facundo* (Altamirano, 1997: 92 y ss), sino a la impresión de un lugar donde el tiempo no ha avanzado, el paisaje se va comiendo al habitante español y la sociedad se ha desmoronado progresivamente. Si bien este sabor novelesco que envuelve el paisaje español, sus modos de vida y sus ruinas, puede animar el sentimiento romántico de nuestro viajero, bien pronto éste cae en la cuenta de que ese tinte novelesco no es más que una fantasmagoría de la imaginación que examinada bien a la luz muestra la tristeza de una decadencia que pierde de golpe cualquier tipo de encanto estético. Es significativo en este sentido el relato de la visita a la catedral gótica de Burgos, que vista de noche y a la luz de la luna envuelve a nuestro viajero en toda clase de ensoñaciones. Sin embargo, al día siguiente observa la catedral a plena luz y su impresión cambia radicalmente:

Yo no recuerdo escursión alguna que me haya llenado, como la de aquella noche, de tan vivas emociones. Es verdad que la oscuridad de la noche, envolviendo en su sombra los edificios particulares, presta a los antiguos monumentos algo de vago i misterioso que añade un nuevo encanto a las epopeyas cuyos recuerdos consagran. Burgos de noche es la vieja Burgos de las tradiciones castellanas, la morada del Cid, la catedral gótica mas bella que se conoce. De día es un pobre monton de ruinas vivas i habitadas por un pueblo cuyo aspecto es todo lo que se quiera, ménos poético, ni culto, dos modos de ser que se suplen uno a otro (Viajes: 135).

La dimensión social también forma parte importante de las observaciones del sanjuanino, que ve en el cuerpo social de España una suerte de continuidad de ese paisaje extenso y vacío de progreso, de sus ruinas que dan cuenta de un pasado glorioso que se ha ido degradando. Esta decadencia la lee Sarmiento en las vestimentas de los españoles: se mofa de la profesión nacional de mendigo en España, visible en las ropas burdas hechas para resistir el paso del tiempo y ser remendadas; tal y como sucede con el sistema político del país:

El sistema de remiendos se aplica igualmente en España a las reformas políticas i sociales; sobre un fondo antiguo i raído, se aplica un remiendo colorado que quiere decir constitucion; otro verde que quiere decir libertad; otro amarillo, en fin, que podria significar civilización. En lo moral o en lo físico no conozco pueblo mas remendado, sin contar todos los agujeros que aún le quedan por tapar. (Viajes: 136)

Si las mujeres usan mantillas, Sarmiento lo traduce como pervivencia de la Inquisición; la pintoresca diversidad de trajes de región a región, la lee como la llaga más profunda de España: la falta de fusión en el Estado (*Viajes*: 138)⁸⁷. También la arquitectura madrileña es

⁸⁷ Es curioso que Dumas haya hecho una observación bastante similar a la de Sarmiento. Vio en la variedad de trajes regionales de los españoles una fuente de atractivo estético para los ojos del observador francés, acostumbrado a la homogeneidad en materia de vestidos y costumbres, pero también, como el sanjuanino, leyó en este detalle la falta de unidad de la nación: "En nuestro país, los viajeros que nos encontramos por el camino, llevan poco más o menos la misma ropa. En España, por el contrario, aparte del sacerdote con su fantástico sombrero, junto al cual el de Basilio de nuestro teatro es sólo una miniatura, queda todavía el valenciano con su colorido cobrizo, sus anchos calzones blancos y sus pies calzados con alpargatas; el manchego con la chaqueta parda, el

analizada por esta semiología sarmientina, que revela el gusto español por el espectáculo y las procesiones (*Viajes*: 137). Todo signo exterior se recoge e interpreta minuciosamente, tejiendo con sus observaciones una suerte de interpretación sociológica⁸⁸. En el *Facundo*, cuando Sarmiento nos habla de Córdoba, la ciudad argentina que en el texto representa la época colonial y la herencia medieval; se utiliza un procedimiento similar: la conformación urbana y la arquitectura cordobesa son signo de su carácter retrógrado, que la develan como una ciudad de civilización estancada y, por lo mismo, contraria al progreso:

El habitante de Córdoba tiende los ojos en torno suyo y no ve el espacio; el horizonte está a cuatro cuadras de a plaza; sale por las tardes a pasearse, y en lugar de ir y venir por una calle de álamos, espaciosa y larga como la cañada de Santiago, que ensancha el ánimo y lo vivifica, da vueltas en torno a un lago artificial de agua sin movimiento, sin vida, en cuyo centro está un cenador de formas majestuosas, pero inmóvil, estacionario. La ciudad es un claustro encerrado entre barrancas; el paseo es un claustro con verjas de hierro; cada manzana tiene un claustro de monjas o frailes; los colegios son claustros, la legislación que se enseña, la teología, toda la ciencia escolástica de la Edad Media, es un claustro en que se encierra y parapeta la inteligencia contra todo lo que salga del texto y del comentario (Sarmiento, 1985: 107).

Pero no sólo la apariencia de las ciudades y las vestimentas prestan señales para interpretar la particularidad del pueblo español. También en su literatura es visible, según el argentino, esta condición de atraso y estancamiento. Sarmiento es sumamente duro con la poesía y el teatro españoles y le parece que, si bien tuvieron su edad dorada, están en franca decadencia, por su falta de verosimilitud (*Viajes*: 150-153). Considera que la literatura moderna debe seguir las tendencias de la novela realista, tal y como se cultivaba en Francia durante el siglo XIX. Sin embargo, los españoles están lejos de poder generar este tipo de producción artística no porque les falte el genio, sino porque están inmersos en una realidad que no se corresponde con una forma literaria tan avanzada. Para el autor argentino la novela realista responde a la complejidad de experiencias de la populosa ciudad moderna (tal como la vio en París, antes de visitar Madrid). España en cambio, atrapada en el siglo XV, ofrece a sus escritores un medio social demasiado simple, hay una “falta de espectáculo real en la sociedad en que viven, rudimental aún” (*Viajes*: 152). Tomada esta opinión en conjunto con otras afirmaciones sobre literatura revisadas hasta ahora, la cosa toma la siguiente forma: al paisaje de la naturaleza indomada corresponden la poesía y el canto africano; a la realidad social simple y retrógrada de España le corresponde ese teatro versificado que a Sarmiento le parecía tan inverosímil; a la ciudad moderna y populosa, le corresponden las novelas romántica y realista.

La misiva sobre España alcanza su punto culminante en la descripción de la corrida de toros. Sarmiento queda fuertemente impresionado por el espectáculo violento y sanguinario

cinturón rojo, el calzón corto, las medias de color, la corbata anudada en forma de aspa y la escopeta enganchada al fuste de la silla; el andaluz, con sombrero de bordes levantados y redondeados, adornado con dos pompones de seda, corbata color cereza, chaleco de vivos colores, traje abigarrado, pantalones cortados a media pierna y botas con bordados en cada costura y abiertas de un lado; el catalán con su bastón que la policía mide para conocer su fortaleza y longitud, y su pañuelo atado detrás de la cabeza y colgando en medio de la espalda; y, en fin, todos los demás hijos de las doce Españas que consintieron formar un solo reino, pero que no consentirán jamás formar un solo pueblo” (Dumas, 1992: 56-57).

⁸⁸ Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo llaman la atención sobre este gesto de Sarmiento, presente en varias de sus obras: “pero el gusto romántico por el exotismo en el traje se combina en Sarmiento con un rasgo más básico y persistente. Los signos exteriores son, para él, la forma de una subjetividad social” (Altamirano y Sarlo, 1980: 14).

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas corresponde a la disposición que tienen las mismas en el libro de Viajes, y que es el siguiente: *Mas-a-tura*, *El espectáculo de toros en un día de los grandes atractivos para los barceloneses*, *franceses*, y *Roma*, *Oficiencia*, *Veneza*, *Milano*, *Susa*, *Munich*, *Berlín* y *Estados Unidos*. Se presenciar una corrida real celebrada con motivo de las bodas de las infantas. Théophile Gautier⁸⁹ y Dumas describieron estas mismas corridas con gran detalle, celebrando el talante épico de esta tradición, el coraje de los toreros y las emociones que este espectáculo desataba en sus espectadores. Sarmiento es cauto frente a la tauromaquia y no deja de calificar de bárbara esta costumbre, aunque no por ello se muestra menos entusiasmado que sus pares galos. Sin embargo, el sanjuanino acentúa su descripción un aspecto que los franceses difícilmente notaron: la dimensión social que atraviesa las corridas de toros, que más que un espectáculo son para el argentino una suerte de ritual. Sarmiento percibe los “estremecimientos de las muchedumbres” (Benítez, 1997: 747) que en su calidad de público no son espectadores pasivos sino partícipes y protagonistas, pues durante las corridas gozan por un momento de un poderío soberano, cuya solemnidad está además avalada por la presencia de los reyes y las autoridades que presiden y consagran el ceremonial de este gran rito social, que para el sanjuanino alcanza tintes atávicos:

Sobre la plaza de toros el pueblo español es grande i sublime; es pueblo soberano, pueblo rei tambien. Allí se resarce, con emociones mas vivas que las del juego, de las privaciones a que su pobreza lo condena, i si esta diversion puede ser acusada de barbarie i de crueldad, es preciso convenir, sin embargo, que no envilece al individuo como la borrachera, que es el innoble placer de todos los pueblos del norte. El español es sobrio, i lo prueba la capa que lleva sobre sus hombros, pues que un hombre borracho no podría tenerse parado llevando capa. Lo que hai de verdaderamente romano en las corridas de toros, es que aquel espectáculo es no solamente público i autorizado por el gobierno, sino que tiene lugar oficialmente i bajo la direccion inmediata de la autoridad (...) Aquella fiesta popular, celebrada con todas las formas legales, aquel rei rodeado de su pueblo abandonado al delirio, i tomando parte en sus emociones, tienen, sin duda, un carácter homérico que no presenta ya pueblo alguno moderno (Viajes: 140).

Como se lee en el pasaje citado, Sarmiento es sumamente ambivalente en su reacción frente a la tauromaquia. Por un lado, no duda un segundo en calificar la costumbre como algo bárbaro y sanguinario, pero al mismo tiempo no puede dejar de admitir que existe algo de sublime en este ritual social, menos degradante que el alcoholismo; en cierto sentido, una costumbre bárbara pero casi noble por su carácter épico, homérico. Sin duda el argentino quedó fuertemente impresionado por las corridas y no fue ajeno a su encanto. Pero la emoción que lo embarga lo pone en aprietos frente a su propio ideario y se produce una tensión y una embriaguez en nuestro narrador que le dan a la carta uno de sus mayores atractivos. Califica esta costumbre de romana, en sentido despectivo, como *panem et circenses* (Viajes: 139-140) y, como sucedía con la naumaquia en Montevideo, le parece

⁸⁹ Gautier, en su calidad de observador francés, celebra la existencia de la tauromaquia y defiende esta costumbre frente a quienes la hallan reñida con los usos civilizados: “Muchas veces se ha dicho que en España se iba perdiendo la afición a los toros y que la civilización acabaría por desterrarla. Si esto fuese verdad tanto peor para la civilización, porque una corrida de toros es uno de los espectáculos más hermosos que puede imaginar un hombre. Afortunadamente, este día no ha llegado aún, y los escritores sentimentales que afirman lo contrario no tienen más que trasladarse un lunes, entre cuatro y cinco de la tarde a la Puerta de Alcalá, para convencerse de que la afición a este espectáculo cruel está muy lejos de anularse” (Gautier, 1949: 63-64).

que el pueblo que se forma al alero de estas emociones es absolutamente incompatible con los valores de la civilización:

Cuando la arena está cubierta de caballos destripados, cuando la sangre hace fango sobre el suelo, entónces el pueblo de todas clases i sexos no puede contener su entusiasmo, se pone de pié para aplaudir a los vencedores, ya sean toros u hombres, para ver hundirse la espada del matador en el corazon del toro furioso, para sorprender el último jemido de la víctima i deleitarse con su agonía. La noche halla a los espectadores ajitándose sobre sus bancos, i pidiendo a voces nuevas carnicerías i nuevos combates. Id, pues, a hablar a estos hombres de caminos de hierro, de industria o de debates constitucionales! (Viajes: 141).

Al mismo tiempo, Sarmiento ve en las corridas una encarnación del sentimiento del pueblo español, que se estremece frente a esta danza mortuoria entre el toro y su matador. Si el arte para Sarmiento es una forma que captura justamente la vida y sentir del pueblo⁹⁰, el del torero es un arte que suscita esa fascinación que produce la inminencia de la muerte y que, como rito social, parece estar en consonancia con esta España decadente, que en palabras de Sarmiento es casi ya un cadáver, que exhibe las muestras de su antigua gloria medieval:

Cuando Montes se presenta en la arena a capear un toro, la multitud inmensa de espectadores permanece inmóvil i silenciosa, a fin de no perder ninguno de los imperceptibles pases que hace con el bicho, i cuando el animal furioso se lanza sobre él, Montes aparta el cuerpo lo suficiente para que el asta mortal le desgarré el vestido entre el brazo derecho i la tetilla (...) A estos primeros pases se siguen diez diversos, cual variaciones de un tema único que es la muerte, i cuyas melodías se componen de coraje, actitudes artísticas, destreza i sangre fría. El público español mudo, estático hasta entónces, no por efecto del miedo, que no conoce, sino por la profunda emocion que le inspira el sentimiento del arte, prorrumpe en pos de aquellas brillantes fiorituras, en gritos apasionados que conmueven los edificios de la plaza (Viajes: 145).

Finalmente, el arte de los toros y su danza sanguinaria parecen seducir a Sarmiento, quien en un momento se rinde y se deja llevar por las emociones que le despierta la tauromaquia y su salvaje espectáculo:

He visto los toros, i sentido todo su sublime atractivo. Espectáculo bárbaro, terrible, sanguinario, i sin embargo lleno de emocion y de estímulo. (...) Oh! Las emociones del corazon! La necesidad de emociones que el hombre siente, i que satisfacen los toros, como no satisface el teatro, ni espectáculo alguno civilizado! (...) despues de haber visto los toros en España, he lamentado que hayan pasado para nosotros los tiempos en que se quemaban los hombres vivos (Viajes: 147).

⁹⁰ En un artículo donde se comenta la exposición de los cuadros de Monvoisin, Sarmiento se refiere al arte justamente como la capacidad de capturar el alma de un pueblo: "Este es uno de los esfuerzos más difíciles de la pintura y el que, a la verdad, tiene mayor mérito; porque es cosa verdaderamente sorprendente dotar de vida un lienzo y eternizar sobre él aquellos momentos pasajeros, pero terribles, que llenan la historia de los pueblos, aquellos momentos en que grandes pasiones sacuden y agitan el alma de grandes masas y ponen en conflicto con ellas a grandes y altas inteligencias. Aquí, pues, no es la vida ni las pasiones de un hombre lo que se pinta; no es una fisonomía, no es un alma, sino la vida, la fisonomía, el alma de todo un pueblo, esa alma social, permítasenos la expresión, que se abre paso y se muestra en los grandes acontecimientos" (O.C., II: 123).

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas corresponde a la disposición que tienen las mismas en el libro de Viajes, y que es el siguiente. Mas a manera de que valeo, formo al pueblo español, en segundo lugar; Barcelona, con África, Roberto F. Sorruña, Verónica Mian, C. Sosa, Mónica B. Nuñez y Estados Unidos rápidamente las corridas de toros con la Inquisición, como dos instituciones que se basan en el despliegue de violencia ofrecida como espectáculo para un pueblo que se alimenta de estas emociones y que ha hecho de ellas un modo de vida. Cree Sarmiento que no otra explicación tienen las guerras carlistas que convulsionan España al momento de su visita y la dificultad de los españoles para tomar la vía de la modernización estaría en cierto modo anclada en un pueblo que sucumbe al gusto por una violencia que ha sido parte de su tradición y su historia, la misma violencia que el sanjuanino ha visto brotar en las pampas y en los degüellos de Montevideo:

Porque en España los autos de fe i los toros anduvieron siempre juntos; i el pueblo pasaba de la plaza Mayor de ver quemar vivo a un hereje, a la plaza de Toros, a ver destripar caballos, ensartar i sacudir toreadores en las astas, o morir veintenas de toros i caballos, entre charcos de sangre, i de escrementos derramados de los rotos intestinos. Yo he visto en una tarde morir dieziocho caballos i siete toros, i dejo a cualquiera que calcule la cantidad de sangre que a chorros ha debido salir de veinticinco cuadrúpedos. Este pueblo así educado, es el mismo que se ha abandonado a las espantosas crueldades de la guerra de cristinos i carlistas en España, el mismo que a orillas del Plata, se ha degollado entre sí con una barbaridad, con un placer, diré mas bien, que sobrevive hoi en la raza española; porque no ha de conservarse un espectáculo bárbaro, sin que todas las ideas bárbaras de las bárbaras épocas en que tuvieron oríjen vivan en el ánimo del pueblo (Viajes: 148).

Sin embargo, Sarmiento no cree que este gusto por la violencia que tiende a reproducirse en las guerras civiles de Sudamérica sea algo exclusivo de la raza hispana, sino que lo ve como algo inherente a la condición humana en general. Dado que él mismo ha confesado sentirse seducido por la vista de la sangre en el ruedo, se produce una tensión en el relato y el sanjuanino se ve obligado a atribuir este exabrupto a un rasgo humano universal. Ante la evidencia de la emoción que él mismo experimenta frente a una costumbre a todas luces bárbara, no le queda más que reconocer que esta sed de sangre y violencia es algo propio del género humano. La labor de la civilización sería domesticar estas costumbres, que ya no son herencia de una mala raza, sino tendencias comunes a todo ser humano:

Es para mí el hombre un animal antropófago de nacimiento que la civilización está domesticando, amansando, de cuatro a cinco mil años a esta parte; i ponerle sangre a la vista, es solo para despertar sus viejos i adormecidos instintos (Viajes: 148).

La tensión que se produce entre la visible emoción del sanjuanino ante la tauromaquia y su deseo de rechazar esta bárbara costumbre lo obliga a finalizar su descripción de la corrida de toros⁹¹ de manera abrupta, como si quisiera ahuyentar de sí una vivencia a todas luces conflictiva para sus propias ideas:

⁹¹ Aunque el sanjuanino finaliza abruptamente su relato sobre las corridas de toros, como si éstas le hubiesen dejado un incómodo sabor en la boca, no por ello deja de ufanarse de la fuerza descriptiva que logró en su relación sobre esta materia. Al final de su vida confiesa estar orgulloso de este pasaje en particular de su libro de viajes y en 1883, durante su "Discurso en la inauguración del Hospital de la Caridad", afirma "Críticos españoles han declarado una de las mas gráficas descripciones de los toros reales de España, la que se encuentra en *Viajes por Europa, África i América*, superior a la que de las mismas fiestas presididas por la reina dieron Alejandro Dumas (padre) i Teófilo Gautier, i que he visto reproducidas en francés i en inglés en estos últimos tiempos. La

He caído sin quererlo en estas tristes reflexiones morales, quizá por reacción contra las tentaciones de crueldad que el espectáculo había revivido en mí, i no me siento ya dispuesto a continuar la comenzada descripción de los toros reales (Viajes: 148).

Sarmiento deja entonces su relato sobre los toros y pasa a describirnos otros dos hitos de su estadía en Madrid: la visita al Escorial y su paso por el Museo de pintura. Su visión de ambos vuelve a recrear lo que para él es España, un pueblo enfermo, mortuorio, cuya producción artística le parece estéril y atada al oscurantismo medieval. El palacio Escorial representa para el sanjuanino una gran tumba, donde Felipe II sepultó la libertad de pensar y con ella el camino de España hacia la civilización:

Hé aquí lo que Felipe II quiso honrar, perpetuar, un coro de doscientos frailes que cantasen el miserere a la libertad de pensar que había él asesinado. Las bóvedas del convento de San Lorenzo se abajan en formas planas sobre el coro, para repercutir aquellas roncas plegarias de los dominadores de la España. Todo iba a morir, poder de la España en Europa, escuadras, colonias, letras, bellas artes, ciencia, porque todo había sido desangrado, chupado, cortado, talado, arrasado, para levantar el convento normal, monumental, rejio, inquisitorial (Viajes: 156).

Ve mos cómo nuevamente aparecen las analogías con el cuerpo enfermo y la muerte en la misiva sarmientina. Para el argentino, así como España ha sido incapaz de crear progreso en los ámbitos de la industria y de la técnica, siendo para él una nación que ha quedado fija en un pasado que la ha vuelto estéril, el arte que se produce en la península no puede sino expresar esta condición de esterilidad (Pinedo, 1992: 368). Por eso ve en la pintura española un reflejo de este pueblo enfermo, los españoles solo han destacado en esta materia al plasmar lo deforme, lo enfermo y la podredumbre del cuerpo, e incluso esta habilidad de los pintores godos, tan prolífica en otros tiempos, ha desaparecido:

Lo terrible forma siempre el sublime de la pintura española; santos desollados, estudiado el asunto sobre el natural, porque solo viendo palpitar la carne puede la pintura llevarse a un grado tan espantoso de verdad; monjes en contemplación, apenas discernibles sus adustas formas bajo la capucha i bajo las sombras del claustro; mendigos que os hacen rascaros involuntariamente por la comezon que causa la contemplación de aquellos sucios harapos que la imaginación puebla de sus naturales habitantes, i los ojos creen verlos hirviendo i hormigueando. Pero todo aquel arte es un mito ya, una fábula. La España moderna no tiene ni pintura sagrada ni profana (Viajes: 158).

Sarmiento pasa entonces a relatarnos de manera rápida su recorrido por el resto de la península ibérica: La Mancha parece haberse quedado fija a los tiempos de Cervantes y el Quijote, y Córdoba, la ciudad de las viejas glorias árabes, es a sus ojos una urbe muerta y cubierta de harapos: “¡Qué triste es una ciudad muerta, que fué reina i la vemos mendiga, cubierta de harapos i de lepra” (Viajes: 162). El sanjuanino finaliza su severo examen sobre la vieja madre patria haciendo un repaso sobre sus distintas épocas históricas, que enumera bajo las categorías de tiempos primitivos, tiempos romanos, tiempos árabes, tiempos inquisitoriales y tiempos modernos (Viajes: 164-166). Pero la enumeración no es más que una triste ironía, pues nada parece haber evolucionado mucho en estas tierras y

razón es clara. Nosotros somos mas bárbaros que los franceses i para describir comedias cuanto mas bárbaro es el escritor tanto mejor.” (O.C., XXII: 205). De este modo, nuevamente Sarmiento muestra su condición de observador privilegiado y de traductor cultural, pues tal como en *Facundo*, es capaz de comprender tanto la civilización como el secreto de la barbarie y traducir este secreto al orden del discurso letrado.

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las épocas pasadas siguen en realidad presentes en cada ringón. Cuando toca describir los tiempos modernos, el diagnóstico es el mismo. Sarmiento, hace el inventario de las cosas de África, Roma, Florencia, Venecia, Milán, Suiza, Manich, Berlín” y “Estados Unidos”.

Ninguna ciudad nueva se ha levantado; ninguna villa se ha hecho ciudad. Ninguna industria se ha introducido en tres siglos, salvo la fabricacion de malísimas pajuelas fosfóricas. No hai marina nacional. No hai caminos sino dos grandes vías. Sus carruajes son sui jeneris. No hai educacion popular. No hai colonias (Viajes: 166).

¿Y qué ha llevado a España a este estado de cosas? Su apego a las viejas tradiciones medievales e inquisitoriales y su odio por todo lo que sea extranjero, que a ojos de Sarmiento es odio al progreso y a lo que el resto de Europa, con su influencia benéfica podría aportarle al pueblo español. Es el mismo odio que proclama Rosas en su afán “americanista”, es odio, en definitiva, a las fuerzas de la civilización y apego a tradiciones estériles y violentas. Frente a esta situación no le queda más a Sarmiento que desear que España sucumba y sea colonizada por un pueblo capaz de llevarla hacia la civilización: “Opino porque se colonice la España” (Viajes: 166). Sólo la ciudad de Barcelona parece salvarse del juicio demoledor del argentino, justamente porque allí encuentra todo lo que al resto de España le falta: artes, educación, una imprenta que traduce las obras francesas, la apertura a la influencia del resto de Europa, especialmente a la de Francia, pero por sobre todo, industria, técnica y productividad:

El aspecto de la ciudad es enteramente europeo; su Rambla asemeja a un boulevard, sus marinos inundan las calles como en el Havre o Burdeos, i el humo de las fábricas da al cielo aquel tinte especial, que nos hace sentir que el hombre máquina está debajo. La poblacion es activa, industrial por instinto i fabricante por conveniencia. Aquí hai ómnibus, gas, vapor, seguros, tejidos, imprenta, humo i ruido; hai, pues, un pueblo europeo (Viajes: 167).

La descripción de Barcelona no puede ser más reveladora, en primer lugar porque todos sus atributos positivos son tales porque se parecen a algo de Francia: su Rambla es *como un boulevard*, su puerto es *como Le Havre o Burdeos*. Es claro que para Sarmiento existe una equivalencia entre Francia y la civilización, al menos hasta este punto de sus *Viajes*, y Francia a su vez es la expresión pletórica de lo europeo. En segundo lugar, Barcelona es la ciudad donde la actividad humana se agita por doquier, y donde el hombre no es ya este ser que sucumbe ante la naturaleza, como en Brasil, o ante la seducción de la violencia como en Argentina o Montevideo, o como en la misma España con sus toros y su inquisición; es, como lo dice Sarmiento, “el hombre maquina”, lo humano pletórico en su poderío como dueño y regidor de la historia y de la naturaleza. Es aquello que en España y Latinoamérica falta, aquello que Sarmiento ha venido a buscar a la vieja Europa.

c. Argelia y el mundo árabe: la barbarie original

Lo hemos mencionado ya varias veces: para Sarmiento el referente último de la barbarie es el mundo árabe, tal como se puede comprobar en las múltiples metáforas orientalistas presentes en *Facundo* (Altamirano, 1997). A este fondo común están referidas las imágenes de la pampa, el gaucho, el mismísimo Facundo Quiroga y la España medieval. Por eso el paso de Sarmiento por Argelia no puede sernos indiferente. Tal como señala Paul Verdevoye (2002b: 124-125), la misión que el gobierno chileno le encomendó al sanjuanino no incluía su paso por África. Y sin embargo, este destino le será especialmente

caro: Sarmiento deseaba ardientemente comprobar en carne propia la imagen que se había hecho del mundo oriental a través de sus lecturas. Al mismo tiempo, era de sumo interés para él observar la labor colonizadora del pueblo francés sobre la tierra argelina, seguramente buscando un modelo para sus proyectos colonizadores en la pampa.

Como ya es usual frente al mundo bárbaro, la postura de Sarmiento hacia la cultura árabe es ambivalente, hay en su actitud fascinación y curiosidad. Al mismo tiempo, notamos el tono de entusiasmo en su misiva al escribir sobre su estadía en Argelia, no es este el tono reprobatorio que de manera tan patente Sarmiento usó para describir España, y podemos palpar la excitación de hallarse en un lugar de características cuasi novelescas que el autor ansiaba conocer desde hacía largo tiempo. Si bien, como veremos, el sanjuanino no deja de ser duro frente a la condición bárbara que observa en sus habitantes, a los que considera indómitos, despóticos, primitivos y desaseados, vemos traslucir en nuestro viajero una clara admiración por los aguerridos árabes: “No sé qué sentimiento mezclado de pavor i admiración, me causa la vista de este pueblo árabe” (Viajes: 176).

Por otro lado, si bien Sarmiento no coincide con la visión de los viajeros europeos que, como Dumas, han escrito sus impresiones de oriente teñidas de un encanto literario que tiende a ocultar el lado menos amable⁹², nuestro viajero deja bastante claro que para poder comprender y describir adecuadamente esta realidad es necesario mirarla a través del saber que se ha construido acerca de ella en Europa. Sarmiento cree que las naciones de oriente sólo pueden ser juzgadas desde un referente europeo que permita dar sentido a esta realidad heterogénea:

Arjel basta, con efecto, para darnos una idea de las costumbres i modos de ser orientales; que en cuanto al Oriente, que tantos prestigios tiene para el europeo, sus antigüedades i tradiciones son letra muerta para el americano, hijo menor de la familia cristiana. Nuestro oriente es la Europa, i si alguna luz brilla más allá, nuestros ojos no están preparados para recibirla, sino a través del prisma europeo (Viajes: 172).

Así como en el caso de la pampa, donde sólo la representación literaria y las ideas europeas son capaces de darle orden, forma y sentido a una realidad que escapa a los límites de la civilización, así también el mundo árabe sólo puede ser comprendido a través de la proyección de los juicios que los europeos ya han hecho sobre este territorio. Por eso Sarmiento visita Argelia premunido de viejas y nuevas lecturas europeas sobre el mundo oriental⁹³. Las ideas que desprende de estas fuentes se proyectan sobre la realidad observada y le dan forma, son previas al contacto con esta cultura y funcionan como un *a priori* que busca confirmarse a través del viaje⁹⁴.

La fascinación que el Oriente ejerce sobre la personalidad de Sarmiento está relacionada con esta proyección novelesca de la visión europea. Pero existen otros

⁹² En esta carta Sarmiento nuevamente hace referencia a Dumas y se desmarca irónicamente del modelo de impresiones de viajes que ofrece el francés: “Pero no es esto lo peor aun, sino que los modernos Ulises, que como Dumas i comitiva andan hoi sobre sus olas, a caza de sirenas, islas encantadas i Calippos que los detengan i embauquen, no sabrán de qué manera injeniarse para dar principio a la patética narracion de sus aventuras” (Viajes: 170).

⁹³ Sobre las fuentes orientales utilizadas en *Facundo*, y las nuevas fuentes adquiridas en el viaje por Europa, véase el artículo de Paul Verdevoye “Viajes por Francia y Argelia” (Verdevoye, 2002b).

⁹⁴ La idea del *a priori* es tomada del artículo de Noé Jitrik sobre *Facundo*: “Para una lectura de *Facundo*, de Domingo F. Sarmiento” (Jitrik, 1970).

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas corresponde a la disposición que tienen las mismas en el libro de Viajes, y que es el siguiente: *Verdevoye*, “Montevideo”, “Río de Janeiro”, “Ruán”, “París”, “Madrid”, “Barcelona”, “África”, “Roma”, “Florencia”, “Venecia”, “Milán”, “Suiza”, “Munich”, “Berlín” y “Estados Unidos”. ***Además, Domingo Faustino, hijo de un Sarmiento y una Albarracín, experimentó tal vez el secreto deseo de emprender una peregrinación a la tierra de sus lejanos antepasados maternos, no sólo por afición a la historia y a la genealogía, sino para indagar el origen de uno de los elementos de su contradicción interna, o sea su simpatía visceral y al mismo tiempo rechazo político hacia el hombre primitivo de la pampa, que se le antojaba comparable con el nómada árabe. ¿Quién sabe? (Verdevoye, 2002b: 124).***

Vemos entonces a Sarmiento paseando por Argelia, asqueado por los usos salvajes de los árabes contrarios a sus costumbres burguesas, como la falta de higiene o la incómoda ausencia de sillas en las tiendas árabes; y admirado por el efecto benéfico de la colonización francesa, que ha levantado ciudades que reproducen la cultura civilizada en esta tierra extraña. Y es que así como en Argelia Sarmiento encuentra lo que para él es una suerte de barbarie originaria, que estaba presente en España y en América y que en el mundo árabe encuentra su raíz más profunda, es también en Argelia donde halla a la civilización como fuerza motriz (Fernández, 1997: 1068), apoderándose de un territorio que hasta hace poco estaba sumido en el atraso y la inactividad. De este modo, Argelia es para Sarmiento la lucha entre civilización y barbarie, entre la “París Africana” y el Sahara salvaje:

Pasadas estas primeras impresiones, la ilusión empieza a desvanecerse, empero, i en lugar de las numerosas mezquitas i minarettes, que el viajero espera encontrar entre los compatriotas del Profeta, al subir a la plaza de Orleans, cuyo artificial pavimento sostienen dos órdenes de bóvedas superpuestas, la Europa se presenta de golpe en el plantel del futuro París africano, con sus magníficos hoteles, perfumerías i restaurantes, sus calles flanqueadas de galerías cubiertas como las que avicinan al jardín de las Tullerías, las murallas por todas partes tapizadas de carteles, que en letrones monstruosos i con todo el charlatanismo del affiche, anuncian los objetos de moda, los libros nuevos, las funciones teatrales, i los decretos del gobernador jeneral. Centenares de carretelas i doscientos ómnibus cambian sin cesar su depósito de transeuntes, sin que las diligencias de seis caballos escaseen, llevando o trayendo colonias de viajeros para los distintos puntos de la Arjelia, con visible pavor de los tímidos camellos, a quienes sorprende i detiene en el camino su enorme mole (Viajes: 173).

La misiva sobre África hace constante referencia a la época en que el imperio romano tuvo posesión de esas tierras y las hizo ricas y productivas. Para Sarmiento, el pueblo árabe es el culpable de la desaparición de esa vida civilizada, que se caracterizaba por el cultivo de la tierra y el comercio, ambas actividades que, según Sarmiento, desaparecieron con la llegada de los musulmanes:

Solo viendo de cerca la malograda estension de sus llanuras, puede comprenderse cómo en tiempo de los Gracos la Mauritania Tangitania, esto que hoi se llama Arjelia, era el granero de Roma (...) Estas llanuras tambien estaban cubiertas de una poblacion activa, ilustrada i rica; i jahora nada!... ni el sitio de las ciudades, ni el pueblo inmenso de labradores que habitaba sus deliciosas campiñas. Pero ¡adónde, Dios mio, se han ido tantos millones de hombres!... Preguntádselo a la cimitarra i al Koran. ¡Oh! ¡Mahoma, Mahoma! de cuántos estragos puede ser causa un solo hombre cuando apoya i desenvuelve

los instintos perversos de la especie humana, o bien cuando encuentra masas brutales que creen porque no son capaces de pensar! (Viajes: 195).

Para Sarmiento, Francia es la nación llamada a restaurar la simiente de la civilización que ya Roma había sembrado en estas tierras, y que el árabe había sepultado durante siglos. El argentino se alegra de ver la Europa trasplantada en suelo africano, de ver la agitación propia de la ciudad moderna transformando Argelia en un foco de progreso. Pero al mismo tiempo nos advierte que no debemos engañarnos, la lucha entre civilización y barbarie en estas tierras aún no ha finalizado, y el pueblo árabe está en guerra constante contra la invasión francesa. A ojos de Sarmiento, la fuerza salvaje de las hordas árabes es capaz de destruir en pocas horas el esfuerzo que a la civilización le ha tomado años y compara a los habitantes de oriente con la serpiente que se oculta entre las flores, en una metáfora bíblica bastante clara que identifica a los árabes con las fuerzas del mal y la destrucción:

Entre las bellas construcciones que nos hacen soñarnos en medio de la Europa; bajo las magníficas rutas que parecen una restauración romana, el foco de la peste se esconde como el aspid entre las flores; i los torrentes que descienden súbitamente del Atlas dan cuenta en una hora del trabajo de muchos años. Otro tanto i peor sucede en lo moral; en despecho del ejército i del aparente aluvion europeo, el embozado albornoz árabe está ahí siempre, i bajo sus anchos pliegues, un pueblo orijinal, un idioma primitivo, i una relijion intolerante i feroz por su esencia, que no acepta, sin la perdicion eterna, el trato siquiera con los cristianos. La tristeza habitual del grave semblante árabe, está revelando, en su humildad aparente, la resignacion que no desespera, la enerjía que no se somete, sino que aplaza para dias mejores la venganza, la rehabilitacion i el triunfo (Viajes: 175).

Los atributos de la ferocidad y la “energía que no se somete” son los que usa Sarmiento para describir a los habitantes de estas tierras. Hemos dicho que para el sanjuanino la civilización es justamente el encauce de la energía humana hacia fines útiles y productivos, los árabes, por el contrario, son la otra cara de la moneda, una energía feroz, indómita, que se confunde con lo salvaje de las fieras y de la naturaleza desértica, destructora del progreso. Por esta razón, tal como ocurría en *Facundo*, cree Sarmiento que el triunfo de la civilización en estas tierras pasa necesariamente por estudiar y traducir, para el pensamiento letrado, la barbarie árabe. El argentino señala esta necesidad mediante la metáfora de reemplazar la espada por la pluma:

Despues de sometidas de nuevo a la coyunda las vencidas tribus, los vencedores han querido penetrar en el misterio que encubren estas conmociones eléctricas que nada al aparecer justifica, i envainando la espada, para tomar la pluma que ordena los datos recojidos i las ideas que el espectáculo de las cosas despierta, han podido trazar la biografía moral de este pueblo, ora escuchando los cantos de sus trovadores, ora echando una mirada furtiva sobre el libro que en piadoso recojimiento recorre horas enteras el tolba o doctor, ora en fin, rondando por las mezquitas i asechando las veces que el devoto besa el suelo, o repasa las cuentas de su rosario. Todas estas bagatelas han dado, por fin, la solucion de un gran problema, i mostrado la sima cavada bajo las plantas europeas en Africa; inmenso cráter de un volcan cuyas erupciones pueden interrumpirse, pero cuyo foco existe, vivo, ardiente e inestinguible (Viajes: 176).

parte, las profecías son tan claras i terminantes, la época de su realización tan distintamente señalada, que solo un perro infiel, es decir un cristiano, puede dudar de su autenticidad; de manera que el tolba, teólogo, apenas necesita hacer uso de su ciencia de interpretación, para explicar algunos accidentes accesorios al testo, al parecer discordantes con los hechos actuales (Viajes: 177).

Es este carácter profundamente religioso e irracional el que, según Sarmiento, los lleva a ser un pueblo bárbaro, violento y despiadado. Describe con horror las prácticas de las *razzias*, dice que el hábito del crimen está profundamente arraigado en las costumbres orientales y los compara con los indios sudamericanos y sus malones, es decir, con la barbarie profunda de Sudamérica, esa que sobrepasa incluso a la de los gauchos y sus caudillos. Es la barbarie bruta, destructora y contraria a toda racionalidad:

Es imposible imaginarse depravación moral mas profunda, ni hábitos de crimen mas arraigados. La historia no presenta nada de comparable, sino en sus épocas mas tenebrosas. El agah vive de las espoliaciones que ejerce sobre su propia tribu; una tribu emprende razzias (los malones de nuestros indios) sobre las otras para arrebatárselas el ganado, i el jefe que los acaudilla corta con su propia mano la cabeza al infeliz kadi o agah a quien despoja de los bienes i de la vida (Viajes: 183).

Finalmente, el diagnóstico de Sarmiento concluye con que esta misma religión de Mahoma hace de los árabes un pueblo no sólo despótico, irracional e inculto, sino además falto de industria, por ser un pueblo nómada. Sarmiento parece olvidar momentáneamente que no todos los árabes eran nómades y que muchos de ellos no sólo practicaban la agricultura sino que eran responsables de varios adelantos en esta materia, que a través de España se introdujeron en el resto de Europa. Sarmiento, en un ofuscamiento que lo lleva a omitir estos hechos, afirma que los árabes no toman posesión de la tierra y no la aprovechan para la productividad. Los describe como un pueblo guerrero y ladrón, sucio e insalubre y, por lo tanto, absolutamente incompatible con la colonización francesa:

Es imposible imaginarse barbarie mas destructora que la de este pueblo; los rios que descienden de las montañas, lejos de fertilizar las llanuras, solo sirven para convertirlas en ciénagos infectos; el árabe no toma posesión de la tierra, i gracias si en la vecindad de Oran, arroja algunos puñados de trigo sobre la tierra mas bien rasguñada que arada, i dejando crecer con la simiente los matorrales i plantas tuberculosas de que ha descuidado limpiar el suelo. Las enfermedades cutáneas roen a este pueblo, como la mugre carcome sus vestidos, i en medio de la miseria física en que se revuelca i la degradación moral de su espíritu, abriga un sublime desprecio i un odio inestinguible contra los europeos. Jamas la barbarie i el fanatismo han logrado penetrar mas hondamente en el corazón de un pueblo, i petrificarlo para que resista a toda mejora. Entre los europeos i los árabes en Africa, no hai ahora ni nunca habrá amalgama ni asimilación posible; el uno o el otro pueblo tendrá que desaparecer, retirarse o disolverse; i amo demasiado la civilización para no desear desde ahora el triunfo definitivo en Africa de los pueblos civilizados. (Viajes: 185).

Sin embargo, terminada esta digresión, Sarmiento continua la descripción de su viaje con varias anécdotas que dejan ver su simpatía y su curiosidad por los rasgos de este pueblo. Nuestro viajero nos cuenta que, dado el ambiente europeizado de la ciudad de Argel, deseaba observar la vida y costumbres de los árabes en su medio original, en sus

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de las cartas corresponde a la disposición que tienen las mismas en el libro de Viajes, y que es el siguiente: recomendación de algunas autoridades para trasladarse a Orán desde Córdoba, escolta, paradas, ruta de la Vía de Capatzen, Saiza, Mahis, Béand y Estados Unidos la visita de algún personaje de importancia. En este punto la misiva cambia el tono ensayístico por uno mucho más literario, pues el argentino es consciente de que el relato de estas aventuras tiene un sabor novelesco donde él, Sarmiento, hace las veces de protagonista y héroe. Emprende una cabalgata con sus escoltas y de inmediato notamos una mutación en la actitud de Sarmiento hacia los moros, vemos a nuestro autor admirado de la gallardía del árabe, fascinado con la belleza oculta de sus mujeres y empeñado en transmutarse por un momento en un coloso bárbaro, equivalente al gaucho argentino. Se disfraza con indumentaria oriental y sale a cabalgar por el desierto:

El placer de verme a caballo en campo abierto e inculto i con la dorada perspectiva de galopar a mis anchas, me distraía de prestar atención a los objetos que me rodeaban (...) En seguida, deseando darme aire de un agah o un tolba árabe, estudiaba a hurtadillas en mis compañeros la manera de llevar el bornoz, de que me había provisto para solemnizar con sus anchos y pomposos pliegues la gravedad de mi posición oficial (Viajes: 188).

Sarmiento parece estar cumpliendo una suerte de fantasía, la de verse a sí mismo como un héroe épico, un gallardo caudillo árabe cabalgando por las llanuras del desierto. En un momento se complace al utilizar una jerga “oriental” para impulsar a sus escoltas a apurar la marcha:

Por el muslo del Profeta, hube de exclamar yo, indignado al oír tan fea como no merecida reconvención. ¡Protesto, que si el caballo no revienta, puedo sin fatigarme ir a tirar la rienda al último oasis del Sahara!... Tan ortodoxo juramento como la hipérbole que lo acompañaba, oriental por el fondo i la forma, debieron de ser mui del agrado de mi comitiva, pues no bien había acabado de hablar, a un grito de uno de los jinetes, los caballos partieron a todo escape, sin que me fuese posible contener el mio, que parecía obedecer a orden superior, dando al traste arranque tan imprevisto, con mi afectada gravedad árabe, i haciendo flotar al aire a guisa de velas latinas las puntas del blanco bornoz (Viajes: 188).

Pero el juego del disfraz no pasa de ser eso, el deseo de hacerse parte de un mundo novelesco no implica la desaparición de su postura de hombre civilizado. La prueba más elocuente de que Sarmiento pese a todo no abandona su mirada de sujeto letrado en tierras salvajes es esa negativa a adentrarse en el territorio que está más allá del dominio francés. Si accede a mezclarse entre los árabes, observar sus costumbres y hasta mimetizarse, es siempre bajo la protección que le brindan las cartas de recomendación de las autoridades francesas coloniales: “más allá de Máscara, la vida europea cesa, presentándose la barbarie y el desierto, límites naturales de mi viaje en derredor del mundo civilizado” (Viajes: 199). Sarmiento no deja de ser un viajero que mira con distancia la cultura oriental y desea que ésta finalmente desaparezca en favor de la civilización:

Pidamos a Dios que afiance la dominación europea en esta tierra de bandidos devotos. Que la Francia les aplique a ellos la máxima musulmana. La tierra pertenece al que mejor sabe fecundarla. ¿Por qué ha de haber prescripción a favor de la barbarie, i la civilización no ha de poder en todo tiempo reclamar las hermosas comarcas segregadas algunos siglos ántes, por el derecho del sable, de la escasa porción culta de la tierra? (Viajes: 184).

La opción de Sarmiento por la civilización se reafirma cuando su fantasía de lo árabe se desvanece ante sus narices. Al llegar a la tienda donde se celebraría la *diffa*, nuestro autor se siente visiblemente desilusionado en sus expectativas, al ver que la tienda árabe no era el lugar misterioso y literario que él había imaginado. Sarmiento pensaba que tendría lugar un encuentro con un pasado histórico que se remontaba a la Biblia, a la época de Jacob, en una suerte de viaje a un tiempo primordial:

Las grandes figuras de la Biblia se agrupaban en la imaginación, como si Rebeca o Yaule, sus hijos i las mujeres de sus hijos, fuesen a presentármeme vivos aun en el dintel de las tiendas a que me aproximaba. Hubiera querido detenerme un momento para dejar pasar esta especie de vértigo (Viajes: 189).

Su sorpresa es grande cuando en lugar de verse inmerso en ese esperado viaje al pasado bíblico, comienza a sentir en la tienda árabe cierto aire familiar que no tarda en reconocer: las tiendas moras son en todo similares a las de los indios de las pampas, nada hay de onírico ni de pasado remoto en su interior:

la tienda i demas objetos cayeron bajo el escarpelo de la crítica. ¡Tate! me dije para mí, yo conozco todo esto, i las tiendas patriarcales de los descendientes de Abraham, no están mas avanzadas que los toldos de nuestros salvajes de las pampas. Igual i aun mayor desaseo, humedad i escasez de todas las comodidades de la vida; las tiendas de tela grosera de lana parduzca sostenidas sobre palillos nudosos i endebles; los perros saltando por entre los hombres; una hilera de corderillos recién nacidos, enlazados a una cuerda para retenerlos dentro de la tienda-sala-de-recepcion; una turba de muchachos sucios i cubiertos de harapos, alargando desde la puerta los tostados cuellos para ver al rumi (cristiano). ¡Dios mio! ¡Dios mio! cuántas ilusiones disipadas de un golpe, cuánta poesía, cuántos recuerdos históricos, i sobre todo, ¡cuántas descripciones de escritos echadas a perder por la realidad mas prosáica i miserable que se palpó jamás! (Viajes: 190).

El texto de la misiva va estableciendo en varios momentos un paralelismo con la barbarie argentina. Es curioso constatar en este sentido cómo todas las referencias se invierten: si antes la realidad argentina traía a la memoria ciertos rasgos del país árabe en *Facundo*, ahora son los rasgos árabes los que recuerdan a la pampa: existen el baqueano y el rastreador árabe y ahora es el desierto argelino el que asemeja a la pampa argentina. El autor va describiendo un movimiento pendular en su representación del espacio africano: pampa y Sahara, gaucho y árabe, razzia y montonera se refieren mutuamente y se confunden entre sí en el lenguaje que Sarmiento usa para referirse a los habitantes de Argelia: habla de la “montonera árabe” (*Viajes*: 186), de “gauchos árabes” (*Viajes*: 186) al referirse a la habilidad que los moros muestran con el caballo, y de baqueanos árabes que como los argentinos se caracterizan por su relación de fusión con el territorio y la naturaleza desértica que los rodea, por la agudeza de sus sentidos y su instinto casi animal de orientación:

Entre otras cosas los baqueanos árabes me llamaron la atención por la singular identidad con los nuestros de la pampa. Como estos, huelen la tierra para orientarse, gustan las raíces de las yerbas, reconocen los senderos, i están atentos a los menores incidentes del suelo, las rocas, o la vegetación. Pero los árabes dejan muy atrás a nuestros gauchos en la asombrosa agudeza de sus sentidos. Un árabe, por ejemplo, conversa con otro en el Sahara, mediando entre

Capítulo III. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Barbarie Para efectos de nuestra exposición, hemos renunciado a hacer un análisis de las distintas cartas de Viajes en el orden cronológico real de la travesía en cuestión. Hemos preferido agrupar las distintas cartas bajo las categorías de civilización y barbarie, para poder observar de forma más orgánica cómo se desarrollan dichos conceptos sarmientinos a lo largo de su periplo. El orden cronológico de los itinerarios responde a la travesía que hacen las mismas en el tiempo, y que se delimitan a través de leguas de desierto, de como sabrán los "Signes" "Madre" "officio" "Africa" "Roma" "Egipto" "Venecia" "Milán" "Suiza" "Munich" "Berlín" y "Estados Unidos". **rastreadores i los conocimientos omnitopográficos de nuestros baqueanos, a fin de sostener la gloria de los árabes de por allá, a punto de ser eclipsada por el olfatear el ganado i conversar de un extremo a otro del Sahara, de los gauchos de por acá (Viajes: 198).**

Árabes de por allá y gauchos de por acá: la inversión muestra hasta qué punto ambas realidades son intercambiables, excepto en el rasgo que hace de los árabes un pueblo más salvaje que el gaucho: la religión musulmana, que alimenta una barbarie más profunda y originaria, mucho más resistente y reacia a someterse a las fuerzas de la civilización. Sarmiento va reafirmando a lo largo de su misiva la equivalencia entre la Argentina gaucha y la Argelia árabe y hacia el final de la carta le da a este paralelismo una consistencia que trasciende la mera similitud de costumbres, para transformarse en una visión que imagina el futuro de ambas naciones en términos de su destino social y político. En la cabalgata de regreso a la ciudad de Orán nuestro autor cae en un ensimismamiento que lo lleva a imaginar el futuro de Argelia colonizada ya por los franceses, como si sus impresiones a lo largo de su estadía en África hubiesen decantado de manera espontánea en esta visión profética del futuro:

todo cuanto habia visto, oido o pensado durante mis diversas aunque rápidas escursiones en Africa, se iba presentando al espíritu como una ordenada procesion de hechos, revestido cada uno de ellos de formas i colores correspondientes a su tiempo i lugar; i haciéndose palpable e inmediato, aun aquello que no existe, real lo que no es, pero que lo será indefectiblemente; i presente lo próximamente futuro, la colonizacion de la Arjelia se me figuró como de largo tiempo consumada. Por todas partes bullía la poblacion europea entregada a las múltiples operaciones de la vida civilizada; las llanuras hoi desiertas, las ví tapizadas de alquerías, de jardines i de mieses doradas; i aquellos lagos, que desde lo alto de las montañas se divisan brillando aquí i allí, como los fragmentos dispersos de un espejo, habia tomado formas regulares en la Mitidja, Mascara i Eghress, aprisionadas sus aguas en canalizaciones ordenadas, abiertas en el centro de las llanuras, segun lo habian hecho en otro tiempo los romanos. Los planteles de villas i ciudades que solo trazadas habia visto, multiplicándose al infinito, se alzaron de golpe, erizando llanuras i montañas con sus teatros, templos i palacios (Viajes: 199-200).

La visión profética de Sarmiento tiene una forma similar a lo que Mary Louise Pratt ha descrito como el tropo de la "ensoñación industrial" (Pratt, 1997: 264), típico de los viajeros europeos de la llamada vanguardia capitalista, que al visitar las regiones de África o América imaginan allí donde sus ojos se posan sobre una naturaleza edénica el desarrollo industrial y modernizador de un futuro próximo, de la mano de la explotación económica de los capitales extranjeros⁹⁶. Sarmiento, en un arranque fáustico imagina también el progreso de Argelia

⁹⁶ Mary Louise Pratt cita la visión de un ingeniero en minas, Joseph Andrews, que en 1827 imagina el desarrollo industrial reemplazando a esa naturaleza disponible para ser explotada, de manera similar a como lo hace Sarmiento: "Contemplando la cadena más próxima y sus altas cumbres, Don Thomas y yo levantamos castillos en el aire en sus monumentales laderas. Excavamos ricas vetas de mineral, construimos hornos de fundición, vimos en nuestra imaginación una multitud de trabajadores moviéndose como

conquistada de manera definitiva por Francia, vencida y expulsada la barbarie árabe. Y la imaginación fáustica de nuestro autor se extiende por analogía desde Argelia a Argentina y su visión salta desde África hacia las regiones sudamericanas y se lamenta preguntándose si acaso de la mano del inmigrante europeo no podría acaso su patria tener igual suerte que esa Argelia imaginada:

I de improviso con la abrupta petulancia de la imajinacion para trasportarse de un lugar a otro sin transicion racional, acaso guiada solo por la análoga fisonomía exterior del Sahara i de la Pampa, yo me encontré en América, de este lado de los Andes, donde Ud. i yo hemos nacido, en medio de aquellas planicies sin límites, en las cuales nace i se pone el sol, sin que una habitacion humana se interponga entre el ojo del viajero i el límite lejano del horizonte. ¡l bien! reflexionaba yo, va para cuatro siglos que un pueblo cristiano posee sin disputa este rico suelo, igual en estension i superior en fertilidad a la Europa entera, i no cuenta sin embargo un millon de habitantes; i eso que las fiebres endémicas no diezman como en África la poblacion; i eso que en su seno no encierra un aspid, como aquella indomable raza árabe que forcejea sin descanso por desasirse de la robusta garra que la tiene sujeta (Viajes: 201).

La forma de vida bárbara del árabe debe desaparecer en favor del colonialismo francés portador de la civilización y de la industria. Asimismo debe suceder también con la pampa, esa realidad tan rica desde el punto de vista estético debe ceder al avance de las colonias inmigrantes que traigan con ella el fuego prometeico de la civilización occidental:

¿Por qué la corriente del Atlántico, que desde Europa acarrea hácia el Norte la poblacion, no puede inclinarse hácia el sur de la América, i por qué no veremos Ud. y yo en nuestra lejana patria, surjir villas y ciudades del haz de la tierra, por una impulsión poderosa de la sociedad i el gobierno; i penetrar las poblaciones escalonándose para prestarse mutuo apoyo, desde el Plata a los Andes; o bien siguiendo la márjen de los grandes rios, llegar con la civilización i la industria hasta el borde de los incógnitos Saharas que bajo la zona tórrida esconde la América? (Viajes: 202).

Es claro entonces que este viaje, más allá de la voluntad aventurera, sirve de confirmación y aliento a las ideas previas de Sarmiento acerca de la colonización. Las impresiones van cobrando cuerpo y peso ya no teórico sino político y la experiencia en Argelia es uno de los resortes que pone en movimiento ese progresivo paso de Sarmiento desde las ideas a la acción. Ha visto la barbarie originaria con sus propios ojos, esa que le sirve para explicar todas las demás, y se ha adueñado de su verdad y su secreto.

Capítulo IV. Los Viajes de Sarmiento: Escenarios de la Civilización

1. Francia: el ideal desencantado 2. Italia: pasado esplendor, presente degradado 3. Suiza y Alemania: la civilización útil 4. Estados Unidos: civilización y utopía.

1. Francia: el ideal desencantado

El libro de viajes de nuestro autor incluye dos cartas escritas desde Francia, la primera, desde la ciudad de Rouen (cuyo nombre Sarmiento transcribe como Ruán), está dirigida a su amigo argentino Carlos Tejedor –otro antirrosista exiliado en Chile– con fecha 9 de mayo de 1846; la segunda carta lleva el título de París, con fecha 4 de septiembre del mismo año, y está dirigida a Antonio Aberastain, jurisconsulto y político sanjuanino a quien Sarmiento había confiado la dirección del Colegio de Señoritas de su pueblo natal cuando hubo de huir hacia Chile. Ambas cartas son muy diferentes, pues reflejan dos momentos distintos de la estadía y de la visión que Sarmiento se forma de Francia. En la carta de Rouen la escritura del sanjuanino se centra principalmente en “reminiscencias librescas” (Verdevoye, 1997: 654) que surgen a partir de las expectativas del encuentro con la tierra europea, la nación gala y las primeras impresiones frente a su novedad. En cambio, la carta desde París es la de un hombre que lleva cuatro meses viviendo en Francia, y notamos cómo ya no necesita apoyarse en su conocimiento libresco para pintar lo que ve, se siente mucho más autorizado a dar sus juicios acerca de la cultura, la sociedad y la política francesas sin necesidad de remitir sus aseveraciones a alguna fuente. De este modo, la de París es una carta donde aparecen las vivencias de Sarmiento y sus impresiones de forma más directa, sin proyectar de manera explícita su saber letrado sobre la realidad. Asimismo notamos cómo el sanjuanino transforma su perspectiva de una carta a otra; en la primera, su actitud es la del espectador aún foráneo; en la segunda, su mirada es diferente, adquiere una visión crítica porque se ha vuelto actor y partícipe de la vida parisina y se atreve a juzgar a la nación gala en aquello que tiene de malo y bueno a partir de un criterio propio.

Así como el Oriente era para Sarmiento ese referente último de la barbarie, que permitía conocerla y juzgarla, Francia era para el autor del *Facundo* la representante oficial de la civilización en el mundo. La carta titulada “Ruán” comienza con un Sarmiento que le confiesa a su amigo Tejedor su emoción por haber tocado la “Francia de nuestros sueños” (Viajes: 75), comentando que éste era un anhelo largamente cultivado por haberse educado al alero de la literatura francesa, la cual, según el sanjuanino, sería la única válida como modelo a seguir para los pueblos sudamericanos por ser justamente una creación que expresa la cima de la civilización. Sarmiento comienza entonces su misiva con una serie de comentarios y reflexiones encaminadas a dejar en claro que él es un viajero digno de pintar el mundo cultural francés, un interlocutor válido frente a las ideas, filosofías y arte de las tierras galas:

Ai! de los que han habituado sus ojos desde temprano, a la luz fosforescente reflejada de aquella luna europea llamada la España, de aquellos autores que solo brillan donde hace noche oscura, i poniéndoles lo hueco de la mano en torno, para que el aliento no disipe su fugaz e incierta luz. ¡Cuán pocos son los que mas tarde pueden mirar de frente venir las ideas, sin cerrar los ojos lastimados i sin volverles el rostro! Cúponos a ambos suerte mejor, criándonos al aire libre de nuestro siglo (...) Jesto ninguno hice al leer al metafísico Leroux en 1840; Víctor Hugo me encontraba en un rincón de las faldas orientales de los Andes, dispuesto a seguir por el camino nuevo que venia abriendo, i la escuela moderna de historia, no bien se presentó, que hubo desnudado mi espíritu de todos los andrajos de las interpretaciones en uso (Viajes: 75).

Como lo hiciera en el Prólogo que comentamos en el capítulo III, Sarmiento vuelve a comparar la cultura europea –sobre todo la francesa– con la luz como portadora de la verdad, capaz de arrojar una visión justa de las cosas. El que ha modelado su inteligencia a luz de las ideas francesas no corre el riesgo de encandilarse como otros que, formados bajo el resplandor engañoso de esa luna llamada España, no están preparados para bien discernir y juzgar esta realidad moderna que Sarmiento presencia en las tierras europeas. De modo que el sanjuanino se encarga de dejar una vez más en claro su perspectiva privilegiada para ver y su capacidad de poner en diálogo la realidad sudamericana con la cultura civilizada francesa. El argentino goza de una familiaridad con este mundo cultural que, aunque indirecta y mediada por el libro, lo hace sentirse como una suerte de hijo perdido, que retorna a su verdadera familia espiritual. La carta hace un largo listado de los pensadores franceses que nuestro autor ha estudiado, casi como intentando demostrar su grado de actualización en la materia: nos habla de la filosofía de la historia, de la metafísica de Leroux, las obras de Víctor Hugo, el *Sistema de la Naturaleza* de Holbach, los versos de Barbier y el eclecticismo de Víctor Cousin. La manía acumulativa del texto pretende demostrar hasta qué punto nuestro viajero se encuentra en Francia como en su propia casa, tanto así que esta enumeración de su acervo cultural francés culmina con la declaración de que, al aproximarse a esta nación que para él es centro y fuente de la civilización, que mana desde Francia para expandirse hacia los países más alejados (es decir, desde un centro hacia la periferia); no se siente como un extranjero sino como un hijo extraviado que vuelve al regazo de su más auténtica madre espiritual:

I en efecto, ahora que me aproximo a aquel foco desde donde parten para nosotros los movimientos del espíritu, uno en pos de otro, como los círculos concéntricos que describen las aguas agitadas en algun punto de su superficie, siento no sé qué timidez, mezclada de curiosidad, admiracion i respeto, como aquel sentimiento relijioso e indefinido del niño que va a hacer su comunión primera. Siéntome, sin embargo, que no soi el huésped ni el extranjero, sino el miembro de la familia, que nacido en otros climas se acerca al hogar de sus antepasados, palpitándole el corazon con la anticipacion de las sensaciones que le aguardan, dando una fisonomía a los que solo de nombre conoce (Viajes: 76-77).

El gesto de Sarmiento, que mezcla esta ilusión de familiaridad con los sentimientos de un niño expectante al sentir que se acerca a ese altar sacro del progreso llamado Francia, es el primer anuncio de un asunto que se desarrollará a lo largo de las dos cartas francesas, especialmente en la misiva de París. Si nuestro autor fue alguna vez ese joven de provincias exiliado en Chile que, siendo desconocido y sin tener relaciones ni contactos

con el círculo letrado chileno, se abrió paso a través de su talento y esfuerzo personal, transformándose en autor de renombre; en Francia esta historia se repite, sólo que esta vez el triunfo sarmientino alcanza una escala mundial, pues ser reconocido como autor en el país de Víctor Hugo representaba lo más alto a lo que un letrado podía aspirar a ojos del sanjuanino. El periplo francés está cargado entonces de la significación de un viaje de ascensión y reconocimiento, donde el viajero es descubierto por Europa y a la vez se descubre a sí mismo en ella en toda su potencialidad, en el despliegue de sus más altas ambiciones. Sarmiento invierte el gesto colonizador: él viene a Francia a conquistarla, a dominarla y hacer de ella y su mundo algo propio, y si el sanjuanino se nos presenta con gestos tímidos al inicio, esta estrategia no hace más que magnificar su triunfo. David Viñas hace notar cómo esta disposición de Sarmiento es una novedad en relación a sus antecesores latinoamericanos que, como Alberdi, se situaban frente a Europa en una actitud de reverencia y de pupilo pasivo dispuesto a aprender: “con Sarmiento la mirada sobre Europa ya no es más de reverencia, sino de ganas; no de contemplación platónica, sino de posesión” (Viñas, 1974: 42). De modo que esta sensación de familiaridad, de ser el hijo desconocido que retorna a su verdadera tierra, es una suerte de primer anuncio que principia el desarrollo de la apropiación que Sarmiento hará de Europa.

Luego de esta apertura que, como dijimos, tiene la función de reafirmar al sanjuanino como el letrado sudamericano capaz de estar a la altura de Europa, Sarmiento continúa su carta contando una anécdota que se relaciona con la actualidad de su conocimiento respecto de los últimos adelantos de la filosofía francesa. Menciona nuestro viajero que el eclecticismo –tan de moda por los lares de Sudamérica– es ya cosa pasada en Francia, donde la última novedad es el socialismo, más específicamente, el pensamiento de Charles Fourier. El mismo sanjuanino nos cuenta cómo llegó a sus manos el libro *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales* (1809). Durante su travesía en el vapor “La Rose” desde Río de Janeiro al puerto francés de Le Havre, Sarmiento traba amistad con Eugène Tandonnet, quien fuera discípulo de Fourier y que introdujo al argentino en las ideas del fourierismo. Nuestro viajero traduce y transcribe varios fragmentos de la mencionada obra en su carta desde Rouen, y en general comenta que, aunque le parece que gran parte de las ideas de Fourier son absolutamente descabelladas, es de todos modos un pensador profundo, “sin educación que falsificara sus ideas” (*Viajes*: 83), identificando quizás su propia formación autodidacta con la del utopista francés, pues como mencionamos más arriba el autodidactismo era para Sarmiento la posibilidad de tener una mayor libertad a la hora de juzgar y comprender la realidad. Lo que nuestro viajero rescata de Fourier es su preocupación por la cuestión social, pues el mismo Sarmiento cree –y esta creencia se hará certeza después de haber recorrido los países de Europa– que el ideal de una sociedad democrática en que los hombres sean iguales entre sí y asciendan socialmente en virtud de sus méritos, choca con la realidad tangible de los miles de obreros que ganan apenas un salario de subsistencia:

¿cómo han de entenderse los hombres iguales entre sí, para proveer a su subsistencia presente i futura, dando su parte al capital puesto en actividad, a la inteligencia que lo dirige i hace producir, i al trabajo manual de los millares de hombres que hoy emplea, dándoles apenas con que no morirse, i a veces matándoles en ellos mismos, en sus familias i en su projenie? Cuando esta cuestion, que viene de todas partes, de Manchester, como de Lyon, encuentre solucion, el furierismo se encontrará sobre la carpeta de la política i de la lejislacion, porque esta es la cuestion que él se propone resolver (*Viajes*: 85).

Sin embargo, aunque Sarmiento le concede este mérito a Fourier, le critica que no se adhiera a la creencia de que la historia humana está ya encaminada hacia un progreso constante y hacia una igualdad creciente, y que no reconozca en los hechos recientes – como el surgimiento del ideal republicano o la abolición de los privilegios de la nobleza durante la revolución francesa– las manifestaciones de este perfeccionamiento de la humanidad. Fourier era sumamente crítico frente a la etapa de desarrollo de las sociedades que él llamaba civilización que, según el francés, perpetuaba la barbarie bajo la forma de una producción industrial que reproducía e incluso aumentaba la desigualdad, una visión que Sarmiento difícilmente podría compartir. Al sanjuanino le repugna especialmente el hecho de que a Fourier le sean indiferentes los medios de gobierno por los cuales se puede llegar a su visión utópica de la armonía social, cuestión patente en su discípulo Tandonnet que era partidario de Rosas y Oribe. Sarmiento, como buen republicano, defiende la democracia, la industria moderna y las virtudes de un gobierno racional e ilustrado que garantice la libertad de sus ciudadanos como un requisito fundamental para alcanzar el progreso y la armonía entre los miembros de la sociedad:

Pero yo hubiera querido que Fourier, i esto es lo que objeto a sus discípulos, hubiese basado su sistema en el progreso natural de la conciencia humana, en los antecedentes históricos, i en los hechos cumplidos. Las sociedades modernas tienden a la igualdad; no hai ya castas privilegiadas i ociosas; la educacion que completa al hombre, se dá oficialmente a todos sin distincion; la industria crea necesidades, i la ciencia abre nuevos caminos de satisfacerlas; hai ya pueblos en que todos los hombres tienen derecho de gobernar por el sufragio universal (...).I luego, ¿por qué la libertad ha de ser indiferente, aun para la realizacion misma del descubrimiento social? ¿Por qué la república, en que los intereses populares tienen tanto predominio, no ha de apetecerse, no ha de solicitarse, aunque no sea mas que un paso dado hácia el fin, una preparacion del medio ambiente de la sociedad para hacerla pasar del estado de civilizacion al de garantismo, i de ahí al de armonia perfecta? Esto es lo que no le perdono a Fourier, cuyas doctrinas han hecho a mi amigo Tandonnet, indiferente a los estragos hechos por el despotismo estúpido en Buenos Aires, i amigo i admirador del bonazo de D. Juan Manuel (Viajes: 84-85).

Pese a todo, a Sarmiento le quedará rondando la idea de Fourier sobre los “falansterios”, nombre que daba el filósofo francés a los inmensos edificios donde se agruparían las comunidades una vez que la humanidad hubiese llegado al estadio de armonía social que el autor llamaba garantismo. En los falansterios las personas vivirían en comunidades autárquicas, igualitarias y cooperativas, dedicadas especialmente a la agricultura⁹⁷, idea que a Sarmiento le parece atractiva. Más adelante en el curso de sus viajes imagina falansterios en Argelia, cuando fantasea acerca del progreso de la colonización francesa en África⁹⁸ (Viajes: 196), y en Estados Unidos, donde compara los grandes hoteles con falansterios (Viajes: 308).

⁹⁷ Pierre-Luc Abramson menciona que uno de los factores que hacía del fourierismo un tipo de socialismo adaptable a Latinoamérica era justamente la primacía de la agricultura al interior del falansterio, pues ésta era susceptible de aliarse con las estructuras y tradiciones del campesinado (Abramson, 1999: 34).

⁹⁸ En esta ocasión Sarmiento vuelve a destacar la preocupación de Fourier por la igualdad social y económica entre las personas, como uno de los problemas agudos que debe resolver la civilización: “Ud. conoce sin duda las doctrinas de Fourier, i las estrañas locuras con que ha mezclado la enunciacion de las verdades mas luminosas (...) Pero nadie como él ha presentado los conflictos de las sociedades civilizadas, las coaliciones de los pobres que solo piden pan a los ricos, la nulidad de las teorías políticas para asegurar

Luego de estas disquisiciones acerca de las ideas de Fourier, Sarmiento interrumpe sus reflexiones para avisarnos que el navío ya va llegando a Francia, en un gesto narrativo que da dinamismo y emoción al momento del encuentro con la tierra gala: “Baste ya de ideas abstractas, i para despejar su espíritu de estas serias preocupaciones, póngase V. conmigo a bordo de la Rose, que ya vamos llegando a Francia” (*Viajes*: 85). El sanjuanino comparte con su lector la excitación y los sentimientos que le surgen al sentir que se va acercando a la costa francesa y nuestro viajero se describe a sí mismo como si fuera un joven enamorado que se aproxima tímidamente a la mujer que anima su deseo, sabiéndose un simple argentino, bárbaro, incomparable a la majestuosidad de esta tierra:

Las costas de Francia se diseñaron al fin desde el lejano horizonte. Saludábanlas todos con alborozo, las saludaba también yo, sintiéndome apocado i medroso con la idea de presentarme luego en el seno de la sociedad europea, falto de trato i de maneras, cuidadoso de no dejar traslucir la gaucherie del provinciano, que tantas bromas alimenta en París. Saltábame el corazón al acercarnos a tierra, i mis manos recorrían sin meditacion los botones del vestido, estirando el fraque, palpando el nudo de la corbata, enderezando los cuellos de la camisa, como cuando el enamorado novel va a presentarse ante las damas (Viajes: 86).

Pero pese a esta actitud reverencial, no hay que creer que Sarmiento se sentía tan apocado frente a Francia. Nuestro argentino no es el visitante que observa esta capital cultural con la docilidad del niño que acepta sin examen todo lo que el padre le muestra. El sanjuanino no abandona su voluntad de observar y someter a juicio la realidad que se le presenta bajo los criterios que ha aprendido de los mismos franceses, fuente de su ideal civilizatorio. Y Sarmiento no cree que sus capacidades se encuentren mermadas ante una realidad que lo supera, sus años de estudio lo han transformado, según su propio parecer, en juez competente. La familiaridad que siente con esta patria cultural es lo que hace posible que el argentino se desilusione de estas tierras. El paso por Francia significa para el sanjuanino la dolorosa caída de un mito muy caro a su imaginación, se desvanece para él esa “Francia de sus sueños”, que se le presenta en toda su rudeza real. Al desembarcar en el puerto de Le Havre comenta desilusionado frente a lo que ven sus ojos:

Eh! la Europa! triste mezcla de grandeza i de abyeccion, de saber i de embrutecimiento a la vez, sublime y sucio receptáculo de todo lo que al hombre eleva o le tiene degradado, reyes i lacayos, monumentos i lazaretos, opulencia i vida salvaje! (Viajes: 86).

Esta es la exclamación que suelta el argentino frente a su primera visión de Europa y Francia. Y pese a ser primera impresión, la desilusión no se desmiente, más bien se confirma. Mucho se ha dicho acerca de la estadía de Sarmiento en Francia, especialmente de su paso por París: allí el autor hace su experiencia de la ciudad moderna, asimilándose al *flâneur*; allí obtiene por primera vez el reconocimiento extranjero por su *Facundo*, que será comentado en la *Revue des deux Mondes* (no todo fue desilusión en París); pero

la vida i el goce de los bienes a todos los miembros de la sociedad. Dejemos a un lado su apocalipsis i sus doctrinas antimorales, pues que son la negacion de la moral humana. Pero su idea práctica de reunir una villa en una sola familia bajo un techo i un hogar comun, como los grandes hoteles que con tanta ventaja explotan hoi la industria; criar los niños en una sola sala de asilo; educarlos en un colejo comun; asociar el trabajo personal, el talento i el capital, en una grande explotacion, i asegurar a cada uno, sin hacer comunes los bienes, su parte de provechos que hoi solo recoje el rico; responder de la subsistencia del anciano inválido, i cuidar de la mujer desvalida; hacer en una palabra que cada uno tenga su proporcionada parte de felicidad, sin que a unos toque como hasta hoi la opulencia i los goces, miéntras que al mayor número solo caben en suerte veinte horas de trabajo, i con ellas la desnudez, la ignorancia i los vicios; conseguir todo esto o algo de ello, merece sin duda la pena de que se haga” (*Viajes*: 196).

también allí descubrirá que no todo lo que produce Europa es admirable. La impresión que produce la nación gala en Sarmiento puede ser dividida en dos aspectos contrapuestos: la Francia cultural y la Francia política y social. Será sólo la segunda la que caerá del ideal de ensoñación, pero ya esto bastará para que más tarde el sanjuanino se vea obligado a reformular su idea de lo que debe ser la civilización. De modo que en su estadía en Francia se produce este movimiento doble, por un lado, lo acompañamos en este viaje de ascensión de su condición de autor y letrado, alcanzando el reconocimiento de sus pares franceses; por otro, vemos que a medida que Sarmiento se encumbra es Francia misma la que como ideal de civilización tan caro a su corazón cae y se le muestra en su costado más degradado, ese que alberga también una cuota de barbarie, de “opulencia i vida salvaje”. Obviamente ambos movimientos, el de ascensión del autor y caída del ideal, son en realidad un solo movimiento dialéctico, donde la ascensión desencadena en nuestro argentino un sentimiento de superioridad que le permite aguzar su ojo crítico frente a la nación de Víctor Hugo, sin caer en el prejuicio reverencial de sus antecesores latinoamericanos.

Sarmiento cae en la desilusión al enfrentarse al puerto de Le Havre, pues se contradice con sus expectativas de encontrar monumentos y viejos edificios que, como testigos de tiempos pretéritos, le presentaran esa Francia de sus sueños cargada densamente por la historia de la civilización desde los tiempos romanos y la Edad Media hasta la Francia decimonónica: “No he podido desimpresionarme en dos días del mal efecto que me ha producido esta primera impresión. Paréceme que el Havre no es la Francia, sus bellísimos edificios son modernos, no hai antigüedades, no hai monumentos” (*Viajes*: 86). Y es que, si bien el viaje a Francia no es un viaje en el tiempo, al modo en que lo son los de España y Argelia, que presentan al viajero un pasado petrificado; el paso por Francia sí es un viaje a través de la historia que ha quedado grabada como en un libro en los monumentos y construcciones de antaño, los cuales atestiguan un devenir que ha conducido al país galo desde tiempos remotos hasta la modernidad. Son, en definitiva, los rastros de la historia del progreso de la humanidad que a Sarmiento interesaban tan vivamente. Esta expectativa del sanjuanino, que quiere ver el país galo como si fuera un libro abierto en el cual se pueda leer la historia europea, se relaciona con su deseo de asimilarse a Francia como si fuera un hijo perdido, de identificarse con una historia y un legado que quiere no sólo comprender sino hacer propios. Sin embargo, veremos cómo este deseo de identificación choca con la desilusión y la extrañeza entre lo que Sarmiento imaginaba de Europa y la realidad. Y al mismo tiempo, Sarmiento a veces no puede evitar distanciarse de Europa para tomar una perspectiva abiertamente sudamericana, marcando distancias y diferencias, aguzando su ojo crítico. Este juego de alternancias entre la fascinación, la identificación, el extrañamiento, la distancia y la crítica, dan a las cartas de Francia toda su riqueza.

Para saciar un poco su deseo de ver ruinas históricas y catedrales góticas, Sarmiento toma un barco –el “Normandie”– que lo lleva desde Le Havre a Rouen. Durante el viaje tiene la oportunidad de echar un vistazo rápido sobre el país. Nuestro viajero se queja de la rapidez con que el barco recorre el paisaje, sin darle tiempo para admirar en detalle los panoramas que se le presentan:

Con toda la novedad de viajero novel tenía yo apartado, a fin de ocultar a la vista de los otros las emociones de novedad infantil que experimentaba, siguiendo con la vista una casilla campestre, una paisana de la Normandía con su cofia en punta, algún campanario lejano, una cultura de bosque, un grupo de vacas, lamentando la rapidez del vapor que apenas os permite ver en la próxima ribera un objeto; apenas se ha encontrado el punto de un paisaje, cuando ya estais en otro nuevo, i las líneas se han cambiado o cedido su lugar a otras; bien

es verdad que a la larga, siéntese que esta rapidez evita la saciedad, acortando, suprimiendo mas bien, los entreactos en aquel bellissimo drama de la naturaleza i del hombre que principia en el Havre, i va a terminar en Ruan (Viajes: 87).

Sin embargo Sarmiento, justo después de relatarnos cómo se ha quedado con gusto a poco, habiendo querido contemplar un poco más de cerca todo lo que pudo ver desde la cubierta del “Normandie”; comienza a hacer una descripción minuciosa de las villas, castillos, iglesias y abadías que se encontraban en el trayecto entre Le Havre y Rouen. La relación sobre todos estos lugares está cargada de detalles y es completada con un sinnúmero de anécdotas históricas, viejas leyendas, datos económicos y referencias literarias; un cúmulo de información que difícilmente nuestro viajero pudo haber obtenido a partir de una mera ojeada desde el vapor. Efectivamente Paul Verdevoye⁹⁹ ha comprobado que este trozo de la misiva, que ocupa unas seis páginas, fue tomado en gran medida de una guía turística que Sarmiento compró en Le Havre¹⁰⁰, lo que explica por qué, después de una larga descripción de la Abadía de Saint-Wandrille, se le escapa el siguiente comentario: “Aún no acaba uno de oír o de leer lo que a la famosa abadía pertenece, cuando el presuroso vapor ha quitado de la vista aquel carton admirable del panorama” (Viajes: 91). Ese “oír o leer” indica que las fuentes a partir de las cuales Sarmiento construye la imagen de Francia que aparece en esta carta no son solo los paisajes y las cosas que se presentan ante sus ojos, sino también aquello que recoge mediante el oído¹⁰¹ y la lectura. Como hemos mencionado antes, Sarmiento tiende a proyectar sus lecturas sobre la nueva realidad que se le presenta, de manera que complementa lo que ve con otras fuentes. La combinación de estas fuentes diversas de información arroja un retrato que trasciende con mucho la mirada individual del viajero para alzarse a pintar un paisaje que parece contemplado desde la altura y a partir de múltiples ángulos. La información libresco permite a Sarmiento realizar este movimiento en su descripción, que ensancha su perspectiva meramente individual y que lo resguarda de cualquier error que sus ojos sudamericanos pudiesen cometer, complementando y corrigiendo su mirada de viajero a través de textos producidos por la misma cultura que él intenta describir. La inclusión de estas fuentes muestra hasta qué punto la construcción de la imagen de Francia es sumamente dialógica, pues la cultura descrita participa como un interlocutor válido en la elaboración de su descripción, cuestión que no sucede en los casos de España y Argelia. La dimensión del espacio literario (Ette, 2001: 24-25) que aparece en la construcción de la imagen de Francia, trabaja con una intertextualidad que considera a la nación gala no sólo como objeto de descripción sino también como sujeto, en la medida en que el discurso sarmientino integra en su interior textos producidos por los propios habitantes del espacio descrito, que de este modo participan en la construcción de esta imagen. He aquí una diferencia fundamental entre la representación de los espacios de la barbarie y los espacios de la civilización, pues si bien ambas están construidas a partir

⁹⁹ Así lo aclara en las notas que aparecen en la edición crítica (Viajes: 433-434), donde además nos informa de su pesquisa para dar con la guía exacta que más probablemente manejó Sarmiento. La que posee mayor cantidad de pasajes en común con la carta sarmientina parece ser la de Edme. Théodore de Bourg *Itinéraire de Paris au Havre par Rouen* (París, 1828). Verdevoye confirma esta información en su artículo sobre los viajes de Sarmiento por Francia y Argelia, donde comenta: “Gracias a la guía comprada y a otros documentos que no se dignó a mencionar, puede armar miríficas descripciones de los edificios levantados en ambas orillas del Sena entre Le Havre y Rouen, evocar estupendos episodios históricos y asombrar a su amigo con la pintura de magníficas ruinas, románticas a pedir de boca que, en la realidad vulgar y silvestre, sólo pudo divisar a lo lejos” (Verdevoye, 1997: 653).

¹⁰⁰ Dato que consta en el Diario de gastos que Sarmiento hiciera durante su periplo. Allí anota “Un livre voyage de Paris au Havre” (Viajes: 474).

¹⁰¹ Muy probablemente Tandonnet, que acompañó también a Sarmiento en el “Normandie”, fue una fuente de información valiosa para nuestro viajero, que se refiere a él como su “cicerone” (Viajes: 87).

de la mediación de los libros que el propio Sarmiento ha leído y que de alguna forma van modelando el espacio que nuestro autor busca conocer y describir, en el caso de la barbarie las fuentes textuales rara vez proceden de la misma cultura que se intenta comprender.

Al mismo tiempo, las referencias al pasado, que completan la descripción de los lugares que Sarmiento viera entre Le Havre y Rouen con relatos de reyes, barones y monjas medievales, le dan al retrato una densidad histórica y literaria que va cargando significativamente el lugar que la escritura sarmientina va pintando. Sin embargo, cabe preguntarse por qué razón Sarmiento incluyó estas descripciones que bien podría haber omitido. Como si se sintiese obligado a dar cuenta de cada palmo recorrido, el argentino nos regala esta rica pintura de su travesía por el Sena, como si juzgase que es su deber, en su calidad de representante sudamericano en el viejo continente, dar un reporte lo más completo posible de esta tierra gala plena de ruinas y leyendas, de un pasado que ha repletado los libros y la imaginación de sus pares letrados allá en Chile y Argentina y que él, de manera triunfal, ha logrado ver con sus propios ojos. Al cabo de su recorrido Sarmiento declara que la ruta desde Le Havre a París por el Sena es el mejor camino para conocer Francia a través de su historia, la cual está escrita en sus castillos, ruinas y conventos:

Si alguna vez viene Ud. a Francia, desembarque en el Havre i no en Burdeos. Por aquí va el camino de su historia para llegar a Paris. Aquí se encuentra todo su pasado, los señores normandos i los ingleses, las tradiciones i las batallas la edad media con sus conventos, sus agujas i sus castillos; i para el americano, poco conocedor al principio, conviene que se le presenten en grandes masas los objetos para que hieran hondamente su imaginacion (Viajes: 92).

De modo que toda la descripción anterior parece tener el efecto de ser un camino de preparación antes de llegar a París. La idea de Sarmiento es que para llegar al corazón de Francia es necesario antes penetrar en su historia, y la necesidad de empaparse de un cúmulo de paisajes cargados de esa historicidad nos muestra cómo nuestro viajero adopta esta actitud ambivalente frente a Europa: desea sentirse como el hijo perdido, pero su mirada no deja de delatar que su posición sigue siendo la de un foráneo que intenta apropiarse de la historia y cultura de una nación civilizada y demostrar esa apropiación a sus lectores y pares letrados en Chile y Argentina.

Al llegar a Rouen, Sarmiento va a visitar la Catedral de Saint-Ouen para poder ver de cerca –por fin– la arquitectura gótica. Nuestro viajero intenta describir lo prodigioso de este edificio, sin atinar a encontrar palabras que se ajusten a lo que ve, intenta diversas comparaciones –el caleidoscopio, los penitentes de los Andes– que puedan dar una idea al lector de Sudamérica de los rosetones y de la grandiosa cantidad de torres y pináculos diversos que se elevan desde el edificio. Pareciera que le faltan las palabras para detallar un conjunto de maravillas nunca vistas, especialmente cuando describe las criaturas grotescas talladas en la piedra, para las cuales no tiene nombre. De algún modo Sarmiento repite el gesto de Colón cuando éste último intentó describir el nuevo mundo pues ¿cómo dar una imagen exacta de algo nunca visto para los ojos de un sudamericano?:

He recorrido la ciudad i alrededores, escalado las torres de Saint-Ouen i de la Catedral, tocando con mis manos esta piedra tallada, calada, vaporizada como piezas chinescas de ajedrez, para convencerme de que tantas maravillas son obras humanas. Seria en vano que tratase de darle detalles de una arquitectura que ella toda se compone de detalles, bien que allá, donde este jénero no alcanzó, interesarían mas que otros que prodigo sin temor de cansar (...) Lea un libro, alguna descripción de esta clase de combinaciones; tome Ud. el

caleidoscopio, i hallará allí uno de estos rosetones que decoran las fachadas de las antiguas catedrales (...) Suba Ud. a los Andes, i aquellos numerosos penitentes que forma en la nieve la desigual accion del viento, no le darán idea de esta muchedumbre de pináculos, agujas, i torrecillas que decoran, erizan, los edificios desde su base; cada uno de ellos con remate diverso, cada uno en Saint-Ouen rematado en una estatueta de fraile, en todas las aptitudes imaginables. Si quiere darse idea de la forma de las goteras, que en ángulo obtuso contrastan con los pináculos, cierre los ojos i cree monstruos de todas las formas, perros, serpientes, monos, zapos, lagartos, frailes que se roban mujeres, mujeres que vomitan demonios, demonios que se llevan almas, sátiros peleando o que hacen cosas peores, abortos de la imaginacion, cosas sin nombre, pero todos con formas caprichosas, absurdas, fantásticas, imposibles (Viajes: 93).

La visión de la catedral despierta en nuestro viajero una serie de reflexiones sobre la Edad Media francesa. Le llama la atención cómo los historiadores y literatos franceses se han volcado recientemente al estudio de aquel periodo histórico largo tiempo despreciado y olvidado. Sarmiento ve en la historia cultural de Francia una línea de desarrollo que retoma las enseñanzas de los clásicos griegos y las lleva a su apogeo durante el siglo XVIII. Es el desarrollo del racionalismo, del movimiento de las luces que impulsa el progreso de las sociedades y que nuestro viajero relaciona directamente con la revolución francesa, la abolición del feudalismo y de los privilegios nobiliarios; para fundar un sistema de gobierno basado en la razón. Es claro cómo nuestro autor cree que las ideas y el desarrollo cultural son las fuerzas motrices que animan la evolución histórica:

Nacion moderna alguna habia penetrado mas hondamente en el espíritu de la Grecia i de Roma. A Esquiles, Sófocles i Eurípides se siguen inmediatamente Corneille, Racine, Voltaire; a Esopo i Fedro, Lafontaine; a Terencio, Molière; a Horacio i Quintiliano, Boileau i La Harpe; a la república romana, la república francesa de 1793, que plajaba hasta los nombres, llamándose Arístides, Brutus, Gracos, los Saint-Just, los Collot d'Herbois i los Danton. (...) Siguiendo esta ancha huella, la Francia habia, ademas, desarrollado en el siglo XVIII, la lójica del espíritu humano, deprimiendo todas las otras cualidades, Rousseau, Montesquieu, Diderot, aquellos grandes retóricos enseñaron a creer que no habia otro Dios sino Dios, i la razon, la lójica que era su profeta; i el mundo entero puso mano a la construccion de la torre de Babel que debia salvar al jénero humano de la arbitrariedad en gobierno, de la supersticion en relijion. La obra se levantó en efecto, hasta 1793, en que sobreviniendo la confusion de las lenguas, la guillotina funcionó en nombre de la humanidad, en nombre de la libertad el terror (Viajes: 94-95).

Este movimiento del progreso, impulsado por el desarrollo y triunfo del racionalismo, se ve interrumpido por el terror de la guillotina con Robespierre, el imperialismo de Napoleón y finalmente la restauración de la monarquía, que para Sarmiento es una restauración del pasado, es decir, del feudalismo. Así como en la cultura ha habido una revalorización de la Edad Media, en política se ha restaurado una forma de gobierno retrógrada. Nuestro viajero ve en la filosofía ecléctica una representante ideal en el campo de las ideas de esta monarquía parlamentaria y de Luis Felipe, el rey ciudadano:

La filosofía se vuelve ecléctica como el gobierno, escéptica de otro modo que en el siglo XVIII. Entónces no creía sino en lo que era lójico, demostrable; ahora no cree en la razon; todo hasta el absurdo puede ser bueno, segun la época i el lugar. No hai principios, no hai leyes que guien los destinos de las naciones. Los pueblos que jimen bajo el despotismo están bien, los que han logrado asegurarse algunas libertades, están mucho mejor. Luis Felipe entre tanto, sostiene para su coletto que la obra de los Borbones no era mala en sí, sino que no supieron hacerla; el sacarle la espina al leon, requiere mas maña que fuerza; i he aquí a la Francia en plena restauracion. Porque nadie se ha engañado sobre el alcance de esta palabra. Se restaura el mundo destruido; restaurador se llama don Juan Manuel Rosas, restauradores son todos los astutos que ocultan su obra (Viajes: 96).

De este modo, Sarmiento ve en la restauración de la monarquía francesa un paralelo con la situación de Rosas en Argentina. Ambos hechos históricos están significados como un retroceso en el devenir del progreso y como una restauración de los valores del pasado, que debiesen haber sido superados. Nuestro viajero afirma que le interesa ir a París no sólo para solazarse en la cultura francesa, sino también para observar de cerca esa restauración, que le parece negativa y peligrosa como ejemplo para los estados sudamericanos:

Ver de cerca esta grande obra es lo que mas me arrastra a Paris; ahí está la piédra angular, el modelo de todos los bastardos edificios que se están levantando en América, Rosas restaurador; Oribe, presidente legal; Santa Cruz, protector; Flores parodia del Libertador. ¡Ai de la república en América si las ideas en Francia no se echan en otro molde! (Viajes: 96).

Esta declaración y la reflexión histórica de Sarmiento, que teje un paralelo entre la restauración monárquica y la dictadura de Rosas como eventos que interrumpen el desarrollo paulatino del reinado de la razón en las sociedades, parece completar el significado total de la carta de Rouen. La Francia de sus sueños es una Francia en peligro y que amenaza con su sombra a América que, con sus dictaduras, parece hacer eco de la situación francesa en una versión más bárbara, menos culta y más sanguinaria. La mención de Fourier al principio de la misiva adquiere un sentido de fondo: existe una contradicción profunda entre los ideales de libertad y razón que Francia, como potencia cultural, ayudó a engendrar y cuyo eco se propagó por América Latina con las guerras de independencia; y la situación política que con el retorno de la monarquía se ha vuelto retrógrada. La contextualización histórica que Sarmiento va haciendo ante los castillos y ruinas que ve en su camino de Le Havre a Rouen parecen cumplir la función de poner en perspectiva la realidad francesa en relación a su historia, que puede ser traducida como el desarrollo de la civilización desde la Edad Media al siglo XIX. Para Sarmiento, el proceso de comprensión de la realidad pasa necesariamente por esta contextualización histórica, que adquiere orden y linealidad a través de los conceptos de civilización y progreso como fuerzas motrices y la consiguiente lucha de estas fuerzas con la barbarie, que se expresa aquí como fuerza retrógrada, como restauración de un pasado medieval. Pero nuestro viajero no teme tanto por Francia, pues su cultura parece destinada a salvarla:

Hemos leído, Ud. i yo, la Revista Enciclopedia sofocada en su oríjen; la Enciclopédica Nueva, la Historia de los Diez años, el Timon i han quedado entre los instrumentos que sirvieron para zapar la obra borbónica, las canciones de Beranger, los panfletos de P. L. Courier, cuyos filos, aunque tomados de orin, no están embotados. Acaba de darse una batalla al jesuitismo, i en despecho de

Montalembert i de los hijos de los cruzados i de la Vendée, ha sido derrotado i espulsado. Una vieja piedra ménos. La lójica no lo ha perdido todo; le quedan los libros i la educacion, i Ud. recordará el capítulo de Victor Hugo titulado: esto ha de matar a aquello (Viajes: 96).

El espíritu del siglo XVIII, asentado ya en el acervo cultural francés a través de los libros y la educación, parece proteger a Francia de la barbarie, cosa que no ocurre en Sudamérica, que es para Sarmiento la tierra de la falta de educación, de la falta del libro, de la ausencia de un legado cultural ilustrado fuertemente arraigado en el pueblo y los letrados. Sudamérica hace eco del movimiento retrógrado en Francia, pero ese eco es uno deforme, más bárbaro y más peligroso porque se echa a rodar en una tierra donde la cultura ilustrada no tiene fuerza ni puede hacer de contrapeso. Por eso Sarmiento va a París a observar la lucha particular que da la civilización allí y que se traduce en las fuerzas retrógradas de la restauración y las fuerzas progresistas de la Francia cultural.

La segunda misiva sobre Francia, la carta desde París, se abre con un Sarmiento absolutamente extasiado frente a la ciudad de las luces. Notamos su entusiasmo exultante y parece que el autor no se recupera aún de la miriada de estímulos que lo rodean. La Francia cultural ejercerá su fascinación sobre Sarmiento, este “París encantado” (Viajes: 99) lo deja embobado. No tiene empacho en admitir que “anda lelo” por las calles de la ciudad y como si fuera uno más entre los parisinos exclama “Je flâne” (Viajes: 100). Inmerso en esta urbe, confiesa que ha gozado como un niño: “Por la primera vez de mi vida he gozado de aquella dicha inefable, de que solo se ven muestras en la radiante y franca fisonomía de los niños” (Viajes: 100). Es la ciudad única, donde como en un almacén el argentino puede encontrar todas las manifestaciones culturales en sus expresiones más altas: sea en arte, literatura, historia, arquitectura; París puede ofrecer a quien lo visita la experiencia más moderna en cualquiera de las ramas de la cultura. La impresión es tan inmensa que Sarmiento no tiene palabras para describirla:

Acaso, no acierto a darle a Ud. una idea de Paris tal que pueda presentárselo al espíritu, tocarlo, sentirlo bullir, hormiguar. Haria si lo intentara mui huecas frases, llenaría pájinas de descripcion insípida, i Ud. no estaria mas avanzado por eso. Paris es un pandemonium, un camaleón, un prisma (Viajes: 101-102).

En esta carta Sarmiento cae en una especie de frenesí descriptivo que Mary Louise Pratt compara, no sin acierto, con el discurso acumulativo que usa Humboldt para describir la exuberante naturaleza americana, pletórica de posibilidades, tal como nuestro argentino percibe París (Pratt, 1997: 333). Sin embargo, diferimos cuando afirma que el discurso sarmientino se diferencia del metropolitano por no poseer la dimensión de la adquisición, es decir, la voluntad de apropiarse del territorio visitado, sea desde el punto de vista comercial o científico. Pratt afirma que Sarmiento se asimila a la figura del *flâneur* y que como tal se vuelve una “figura alienada, el *flâneur* no tiene capital, no acumula nada. No compra; colecciona muestras, clasifica o fantasea transformando lo que ve” (Pratt, 1997: 334). Esto es acertado cuando se habla del *flâneur*, pero Sarmiento, por mucho que afirme que anda “flaneando” por París, dista bastante de la figura descrita por Walter Benjamin. Aunque su discurso frente a la realidad parisina pueda tener algo de transformador, Sarmiento no se identifica con la figura de un Baudelaire, no es un asocial ni un hombre de las multitudes¹⁰²,

¹⁰² La figura benjaminiana del *flâneur*, aunque difícil de definir como buena parte de los conceptos de Benjamin, posee ciertos rasgos distintivos que difícilmente encajan con la posición que toma Sarmiento en París. El *flâneur* se caracteriza por estar en el umbral de clase burguesa y de la ciudad moderna: “El «flâneur» está en el umbral tanto de la gran ciudad como de la clase burguesa. Ninguna de las dos le ha dominado” (Benjamin, 1980: 184). Sin embargo, esta posición de umbral es ella misma un producto del desarrollo

y su carta sobre París es completamente adquisitiva: la ciudad es vivida por el sanjuanino, pero también juzgada, clasificada, apropiada y superada. En este sentido, Viñas describe de manera elocuente la actitud de Sarmiento en París:

Se trata de un entusiasmo que llega a ser desmesura y violencia; de una peculiar avidez que se amasa con reminiscencias infantiles y ademanes románticos: ver tocar, comer, adquirir, ser el preferido, llegar primero, imponerse, ganar. Es una impaciencia que muestra a un Sarmiento apenas oscilante entre el hombre fáustico y Jehová y que llega a sentirse invulnerable (Viñas, 1974: 37).

Víctor Barrera Enderle ha criticado acertadamente la asociación que ve Pratt entre Sarmiento y el *flâneur*, pues ante todo nuestro viajero está en París para “traducir esa experiencia y hacerla productiva en un mundo premoderno, donde existe una terrible urgencia de pragmatismo y orden” (Barrera Enderle, 2005: 163). Sarmiento está “afuera” sólo por ser argentino y no francés, pero en sus esquemas mentales desea ser europeo y bajo el canon aprendido de Europa juzga esta realidad y busca apropiársela en beneficio de su propio discurso¹⁰³.

París es para Sarmiento una ciudad múltiple –un camaleón– en la que puede encontrar, como en un microcosmos, todas las manifestaciones artísticas, científicas, filosóficas y literarias más modernas. El sanjuanino le comenta a su amigo Aberastain lo que París ofrece para cada disciplina; para los científicos, los archivos y colecciones de los naturalistas: “¿Es Ud sabio? Entonces Paris tiene sus colecciones, sus archivos, su jénesis encerrado en el jardin de las plantas, desde el primer molusco que sin sentirlo él dejó ver el primer rudimento de vida” (*Viajes*: 102). Para los astrónomos, la última tecnología “¿Es Ud. astrónomo? Arago está montando un telescopio que acercará la luna a seis leguas de Paris” (*Viajes*: 102). Los que, como Sarmiento, estudian la historia de las sociedades y el origen de la civilización, encuentran en la ciudad de las luces las muestras más completas de los restos y tesoros de las culturas antiguas:

Si en lugar de antigüedades de la tierra busca Ud. las de las sociedades humanas, en este momento están poniéndose en orden los bajo-relieves i los fragmentos de palacios arrancados a Nínive que acaban de desenterrar en las llanuras del Tigris, mientras que otros se despestañan por leer las escrituras grabadas en los ladrillos de la torre de Babel, que se están trayendo para

capitalista y la urbe moderna, por eso también Benjamin se refiere al *flâneur* como al “observador del mercado. Su saber está cercano a la ciencia oculta de la coyuntura económica. Es el explorador del capitalismo enviado al reino del consumidor” (Benjamin, 2005: 431). Nada de esto puede ser atribuido al argentino que, ante todo, busca apropiarse de París a través de su intelecto y transformarlo en una pieza más de sus teorías sobre la civilización y la barbarie, que están dirigidas expresamente a la transformación y modernización de Argentina y Sudamérica en general. Quizás la fuerte carga sensorial de la carta de París puede atraer este tipo de confusiones, pues la experiencia de la ciudad moderna impacta gozosamente en los sentidos de nuestro viajero, pero difícilmente podemos decir que Sarmiento encarna esa figura del *flâneur* que indeciso y sin saber lo que busca, pasea por la urbe y transforma el espacio de sus calles alternativamente en paisaje y estancia. Ni mucho menos es Sarmiento un paseante que se refugia en las multitudes al modo en que lo describe Benjamin: “En *El hombre de la multitud*, Poe fijó para siempre el caso del *flâneur*, que se separa por completo del tipo de paseante filosófico y adquiere los rasgos del hombre lobo que merodea inquieto entre la selva social” (Benjamin, 2005: 423). Sarmiento sigue encarnando la figura del paseante filosófico y si le cupiera un rol en el mencionado cuento de Poe no sería el del hombre de la multitud, sino de aquel que lo sigue para comprenderlo.

¹⁰³ No está de más agregar que también Sarmiento aprovecha su estadía en París para comprar todo tipo de mercancías, hecho documentado en su “Diario de Gastos”: vinos finos, trajes y (hecho curioso) una enorme cantidad de guantes. Para un análisis del “Diario de Gastos”, véase el artículo de Paul Verdevoye “La estadía de Domingo Faustino Sarmiento en Francia a la luz del «Diario de gastos»” (Verdevoye, 2002c).

colocarlos al lado de los sarcófagos egipcios, de los cartuchos, que muestran por fechas, y por cifras duras, de granito, que no se doblan a interpretación humana, que hay veinte siglos más que añadir a la historia de la civilización del hombre (Viajes: 102).

El sanjuanino no repara en el gesto imperialista de los franceses que recogen y coleccionan los vestigios de antiguas sociedades pertenecientes a regiones de la periferia, más bien le maravilla la fuerza centrípeta que atrae a París esta multiplicidad de objetos reunidos en una ciudad que para Sarmiento es el verdadero centro de la cultura occidental y que por ello parece tener derecho a reclamar para sí estos vestigios, por encarnar justamente la culminación de dicha cultura. París pone a disposición de los sabios un catálogo de materiales orientados a la producción de un saber metropolitano, en un afán similar al que Sarmiento observara en el Jardín Botánico de Río de Janeiro, dando orden y jerarquía a un conjunto de informaciones antes dispersas y que, para el sanjuanino, adquieren real sentido y valor al ser administradas por esa máquina productora de saber que nuestro sanjuanino ve en la nación gala.

En materia de literatura le impresiona la profusión de escritores y de publicaciones; revistas y folletines donde escriben las más grandes plumas de su época y que mantienen a los hombres y mujeres de París sumidos en un sinfín de emociones y diversiones:

¿Es Ud. literato? Entonces consagre un año a leer lo que publican cada día esa turba de romancistas, poetas, dramaturgos, que tienen en agitación los espíritus, que hacen de París una sociedad pueril, oyendo con la boca abierta a esa multitud de contadores de cuentos para entretener a los niños, Dumas, Balzac, Sue, Scribe, Soulié, Paul Feval, que os hacen llorar y reír, que inventan mundos y pasiones extrañas, absurdas, imposibles para entretener a este pueblo fatigado sin hartarse de sentir emociones, de hacerse pinchar los nervios con descripciones atroces, terribles, irritantes (Viajes: 102).

Y completando aquel variado microcosmos cultural, Sarmiento remata su enumeración de disciplinas con las teorías y sistemas políticos, que de tan múltiples y variados se han vuelto un laberinto que recorre desde el pensamiento más moderado y conservador, al socialismo más francamente revolucionario; un abanico confuso en que nadie parece saber ya hacia dónde va la historia:

¿Gústale los sistemas políticos? ¡Oh! no entre Ud. en ese dédalo de teorías, de principios y de cuestiones. Una cosa hay extraña, en despecho de la aparente calma de esta ciudad enferma de fiebre cerebral. Diría Ud. que el mundo político está para acabarse; todos los signos son de un cataclismo universal (...) El socialismo cunde, y las novelas de Sue y los dramas lo predicán, lo esponen en perspectiva. La-Mennais continúa alejándose de su punto de partida, y en medio de la jendarmería de las ideas dominantes, oficiales, moderadas, ve Ud. moverse figuras nuevas, desconocidas, pensamientos que tienen el aspecto de bandidos, escapados al baño, al presidio en que los han confundido con los criminales de hecho, ellos que no son más que revolucionarios. Una fisonomía del pensamiento francés ha desaparecido, no obstante ser ella la que pretendía amalgamar esta variedad de opiniones y de creencias contradictorias, el eclecticismo, que había hecho un mosaico de los sistemas, engañándose con la armonía del conjunto. Ha muerto de muerte natural, como todas las cosas caducas que no están fundadas en la verdad (Viajes: 103).

En este clima de confusión Sarmiento presente, no obstante, que está en posesión del hilo capaz de guiarlo por el complicado laberinto de teorías, y cree que va ganando lugar en él algo que pronto ha de transformarse en una sólida convicción. Son palabras dignas de recordar al leer el prólogo de *Viajes*, donde esa convicción cuya formación aparece aquí anunciada ha decantado ya de manera definitiva:

Cuánto estudio i cuánta penetracion necesita el viajero para entender a Paris por este lado. Yo desespero, i sin embargo, empiezo a tener barruntos, a sentir que la lógica late en mi espíritu; me parece que veo de cuando en cuando señales, columnas miliarias, linderos que muestran el camino que ha de seguirse en este laberinto. Déjeme tiempo, i yo he de sentir alguna vez que la convicción viene formándose, fortificándose, endureciéndose, como aquellas rocas que se ve que han sido al principio capas de arena movediza acumuladas por las aguas i removidas por los vientos (Viajes: 103).

Pese a la fascinación que experimenta Sarmiento al toparse con semejante caleidoscopio de manifestaciones artísticas, científicas y filosóficas; le llama la atención cierta superficialidad del parisino frente a las cuestiones políticas, especialmente cuando éstas se refieren a asuntos del exterior. Le apena hallar un folletín de León Gozlan que cuenta acerca de un establecimiento consagrado a brindar descanso reparador a los parisinos, donde se utiliza como método inductor de sueño la lectura de la noticia más soporífera que se pueda encontrar en los periódicos y que –para triste sorpresa de nuestro viajero- no es otra que la crónica de la situación del Río de la Plata (*Viajes*: 104-105). Al observar al *flâneur*, que pasea ociosamente por la ciudad sin un objetivo fijo, se asombra por lo que le parece una actividad en extremo superflua, que se contradice con ese ideal que Sarmiento tenía del pueblo francés, que imaginaba ilustrado y amante de la lucha por la libertad y la igualdad política. No reconoce aquí al pueblo de las revoluciones:

Por otra parte, es cosa tan santa i respetable en Paris el flâneur, es una funcion tan privilegiada que nadie osa interrumpir a otro. El flâneur, tiene derecho de meter sus narices por todas partes. El propietario lo conoce en su mirar medio estúpido, en su sonrisa en la que se burla de él, i disculpa su propia temeridad al mismo tiempo. Si Ud. se para delante de una grieta de la muralla i la mira con atencion, no falta un aficionado que se detiene a ver que está Ud. mirando; sobreviene un tercero, i si hai ocho reunidos, todos los presentes se detienen, hai obstruccion en la calle, atropamiento. ¿Este es, en efecto, el pueblo que ha hecho las revoluciones de 1789 i 1830? ¡Imposible! I sin embargo, ello es real; hago todas las tardes sucesivamente dos, tres grupos para asegurarme de que esto es constante, invariable, característico, maquinal en el parisiense (Viajes: 100).

A medida que Sarmiento se apropia y se siente a gusto en el medio cultural parisiense, la faz política de Francia se le va haciendo patente con rasgos no muy gratos. Preocupado por mejorar la situación argentina a través de una intervención francesa, el sanjuanino se reúne con varias figuras políticas relevantes. En una entrevista con M. Dessage, jefe del departamento político y brazo derecho de Guizot, le ocurre una cosa curiosa: intenta explicar la situación del Río de La Plata y la tiranía de Rosas, pero el francés nunca logra entender el problema en su especificidad, y va reduciendo toda la situación a categorías políticas francesas:

Quiero yo establecer los verdaderos principios de la cuestion. Hai dos partidos, los hombres civilizados i las masas semibárbaras. –El partido moderado, me corrije el jefe del departamento político, esto es, el partido moderado que apoya a Luis Felipe, el mismo que apoya a Rosas. –No señor, son campesinos que llamamos gauchos. –Ah! los propietarios, la petite propriété, la bourgeoisie. –Los hombres que aman las instituciones... La oposicion, me rectifico el ojo y el oido de M. Guizot, la oposicion francesa i la oposicion a Rosas compuesta de esos que pretenden instituciones... Me esfuerzo en hacer comprender algo; pero imposible! es griego para él todo lo que le hablo. Hai un partido tomado (Viajes: 106).

La situación no deja de ser graciosa, pues no sólo queda en evidencia el prejuicio francés incapaz de aproximarse sin anteojeras a una realidad distinta; sino que además el procedimiento de M. Dessage es una caricatura del método comparativo del propio Sarmiento como modelo de conocimiento, que va reduciendo la especificidad de la realidad argentina a categorías inteligibles para los europeos. Nuestro viajero se va convenciendo de que a estos políticos franceses no les preocupa demasiado la situación argentina y que son incapaces de comprender nada que no se asemeje a su propia realidad. Mejor suerte tuvo el sanjuanino con Thiers, el rival político de Guizot, con quien Sarmiento se dará el lujo de sentirse reconocido por un alto personaje de la cultura parisina:

Al principio me aventuré con timidez (...) i luego esponer ideas a M. Thiers, es una tarea que se la doi, no digo a un americano, al mas pintado, a un escritor europeo. Pero habia tanta induljencia en su semblante, me detenia medroso, i él me decia: continúe Ud. El cuarto de hora pasó i quise levantarme. -No, todavía no, me interesa, siga Ud.- I al fin de tantos sufrimientos tuve la dicha, tan cara para los hombres que comienzan i no tienen prestigio, de verse animados, aprobados, aplaudidos por una de las primeras inteligencias de la tierra (Viajes: 109).

La anécdota del encuentro con Thiers reproduce uno de los tópicos favoritos de la escritura sarmientina: nuestro autor nos muestra un episodio autobiográfico donde el protagonista se eleva desde la posición de un pobre desconocido, proveniente de una región inculta del mundo, a la condición de figura eminente y letrado connotado. Sarmiento se muestra a sí mismo tímido frente a una tarea que sobrepasa ya no las capacidades de un americano, sino de un europeo de la más alta inteligencia. Y, sin embargo, esta entrada medrosa no hace más que magnificar el triunfo del argentino al capturar la atención de su destacado interlocutor, que descubre en la exposición de nuestro viajero uno de los más valiosos análisis sobre la situación argentina. A Sarmiento le gusta presentarse a sí mismo como héroe de estos episodios de anagnórisis¹⁰⁴, donde su figura, en apariencia la de un humilde

¹⁰⁴ Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano realizan un excelente análisis de un episodio similar en *Recuerdos de Provincia*, que toma lugar durante la estadía de nuestro autor en Copiapó. Allí Sarmiento, vestido con indumentaria de trabajador minero, se inmiscuye en una tertulia, sorprendiendo a un culto extranjero que lo había tomado por un simple peón: "En el episodio, Sarmiento, por gusto extravagante hacia el disfraz y por comodidad, viste como un minero y un extraño a la tertulia lo toma efectivamente como tal. Cuando en el giro de la conversación Sarmiento revela una cultura y un lenguaje impropios de su condición (aparente), el extraño no puede salir de su asombro, hasta que alguno de los presentes le explica la razón de su engaño, esto es, la falta de acuerdo entre el traje de peón y la verdadera condición de quien lo lleva. Si se prescinde de rastrear la condición de la anécdota literaria con un hecho efectivamente vivido, puede en cambio juzgársela como una organización formal e ideológica de la experiencia. En tanto construcción, la anécdota entrecruza dos ejes: el del origen (¿quién es este joven que parece un minero y termina hablando como un sabio? ¿de dónde sale?

hombre común, es descubierta para revelar los rasgos de un hombre extraordinario, capaz de comprender como nadie los signos oscuros de los hechos históricos. Europeo por su cultura, sudamericano por su conocimiento vivencial de la situación argentina, Sarmiento se presenta a sí mismo como el intelectual que posee una perspectiva privilegiada para analizar el caso de su nación ante los políticos y letrados franceses:

la palabra me venia fácil i neta en frances, como en aquellas horas de interminable charla con mis amigos. Decia todo mi pensamiento, i vi un momento la América toda i su porvenir desarrollarse ante mis ojos, claras todas las cuestiones (...) Al despedirnos, Mr. Thiers dijo, sin duda no con otro objeto que el de prodigar una de esas amables palabras con que el frances hace feliz al que se le acerca: hé oido con placer a este señor. Su modo de ver la cuestion es nuevo, fecundo, me interesa; no me pesa el tiempo que le he consagrado; hablaremos mas despacio despues; necesito mas datos. Llévelo a la cámara pasado mañana que hago una reseña jeneral de la política del ministerio; hablaré tres horas; no diga Ud. nada; quiero caerles de improviso. Yo me retiré, como Ud. puede imaginarlo, satisfecho de mí mismo, radioso, inflado, i tiñendo de rosa mi porvenir de Paris (Viajes: 109-110).

Nuestro viajero, en este punto, siente que ha llegado para él el momento de consagración de su carrera como letrado ya no simplemente sudamericano, sino a un nivel igual al de cualquier sabio europeo. El episodio de anagnórisis se vuelve a repetir cuando nos relata

105 sus esfuerzos para hacer reseñar *Facundo* en *La Revue des Deux Mondes*. Sarmiento guardaba grandes esperanzas respecto a su libro, que pensaba podría abrirle las puertas de los círculos intelectuales europeos: “Al despedirme de mi buen amigo el señor Montt, le decia yo con aquella modestia que me caracteriza; la llave de dos puertas llevo para penetrar en Paris, la recomendacion oficial del gobierno de Chile i el *Facundo*; tengo fe en este libro” (Viajes: 120). Sin embargo, y pese a su “modestia”, el camino para obtener el reconocimiento de la publicación francesa estaba lleno de obstáculos, que como héroe de su propio relato nuestro autor debía vencer:

el español es una lengua desconocida en Paris, donde creen los sabios que solo se habló en tiempo de Lope de Vega o Calderon; despues ha dejenerado en dialecto inmanejable para la espresion de las ideas (...)¿Quién lee lo que ha escrito uno a quien juzgamos inferior a nosotros mismos? El autor tiene un santo horror al manuscrito ajeno (Viajes: 120).

El estigma de escribir en español, de ser un desconocido latinoamericano que es juzgado inferior entre los publicistas franceses, no hace más que magnificar el triunfo del argentino, cuyo manuscrito una vez que ha sido leído Mr. Buloz, director de la revista, recibe los más grandes elogios. Sarmiento nos dice que Buloz le “suplica” que escriba más artículos sobre la situación americana, nuestro autor ha recorrido el camino del encumbramiento y pasa del desprecio y las enojosas esperas en las oficinas de la revista, a la admiración y el reconocimiento del director de la publicación, que le dedica reverencias y lo considera ahora como su par, su igual:

¿pertenece realmente a ese rincón de la cocina donde se ha escondido y desde donde se proyecta a la luz por sus conocimientos?) y el mérito del saber, que es un mérito moral, adquirido por el esfuerzo, no heredado” (Altamirano y Sarlo, 1997: 139-140).

¹⁰⁵ La reseña, escrita por Charles Mazade, apareció en el número del 1 de octubre de 1846, con el título *De l'Americanisme et des Republiques du Sud. La Société argentine, Quiroga et Rosas. (Civilization et Barbarie, de M. Domingo Sarmiento)*; pp. 625-659.

¡Qué transformación! Mr. Buloz tiene dos ojos esta vez, el uno que mira dulce i respetuosamente, i el otro que no mira, pero que pestañea i agazaja, como perrito que menea la cola. Me habla con efusión, me introduce, me presenta a cuatro redactores que esperan para solemnizar la recepción. Soy yo el autor del manuscrito (una reverencia), el americano (una reverencia), el estadista, el historiador... Me saludan, me hacen reverencias. Se habla del libro; hai un redactor encargado del compte-rendu de los libros españoles, que quiere ver la obra entera para estudiar el asunto. Mr. Buloz me suplica humildemente que me encargue de la redacción de los artículos sobre América. La Revista ha faltado a su título de Ambos Mundos por falta de hombres competentes; podemos arreglarnos (Viajes: 121).

Luego de este episodio, Sarmiento se siente uno más entre los escritores europeos e iguala su historia de triunfos con los inicios de los grandes como Thiers o Michelet, que comenzaron como él y terminaron conquistando París: “Aquí principia aquella eterna historia de los autores que comienzan en Paris, i que lanzan su vuelo de una guardilla del quinto piso. De ahí salieron Thiers, Mignet, Michelet i tantos otros” (Viajes: 121). Y ahora que siente que ha recibido el reconocimiento que esperaba, cree que puede presentarse a otros escritores franceses. Sarmiento nos confiesa que deseaba conocer a las personalidades intelectuales de París sólo a condición de presentarse como autor, como un igual y no como un viajero curioso. Su deseo expresa hasta qué punto Sarmiento buscaba en Francia elevarse a esa largamente ambicionada condición de autor, de verse a sí mismo como uno más entre los franceses y como el más laureado de sus otros pares, los escritores latinoamericanos:

Pero aquel artículo me hace falta para presentarme ante los escritores. En Paris no hai otro título para el mundo intelijente, que ser autor, o rei. No he querido ser presentado a Michelet, Quinet, Luis Blanc, Lamartine, porque no quiero verlos como se ven los pájaros raros; quiero tener títulos para presentarme a ellos, sin que crean que satisfago una curiosidad de viajero (Viajes: 121).

De la mano de este éxito, Sarmiento se va desilusionando cada vez más del sistema político francés y a medida que se siente más seguro en su condición de autor, se va volviendo más crítico frente a la que en un principio llamaba la “Francia de sus sueños”. Denuncia la corrupción del cuerpo electoral, elegido “segun los que poseen i no segun los que saben” (Viajes: 114), y que es manejado por los moderados a través de dones y favores. Por eso cuando visita la cámara de los electores no se deja impresionar demasiado por los discursos y afirma: “Yo que estoi a la altura de Paris, cosa que experimentan otros ántes de llegar, no presto atención a todas estas habladurías; estoi iniciado en el secreto, sé lo que pocos saben” (Viajes: 111).

Frente a esta desilusión, Sarmiento se refugia en la Francia cultural, asiste al teatro y a la ópera, no se pierde los grandes bailes y visita el Hipódromo. Es lo que el argentino llama “los placeres públicos” de París (Viajes: 122), que ejercen a su entender una benéfica influencia sobre las costumbres de la nación. Sarmiento no cree que estos placeres sean corruptores del pueblo “no hai que decir que el lujo corrompe la enerjia moral” (Viajes: 123). Cree que los bailes públicos son beneficiosos, pues tienen un efecto igualador, donde las diferencias de clases se pierden y el bajo pueblo se favorece en el contacto con las clases altas, lo que produce un efecto homogeneizante que el autor halla sumamente positivo: “concluye por ennoblecer su espíritu, iniciarlo en la civilización i hacerle aspirar a una

condición mejor” (*Viajes*: 125). Lo mismo opina del Hipódromo, creyendo que en Argentina éste podría encauzar el gusto del gaucho por el caballo hacia formas más civilizadas:

Pero faltanos a nosotros arte, esto es, el arte antiguo, las posiciones nobles de la estatuaria, el estudio de las fuerzas i la gracia i jentileza de las clases cultas. Con nuestro poder de guasos sobre el caballo i el arte europeo, el hipódromo sería en América una diversión popular y una alta escuela de cultura (Viajes: 126).

Obviamente Sarmiento es ciego al hecho de que esta naciente industria de la cultura de masas es un fenómeno que trae consigo el desarrollo del capital. Por eso cuando se espanta de la miseria y las diferencias sociales que observa en Francia e Italia, y las condena tajantemente, no existe para él relación entre este fenómeno y el deslumbramiento de los placeres públicos.

Llegamos al final de la misiva de París con la impresión de que para Sarmiento se va abriendo una enorme brecha entre las formas culturales de la civilización y las políticas o sociales. ¿Dónde podemos encontrar la sociedad que avanza hacia el progreso de la civilización? ¿En qué signos la reconoceremos? Es evidente que la producción de la alta cultura ya no puede ser por sí sola señal del progreso civilizatorio, puesto que si París es el mejor ejemplo de la alta cultura mundial, en materia política, según Sarmiento, parece retroceder. Y si, adentrándonos en la lógica del pensamiento sarmientino, la historia sólo puede avanzar hacia adelante, hacia el progreso; la cultura no puede constituir ya un criterio para juzgar el grado de civilización. Sarmiento conquista París encumbrándose como autor y derriba el mito de la Francia de sus sueños.

2. Italia: pasado esplendor, presente degradado

Sarmiento dedica dos de sus misivas a la península itálica, la primera dirigida a su tío, el Obispo de Cuyo José Manuel Eufrazio Quiroga, con fecha 6 de abril de 1847; abarca las ciudades de Roma y Nápoles, así como su visita a las ruinas de Pompeya y la ascensión del Vesubio. La segunda carta, con fecha 6 de mayo del mismo año, y que recorre Florencia, Venecia y Milán; va dirigida al argentino Juan María Gutiérrez, que formaba parte de la Generación del '37 y que había visitado Italia acompañando a Juan Bautista Alberdi. Ambas cartas poseen un tono diferente, la primera es mucho más formal y respetuosa, pues su destinatario es una autoridad eclesiástica y por ello se extiende largamente en el comentario de asuntos religiosos que obviamente responden al interés de dicho lector; la segunda, de tono más íntimo y coloquial, se permite comentarios abiertamente críticos acerca de los funcionarios de la Iglesia. Sin embargo, ambas misivas comparten un gran tema común que se desarrolla a lo largo de todo el periplo, la reflexión sobre el arte italiano y sus raíces históricas, que se remontan a dos periodos de apogeo de la civilización en Italia: la Roma antigua y el Renacimiento. Es este el momento en los viajes de Sarmiento en que sus correrías se asemejan más a las de un turista, siguiendo el itinerario típico del *Grand Tour*: la estadía en Italia tiene como gran objetivo la visita a sus museos e iglesias y la inspección de sus magníficas obras de arte; las ruinas de la antigüedad atraen más la atención de Sarmiento que la organización política y social que, si bien siempre presente en las observaciones del sanjuanino, especialmente en el caso de sus reflexiones sobre el papado, poseen en estas cartas una importancia secundaria respecto de las misivas revisadas hasta ahora. La razón podemos intuirlo: Sarmiento no sentía que hubiese mucho

que aprender sobre esta materia en el suelo italiano¹⁰⁶ y en este sentido, la relación de su viaje por la península itálica se diferencia de la que hiciera Alberdi, cuyo interés principal era el estudio de las instituciones jurídicas de la región¹⁰⁷.

La primera carta sobre Italia, dirigida al Obispo de Cuyo, inicia con Sarmiento a bordo del buque “Lombardo” con intención de dirigirse a Roma, capital del cristianismo, respecto de la cual siente como su primer deber informar al obispo de su provincia natal, como si fuera un embajador argentino en las tierras papales. El ambiente indica ya que se ha entrado en una región donde la presencia de la Iglesia prima por doquier, Sarmiento aparece rodeado de sacerdotes venidos de todas partes del globo y nuestro viajero, uno más entre ellos, se ve a sí mismo como un emisario de los estados sudamericanos:

De cualquier punto que el viajero se dirija a Roma, siente desde luego que transita por los caminos de la iglesia, i en las dilijencias, i en los vapores, halla por compañeros de viaje sacerdotes que de luengas tierras vienen buscando la fuente de los dones espirituales. Un obispo de la India occidental, un misionero de la Oceanía, un cura de las remotas plantaciones norteamericanas, i algunos abates franceses, han sido por algunos días mis amigables comensales; pues la intimidad, momentánea al ménos, se establece con facilidad entre hombres que gozan o sufren juntos. Así empezaba con anticipacion a prepararme para visitar a Roma con el mismo espíritu que preside a sus destinos (Viajes: 203).

El sanjuanino nos relata la anécdota sobre una discusión sostenida entre sus compañeros de viaje, donde uno de ellos, un francés cristiano pero laico, criticaba un cierto trabajo teológico recién publicado por la escasa atención que brindaba a fenómenos como los sortilegios, las brujas y los endemoniados. Los sacerdotes presentes discuten con el francés por lo que consideran creencias medievales y poco científicas:

Todos estábamos maravillados de oirlo, deplorando para mí, ciencia i estudios tan mal empleados. En el caso de la endemoniada, me decía quedo el abate, yo habria consultado un médico con preferencia a un libro de teología. A este orijinal, añadía yo, le ha sucedido lo que le aconteció a don Quijote, que a fuerza de leer libros de caballería perdió el seso en punto a encantamientos i paladines errantes, conservándolo ileso en lo demás (Viajes: 204).

El relato de esta anécdota no es casual, pues uno de los temas centrales de esta carta es la necesidad de modernización de una Iglesia que debe hacer frente a la creciente ola liberal

¹⁰⁶ Así lo comenta también Vanni Blengino: “Sarmiento, por su parte, sólo desea medirse con los modelos políticos e institucionales más evolucionados del mundo occidental. El centro de su interés político por Italia lo constituye el papado, por cuanto Roma representa el resto de la cristiandad. Por lo demás, la principal fascinación de ese país reside para él en su pasado. Italia representa la vitrina más brillante de la historia y el arte europeos” (Blengino, 1997: 816).

¹⁰⁷ Alberdi declara al comienzo de su diario de viajes los motivos que animan su periplo: “¿Qué razón he tenido, se me preguntará quizás, para visitar los *Estados Sardos*, con preferencia a la deliciosa *Nápoles*, la poética *Toscana* la sublime y desmantelada *Roma*, y la misteriosa *Venecia*? Poco me costará dar satisfacción a esta curiosidad natural. Si yo hubiera ido a Italia en busca de placeres, me habría dirigido indudablemente a *Nápoles* o a *Venecia*. La admiración por el pasado esplendor de *Roma*, y sus soberbias actuales ruinas, me habría encaminado a la capital de los Estados papales. Pero yo era atraído en este viaje, por la curiosidad de conocer la Italia que más roce y comercio tiene con la América Meridional; y el estado actual de la jurisprudencia, en el país nativo, por decirlo así, del derecho civil por excelencia. Tampoco era el lado científico y dogmático del derecho, el que escitaba mi curiosidad; pues en este caso me habría dirigido a *Florenia* y *Pisa*; sino el derecho en acción, puesto en juego y constituido en código. Bajo este aspecto, a nadie se oculta que los *Estados Sardos* llevan una desmedida ventaja a los otros estados de la Italia moderna y contemporánea” (Alberdi, 1845: 8).

en el pensamiento y en la política al interior de Europa y América Latina. Sarmiento visitó Roma cuando la ciudad estrenaba nuevo Papa: Giovanni María Mastai Ferretti, conocido como Pío IX, cuya elección representaba para muchos la esperanza de una creciente liberalización de la Iglesia. De modo que la anécdota descrita por el sanjuanino al inicio muestra ciertos rasgos que pintan un modelo de lo que deben ser los sacerdotes en tiempos de civilización: ilustrados y abiertos a los avances de la ciencia, en oposición al modelo del sacerdote oscurantista y censor típico de la Inquisición y que Sarmiento relaciona en su imaginario con España y con la postura reacia al progreso que buena parte de las órdenes clericales y los sacerdotes tuvieron en la América colonial.

Cuando nuestro viajero desembarca en Civitavecchia para tomar una diligencia a Roma, su primera impresión del suelo italiano no es muy favorable. Le parece que Italia es un país asolado por el bandidaje y los mendigos que por doquier piden al transeúnte una limosna. Durante esta época efectivamente Italia tenía fama de ser país de bandoleros y limosneros, y entre los viajeros europeos era comentario obligado la holgazanería del pueblo italiano que vivía del *dolce far niente*, lo que llamaba mucho la atención a los visitantes protestantes, que tenían la impresión de que los italianos pasaban sus días tumbados al sol¹⁰⁸. Sarmiento se une a este coro reprobatorio:

Los bandidos son una planta natural del suelo montañoso de la Italia, la cual despliega las dimensiones colosales del héroe o del guerrero, cuando la energía, romana o samnita reaparece en algunas organizaciones escogidas (...) Pero lo que mas llama la atención del viajero en Civitavechia, son las maravillosas invenciones de los moradores para apoderarse del dinero de los transeúntes, mercadería abundantísima al aproximarse la cuaresma: un paulo (moneda romana) por el desembarco de la persona i otro por cada objeto de bagaje; otro tanto por llevar este a la aduana; un paulo por moverlos, otro por emplomarlos; un paulo por mirarlos; un paulo por dejarlos quietos; un paulo por sacarlos a la puerta; un paulo por subirlos a la diligencia; i si el viajero quiere dar cualche cosa, al faquin, al cochero, al mendigo, al empleado, a las mujeres, a los muchachos, i a los edificios si pudieran tender la mano...! (Viajes: 205-206).

Esta impresión de una sociedad degradada se acrecienta en el camino a Roma, cuando Sarmiento observa el paisaje natural y lo halla triste, despoblado, desértico y salvaje; todos atributos que traen a su imaginación la pampa argentina. Como si necesariamente a esa sociedad degradada y holgazana tuviera que corresponder un paisaje acorde, Sarmiento no puede evitar la asociación de imágenes, la pampa se le aparece en su mente cada vez que se topa con la faz de la barbarie. Si los gauchos son hombres de a caballo, modelados por el desierto y asimilados a la vida salvaje de sus vecinos indios; los pastores italianos, con sus piernas forradas en cuero de cabra, le parecen una suerte de sátiros, también asemejados a un entorno natural que no son capaces de dominar y que termina por modelarlos a su imagen:

En su tránsito la vista no encuentra por largo tiempo objeto alguno digno de fijar la atención; el desierto por todas partes, la tierra triste i despoblada, sin árboles, i cenagosa donde no se alzan colinas, sin las cuales el americano se

¹⁰⁸ Peter Burke, quien hizo un análisis sobre los viajeros ingleses en Italia durante el siglo XVII, comenta a este respecto: "Las descripciones de Italia escritas por viajeros ingleses, franceses y alemanes durante los siglos XVII, XVIII y XIX ofrecen una versión europea del mito del nativo holgazán en sus frecuentes alusiones a los *lazzaroni* de Nápoles, hombres sanos tumbados al sol sin hacer nada, pues el *dolce far niente* era un ingrediente imprescindible de la *dolce vita* italiana, tal y como se veía desde el norte" (Burke, 2000: 130).

creería en la pampa, por la multitud de ganado salvaje que pace en aquellos eriales. De tarde en tarde se deja ver algún pastor rudo, vestidas las piernas de cueros de cabra, trayendo a la memoria la imájen de los fabulosos sátiros a quienes sirvieron probablemente de tipo sus antepasados. El sol se oculta tras las vecinas montañas, i la noche desciende bien pronto para añadir sus tristezas a la monotonía del paisaje (Viajes: 206).

Al llegar a Roma Sarmiento vuelve a encontrarse con una multitud de mendigos que estiran la mano para pedir una moneda y nuestro viajero se lamenta por el contraste entre un pasado de esplendor cultural y la ruina actual de un pueblo haragán y francamente empobrecido: “Allí nos aguardaba todavía una segunda edición de las indignas estorsiones de Civitavecchia, con la adición del centinela que estendía la mano para pedir *qualche cosa*. ¡Oh! descendientes del pueblo rei, ¡cuán indignos os mostráis de vuestros antepasados!” (Viajes: 207). Sin embargo, la mala impresión se borra por un momento cuando el sanjuanino se encuentra frente a los edificios y estatuas de la antigua Roma. De pronto se produce la sensación de que su estadía en Italia posee la dimensión de un viaje al pasado glorioso de los tiempos de la República y el Imperio Romano, ve desfilar ante sí a los grandes personajes de una historia tantas veces leída e imaginada desde la lejanía de su natal San Juan; Constantino, Julio César, Castor y Pólux; se le aparecen como presencias vivas de una Roma eterna:

¡Tantos sufrimientos debían tener su recompensa! Al abrir la puerta mis miradas caen sobre la subida al Capitolio, a cuyo pié había venido sin saberlo a alojarme. Dos leones recumbentes de granito i escultura egiptia terminan las balaustradas del ascenso. Mas arriba se alzan las estatuas de Castor i Polux sujetando caballos colosales; a los costados los trofeos de Mario i la estatua de Constante i Constancio, hijos de Constantino; en el centro de la plaza la ecuestre de Antonino Pio en bronce dorado; i al frente opuesto los rios Nilo i Tiber que acompañan una estatua de Minerva sentada sobre una fuente. Todos estos objetos del arte i el culto antiguo presentándose tan de improviso a mis miradas, me hacían olvidar los siglos i las visicitudes que de aquellos tiempos nos separan; i por entónces hallábame en espíritu en la Roma patria de los grandes varones que ilustraron los tiempos gloriosos de la República; estaba parado sobre el monte Capitolio, i no léjos del lugar donde Cina, Casio i Bruto mataron a Cesar (Viajes: 207).

Sarmiento realiza aquí una larga descripción de los edificios, monumentos, ruinas y estatuas que puede admirar durante su recorrido por los vestigios de esta Roma antigua, que despiertan en él todo tipo de emociones sublimes al poder ver y tocar por fin la piedra que ha sido testigo de una historia tan cara a su imaginación. Sin embargo, parece que dicha emoción lo turba y lo vuelve apresurado en sus observaciones. El sanjuanino no hace una descripción del todo precisa, confunde los personajes de las estatuas con otros y altera los nombres de templos y columnas¹⁰⁹. Tal inexactitud no deja de ser un dato curioso pues nos muestra que, en cierta medida, para Sarmiento esta experiencia no se relaciona tanto

¹⁰⁹ Blengino nos detalla la multitud de errores contenidos en el relato del sanjuanino: “Se extasía contemplando las columnas, los arcos, las ruinas seculares de la República y el Imperio. Pero no siempre sus palabras están a la altura de su entusiasmo; sus descripciones de monumentos carecen en muchos casos de rigor histórico. Confunde la estatua de Marco Aurelio con la de Antonino Pío, las tres columnas del templo de Vespasiano con las de Júpiter Tonante y las nueve columnas del Templo de Saturno con las del Templo de la Fortuna. Descubre ruinas donde no las hay, cambia de lugar el arco de Séptimo Severo y expulsa a Juno de un templo adjudicándoselo a Júpiter” (Blengino, 1997: 819).

con una acumulación de saber preciso, de absorción de información, sino con una vivencia cuya intención es justamente experimentar ese pasado, sentirlo en carne viva como una impresión que lo lleve imaginariamente a tiempos remotos, a la cuna de la civilización. La dimensión emotiva e imaginaria es mucho más importante que la utilitaria en este punto, la finalidad no es producir conocimiento al modo de un catálogo de las ruinas romanas, sino más bien una experiencia de contacto con una época de esplendor cultural que permita a Sarmiento apropiarse de Italia en aquello que tiene de más prestigioso. Y las emociones que produce dicha experiencia generan un efecto de contraste con la realidad del presente, donde conviven, como en un “oxímoron social” (Blengino, 1997: 821) las más grandes manifestaciones de la civilización con la barbarie actual de un pueblo hecho mendigo:

Después de esta escursión a la antigua Roma, que examinada despacio i con el auxilio de la Guía, pierde el encanto que con la primera impresión la imaginación le presta, volví los pasos hácia la ciudad actual que se presenta, no sé por qué, desapacible i triste, en despecho de las trescientas sesenta iglesias i basílicas que la decoran, en despecho de sus suntuosos palacios, cuya arquitectura grandiosa i clásica está mostrando el teatro de la primitiva resurrección de las bellas artes. Tres mil años de gloria i miserias agobian demasiado ya los hombros de esta ciudad (...) El pueblo, tan dramático de ordinario, permanece mudo e inactivo aquí, i si despliega los labios, es solo para pedir limosna, recitando con voz dolorida plegarias a la madona (Viajes: 209).

Sin embargo, la tristeza del estado actual del pueblo romano desaparece momentáneamente cuando el sanjuanino nos describe las fiestas del carnaval. En esta ocasión los habitantes de la ciudad parecen mostrar su mejor cara, embelleciendo calles y viviendas con miles de flores y banderolas multicolores, haciendo gala de una multitud de disfraces que recuerdan distintas regiones y épocas. A los ojos de Sarmiento, el carnaval produce una suspensión del estado penoso y mísero de la ciudad, desaparece la pobreza y las diferencias de clases quedan anuladas mientras la fiesta dura. Se suspende además el devenir temporal de la historia, pues la fiesta del carnaval marca un lapso en el que pasado y presente convergen en un momento único, las épocas remotas y enterradas resucitan y aparecen como vivas en la profusión de decorados y atavíos que rememoran un pasado histórico grandioso. Ya no le parece a nuestro viajero que las ruinas antiguas sean sólo el rastro de otro tiempo ya muerto, cuyos restos descansan en la ciudad actual a modo de “osamenta jigantesca del imperio romano” (Viajes: 208), y de pronto los habitantes de la ciudad aparecen en su faceta más alegre, como el pueblo que ha cultivado, a través de los siglos, un indudable amor por lo bello:

Oh! Entónces se oye palpar el corazón de la ciudad que hasta poco dormitaba; mil carruajes embarazan con su movimiento el tránsito de las calles; gritos confusos de alegría hienden el aire, i ¡ecco fiori! ¡ecco confetti! ¡ecco siguiuri! tales son las letanías que en coro universal cantan en todos los tonos. La muchedumbre afanada i radiante marcha en una sola dirección, i siguiendo sus oleadas matizadas fuertemente como un cuadro del Correggio, el curioso desemboca a la calle del Corso (...) porque en el Corso i durante el carnaval, desaparecen todas las pequeñeces prosaicas de la vida ordinaria, incluso los andrajos populares i la distinción de clases i jerarquías. Todos los tiempos históricos, todos los pueblos de la tierra, aun los caprichos de la imaginación, tienen sus representantes en el carnaval, como si esta fiesta hubiese sido

instituida para reunir por los trajes todas las naciones que en diversos siglos la señora del mundo dominó (Viajes: 210).

Este amor por la belleza y lo artístico Sarmiento lo observa no sólo en la dimensión estética del carnaval, sino además en la manera en que se desenvuelven los romanos en el clima de festejos. Le parece que el pueblo de esta ciudad da muestras ejemplares de civilidad y buenas costumbres, a diferencia de lo que pudo observar, por ejemplo, en las corridas de toro españolas. El decoro de los romanos los distingue incluso de los visitantes extranjeros, que no demuestran la misma urbanidad:

Este espectáculo es único en el mundo, i el pueblo romano se alza a la altura de la noble tradicion de Grecia i Roma por la cultura, decencia i urbanidad que muestra en los dias de carnaval. En medio de aquella bataola en que se hallan confundidos i hacinados los nueve décimos de los habitantes, gran parte de los alrededores, i los millares de estranjeros que de toda la Europa acuden, jamas ocurre un tumulto, nunca se oye una espresion descompuesta, i si algunos se esceden, son los estraños, ménos conocedores que los romanos de ciertas reglas tácitas i tradicionales que contienen los arranques de pasion en límites decorosos (...) el carnaval de Roma es el único placer que aquí abajo no venga mezclado de sinsabores, rico i pródigo de emociones igualmente para el príncipe i para el plebeyo confundidos bajo el difráz (Viajes: 214-215).

El episodio del carnaval, que la pluma costumbrista de Sarmiento retrata de manera brillante y entusiasta, lleva a nuestro viajero a un cúmulo de reflexiones acerca del arte y la religión como formas de civilización que han dejado su huella en la formación del pueblo romano. Aquí se detiene la descripción del carnaval para entrar en un pasaje introspectivo, donde el sanjuanino indaga en los orígenes históricos que permiten comprender aquel oxímoron social que es Roma, aquella mezcla de presente degradado y pasado esplendor. Sarmiento reflexiona acerca del cultivo de las artes entre los romanos antiguos durante la época de Constantino, cuando el cristianismo pasó a ser una religión aceptada por el imperio. Al sanjuanino le parece que en ese momento se decidió el destino de occidente, cuando los cristianos admitieron la representación en imágenes de Cristo y los santos, en oposición a la tradición iconoclasta de los hebreos y los pueblos de oriente. Gracias a que los antiguos romanos habían cultivado por largo tiempo las bellas artes, continuando una práctica que se remontaba a Grecia y que los romanos habrían llevado a su perfección; no fue posible prohibir entre ellos la representación de imágenes religiosas, pues dicha prohibición habría sido en vano al interior de una sociedad donde el arte constituía una poderosa tradición:

aquí encontraba un pueblo educado por las bellas artes que ya habian alcanzado su último grado de perfeccion. La escultura, la pintura, el mosaico, entraban hondamente en los usos públicos i domésticos de la nacion; i el día que Constantino proclamaba el cristianismo como relijion del Estado, abiertos estaban los talleres de mil estatuarios, los fresquistas tenían el pincel en la mano, i las canteras de mármol i piedras preciosas estaban en actividad subministrando a los artífices su materia primera. Podía en buena hora cambiarse el asunto de la representacion; pero no podía extinguirse por un decreto el gusto i el cultivo de las bellas artes, que entre los romanos han sobrevivido a todos los desastres de la barbarie i a dieziocho siglos de vicisitudes; i si en tiempos ménos remotos, el protestantismo iconoclasta hubiese podido penetrar en Roma, habria fracasado contra este invencible espíritu romano, i aquella conciencia popular

de la idoneidad de las bellas artes para consagrar en imágenes el recuerdo de las cosas santas; a diferencia en esto de los cristianos de Oriente que habian sido educados en otras ideas por la relijion hebrea (Viajes: 214).

El hecho de que el cristianismo haya prosperado al interior de este pueblo artista fue para Sarmiento un hecho clave en la historia de la civilización. Nuestro viajero cree que justamente ese amor por lo bello y elevado civilizó al cristianismo, que de otro modo se habría transformado en una creencia de características tan salvajes como la religión musulmana. La increíble afirmación de Sarmiento nos hace pensar que para él el cultivo de las artes jugó un papel clave en el desenvolvimiento del progreso humano:

Si los iconoclastas hubiesen triunfado, empero, en los tiempos primitivos, el mundo estaria hoy sumido en la barbarie, i el cristianismo como la relijion de Mahoma, hubiera sido el azote de la civilización en lugar de ser su guía i su antorcha. Aceptando las bellas artes, i enriqueciéndolas de tipos mas morales, mas espirituales que aquellos que el politeísmo habia podido suministrale, el cristianismo continuó el trabajo antiguo del ingenio humano conservando sin cortarse el único hilo visible que liga a los pueblos modernos a los pueblos antiguos; porque si bien la tradicion de las bellas artes se ha debilitado alguna vez en Roma, jamas pudo, gracias al culto interrumpirse del todo (...); Gloria, pues, al culto redentor de las imágenes! (Viajes: 214-215).

Sarmiento finaliza esta reflexión analizando las virtudes civilizadoras del arte. Por una parte, le parece que éste no sólo educa los sentidos del pueblo sino que es muestra del poderío humano que, a semejanza de Dios, es capaz de dominar la materia y modelar la naturaleza para expresar a través de ella los sentimientos más elevados. Es curiosa esta relación si tenemos en cuenta lo que Sarmiento afirmaba sobre la poesía en sus cartas de Montevideo y España, donde justamente el poeta cantaba la naturaleza porque era impotente para dominarla. Algo similar afirma del canto de los esclavos en Brasil, que cultivaban la música de manera más emotiva que cualquier europeo porque estaban mucho más inmersos en los sonidos de la naturaleza. Tal parece que para Sarmiento las artes visuales expresan justamente lo contrario: no la comunión con el medio natural ni la nulidad para domeñarlo sino la capacidad de hacerlo dúctil como medio de expresión de los sentimientos e ideales humanos, especialmente de los más elevados, aquellos que justamente animan el desarrollo de la civilización. Por esta razón cree que las representaciones artísticas de motivos religiosos tienen la virtud de expresar de manera mucho más elocuente aquello que es sagrado, pues el trabajo que el artista realiza sobre la materia embelleciéndola concuerda con la imagen sacra que se desea representar y termina por ser más efectiva, al inspirar en aquellos que la ven el amor por lo bello, y por los sentimientos y virtudes más espirituales. Por esta razón, Sarmiento se lamenta al pensar en el arte religioso en América Latina, que le parece prosaico y grotesco, poco apto para educar al pueblo en el gusto por lo bello que debiese acompañar necesariamente a la representación religiosa para hacer de ella un instrumento de civilización:

Los cultos antiguos deificando las formas, legaban aquella belleza típica, en la cual debia encarnarse para complemento del arte, la belleza moral del cristianismo; por lo que no hai, a mi juicio, profanacion mayor de las cosas santas que la de una imájen cristiana cuyas formas innobles o absurdas están desmintiendo la belleza perfecta i como sobrehumana que debieran representar. Entónces el culto se vuelve material, i el cristianismo se degrada descendiendo hasta el fetiquismo, aquel culto de los pueblos bárbaros que adoran la serpiente

del desierto, i los monstruos Gog, i Magog, precisamente porque infunden terror a la muchedumbre brutal i supersticiosa. La artística Roma se cubriría la cara de vergüenza, si viera erajidos en alto algunos de nuestros crucifijos, con sus formas bastardas que rebajan la dignidad del Hombre dios (Viajes: 216-217).

Sarmiento finaliza su argumento mencionando el caso de los Estados Unidos. Según el sanjuanino, los americanos del sur justifican su carencia de arte¹¹⁰ por ser pueblos nuevos, cuando en realidad su falta de amor por lo bello no es más que herencia de la España estéril y su concepción oscurantista de la religión:

¡Pueblos nuevos aquellos, repite la vanidad americana que no obstante encontrarse en esto sorprendida en flagrante delito de barbarie, no consiente en que se la llame bárbara! ¡Pueblos decrépitos diría yo, vástagos podridos de viejo i podrido tronco! Tampoco en España viven hoi las bellas artes; la relijion no piden ya la imájen de sus vírjenes a los talleres que, muertos los Velásquez, Murillos i Riveras, quedaron desiertos i abandonados (Viajes: 217).

En cambio los norteamericanos, si bien son iconoclastas respecto de la religión, no deben su falta de arte a la herencia de una cultura degradada como la hispana. Empero, se han mostrado prolíficos como creadores en cuanto al cultivo de la industria y el progreso, y si no poseen arte religioso, en sus ciudades sí hay estatuas y monumentos que conmemoran a los grandes personajes de su historia, que tallados en mármol unen el amor por lo bello a la exaltación de las virtudes cívicas. En contraste, en Latinoamérica se suma a lo grotesco de sus imágenes sacras la ausencia de monumentos y estatuas que recuerden a los próceres de la independencia. De modo que comprendemos al fin por qué para Sarmiento las artes visuales se revelan como civilizadoras y, en este sentido, superiores a la poesía¹¹¹; pues a diferencia de esta última, poseen una utilidad al servir como medios de educación en las virtudes religiosas como en las públicas, ambas generadoras de costumbres que alientan el progreso humano:

I no se cite a los americanos del Norte, en corroboracion de que las bellas artes no tienen cabida en los pueblos nuevos. Norteamérica a su vez nació iconoclasta, he aquí la causa i la diferencia. A ser pueblos nuevos, debiéramos nacer con los instintos de nuestro padre, el siglo en que vivimos, herederos de todas sus adquisiciones; i en esto el Norte i no el Sud de América justifica solo la denominacion; pues que tenía aquel mui desde temprano, mas caminos de hierro que la Europa entera, mas vapores que la propia Inglaterra. Jénova ha elevado a Colon un monumento, i Florencia una estatua a Américo, miéntras que en los países descubiertos por el uno, i que llevan el nombre del otro, la gratitud de los

¹¹⁰ Hay que tener en cuenta que para Sarmiento las manifestaciones artísticas de los pueblos originarios de América no son consideradas como arte propiamente tal y por lo tanto no cuentan a la hora de revisar la producción artística de América Latina. Más bien da la impresión de que la estética de los indígenas americanos hubiese contribuido, a juicio del sanjuanino, al carácter grotesco de las pinturas y estatuas religiosas de la América colonial, pues justamente el sentimiento religioso de estos pueblos se corresponde para Sarmiento con ese carácter grotesco, que concibe la religión como terror ante las fuerzas naturales.

¹¹¹ Recordemos que en la carta de Montevideo Sarmiento justifica la poesía únicamente cuando ésta se transforma en el “canto homérico” del surgimiento de un pueblo, transformándose en poesía útil en la medida en que inculca los valores de la civilización (Viajes: 49-50), de hecho el *Facundo*, aunque no sea poesía, como obra literaria entra para Sarmiento en esta categoría, en la de una obra que educa en la lucha en pro de la civilización. Lo mismo ocurre en Italia con las artes visuales, que representan de manera soberbia los valores del cristianismo, en el caso del arte renacentista; y la historia de Roma, en el caso del arte de la antigüedad, como cuna de la civilización.

que pudieran llamarse sus hijos, no se ha traslucido hasta ahora por ninguna señal visible para honrar su memoria. ¡l que suerte ha cabido a nuestros hombres de 1810! Washington i Franklin viven en el Capitolio, pero la losa sepulcral que cayó sobre los nuestros, pesará eternamente sobre sus cenizas (Viajes: 218).

Sarmiento deja al fin estas reflexiones para relatarnos su encuentro con el Papa Pío IX que, como mencionamos más arriba, representaba para muchos la esperanza de que la Iglesia tomara una senda más liberal en materia de religión y política. Por aquellos años ya había comenzado el movimiento de unificación en Italia y existía una fuerte presión de los sectores más liberales para que la Iglesia cediera al menos en parte sus atribuciones temporales en el gobierno de los Estados Pontificios, secularizando los cargos de gobierno y la administración de la justicia al interior de sus territorios. Por su parte, la Iglesia había reaccionado violentamente con un endurecimiento en la censura y arrestos masivos a los sospechosos de ser liberales. En este clima de tensión creciente fue electo Papa Giovanni Mastai Ferretti, quien en sus primeros días como Sumo Pontífice anunció el indulto y liberación de los presos políticos, en un claro gesto de diálogo y tolerancia hacia los movimientos liberales. Sarmiento relata detalladamente las circunstancias que rodearon la elección de Pío Nono, y con entusiasmo traduce y transcribe íntegra el acta del 16 de julio de 1846 a través de la cual el Papa anunció el mencionado indulto (Viajes: 229-230). Está claro que para el sanjuanino la elección de Pío IX era un paso más en la senda del progreso y tenía la esperanza de que la Iglesia, como institución, se uniera al camino de la modernización. Por ello no es de extrañar su enorme orgullo y emoción de haber sido el primer sudamericano a quien el Sumo Pontífice concedía una audiencia. A ello además se sumaba la circunstancia especial de que Giovanni Mastai Ferretti había visitado Sudamérica durante su juventud, recorriendo Chile y Argentina entre los años 1823 y 1825. Por esta razón Sarmiento creía que la elección de Pío Nono podía ser de suma relevancia para las repúblicas de América del Sur.

En su relato de la entrevista con Pío IX Sarmiento se pinta a sí mismo como una suerte de emisario oficial de las repúblicas sudamericanas, cauto y ducho en el arte de la diplomacia. Cuando el Papa le pregunta por Rivadavia, Sarmiento le explica brevemente que el gobierno del unitario había terminado y que el sujeto en cuestión se había retirado de la vida pública. Pío IX se muestra entonces curioso por saber más acerca de las tendencias de los gobiernos sudamericanos:

-Pero los gobiernos actuales, ¿cómo son? Está siempre a la cabeza de los negocios aquel partido...(el Papa buscaba una palabra)... ¿ultrarepublicano? -Yo veía venir esta pregunta, i presumí que por la conciencia de su propio pecadillo, no quería, apellidarlo liberal, aunque con el epíteto de ultra, que tanto desmejora la droga. Hícele, pues, una breve reseña de los cambios políticos obrados en aquella parte de América despues de 1830, por lo que respecta a Chile; pues por lo que hace a nuestro país, era yo demasiado feliz en aquel momento para suscitar recuerdos dolorosos, i que tanto humillan a nuestra pobre patria. Mostróse Su Santidad mui satisfecho de los sentimientos de moderacion que animaban al gobierno de Chile, no obstante su ultrarepublicanismo, puesto que traté de hacerle comprender cómo la idea de la monarquía repugnaba a nuestros hábitos, i cuánta sangre, crímenes i barbarie habia traído el gobierno absoluto de uno solo en algunos puntos de la América del Sud. Observóme que aquellos gobiernos no tenían consistencia, a cuya objecion satisface lo mejor que pude,

alegando en mi apoyo, los diez i seis años de paz de que Chile habia disfrutado sin cadalsos i sin despotismo (Viajes: 223)

Podemos ver cómo Sarmiento se muestra cauteloso frente al Papa en lo que respecta a la política en Sudamérica, defiende el gobierno republicano de Chile en virtud de su estabilidad y moderación y omite las circunstancias penosas de su propia nación, en aras de ganar la simpatía de Pío IX para el republicanismo del cono sur. Sarmiento se muestra a sí mismo exitoso en el diálogo político con el Sumo Pontífice, y expresa su satisfacción ante su rol como diplomático frente al Vaticano, en la esperanza de que el Papa se muestre favorable en el futuro próximo a la situación de las repúblicas de América Latina¹¹². Sin embargo, es claro que Sarmiento percibió su entrevista con el Papa de acuerdo a sus propios deseos y expectativas, pues a juzgar por el diálogo bien podría haber sido más suspicaz respecto de las verdaderas opiniones de Pío IX frente al republicanismo en Sudamérica. Sarmiento quiere ver en Mastai Ferretti un modernizador¹¹³ y proyecta sus deseos sobre la realidad, excede su entusiasmo frente al nuevo Papa y su misiva se llena de de elogios ante las políticas del Sumo Pontífice durante varias páginas.

El viaje por Italia continua con la visita de Sarmiento a las ruinas de Pompeya. Nuestro viajero nos cuenta que esta excursión estaba enlazada a una anécdota biográfica que tuvo lugar durante su infancia. Siendo pequeño, Sarmiento había leído sobre el descubrimiento de la ciudad romana enterrada bajo las cenizas y yendo a contárselo a uno de sus amigos no recibió más que burlas y risotadas:

No sé cómo ni cuándo hube de leer una relacion del descubrimiento de Pompeya, i héme aquí que no pudiendo contener el asombro i la novedad dentro de mí mismo, salgo al atajo a los pasantes para narrarles la portentosa historia, con lo del aceite i pan encontrados; cuéntosela a M. i en lugar de quedarse boquiabierto como yo me lo habia prometido, se me rie en los hocicos de buenas a primeras; i cada vez que hai jente reunida me hace contar en cuento de Pompeya, para diversion jeneral. He visto, pues, aquella Pompeya que me***

¹¹² Años después, ya de regreso en Chile, Sarmiento hizo una traducción de un relato sobre el viaje que Pío IX realizó por Sudamérica, que llevó por título *Viaje a Chile del canónigo don Juan María Mastai Ferretti, oi Sumo Pontífice Pío, Papa IX* (Santiago, Imprenta de la Opinión, 1848). El libro que Sarmiento tradujo no pertenecía a la pluma de Mastai Ferretti, sino que era un resumen del relato que hiciera Giuseppe Sallusti, secretario de misión pontificia en la cual viajaba Mastai Ferretti. El relato original de Sallusti fue publicado en 1827 con el título de *Storia delle missioni apostoliche dello stato del Chile, colla descrizione del viaggio dal vecchio al nuovo mondo fatta dall'autore* y abarcaba cuatro tomos. Cuando Mastai Ferretti fue electo como Sumo Pontífice, apareció un resumen de dicha obra publicado en 1846 y que más tarde traduciría Sarmiento. Lo que el sanjuanino ignoraba es que Mastai Ferretti había escrito su propio diario de viajes, que no llegó a ser publicado en la época y que abundaba en comentarios exaltados contra el gobierno del unitario Rivadavia. Más detalles sobre este asunto pueden encontrarse en Blengino, 1997: 807-811. Más de cien años después, en 1961, el clérigo chileno Monseñor Carlos Oviedo Cavada, hizo una traducción del diario original de Mastai Ferretti publicada en la revista *Historia* de la Pontificia Universidad Católica. Para más detalles sobre el diario de viaje de Pío IX, sobre su estadía en Chile y la traducción de Monseñor Oviedo; véase Calm, 1987.

¹¹³ Las esperanzas de los movimientos liberales, que quisieron ver en el Papa Pío IX un modernizador de la Iglesia Católica, se desvanecieron luego de las revoluciones de 1848, cuando la Iglesia adoptó una actitud reaccionaria y fuertemente conservadora frente a los movimientos socialistas y liberales, especialmente respecto del *Risorgimento* y sus luchas por la unificación de Italia. Mastai Ferretti fue el último Papa que pudo conservar los territorios de los Estados Pontificios, siendo derrotado por el ejército piemontés en 1870. Recluido en el Vaticano, Pío IX cortó relaciones diplomáticas con el resto de Italia, excomulgó a Víctor Manuel II, rey de la Italia unificada, y prohibió a los católicos participar en la vida política italiana, incluso en el sufragio. En 1864 publicó la encíclica *Quanta Cura*, que condenaba abiertamente la libertad de culto y los movimientos científicos, políticos y filosóficos más modernos como el socialismo, el comunismo, el naturalismo, el panteísmo, el liberalismo y el racionalismo; entre otros.

traía preocupado en mi infancia, i me hace ahora recordar la incredulidad de M. (Viajes: 241).***

Sarmiento pide a su tío que le dé un tirón de orejas a aquel amigo incrédulo que se burlara de él cuando niño, pues ahora nuestro viajero ha presenciado con sus propios ojos las maravillas que antes parecían cuento de libro, y si durante su niñez dichos saberes le acarrearón la burla e incomprensión por parte de sus pares, ahora lo transforman en una autoridad. El sanjuanino siente que por fin se le ha hecho justicia en esta pequeña humillación y para engrosar un poco su ego herido nos hace de sí mismo una descripción digna del futuro letrado:

Es esta condigna reparacion de una antigua ofensa, que debo referir para justificar mi demanda. Era mi cabeza desde pequeñuelo, allá en nuestra remota i poco erudita provincia, un cajon de sastre lleno de retazos de historia, viajes, vidas de santos, cuentos de brujas i aparecidos, i otras mil zarandajas que por brevedad no inventarío (...) a la edad de cuatro años me habia labrado la reputacion del lector mas petulante i griton que se habia hasta entónces visto. Las truncas nociones que sin proponérmelo, adquiria con la frecuencia de leer, vagaban largo tiempo en mi espíritu, como las nubes en el espacio, cuando no encuentran punto de apoyo para aglomerarse, hasta que un librote que el acaso ponía en mis manos llenaba un vacío; otro mas tarde venia a esplicar un pasaje no bien comprendido. Así adquirí muchas nociones históricas en la edad, en que el comun de los niños solo piensa en sus pasatiempos, i ahora que he visitado a Roma, he podido reconocer a primera vista los monumentos por la imájen que de ellos conservaba grabada en la memoria desde la primera infancia en que pasaba horas enteras, recorriendo una Guia romana impresa dos siglos há, i que fué mi primera adquisicion en libros (Viajes: 241).

El retrato que Sarmiento hace de sí cuando niño no deja de ser sorprendente, se describe a sí mismo como una “máquina de aprender” (Altamirano y Sarlo, 1997: 117), que va acumulando mediante la lectura pequeños retazos de saber, los que van llenando el vacío de la ignorancia y armando poco a poco un todo mayor de conocimiento elaborado. Como vivía en una “remota región”, su saber no era valorado y le acarreaaba las burlas en lugar del merecido reconocimiento. Nuevamente vemos a Sarmiento pintarse a sí mismo como héroe de un episodio de reconocimiento, aquí se lo toma por mentiroso y charlatán en un inicio para ser descubierto más tarde en su verdadera valía. Y su visita a Pompeya representa el punto culminante donde se ajusticia una vieja ofensa, acredita su fama como conocedor, y completa con un nuevo retazo —el de la experiencia directa de lo visto con los ojos propios— un saber cuyo cultivo comenzó en la primera infancia y que ahora, en virtud de sus méritos como laborioso lector autodidacta, alcanza su punto álgido.

Sarmiento recorre las ruinas con curiosidad y animación. El texto describe minuciosamente las viviendas y habitaciones de la ciudad calcinada por la lava, permitiéndose algunos comentarios. La visita a Pompeya da al sanjuanino la oportunidad de observar detalles de la vida privada y cotidiana de los antiguos romanos e inmediatamente repara en aquel gusto por lo bello que comentábamos más arriba, el cual le parece que era común a todas las clases sociales. Este detalle hace pensar a nuestro viajero que entre los romanos no existía la misma miseria de las clases pobres que se observaba en la Italia del XIX, cuestión explicable por la existencia de esclavos:

Lo que mas sorprende, recorriendo la silenciosa ciudad, es la vulgarizacion del buen gusto, a todas las clases de la sociedad. Todas las habitaciones, galerías i aun las cocinas están adornadas de pinturas al fresco, i arabescos de un gusto esquisito, i los pavimentos cubiertos de mosaicos, muchos de ellos como el de la batalla de Alejandro i Darío, obras maestras, de inestimable valor. Un jardinillo, o macetas de flores por los ménos, han decorado el interior de cada casa; i por todas partes véense fuentes decoradas con una profusion i gusto que llena de admiración. En estas ciudades risueñas aun despues de muertas, la miseria de nuestras clases pobres parece no haber tenido representantes, pudiendo suceder que la distribucion de esclavos hecha por el gobierno a los ciudadanos romanos, impidiese la aparicion de la indijencia; puede ser tambien que las filas del ejército, las colonias lejanas, recojiesen en su seno los individuos i las familias que no podian vivir con comodidad necesaria (Viajes: 243).

Luego de recorrer las ruinas, Sarmiento decide subir al volcán Vesubio con el grupo de turistas que lo acompañaban. La ascensión tiene todos los rasgos de una aventura emocionante, donde nuestro viajero hace las veces de protagonista al ser uno de los pocos que, con espíritu temerario, decide subir hasta el cráter para asomar su cabeza por las fauces del temible volcán. La actitud de Sarmiento oscila entre la sorpresa, el miedo y la gallardía; y nos confiesa que le atrae esta aventura por inspirar un sentimiento de terror placentero:

¡No hai placer como el de tener mucho miedo, cuando esto no degrada, i es solicitado espontáneamente, ni sensaciones que ajiten mas profundamente el corazon que las del terror! ¡Oh! Yo me he hartado en el Vesubio con estos raros goces, i despues que de regreso en Nápoles dormia con aquel sueño letárgico que repara las fuerzas estenuadas por las fatigas del día, veia en sueños venir hácia mí en derechura los fragmentos de lava, sin que me fuese posible moverme una línea, retenido por una fuerza incontrastable (Viajes: 244).

La ascensión al Vesubio incluye una serie de anécdotas graciosas que van desde un episodio donde nuestro viajero esquiva por un pelo una lluvia de piedras volcánicas expulsadas desde el cráter del volcán, hasta una pelea a cuchillazos entre dos de los cicerones que guiaban la ascensión. Pero ya en la cima, después de haberse asomado al cráter sin ver nada más que oscuridad, nuestro viajero contempla la vista que se ofrece desde la cumbre y después de describir el hermoso panorama de las costas, viñedos, villas y jardines que se observan desde la altura, imagina toda la inmensidad de ese paisaje habitada en otros tiempos por los romanos de la antigüedad y desfilan por su mente las figuras de Adriano, Sila y Julio César. Su imaginación lo lleva a reflexionar nuevamente:

¡Dios mio! ¡cómo pueden vivir juntas cosas tan opuestas! Monumentos del poder humano, vejetacion esplendorosa, volcanes en actividad, populosas ciudades, ruinas antiguas i estragos recientes, todo está amontonado aquí en unas cuantas leguas; i el hombre, alegre o indiferente, luchando con la naturaleza para arrancarle hoí un pedazo de terreno que mañana ha de reclamar, sepultando terreno, ciudades i hombres a un tiempo. -No hace cuatro siglos que una villa estaba al lado del lago Lucrino, en la noche se alzó el Monte Nuevo donde estaba la villa, la villa rodó sobre el lago; i las aguas de éste fueron a serenarse sobre campiñas cultivadas a cierta distancia (Viajes: 247).

El pasaje citado resume de golpe las impresiones de Sarmiento en Italia, el contraste entre el pasado magnífico de la antigüedad y su civilización y el presente lleno de miseria, de campos sin labrar, regiones desiertas, pastores primitivos, mendigos y bandidos. La diferencia entre presente y pasado se traduce al plano del contraste entre la naturaleza indómita del volcán, capaz de sepultar ciudades completas, y la fuerza del hombre que cultiva la tierra y edifica ciudades. Pareciera que esa naturaleza, antaño dominada por el hombre, vuelve a imponerse en Italia sobre la civilización, y a Sarmiento le parece que estos logros humanos se han ido degradando lentamente desde el Renacimiento hasta el siglo XIX. La posición de altura contemplativa le da a Sarmiento la excusa para plasmar esta imagen total de Italia como una lucha constante entre fuerzas antagónicas. Luego de la ascensión del Vesubio y durante el trayecto desde Nápoles hacia Roma, el sanjuanino comenta que los dos personajes históricos que han quedado grabados en la memoria del pueblo italiano son Cicerón y Nerón, dos figuras antagónicas que nuevamente representan a esta Italia de contrastes; el primero un defensor de la República, hombre sabio y letrado; el segundo, un tirano violento y pirómano, cuya fuerza destructora bien puede ser comparada con la de un volcán. Ambos hombres parecen simbolizar las dos fuerzas entre las cuales Italia se debate, la de la razón creadora que persuade con la palabra y el arte versus la violencia despótica que gobierna con el puñal y se asimila por ello a la violencia irracional de las fuerzas de la naturaleza:

Dos nombres históricos hai sin embargo, que desde Nápoles a Roma, repite sin cesar el pueblo (...) acaso por las profundas impresiones que ambos hubieron de dejar en el espíritu popular (...) Este representa uno de los mas bellos tipos, que ha producido la raza humana; divino por el poder de la palabra, porque la palabra es Dios, segun la misteriosa espresion de San Juan; aquel otro es la perversidad humana que va mas allá todavía del límite donde la imajinacion se detiene espantada, por lo que el sentimiento moral de los que no han visto estos excesos, los niega aun contra la evidencia de los testimonios. Neron, es este! Ciceron el primero (...) ¿No es un espectáculo instructivo, por otra parte, aquella lucha de dos nombres que representan los medios de gobierno i de influencia que dominan a los pueblos: la palabra que persuade, que dirige la razon i las conciencias; la fuerza, que arrastra, huella o menosprecia toda voluntad? ¿El hombre que dice la verdad, muere asesinado por ello, como Sócrates, como Ciceron, como Jesus mismo, i el déspota que abre su camino por entre las entrañas de los hombres, i no pudiendo influir sobre los corazones con la conviccion, los despedaza con el puñal, como Neron, i tantos otros? (Viajes: 250-251).

La misiva cierra con el retorno de Sarmiento a Roma para presenciar las fiestas de semana santa. El argentino se desilusiona un poco al comprobar que la magnificencia de las celebraciones, si bien impacta al visitante, carece del espíritu de recogimiento y sencillez religiosa que nuestro viajero recuerda en las semanas santas de su San Juan natal (*Viajes*: 252). El comentario es una crítica velada a una Iglesia que ha descuidado el sentimiento religioso por haberse dedicado a la política y al engrandecimiento de su poder temporal, en desmedro de los valores netamente cristianos de la devoción y la caridad. El boato de las fiestas de semana santa es un reflejo de ese desvío.

La segunda carta desde Italia comienza haciendo una síntesis de las impresiones de Sarmiento sobre Italia expuestas en la misiva anterior. Vuelve a quejarse de la mendicidad, el bandidaje, la holgazanería y el abandono de los campos que yacen yermos. Sólo que en

esta ocasión, puesto que su destinatario no es un obispo sino su amigo liberal Juan María Gutiérrez, aparece un agregado a estas opiniones, la Iglesia juega su rol en la condición mísera de Italia, como si ella alentara la costumbre de pedir limosna y con ello la pereza de un pueblo reacio al trabajo y la industria. Estas costumbres vuelve a contrastarlas con el pasado glorioso de la Roma antigua y Sarmiento parece echarle en cara a la Iglesia el haber borrado poco a poco lo mejor de las tradiciones de la Antigüedad y el Renacimiento. Como en su análisis de la América colonial, la Iglesia aparece aquí propiciando la condición de atraso:

Paréceme que el cristianismo pidiera limosna al mundo en estos días para velar el cadáver de una ciudad que sirve de panteón a tantos siglos, a tantas glorias i a tanta miserias (...) ¡Qué miseria i qué abandono! ¿Por qué no trabaja este pueblo? ¿Por qué sus habitaciones son tan ruines, tan descuidada la cultura, i tan desaliñados los vestidos de los habitantes? Recuerdo que el P. O'Brien me decía una vez que descendíamos por la tarde del Monte Pincio: «¡qué silencio en la ciudad que ve Ud. ahí! ¡Qué vida tan quieta, tan tranquila se pasa aquí!» Yo echaba involuntariamente por toda contestación una mirada triste i prolongada sobre los alrededores de Roma, desolados, yermos, salvajes. ¡Qué contestarle a aquel bendito padre, que vivía contento con la escasa limosna del Hospicio dominico de Santa María supra Minervam! ¡El convento sobre el orgullo de los antiguos dominadores de la tierra! (Viajes: 253).

Aparece nuevamente el oxímoron social de la Roma actual edificada sobre la antigua, en una frase que invierte las relaciones temporales tradicionales, el pasado era moderno y el presente en lugar de novedad muestra todos los rasgos de la decrepitud: “Aquella vieja Roma estaba fundada sobre un pedazo de tierra moderno, de ayer” (Viajes: 254). Describe con tristeza los palacios antiguos hundidos en el fango y al pueblo azotado por la malaria. Cuando deja Roma para encaminarse hacia Florencia divisa por última vez la cúpula de la basílica de San Pedro, que se hunde en el horizonte. Una vez que las obras artísticas desaparecen para dar paso a los campos desolados, surge nuevamente la imagen de la pampa argentina, a la que se agrega la de Argelia, como si a la vista de las tierras desiertas emergieran los dos referentes favoritos de Sarmiento cuando intenta retratar la barbarie; la pampa argentina y el desierto árabe, ambos significantes de la vida nómada, de la ausencia del trabajo humano, la carencia de asociación; en fin, lo opuesto a la ciudad y a la cultura civilizada:

En Baccano nos indicaron que era el último punto desde donde se divisaba la cúpula de San Pedro, i todos los viajeros procuramos decirle adios en el momento en que se sumerjiera entre las ondulaciones de la tierra. La obra de Miguel Anjel ausente, diga Ud. que está en la Mitidja de Arjel, ménos su cintura de naranjales i de granados. Diga Ud. que está entre las mas agrestes soledades americanas, en medio de un pueblo semi-bárbaro, rodeado a veces de rebaños de búfalos mas salvajes aun que los toros de la pampa (Viajes: 254).

Sin embargo, mientras el sanjuanino viaja más hacia el norte, entrando a la región de Toscana y a la ciudad de Florencia, siente que ha cambiado completamente el escenario. Se maravilla con las obras de arte, pero también con el aspecto de sus habitantes y del paisaje natural; allí ve la tierra cultivada y cubierta de verdura y aparece un pueblo bien vestido, aseado y trabajador, que vive rodeado de bienestar en lugar de la miseria que viera en Roma. Con decir que hasta las jóvenes le parecen bellas y alegres, ataviadas con gracia y colorido mientras trabajan tejiendo sombreros de paja:

¡Como respira uno en esta bella Florencia cual si despues de larga tempestad ganase el deseado puerto, porque Roma admira i aflije, i su campaña emponzoña i oprime. Llegando a Florencia, créese salir de la mansion de los muertos a un rico oasis de verdura. Los paisanos de la Toscana revelan a la simple vista el contento, cierta cultura de modales i de espíritu; i lo que los semblantes no dijera, diríalo el vestido aseado, las casillas de campo graciosas i la cultura de la morera, que con su copa a manera de candelabros, sirve de sustentáculo a una parra que la entreteje de pámpanos i racimos. Como las cepas i las moreras, combínanse en la poblacion trabajadora la industria i la holganza (...) ¿Puede imaginarse vida mas festiva, mas aireada que la de estas muchachas de Florencia? (Viajes: 258).

Vuelve Sarmiento a su tesis de que el arte ha sido uno de los elementos civilizadores que ha dado su mejor fruto en aquella Italia del Renacimiento, de la cual todavía sobrevive en Florencia su influjo benéfico y la tradición viva de un ejército de artesanos, escultores, pintores y arquitectos. Aquí el arte es cosa viva, nos dirá el sanjuanino, y no un cadáver como lo viera en Roma. Pero en el caso de Florencia repara en un aspecto que la engrandece aún más y es la mantención de una tradición letrada a través del rescate de los textos antiguos. Bien sabemos que para Sarmiento el libro es el artefacto supremo de la civilización y de la producción del saber, pues él mismo, orgulloso autodidacta, debe a sus lecturas su condición de autor y letrado latinoamericano. Para Sarmiento el acceso a la realidad viene siempre mediado por el libro –más específicamente, por el libro europeo– que incluso es capaz de reemplazar la experiencia directa como punto de partida en la producción de conocimiento. Teniendo en cuenta lo anterior, para nuestro viajero Florencia tiene una importancia capital pues, según el sanjuanino, fueron sus hombres de letras como Boccaccio, Dante y Petrarca, quienes rescataron a los autores clásicos de Grecia y Roma, anudando el hilo de la tradición¹¹⁴ desde los orígenes de la civilización hasta el tiempo presente. La épica empresa de rescate de los libros perdidos fue protagonizada por estos florentinos y por mecenas que como los Médicis, costeaban la búsqueda de viejos manuscritos. El valor dado al libro y a su rescate hacen de Florencia una ciudad clave, a los ojos de Sarmiento, en la historia del progreso:

Los libros de Grecia i de Roma se habian perdido casi todos, i apenas se conservaba el recuerdo de lo pasado en la memoria de algunos eruditos. Bocaccio, Petrarca i el Dante pasaron su vida en desempolvar pergaminos o papiros, de entre trastones i antiguallas abandonadas en los conventos. Una vez señalado aquel camino, la ciudad de Florencia, sus sabios, sus Médicis i sus comerciantes, se lanzaron por el mundo en busca de manuscritos. Asombra aquel movimiento apasionado de un pueblo entero para reunir el tesoro, desde tantos siglos disperso, del saber antiguo (...) Los Médicis se hicieron perdonar fácilmente su usurpacion, poniéndose al frente de este espíritu de exploracion i conquista de libros. Por las citas de los autores ya conocidos se buscaban los

¹¹⁴ Sarmiento desmerece completamente la labor de los monasterios en el recate del legado cultural de los textos clásicos de la Antigüedad. Su desprecio por la Edad Media y su prejuicio ante aquel periodo histórico, que le parece oscurantista y bárbaro, lo llevan a atribuir dicha labor de rescate únicamente a los humanistas del Renacimiento. Su referencia a los conventos, donde aquellos manuscritos se encontraban según él “abandonados”, nos hace pensar que el sanjuanino opone la actitud de los monjes medievales que, según Sarmiento, guardaban estos libros sin transformarlos en cultura viva, a la de los letrados florentinos que hicieron de aquellos manuscritos un saber productivo, útil al desarrollo de la civilización.

otros ignorados; emprendíanse viajes, enviábanse embajadas solemnes a Grecia, España, Francia e Inglaterra en busca de un tomo; i Alfonso de Aragon dió a uno de los Médicis un Tito Livio, en cambio de una ciudad o una fortaleza disputada. Uno de sus bibliotecarios fué papa i llevó a Roma el santo furor de descubrir los libros latinos i griegos. Comunicóse la manía bibliográfica a todas las ciudades italianas i a las semi-barbaras monarquías europeas (Viajes: 261-262).

Sarmiento queda encantado con Florencia y le parece que toda la región desde la Lombardía hasta la Romania es un “jardín delicioso”, lleno de villas y ciudades, de cultivos y de vida apacible y trabajadora. En su imaginación opone rápidamente dicho paisaje al que contemplara en los alrededores de Roma y concluye que la región toscana es “la pampa inmensa, pero cultivada, pero interceptada por ríos navegables que van a desembocar en el Adriático” (Viajes: 263). Vimos ya el movimiento pendular que realiza Sarmiento en su imaginación, que al intentar describir el paisaje de Italia en los alrededores desolados de Roma salta a la pampa argentina y al desierto en Argelia. En esta ocasión, al presenciar un escenario opuesto, lleno de verdura, atravesado por ríos y villas donde la población rural trabaja mansamente, nuevamente su imaginación vuelve a la pampa argentina, pero esta vez es la pampa imaginada por el deseo modernizador de Sarmiento, es la campaña traspuesta a su condición futura ideal. La descripción de Sarmiento, inspirada por la versión benigna de la vida rural italiana, realiza este salto imaginario al futuro, al ver realizada en las regiones de Toscana y hasta el norte de la Lombardía, lo que él imagina para las provincias de su tierra como posibilidad de progreso. Le comenta a su amigo Juan María Gutiérrez que él nunca ha visto verdaderamente la pampa argentina y que la conoce sólo por descripciones ajenas. Sin embargo la siente como cosa propia (apropiada por la letra a través de su escritura en el *Facundo*) y por ello siente que puede proyectarla en su imaginación como espacio modernizado, a imagen y semejanza de su ideal de civilización:

Sabe Ud. que no he cruzado la pampa hasta Buenos Aires, habiendo obtenido la descripción de ella de los arrieros sanjuaninos que la atraviesan todos los años, de los poetas como Echeverría, i de los militares de la guerra civil. Quiérola sin embargo, i la miro como cosa mia. Imajínomela yerma en el invierno, calva i polvorosa en el verano, interrumpida su desnudez por bandas de cardales i de viznagas Pero volviendo a poco el kaleidoscopio, la pueblo de bosques, tal como con mas desventajas se ha realizado en las Landas de Francia, i en las desnudas montañas de las Ardenas. ¿Por qué la pampa no ha de ser, en lugar de un yermo, un jardín como las llanuras de la Lombardía, entre cuyo verdinegro manto de vegetacion, la civilizacion ha salpicado a la ventura puñados de ciudades, de villas i de aldeas que lo matizan i animan? ¿Por qué? Diréselo a Ud. al oido, a fé de provinciano agricultor, porque el pueblo de Buenos Aires con todas sus ventajas, es el mas bárbaro que existe en América; pastores rudos, a la manera de los kalmucos, no han tomado aun posesion de la tierra; i en la pampa hai que completar por el arte la obra de Dios. Dada la tela, se necesita la paleta i los tintes que han de matizarla (Viajes: 263-264).

Hay que observar aquí cómo Sarmiento utiliza al final de su comentario la metáfora del artista pintor. Habíamos dicho más arriba que el sanjuanino valoraba las artes visuales por su capacidad de asemejarnos a Dios, al demostrar la capacidad creadora y transformadora del ser humano sobre la materia y la naturaleza. Dicha idea se transforma aquí en metáfora y adquiere tintes políticos, pues quizás no haya para Sarmiento arte más sublime que el de completar la obra divina, transformando la barbarie en civilización.

La alegre impresión de Italia que deja la región toscana en nuestro viajero bien pronto desaparece cuando llega a Venecia. Allí Sarmiento vuelve a ver aquel contraste que observara en Roma entre un pasado de riqueza y desarrollo y un presente mísero, al cual se agrega la situación política de la ciudad, que antaño fuera una república pero que al momento de la visita de Sarmiento se encuentra oprimida bajo el dominio del Imperio Austríaco. Por ello, a ojos de Sarmiento no son sólo la falta de industria y la pobreza los males que aquejan a esta ciudad, sino además el despotismo de los Habsburgo y su imperio conservador, que representa para el sanjuanino las fuerzas del oscurantismo, de la inquisición, de la restauración de los reyes franceses y de las presiones reaccionarias sobre el papado en Roma:

¡Venecia! ¡Pobre esqueleto de república! ¡Tus lagos, centro en otro tiempo del comercio del mundo, infestan hoy con su aliento nauseabundo; los palacios de tus nobles sirven de posada para el extranjero, como las ruinas de los templos del Egipto de aprisco a los ganados! Tus maravillas están ahí de pie aun, como cadáveres petrificados. El León de San Marcos ve los gallardetes austríacos agitarse sobre los mástiles en que ondeaba en otro tiempo el pabellón de la república. Tus plazas están desiertas, por el pavor que inspira la guardia tedesca, montada con cañones asestados a las calles. ¡Venecia! ¡Venecia! ¿Dónde están tus patricios? ¿dónde tus flotas? ¿dónde tu orgullo indomable? ¡Ai! ¡Los crímenes de los gobiernos los pagan caro los pueblos, ¡es fortuna que nada quede impune! Habías ofendido la moral con vuestras horribles leyes, ¡fuiste suprimida, pisada como un monstruo que sobrevivía del mundo antiguo (Viajes: 264).

Nuevamente Sarmiento utiliza la metáfora del cadáver para referirse a los vestigios de la antigua Venecia, que fuera reina del Mediterráneo. Sarmiento pinta la ciudad como si estuviese bajo un constante estado de sitio, nos habla de la policía austríaca omnipresente en los canales de la urbe y que revisa el equipaje de los extranjeros que entran a la ciudad en busca de libros prohibidos y todo tipo de textos que puedan levantar la sospecha de alimentar tendencias liberales:

Todo ha muerto en Venecia, menos la policía inquisitorial que la continúa el Austria (...)Un veneciano hubo de ver lo que leía, ¡con muestras de pavor indecibles: ma, ¡il Gioberti! me decía; Ud. va derecho a una cárcel; hace seis meses que Marucini está incomunicado por habersele encontrado este libro. -Pero yo soy extranjero, le observaba, soy americano. ¡Perduto! ¡olvidatto! exclamaba con dolor; ¡quién ha de reclamaros! (Viajes: 265).

Todo esto hace afirmar al sanjuanino que en Venecia ya no siente como en Roma una cierta melancolía por los tiempos pasados, sino directamente tristeza por esta ciudad y una opresión que parece sentirse en el aire. El sanjuanino se identifica con el destino de esta ciudad que le recuerda la situación de su nación, también dominada por las garras de un tirano que representa para nuestro viajero el oscurantismo y el espíritu irracional, medieval y reaccionario, contrario a los designios del progreso. Sarmiento nos relata muy a propósito la anécdota de su paseo en góndola frente a la plaza de San Marcos. Al encontrarse embarcados y a una distancia prudente de la orilla, Sarmiento interroga al gondolero acerca del gobierno austríaco, ante lo cual el veneciano le cuenta con rabia y pena que son todos asesinos y ladrones (Viajes: 266). El gondolero era un liberal que había servido en las tropas de Napoleón y maldecía a los nobles que lo habían traicionado y habían entregado su ciudad al Imperio Austríaco. Al sanjuanino le interesa entregar el

retrato de este representante del pueblo oprimido, pues sus simpatías hacia Venecia se explican por esa identificación entre su caso y el de la Argentina de Rosas. La indignación de nuestro viajero llega a tal punto que siente tedio e indiferencia frente a la multitud de obras de arte que se suceden ante su vista en la visita a iglesias y museos. Nada de esto le interesa ya, porque dichas obras no se relacionan con el estado actual de la ciudad y por ello pierden para Sarmiento su significado, pues ya no son una expresión viva que permita al sanjuanino descifrar la sociedad veneciana. Nuestro viajero finaliza su carta pidiendo disculpas a su lector por la ausencia de descripciones de las obras artísticas:

Siente Ud. sin duda que voi en mi narracion mui de prisa. Tráenme fatigado en efecto, tantas escursiones i correrías. La vista se deslumbra al fin en medio de tantas maravillas, fatigan estas bellas artes italianas, prodigadas por todas partes en millares de objetos, i que sin embargo, a nada se ligan. Restos eternos de glorias pasadas, proyectan su sombra sobre pueblos que no tienen ni vida propia, ni existencia política. Matan a la Italia sus recuerdos mismos, i en cada extremo de la península, en Nápoles o Milan, en Florencia o Roma, en Jénova o Venecia, hai un centro italiano, con su pasado glorioso i su desesperante presente, que neutraliza, cruzando las atracciones, el sentimiento de la nacionalidad, que aguzan la jóven Italia, i Pio IX, Mazzini i Gioberti, cada uno a su modo (Viajes: 270).

La fatiga de nuestro viajero se explica entonces, en sus propias palabras, porque todo aquel esplendor pasado que observa en las ciudades italianas y en sus iglesias, palacios y museos ya no se liga a nada observable en la realidad social y política del presente. Las obras de arte italianas pierden con ello su significación y su fuerza como manifestación de la civilización moderna que es el primer interés de Sarmiento durante su estadía en Europa. Su hambre por ver y apropiarse discursivamente del pasado glorioso de la República y el Imperio Romano, y de los artistas y humanistas del Renacimiento, ha quedado suficientemente saciada y en este sentido Sarmiento es en Italia, más que en ningún otro país, un turista, uno muy ilustrado, pero turista al fin. Una vez hartado del arte italiano, lo invade el tedio y la sensación de que no hay para su narración nada más que merezca la pena decir, pues si el pasado de Italia lo fascina, su presente lo entristece y finalmente lo aburre, pues nada hay allí que pueda utilizar para promover la modernización de los estados sudamericanos.

3. Suiza y Alemania: la civilización útil

Sarmiento escribe a su amigo el Ministro Manuel Montt, una carta desde la ciudad de Gotinga con fecha 5 de Junio de 1847, donde resume sus impresiones sobre Suiza y Alemania. Uno de los principales intereses del sanjuanino en su visita a las tierras germanas, era estudiar el sistema de educación pública de Prusia y las posibilidades de canalizar la corriente migratoria alemana hacia Chile y Argentina, lo que explica la elección del destinatario. De todas las cartas contenidas en su libro de viajes, la de Alemania es la que más íntimamente se relaciona con la misión oficial que el gobierno de Chile encomendara a Sarmiento.

La misiva comienza con nuestro viajero haciendo un recuento de su paso por Italia, donde su intención era contemplar las magníficas obras del arte renacentista y evocar el

pasado histórico de los antiguos romanos. Sarmiento vincula su interés por observar las maravillas del arte humano con la posibilidad de admirar en los Alpes la obra de arte que Dios ha realizado en la naturaleza suiza. De este modo, el sanjuanino vuelve a establecer una relación entre la obra de creación divina con el arte humano, que no es más que la imitación de la potencia creadora del Divino Hacedor: “los Alpes, uno de los más bellos monumentos del Jenio Supremo que inspira las perecederas artes de imitación” (*Viajes*: 271). Sin embargo, a nuestro viajero no lo emociona tanto la naturaleza misma de los Alpes como la obra que el hombre ha hecho sobre ellos para hacer de las montañas un espacio habitable y transitable por el comercio. La verdadera belleza del territorio suizo reside, para Sarmiento, en esta conquista humana sobre un espacio que parecía indómito:

Lo que mas embellece el aspecto de los Alpes es la presencia del hombre aun en sus mas escabrosas sinuosidades. La cultura, las villas i alquerías hacen domésticas aquellas agrestes bellezas, sin que el viajero acierte a comprender si las nieves han descendido accidentalmente hasta las habitaciones humanas, o bien si las nevadas rejiones sirven tambien al hombre de hospedable morada (Viajes: 271).

La imagen de los Alpes domesticados por el espíritu humano de la civilización, que ha logrado abrir en estos territorios accidentados y escabrosos una multitud de caminos que permiten el tránsito del comercio, traen a la memoria del sanjuanino los Andes americanos. Sarmiento se lamenta de que los gobiernos de ambos lados de los Andes no hayan reparado en la importancia de construir caminos que faciliten el intercambio entre ambas naciones. El sanjuanino se queja de la ceguera de los gobiernos hispanoamericanos, que se empeñan en poner trabas al libre comercio; lo que no sólo frena el progreso de las repúblicas sino que además refleja la permanencia de las costumbres y la mentalidad coloniales, que como un lastre continúan atando a estas naciones a su condición de atraso: “Así los economistas europeos no alcanzan a comprender qué especie de vértigo domina a ciertos gobiernos americanos para cerrar el tránsito a las mercaderías” (*Viajes*: 272). Ante dicha ceguera, Sarmiento insiste en los beneficios del comercio y lo compara con el oro para explicitar sus virtudes enriquecedoras: “no hai oro ni comercio malo” (*Viajes*: 272). La escritura de nuestro viajero realiza aquí un movimiento de comprensión que está siempre mediado por la imagen de los estados sudamericanos. La representación de los Alpes funciona como si los Andes fueran el negativo de la cadena montañosa suiza; en Europa aparece como positividad, como conquista humana, lo que en Sudamérica se traduce como carencia y negatividad, ausencia de progreso y lastre colonial:

En los Alpes, pues, el invierno, en cuanto a obstáculo para el tráfico, ha sido por todas partes abolido; en cambio en los Andes corría riesgo de quedar suprimido aun el estío. Ya se ve, somos tan ricos de ambos lados, que les ha de parecer, desatino el intento de los que en otro punto de los Alpes están hoi taladrando el granito por medio de máquinas monstruos, para hacer atravesar un camino de hierro (Viajes: 273).

Al llegar a Zurich, Sarmiento se sorprende gratamente con el espíritu de laboriosidad que anima a los habitantes de la ciudad. Los suizos han sabido aprovechar la naturaleza que los rodea para transformarla en “objetos de utilidad”: canales que conectan los distintos lagos, facilitando el transporte; agricultura que verdea los campos e industrias que, a juicio de nuestro viajero, embellecen las villas con sus humeantes chimeneas. Compara el sentimiento que le inspiraran los sublimes monumentos de Italia –que enaltecen su espíritu, pero que al mismo tiempo son para él cadáveres de una época pasada– con la sensación que le despierta esta belleza de otra índole, el sentimiento de vida que transmite una ciudad

donde por todas partes ve actividad humana útil y progreso constante. El contraste entre Italia y Suiza sumerge a Sarmiento en una reflexión acerca de lo visto durante su viaje hasta ahora, repasa sus visitas a España, Argelia e Italia, que le han dejado un sentimiento de tristeza ante la miseria del pueblo:

Traíame triste i desencantado hasta entrar en Suiza el repugnante espectáculo de la miseria i atraso de la gran mayoría de las naciones. En España habia visto en ambas Castillas i la Mancha, un pueblo feroz, andrajoso i endurecido en la ignorancia i la ociosidad: los árabes en Africa, me habrian tornado fanático hasta el esterminio; i los italianos en Nápoles mostrádome el último grado a que puede descender la dignidad humana bajo de cero. ¡Qué importan los monumentos del jenio en Italia, si al apartar de ellos los ojos que los contemplan, caen sobre el pueblo mendigo que tiende la mano, i no recuerda el nombre de la Madona, sino para mostrar toda la profundidad del abismo de miseria de cuerpo i de alma en que se revuelca! (Viajes: 276).

Este repaso excluye el caso de Francia, sobre el cual Sarmiento guarda un misterioso silencio, como si aún no se decidiera del todo acerca de esta nación como modelo a seguir para las repúblicas sudamericanas. Sin embargo, queda claro que en este punto de su largo periplo Sarmiento ya ha transformado tanto su visión de Europa como su concepto de lo que debe ser la civilización. En esta transformación el arte y la producción de ciencia y saber parecen jugar un rol cada vez menor en el concepto de civilización, quedando por debajo de otros atributos que parecen ser mucho más fundamentales, como la industria, la educación, un pueblo trabajador que viva en condiciones austeras pero dignas, una creciente igualdad entre los individuos y un gobierno republicano. Observamos además cómo el sanjuanino evalúa a las distintas naciones que visita a partir de las condiciones materiales de vida y la educación del pueblo, que es para Sarmiento el verdadero termómetro que permite determinar el grado de civilización de un país por sobre otros factores como el arte y la producción cultural. El costumbrismo de la pluma sarmientina lo orienta a focalizarse en la observación de las costumbres del pueblo, a partir de las cuales interpreta hasta qué punto el progreso ha tenido un efecto real en las condiciones de vida de una nación. Estando en Suiza, Sarmiento reflexiona sobre lo visto en Europa y nos insinúa una nueva definición de civilización, cuya reformulación más explícita y definitiva surgirá en su carta sobre los Estados Unidos, pero que aparece primero aquí en sus rasgos más esenciales:

La Suiza, empero, me ha rehabilitado para el amor i el respeto del pueblo, bendiciendo en ella, aunque humilde i pobre, la república que tanto sabe ennoblecer al hombre. Para mí el mayor número de verdades conocidas constituye solo la ciencia de una época; pero la civilizacion de un pueblo solo pueden caracterizarla la mas estensa apropiacion de todos los productos de la tierra, el uso de todos los poderes intelijentes, i de todas las fuerzas materiales, a la comodidad, placer i elevacion moral del mayor número de individuos. Los mismos brazos que cultivan la tierra en Suiza, fabrican relojes i telas de seda: cada casa posee una industria, i cada villa lanza al aire la columna de humo de su usina. No tiene rival en Europa la aislada casita suiza, pintada, blanqueada, frotada, i barnizada diariamente, i en la cual viven diversas familias, pobres pero industriosas como una colmena de abejas, bastándoles una renta o salario de trescientos francos anuales por lo común para entretener aquel lujo de bienestar i de aseo (Viajes: 276).

La buena impresión que le produce este pueblo por su laboriosidad e industria no nubla, sin embargo, la mirada crítica del sanjuanino sobre el sistema político de la confederación suiza. Sarmiento lamenta que el país europeo que se encuentra más cercano al gobierno republicano no sea más que una “olla podrida” (*Viajes*: 276) en materia política. Nuestro viajero encuentra enormes contradicciones entre los estancos suizos, los hay progresistas y conservadores, con diversos sistemas de derechos, combinando rancias tradiciones medievales con una democracia de miras estrechas, apegada a costumbres locales nada modernas.

El paso de Sarmiento por Suiza es breve y la misiva rápidamente despacha la descripción de aquel país para cruzar el Rin hacia Alemania. El sanjuanino llega a Munich declarando que ha ingresado en una tierra donde reinan “el cultivo del oblon, el consumo sin tasa de la cerveza i el uso de la pipa larga” (*Viajes*: 278). Claramente Sarmiento marca aquí su entrada a un territorio de costumbres distintas y desconocidas que llaman su atención. Carlos Sanhueza ha hecho notar cómo los chilenos que viajaron a Alemania durante el siglo XIX, señalaban también en sus textos el cruce al otro lado del Rin para significar el traspaso de una frontera cultural entre la Europa del sur, latina, católica, refinada e ilustrada y la del norte; protestante, sajona y materialista (Sanhueza, 2006: 142). El paso hacia Alemania significaba entrar en un país donde los chilenos experimentaban cierta distancia frente a una cultura que les resultaba extraña y ajena, identificándose con la cultura latina de la Europa meridional. Sin embargo, en Sarmiento, a diferencia de los chilenos referidos por Sanhueza¹¹⁵, no vemos este juego de distancias, ni tampoco una oposición marcada entre la extrañeza de la Europa protestante del norte y la identificación con la católica del sur. Quizás porque Sarmiento sentía una profunda admiración por el sistema de educación pública de Prusia, su experiencia de Alemania no presenta estos rasgos de extrañamiento, y en general el pueblo alemán le genera más bien simpatías que aversiones.

Al observar las costumbres de la región de Baviera, Sarmiento intenta una explicación bastante graciosa de la inclinación a la especulación filosófica propia de los alemanes, que relaciona con su gusto por fumar el tabaco en pipa:

Como yo tengo la manía de andar a caza del por qué de las cosas, he creído, hallar en el uso de la pipa el origen de la mística metafísica de los alemanes. Un filósofo, me he dicho, que pasa horas enteras en la beata contemplación del humo, que en columnas i espirales se revuelve delante de sus ojos, disipándose, reuniéndose en formas indefinibles, fantásticas, inapreciables, eclipsando por momentos la realidad, lo visible i terreno; aquel filósofo, digo para mí, debe ser caviloso, rêveur, místico, vaporoso, metafísico, incomprensible. Esta teoría tan plausible i que arrojaría una gran luz sobre los misterios de la filosofía alemana, no ha sido aceptada sin embargo por los sabios de Gotinga a quienes la sometí humildemente. Los alemanes sostienen, por el contrario, que a causa de la predisposición innata de la nación a la cavilación, al adoptar el uso del tabaco, lo han sometido a las exigencias del carácter propio (Viajes: 278).

Sarmiento ve un cierto encanto en las costumbres alemanas que, más que extrañamiento, le producen cierta curiosidad. Leo Pollmann cree que las observaciones del viajero acerca de los alemanes dejan entrever que para él la nación germana tiene un cierto carácter legendario, como si se hubiera internado en un país digno de los cuentos de hadas, donde sus habitantes muestran una tendencia a lo “vaporoso” e “incomprensible”; pero al mismo

¹¹⁵ Entre estos chilenos figuran principalmente Benjamín Vicuña Mackenna, Vicente Pérez Rosales e Isidoro Errázuriz. Véase Sanhueza, 2006: 171-189.

tiempo, esta visión de los alemanes revela la distancia del argentino frente a los filósofos idealistas como Hegel¹¹⁶ o Fichte, que difícilmente cuadraban con el espíritu pragmático del pensamiento sarmientino (Pollmann, 1997: 834-835). De todos modos, Sarmiento no ve en esta tendencia metafísica de los alemanes un defecto que pueda incidir negativamente en el futuro progreso del país, lo que lo diferencia de las opiniones de un Vicuña Mackenna, quien veía en el idealismo de los alemanes un freno hacia las actividades pragmáticas, lo que a su juicio impedía que el país se transformase en una gran potencia europea¹¹⁷. Tampoco se espanta Sarmiento frente al jolgorio de las tabernas alemanas, celebra que ambos sexos y todas las clases sociales se reúnan en igualdad a divertirse sanamente y recuerda cómo en Chile él había defendido ya la necesidad de respetar el espacio de esparcimiento que brindaban las chinganas, las que podrían aprender bastante del decoro y la tranquila alegría que pueden observarse en las tabernas de Baviera:

Al ver estas danzantes reuniones de pueblo, tan pacíficas i honestas, tan sin reproche aun para la conciencia de los jendarmes de policía tan ríjida como se sabe, me he acordado de nuestras chinganas, i holgándome de haber levantado mi débil voz alguna vez, contra los puritanos que querian suprimirlas, porque ellos tienen sus teatros, sus diarios i sus conciertos, i el pobre pueblo se emborracha un poco mas de lo que convendría, como si porque el aire fuese reconocido malsano, conviniese privar de él a los que respiran (...) Si la chingana fuese aseada, confortable, embellecida, danzante, diletante, cuántas penas calmaria, i cuántas horas de entorpecimiento quitaría de las que forman el difícil i nudoso tejido de la vida de los pobres. Estos jardines en Europa i las distracciones a precio ínfimo, sino grátis, que encuentra el pueblo en el esplendor de las capitales, son otras tantas compensaciones de que el miserable carece en América (Viajes: 279).

La carta de Sarmiento termina su descripción costumbrista de Munich para trasladarse a Berlín. La misiva relata en este punto las actividades del sanjuanino en torno a los dos principales objetivos de su visita a Alemania: el examen de la educación pública y la posibilidad de atraer inmigrantes germanos hacia Chile y Argentina. El sanjuanino describe brevemente su primera impresión de la ciudad, que le parece un tanto seca, desnuda de toda riqueza artística, lo que atribuye a la religión protestante de sus habitantes. Su impresión es que toda la belleza de la ciudad está dada por los bosques que la rodean. Sin embargo, esto no parece preocuparlo demasiado, pues para Sarmiento la verdadera belleza de Prusia se realiza en su excelente sistema de educación pública: “El sistema de instrucción pública de la Prusia es el bello ideal que pretenden realizar otros pueblos, i juzgarlo a vista de ojo, el objeto de mi incursión a las latitudes septentrionales” (Viajes: 281). Sarmiento le cuenta a Montt que se ha reunido con el ministro de instrucción pública

¹¹⁶ La distancia de Sarmiento respecto del idealismo hegeliano es, en todo caso, relativa. Si bien Sarmiento no era cercano a la obra del filósofo alemán, sí recibió una fuerte influencia de su filosofía de la historia, aunque de manera mediada. El influjo de Hegel se deja ver en *Facundo* a través de las ideas de Víctor Cousin y su obra *Introduction à l'histoire de la philosophie* (Véase sobre este asunto Verdevoye, 1963: 403). A su vez, Sarmiento habría entrado en conocimiento de la obra de Cousin a través de su amigo Vicente Fidel López, cuya *Memoria*, tesis de graduación de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, habría servido de base teórica para *Facundo*. Véase Pellicer, 1990; especialmente los capítulos quinto y sexto.

¹¹⁷ Dice Vicuña Mackenna: “La fatalidad de esta gran nación es su propio espíritu, su filosofía, su inteligencia, su idealismo; i ahí se está toda la nación pensando i meditando llena de sabiduría i de descubrimientos, poblada de universidades i sabios i arriada a chicotazos por las guarniciones de los austriacos i prusianos” (Vicuña Mackenna, 1856: 310). Véase el comentario que hace al respecto Sanhueza, 2006: 144-145.

M. Eikhorn y que ha recogido un cúmulo de información útil sobre esta materia, que verá su fruto en un tratado especial que piensa escribir a su regreso a Chile. La misiva no refiere más detalles sobre las investigaciones de Sarmiento acerca de este punto, pero podemos

encontrar sus opiniones sobre el asunto en su obra *De la Educación Popular*¹¹⁸, donde el sanjuanino expuso los resultados de su investigación sobre la educación pública en Europa y Estados Unidos. En su carta sobre Alemania, si bien el sanjuanino no nos relata su inspección de las escuelas prusianas, deja ver la buena impresión que tuvo de ellas al declarar que en el futuro Prusia estaría más preparada que Francia para la vida política y para la adopción del voto universal:

la Prusia, gracias a su inteligente sistema de educación, está mas preparada que la Francia misma para la vida política, i el voto universal no sería una exajeracion, donde todas las clases de la sociedad tienen uso de la razon, porque la tienen cultivada (Viajes: 282).

Sarmiento destaca en su texto el vocablo *uso* para hacer patente que la educación que el estado prusiano brinda a su pueblo implica, sobre todo, inculcar una *praxis* racional que está en directa relación con la formación de la ciudadanía. He aquí el objetivo principal de la educación para el sanjuanino, la formación de ciudadanos que estén preparados para la vida política. Por lo tanto, vemos cómo para Sarmiento la educación tiene una finalidad eminentemente utilitaria y política; no se trata de formar letrados, sino ciudadanos que sean capaces de ejercer responsablemente la libertad y los derechos y deberes que vienen aparejados a la vida republicana. En Argentina uno de los factores que explicaba la tiranía de Rosas era, según el sanjuanino, esa libertad de la que gozaban los gauchos de la pampa que, careciendo de toda educación, la transformaban en un salvajismo libertino que desembocaba en la violencia. La civilización para Sarmiento es, ante todo, la supresión de esos instintos violentos para encauzar las energías humanas hacia la actividad útil¹¹⁹ en provecho de la nación, y la educación, en este sentido, tendría un rol fundamental. Leo Pollmann nos indica que el sistema de educación prusiana, si bien era uno de los más adelantados de Europa, era también bastante conservador en relación a los contenidos que pretendía inculcar. La idea del sistema de instrucción prusiano era “enseñar a todos, sí, pero no demasiado y siempre en relación con los deberes dentro del Estado” (Pollmann, 1997: 841). De modo que podemos pensar que Sarmiento seguramente admiraba aquel sistema porque ofrecía un instrumento exitoso para la formación de una ciudadanía, probando cómo la educación lejos de ser peligrosa para las repúblicas, podía transformarse en uno de los principales mecanismos de control que el Estado puede ejercer sobre su pueblo.

Respecto a la inmigración, Sarmiento cuenta en su carta que se reunió con Karl F. W. Dieterici, jefe de la oficina de estadísticas, y con el ministro del interior para averiguar datos sobre este asunto. Se lamenta de que los alemanes que toman la decisión de migrar hacia América sólo consideren los Estados Unidos como único destino posible, desestimando a la América del Sur que parece no gozar de muy buena fama entre el pueblo germano. Al mito común de la época sobre una América de naturaleza inferior, con un clima poco favorable,

¹¹⁸ Allí Sarmiento se refiere elogiosamente al sistema de instrucción pública de Prusia, que a su juicio es el más completo y adelantado de Europa: “La Prusia es el primero de los Estados europeos en antigüedad i perfeccion del sistema de educación pública, i que ha prestado útiles lecciones prácticas i resultados adquiridos a las otras naciones de Europa. La lei en Prusia obliga a todo padre de familia, rico o pobre, a mandar a sus hijos a la escuela, a no ser que haga constar que les dá educación competente en su propia casa” (Sarmiento, 1849: 43).

¹¹⁹ Recordemos la reflexión de Sarmiento sobre las corridas de toro en España.

excesivamente caluroso y húmedo, y poblada de bestias medio deformes¹²⁰; se agrega la cuestión de la inestabilidad política y la presencia de gobiernos sanguinarios y hostiles a los extranjeros, en un claro guiño a los casos de Rosas y Oribe:

Por desgracia la América para el pueblo alemán está solo al Norte del trópico de Cáncer; la América del Sur, no es la América remedio de los males presentes, aquel mito popular de un Eden terrestre, que conocen los alemanes desde niños, i da pábulo a una esperanza para los que desesperarían a no tenerla. Lo único que de la América del Sur saben los entendidos, es que hai en ella fiebre amarilla, calor sofocante, alimañas ponzoñosas, guerra interminable; i sobre todo este cúmulo de bendiciones, reinando no sé que gigante espantable que como el rei Busiris, mata o persigue sin tregua a los extranjeros que abordan a sus playas. Así, pues, la América del Sur es en la creencia popular, el mito del mal, el reino de las tinieblas i de la muerte (Viajes: 282).

Ante esta visión negativa, a Sarmiento le parece que la mejor estrategia a seguir es crear políticas de inmigración que sean especialmente favorables para los extranjeros, de manera de posicionar el destino de América del Sur como uno atractivo para las oleadas de inmigrantes. El sanjuanino es consciente de que, para crear estas estrategias, es necesario convencer antes a los gobiernos sudamericanos de las ventajas que los inmigrantes alemanes pueden traer a las jóvenes repúblicas. Por lo tanto, la argumentación de Sarmiento en este punto trabaja en dos frentes, el primero es convencer a los gobiernos sudamericanos de que la atracción de inmigrantes es una política fundamental para asegurar el progreso y riqueza de los estados sudamericanos; el segundo frente es, una vez generada esta conciencia, crear un programa de inmigración que sea capaz de cautivar a los alemanes que buscan nuevas oportunidades en países extranjeros. Para lo primero, Sarmiento utiliza los datos estadísticos recogidos por Dieterici y con números en mano muestra el aumento creciente de la inmigración alemana hacia Estados Unidos entre 1810 y 1842, asociando el crecimiento de esta oleada migratoria con el enriquecimiento y florecimiento comercial de la nación del norte. Al mismo tiempo, hace énfasis en la “escogida clase de emigrantes” que van a los Estados Unidos y que podrían eventualmente dirigirse a Chile, no son obreros ni masas empobrecidas, sino alemanes educados y hasta elegantes que distinguirían con su presencia a las sociedades de Sudamérica y que justamente por estar más educados podrían vencer fácilmente los prejuicios respecto de la naturaleza americana¹²¹:

Hace apenas tres meses que la prensa anunciaba el arribo a Rotterdam de ochocientos emigrantes, notables entre todos por la elegancia de sus mujeres,

¹²⁰ La visión de América como una tierra cuyo clima nefasto había producido una naturaleza inferior a la de Europa, popularizado por naturalistas como Buffon y Cornelius de Pauw era, de hecho, uno de los principales obstáculos a vencer a la hora de atraer a los inmigrantes alemanes hacia las tierras de América Latina. Carlos Sanhueza se refiere a los problemas que tuvo que enfrentar en este sentido Vicente Pérez Rosales cuando fue enviado a Hamburgo con el cargo de Cónsul de Chile en 1855 (Sanhueza, 2006: 149-156). Respecto del mito sobre la inferioridad de la naturaleza americana, véase el excelente libro de Antonello Gerbi *La disputa del nuevo mundo. Historia de una polémica 1750-1900* (Gerbi, 1960).

¹²¹ Leo Pollmann repara en la omisión de Sarmiento respecto de la crisis económica en Alemania, donde, durante la década del '40, existía un creciente problema de sobrepoblación con la consiguiente falta de empleo. Sarmiento, a conciencia de que sus escritos iban dirigidos a un público sudamericano frente al cual su misión era mostrar el lado más seductor de la inmigración, omite este tipo de información y enfatiza los aspectos más positivos de los inmigrantes, a los que tiñe con cierto velo romántico: los describe como elegantes y pertenecientes a una etnia que lleva en su sangre el deseo de moverse y poblar nuevas tierras, en busca de un paraíso edénico. Véase Pollmann, 1997: 843.

la gracia i adorno de los vestidos de los niños, lo que mostraba a mas de medios de existencia, cultura en los modales i cierta posicion social adquirida. Esta escojida clase de emigrantes son los que primero podrán llegar hasta Chile; pues que los millones de proletarios que desearian espatriarse de Europa, no aspiran largo tiempo a doblar el Cabo, rodeado para ellos de prestijos terríficos; i puesto que Ud. me indica «la posibilidad de que en las Cámaras próximas se dé alguna lei que favorezca de un modo mas amplio la emigracion extranjera», no estará demas que le trasmita para su conocimiento, las observaciones que me han hecho personas competentes (Viajes: 283).

En vista de lo anterior, Sarmiento recomienda a Montt que el gobierno de Chile adopte una serie de medidas capaces de atraer a este tipo de inmigrantes. Además de ofrecer terrenos baldíos¹²², insiste en la necesidad de que se asigne un agente chileno que se ocupe de acomodar a las familias recién venidas, cuidando de que hallen a su llegada las condiciones favorables para su instalación. Propone también que, en lugar de ceder gratuitamente los terrenos, éstos se otorguen junto a un capital de dinero en préstamo, el cual los inmigrantes debían devolver al cabo de unos años quedando libres de la deuda y en propiedad de la tierra asignada; de manera de asegurar que los recién llegados se avocaran inmediatamente al trabajo y al rendimiento comercial de los bienes y tierras facilitados por el gobierno, asegurando así la productividad de estos inmigrantes. Los consejos de Sarmiento a Montt terminan con la recomendación de poblar los terrenos baldíos no sólo con inmigrantes, sino también con las “masas de labradores chilenos sin tierra” (Viajes: 286), como forma de ocupar las fuerzas inactivas de hombres deseosos de trabajar a los que sólo falta el impulso de una pequeña propiedad, al modo de los colonos norteamericanos.

Sarmiento se reúne luego en Gotinga con el profesor Eduardo Wappaüs, quien había trabajado ya en la publicación de una serie de escritos de varios autores sobre la emigración y colonización alemana. El sanjuanino ya había entrado en contacto con el Dr. Wappaüs en París, y le había prometido escribir una memoria sobre la emigración alemana al Río de la Plata, que le entregaría al profesor a su llegada a Gotinga para que éste la tradujera al alemán. Sarmiento menciona a Wappaüs en su misiva sobre Alemania cuando se refiere a él como uno de los especialistas sobre el tema de la inmigración y, más adelante, cuando se reúne con él en Gotinga. Sin embargo, omite completamente el asunto de su colaboración con el profesor para escribir una memoria sobre la inmigración alemana al Río de la Plata¹²³:

Entre otros el Dr. Wappäus, profesor de jeografía i estadísta en la Universidad de Gottinga, consagra un estudio especial a la historia de las repúblicas de Sudamérica, apénas conocidas de nombre en Alemania. Una historia de Venezuela ha visto ya la luz pública, i la de Chile le seguirá tan pronto cuanto haya terminado la verificacion de sus datos. Ud. comprende que yo he debido hacer cuanto mi débil esfuerzo me permitia en obsequio del propósito, como asimismo para la continuacion de sus trabajos sobre la emigracion, suministrándole datos locales i prácticos que ayuden a esclarecer sus datos

¹²² Es curiosa la referencia de Sarmiento a los *terrenos baldíos* (Viajes: 283), que aparecen destacados con una misteriosa letra cursiva, como si nuestro viajero quisiera indicar que aquellas tierras en realidad sí estaban ocupadas por la población indígena, que el estado chileno (y más tarde el argentino) intentaría erradicar y exterminar.

¹²³ Dicha memoria aparece en español con el título de “Emigración alemana al Río de la Plata” en el tomo XXIII de las *Obras Completas* de Sarmiento, pp.150-177. Los detalles sobre la historia de este texto y la colaboración entre Sarmiento y Wappaüs se encuentran recogidos en el artículo de Leo Pollmann (Pollmann, 1997: 847-850).

escritos. Estos trabajos, de los cuales ya ha aparecido uno, Emigración i colonización alemana, tienen por objeto desviar la corriente de emigración que se precipita ciegamente sobre las costas de Norteamérica, no obstante las dificultades del clima, i el pauperismo que aparece ya alarmante en las costas (Viajes: 284).

La misiva alemana de Sarmiento termina con la descripción de su amena estancia en la ciudad de Gotinga, donde se codea con el círculo de profesores amigos de Wappaüs. Sarmiento parece encantado con esta ciudad consagrada completamente al estudio, donde conviven estudiantes y profesores dedicados a la labor espiritual de la producción de saber. El sanjuanino compara la universidad con un monasterio, por ser ambos recintos que procuran el retiro de la vida agitada de las ciudades para concentrarse enteramente en la investigación y el conocimiento:

Léjos del bullicio de las grandes ciudades i sin el aguijon del lujo, estos profesores viven enteramente consagrados a las laboriosas vijilias que enjendran las grandes obras del espíritu. Las virtudes del claustro, sin sus privaciones forzadas, i la consagración del sabio antiguo a un objeto único, revisten a estos maestros de los prestigios de un sacerdocio científico (Viajes: 287).

Sarmiento disfruta de la animada conversación con los profesores alemanes, con quienes discute sobre filosofía, e indaga a través de la tertulia en las diferencias de pensamiento entre católicos y protestantes. Sarmiento ve allí cómo su pensamiento, pese a todo, lleva la marca de lo católico: “yo me mostraba sin advertirlo, profundamente católico en mi manera de apreciar la unidad de las creencias, i la necesidad de una verdad comun a todos los pueblos civilizados” (Viajes: 288). Y ve en cambio en los protestantes la tendencia a creer en una esencia verdadera, invisible e inmutable que se manifiesta de maneras diversas según la época, el país y la cultura. Sarmiento constata la diferencia de ambos mundos culturales y se identifica con la mentalidad católica, pero dicha diferencia no se traduce para él en distancia ni en una visión desdeñosa de la mentalidad protestante, sino que simplemente confronta la existencia de estos modos de pensar diversos cuya discusión le parece estimulante. Hacia el final de la misiva Sarmiento se confiesa de un humor nostálgico, su estadía en Gotinga le ha parecido dulce y encantadora, pues admite que por primera vez en largo tiempo se siente tranquilo y grato. Lo vemos un tanto agotado por tener que trasladarse de un lugar a otro, sin poder establecer vínculos afectivos, sino sólo relaciones pasajeras. Sarmiento pinta su estadía en Gotinga como un respiro y un descanso frente a esa nostalgia y agotamiento del viajero, un momento de retiro que le permite tomar fuerzas para poder terminar su periplo:

¡Cuán tranquilos se han deslizado estos quietos días que he pasado en Gotinga! ¡Porque se hace al fin triste i congojoso andar meses i años cambiando de lugar, con el corazón cerrado a todas las afecciones, flotando desconocido entre un mar de seres humanos, que pasan o se quedan mientras uno es el que pasa, como aquellas visiones estrañas que se nos presentan en confusa masa durante una pesadilla! ¡Oh! ¡Berlin, Berlin! ¡Cómo he sufrido allí de este mal secreto del corazón! (Viajes: 286).

Finaliza aquí la serie de cartas sobre Europa. En su última misiva sobre el continente, vemos a Sarmiento interesado sobre todo en los aspectos útiles de Suiza y Alemania, aquellos despuntes de civilización que pueden ser más instructivos, siempre con su mirada vuelta hacia los estados sudamericanos. El sanjuanino visitó algunos otros países, sobre los cuales prefirió no hablar, siendo notorio el caso de Inglaterra, donde adquirió el libro

de Horace Mann que lo impulsaría a gastar el poco dinero que le quedaba en un pasaje con destino a los Estados Unidos. Como si su estadía en Europa lo hubiese dejado desilusionado y con una sensación de vacío en el corazón, emprenderá este último viaje para buscar aquel esquivo ideal de la civilización.

4. Estados Unidos: civilización y utopía

Nuestro viajero escribe la última carta de sus viajes al argentino Valentín Alsina, con fecha 12 de noviembre de 1847. El sanjuanino escribe esta misiva, la más larga de la serie con más de cien páginas, cuando ya ha terminado su viaje y se encuentra en La Habana, camino de regreso a Chile; por lo tanto, todas sus experiencias durante los dos años que ha durado el periplo, parecen sedimentar ahora con claridad en ésta, su última carta. Aquí parecen sintetizarse todas las vivencias y observaciones del sanjuanino como en un crisol; constantemente compara lo que ve en Estados Unidos con sus experiencias en Europa, dibujando claramente una jerarquía que atraviesa todos los países visitados y que coloca a la nación norteamericana en el pináculo más definitivo de lo que Sarmiento entiende ahora como civilización. Dicho concepto, el de civilización, lo vemos aquí transformado, pues nuestro viajero durante su periplo ha acumulado experiencias que han modificado significativamente sus antiguos ideales al respecto. La carta sobre Estados Unidos trata justamente sobre esto, es el manifiesto más evidente de la caída de Francia como antiguo ideal de una civilización cultural, para reemplazarla por el modelo de los Estados Unidos, donde la civilización toma nuevos atributos, privilegiando la igualdad material, la educación y la producción industrial.

Sarmiento comienza su carta desde los Estados Unidos con la siguiente afirmación:

Quiero decirle que salgo triste, pensativo, complacido i abismado; la mitad de mis ilusiones rotas o ajadas, miéntras que otras luchan con el raciocinio para decorar de nuevo aquel panorama imaginario en que encerramos siempre las ideas cuando se refieren a objetos que no hemos visto, como damos una fisonomía i un metal de voz al amigo que solo por cartas conocemos (Viajes: 290).

Europa ha roto las ilusiones del argentino¹²⁴, que visitó el viejo continente con la imagen que los libros dejaban en su cabeza y verificó lo que antes pintaba su sola imaginación. Pese a que nuestro autor es bueno exagerando y retocando la realidad a la medida de sus ideas, quizás su ideal por Europa era tan alto que no resistió la prueba y se le hizo evidente el contraste entre esplendor cultural y miseria. Desde su carta de Suiza ya experimenta esta tristeza: “Qué importan los monumentos del jenio en Italia, si al apartar de ellos los ojos que los contemplan, caen sobre el pueblo mendigo que tiende la mano” (*Viajes*: 276). Después de todo, Sarmiento no es ningún Quijote y no pudo imaginar allí donde encontró la falta, la carencia del continente europeo. Es un rasgo de su personalidad que muestra

¹²⁴ Algunos biógrafos y comentaristas han interpretado erradamente este pasaje, creyendo que Sarmiento expresaba aquí su desilusión respecto de los Estados Unidos. Así por ejemplo, Manuel Gálvez, uno de sus biógrafos, lee el comienzo de la carta como si fuera la desilusión de la nación norteamericana lo que ha dejado al sanjuanino “triste, pensativo” (Gálvez, 1957: 132). En realidad es todo lo contrario, el viajero hace aquí un balance de la totalidad de su viaje y su estadía en Estados Unidos lo deja triste porque se ha visto obligado a abandonar sus antiguas ilusiones respecto de Europa, especialmente de Francia, al comprobar la superioridad de la nación norteamericana. Véase sobre esta común interpretación errada Pellicer, 1997: 919-920.

esa profunda independencia de espíritu, donde su propio criterio es el que se impone sobre todo lo que juzga, aunque esto se traduzca en perder sus antiguas ilusiones. Pero también queda denunciada una secreta y más profunda dependencia, porque ante la caída del viejo modelo, nuestro viajero necesita con toda urgencia encontrar uno nuevo.

Sarmiento no pensaba visitar los Estados Unidos, hasta que cayó en sus manos el libro del norteamericano Horace Mann *Informe de un viaje educacional en Alemania y parte de Gran Bretaña*¹²⁵. Junto con la idea de visitar a este educador, aparece en el horizonte la posibilidad de recuperar el modelo utópico perdido en este país nuevo. Según William H. Katra, varios aspectos de este viaje contribuyeron al retrato exaltado y a veces cegado que Sarmiento hace de los Estados Unidos. Junto al deseo de encontrar un nuevo ideal civilizatorio, está la corta estadía de Sarmiento en el país¹²⁶, que impidió que el argentino pudiera recorrer las diversas realidades de este vasto territorio. Además Sarmiento conocía poco el idioma inglés y estaba casi en bancarrota cuando llegó al territorio norteamericano, ambos factores que contribuyeron, según Katra, a que el sanjuanino experimentara un cierto sentimiento de inferioridad y humillación, cosa que no ocurrió en Francia donde dominaba el francés y todavía contaba con fondos suficientes (Katra, 1997: 862).

Estos factores ayudaron en cierta medida a que Sarmiento proyectara sobre los Estados Unidos una imagen utópica. Así como en la pampa, donde el autor argentino creía que había que crear un nuevo mundo *ex nihilo* (Ossandón, 1992), en Estados Unidos los colonos habían logrado erigir una nueva forma de vida social, que destacaba por la enorme uniformidad entre los individuos en materia de educación, bienestar y participación pública. Sarmiento visitó las grandes ciudades del este como Nueva York, Boston y Philadelphia, y algunos pequeños centros urbanos que más tarde se transformarían en grandes ciudades, como Washington, Buffalo y Pittsburgh. No alcanzó a visitar las plantaciones de algodón de los estados del sur ni vio la parte de miseria asociada al progreso material de este país. Su impresión fue que en los Estados Unidos no existían clases sociales, que todos los hombres y mujeres eran libres e iguales y que todas las aldeas gozaban de los mismos progresos técnicos. Asoció esta uniformidad al carácter del peregrino puritano, le pareció que éste era un pueblo que no estaba dedicado a los goces mundanos (a diferencia de lo que viera en París), sino al trabajo.

Si el viejo continente presenta los rasgos de una civilización a veces oxidada, atada a las cadenas de su propia historia; la república del norte será para Sarmiento el territorio de lo nuevo, de lo que empieza sin ataduras, y que lleva consigo el ímpetu y las alas de una modernidad naciente. Por eso el ojo del sanjuanino tendrá que adaptarse primero a la observación de este “animal nuevo”, de esta civilización impetuosa pero aún naciente:

¹²⁵ El título original de la obra es *Report of an Educational Tour in Germany, and parts of Great Britain and Ireland. Being part of the seventh annual report of Horace Mann, Esq., Secretary of the Board of Education, Mass., U.S., 1844*. London: Simpkin, Marshall and Company, 1846.

¹²⁶ Sarmiento sólo tuvo dos meses -del 14 de septiembre al 12 de noviembre de 1847- para recorrer frenéticamente los estados norteamericanos y parte de Canadá, un tiempo breve dada la extensión del territorio, comparado con el año y medio que pasó en Europa y los seis meses que dedicó casi exclusivamente a conocer Francia. Durante el periodo que Sarmiento pasó en los Estados Unidos, recorrió Nueva York y sus alrededores, visitó la represa del río Croton, luego se dirigió a Albany y Buffalo. Desde allí inspeccionó el río Niágara, el lago Erie y las cataratas del Niágara. Viajó a Queenston y tomó un barco por el lago Ontario, divisó las Thousand Islands y visitó las ciudades de Québec y Montreal en Canadá. De regreso desde Canadá, pasó por La Prairie, el lago Champlain y Troy, para quedarse en Boston. Desde Boston volvió a Nueva York para dirigirse a Baltimore, Washington, Philadelphia, Harrisburg y Pittsburgh. Pasó por Cincinnati y se embarcó en el Mississippi para quedarse en Nueva Orleans, donde tomó un barco para La Habana, emprendiendo su regreso definitivo a Chile.

Los Estados-Unidos son una cosa sin modelo anterior, una especie de disparate que choca a la primera vista, i frustra la espectacion pugnando contra las ideas recibidas, i no obstante este disparate inconcebible es grande i noble, sublime a veces, regular siempre; i con tales muestras de permanencia y de fuerza orgánica se presenta, que el ridículo se deslizaria sobre su superficie como la impotente bala sobre las duras escamas del caiman. No es aquel cuerpo social un ser deforme, monstruo de las especies conocidas, sino como un animal nuevo producido por la creacion política, estraño como aquellos megaterios cuyos huesos se presentan aun sobre la superficie de la tierra. De manera que para aprender a contemplarlo, es preciso ántes educar el juicio propio, disimulando sus aparentes faltas orgánicas, a fin de apreciarlo en su propia índole, no sin riesgo de, vencida la primera estrañeza, hallarlo bello, i proclamar un nuevo criterio de las cosas humanas (Viajes: 290).

Esta declaración al inicio de la carta, es testimonio fiel de la manera en que el breve paso por Estados Unidos ha dejado una huella profunda en el sanjuanino. Tal como él mismo lo expresa, la nación norteamericana es “cosa nueva”, nunca vista, que escapa de las impresiones que nuestro educador se había hecho acerca de cómo debía ser la civilización. Los Estados Unidos darán al sanjuanino ese “nuevo criterio de las cosas humanas”. ¿En qué consiste este nuevo criterio? ¿Cuáles son las características que hacen de esta nación el “pueblo rey de la civilización”? ¿Qué proyecto de modernidad se desprende de la experiencia norteamericana de Sarmiento? Las respuestas a estas interrogantes las dará el mismo sanjuanino, que dedicará un extenso análisis a las condiciones que hacen de los Estados Unidos la república de la civilización.

La carta sobre Estados Unidos es la única que comienza con un largo ensayo dedicado a analizar las condiciones físicas, sociales y políticas que hacen de los Estados Unidos la nación que encarna el ideal de la civilización. Sólo después de más de sesenta páginas de análisis, Sarmiento relata algunos incidentes de viaje, pero nunca abandona del todo el discurso ensayístico, siendo esta carta la que menos narrativa de todas las que componen el libro de viajes. La reflexión sarmientina procederá, como es su costumbre, desde lo exterior hacia lo interior. Al igual que en su *Facundo*, el examen del cuerpo social comienza por el examen del territorio. Pero si en *Facundo* la pampa infinita era presentada como obstáculo y medio estéril para la asociación, la tierra de los Estados Unidos aparece como plena de oportunidad: espacios sin límites para ser poblados, exposición a los mares con golfos y bahías, superficie variada que no opone dificultad a los medios de comunicación (ríos y ferrocarriles) y abundancia en materias primas como carbón o granito. Las riquezas del amplio territorio del norte se ofrecen como escenario ideal para el desarrollo civilizado¹²⁷. Sin embargo, el espacio propicio no es suficiente: “La naturaleza habia ejecutado las grandes facciones del territorio de la Union; pero sin la profunda ciencia de la riqueza pública que poseen los norte-americanos la obra habria quedado incompleta” (*Viajes*: 296-297). Para Sarmiento, el despliegue de la civilización depende en última instancia del “genio de un pueblo” para explotar estas condiciones a favor de su desarrollo, a las riquezas del territorio se corresponde una cierta “riqueza pública”, al cuerpo natural, un cierto “cuerpo social”.

¹²⁷ Como hemos mencionado ya al inicio del capítulo tercero, la imagen de América como espacio de naturaleza plena, que se ofrece para ser explotado en términos de una relación colonial, puede ser rastreada en Humboldt, cuyos escritos tuvieron una influencia importante en los intelectuales decimonónicos de América Latina, incluyendo a Sarmiento. Para estudiar el tema de la naturaleza como *disponibilité* en Humboldt y la relación de su obra con la representación de América Latina como un espacio de “pura naturaleza”, véanse Sanhueza, 2006: 74-79; y Pratt, 1997: 217-228.

Sarmiento representa la conjunción de estos dos aspectos –naturaleza plena de riquezas y el genio de un pueblo que sabe aprovecharlas y hacerlas productivas– mediante una metáfora que expresa el carácter utópico de esta encarnación de la república:

País de Cucaña! diría un frances. La ínsula Barataria! apuntaría un español. Imbéciles! Son los Estados-Unidos, tal cual los ha formado Dios, i jurara que al crear este pedazo de mundo, se sabía mui bien él, que allá por el siglo XIX, los desechos de su pobre humanidad pisoteada en otras partes, esclavizada, o muriéndose de hambre a fin de que huelguen los pocos, vendrían a reunirse aquí, desenvolverse sin obstáculo, engrandecerse, i vengar con su ejemplo a la especie humana de tantos siglos de tutela leonina i de sufrimientos (Viajes: 292).

El “País de Cucaña” que nombra Sarmiento nos envía a aquel mito medieval de la tierra de la abundancia, con ríos de vino y leche y montañas de queso. La referencia a aquel país sirve al viajero para significar la condición única de la riqueza territorial norteamericana. Y a aquella tierra paradisíaca llena de riquezas se agrega aquel otro espacio utópico, la ínsula de Barataria, que nos remite al Quijote y a la ínsula que Sancho Panza gobernara con sabiduría salomónica¹²⁸. De modo que ese segundo referente indica claramente que estamos hablando de un país que goza además de buen gobierno, de uno justo, igualitario, y que sabe sacar de su tierra el mejor provecho, evitando la existencia de masas humanas viviendo en condiciones miserables. Los Estados Unidos son, para Sarmiento, esta conjunción utópica, tan maravillosa que es de no creerla, de la abundancia con el buen gobierno.

El cuerpo social de los Estados Unidos tiene, para Sarmiento, su núcleo fundamental en la aldea como centro de la vida política. A partir de los fugitivos detalles cotidianos de la vida pueblerina, el sanjuanino elaborará una imagen escrita de los rasgos más prominentes de la moderna nación. A diferencia de lo que sucede en Europa o en América Latina, donde la aldea es la negación de la ciudad, en Estados Unidos la aldea “es ya todo el estado, en su gobierno civil, su prensa, sus escuelas, sus bancos, su municipalidad, su censo, su espíritu y su apariencia” (*Viajes*: 297). Este pequeño microcosmos, a ojos del sanjuanino, da fe de la enorme igualdad material de la que goza el pueblo en masa: iguales casas e instrumentos de trabajo, iguales vestidos, vagones de igual confort en los ferrocarriles, sin distinción de clase. La tremenda homogeneidad que Sarmiento cree ver a lo ancho de los Estados Unidos, lo disuade de que allí no existen la miseria ni la desigualdad que sí pudo observar en Europa. Y no sería justo decir, en este caso, que Sarmiento idealizó lo visto, pues realmente las aldeas que visitó el sanjuanino –especialmente las de Nueva Inglaterra– poseían aquellas características. Su objeto de idealización no fue la aldea sino la nación estadounidense, a la cual Sarmiento extiende todos estos atributos (Pellicer, 1997: 943), como si a lo largo y ancho de los Estados Unidos no existieran más que aquellas aldeas como una única realidad, completamente homogénea. Esta impresión particular que el sanjuanino pluraliza hasta hacerla condición universal de la nación estadounidense, se torna poderosa al observar que todas las aldeas poseen diarios, hoteles y escuelas a las que los niños asisten en masa. Incluso se toma el tiempo de observar los carteles y

¹²⁸ Recordemos uno de los consejos que diera el Quijote a Sancho para el gobierno de la ínsula: “Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una ser bien criado con todos, aunque esto ya una vez te lo he dicho; y la otra procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que el hambre y la carestía” (Cervantes, 2004: 941).

anuncios comerciales sin faltas de ortografía¹²⁹, afirmando que “el norteamericano es un literato clásico en materia de anuncios” (*Viajes*: 299). La observación del detalle, herencia del costumbrismo que aprendió de Mariano Larra, se vuelve una estrategia de interpretación de la realidad social: “Fíjome en estos detalles porque ellos solos bastan a caracterizar a un pueblo i suscitan un cúmulo de reflexiones” (*Viajes*: 297). Nuevamente vemos cómo la observación de las costumbres del pueblo le sirve como señal inequívoca del grado de progreso del país, y aquí su sorpresa es grata cuando verifica que no existen mayores diferencias entre los habitantes de ciudades y aldeas, pues le parece que gozan todos de igual bienestar. A partir de este procedimiento de observación declara su diagnóstico:

La igualdad es, pues, absoluta en las costumbres i en las formas. Los grados de civilizacion o de riqueza no están espresados como entre nosotros por cortes especiales de vestido. No hai chaqueta, ni poncho, sino un vestido comun i hasta una rudeza común de modales que mantiene las apariencias de igualdad en la educacion (Viajes: 301).

Y a continuación del diagnóstico ofrece la explicación de este excepcional logro de igualdad y progreso:

Pero no es ésta la parte mas característica de aquel pueblo: es su aptitud para apropiarse, jeneralizar, vulgarizar, conservar i perfeccionar todos los usos, instrumentos, procederes i auxilios que la mas adelantada civilizacion ha puesto en manos de los hombres. En esto los Estados Unidos son únicos en la tierra. No hai rutina invencible que demore por siglos la adopcion de una mejora conocida; hai por el contrario una predisposicion a adoptar todo (Viajes: 301).

El sanjuanino se complace en ver cómo el genio de este pueblo se halla en su inmensa habilidad práctica para apropiarse de los avances y saberes que otros –los europeos– han desarrollado, y volverlos productivos. Los Estados Unidos no son grandes como nación por ser un polo de producción cultural y científica, sino por productivizar dicho conocimiento, transformándolo en riqueza. Su superioridad reside en la capacidad de hacer fértil el saber que en Europa no ha quedado más que en ideas estériles o cuyo beneficio se ha extendido sólo al interior de la porción más privilegiada de la población. El sanjuanino cree que dicha libertad para apropiarse del saber y productivizarlo radica justamente en aquella ausencia de tradición, que en el ideario de Sarmiento es sinónimo de apego al pasado e incapacidad de saltar hacia el futuro. Con esta observación, nuestro viajero poco a poco comenzará a delinear los rasgos espirituales del pueblo norteamericano. A partir de signos exteriores: vestidos, viviendas, anuncios comerciales o instrumentos de trabajo; el sanjuanino entreteje el retrato moral de un cuerpo social que encarna el genio de la civilización. Ausencia de tradición y vulgarización del progreso se traducen en libertad e igualdad, ambos ideales de la revolución francesa y el iluminismo que, sin embargo, adquieren aquí una consistencia bien diferente a la imagen tradicional de la ilustración. El sanjuanino tendrá que admitir que no es éste el pueblo gestor de una alta cultura ni existen entre sus gentes hábitos refinados al modo de la élite francesa o italiana. Y se verá forzado a precisar su concepto de civilización a la luz del pueblo estadounidense. Para ello hace la distinción entre civilidad y civilización:

El diccionario de Salvá, porque el de la Academia no hace fe hoy, dice, definiendo la palabra civilizacion, que es “aquel grado de cultura que adquieren pueblos i personas, cuando de la rudeza natural pasan al primor, elegancia y dulzura de

¹²⁹ No sabemos cómo Sarmiento puede haber estado tan seguro respecto de la ortografía de los anuncios, siendo que no manejaba bien la lengua inglesa y que él mismo comete errores ortográficos cuando utiliza palabras en inglés.

las voces i costumbres propio de jente culta". Yo llamaria a esto civilidad; pues las voces mui relamidas, ni las costumbres en extremo muelles, representan la perfeccion moral i física, ni las fuerzas que el hombre civilizado desarrolla para someter la naturaleza (Viajes: 301).

Dos cuestiones llaman aquí la atención del lector: en primer lugar, la civilización aparece relacionada con cierta "perfección moral y física"; en segundo lugar, la actividad de la civilización consiste en el desarrollo de ciertas fuerzas orientadas al sometimiento de la naturaleza. Aquello que según Sarmiento eleva a este pueblo en pos de aquella perfección tiene que ver con la igualdad material, política y educacional: el progreso técnico y material del que goza en masa la mayor parte de la población, donde casi todos llevan reloj, visten fraque, usan arado *Durand* y habitan casas cómodas y aseadas; tienen además caminos de hierro, canales artificiales, ríos navegables y telégrafo; todo hombre está habilitado para tener juicio y voluntad en los negocios políticos; y la educación como el bienestar están por todas partes difundidos (*Viajes: 313-314*). Poco importa que los norteamericanos se comporten como "animalitos inciviles" (*Viajes: 313*), que tengan modales rudos al comer o que sean más toscos y sin refinamientos; estos defectos se transforman en virtudes cuando se manifiestan como signo de una extendida igualdad:

En los Estados Unidos la civilizacion se ejerce sobre una masa tan grande, que la depuracion se hace lentamente, reaccionando la influencia de la masa grosera sobre el individuo, i forzándole a adoptar los hábitos de la mayoría, i creando al fin una especie de gusto nacional que se convierte en orgullo i en preocupacion. Los europeos se burlan de estos hábitos de rudeza, mas aparente que real, i los yankees por espíritu de contradiccion se obstinan en ellos, i pretenden ponerlos bajo la égida de la libertad i del espíritu americano. Sin favorecer estos hábitos, ni empeñarme en disculparlos, después de haber recorrido las primeras naciones del mundo cristiano, estoí convencido de que los norte-americanos son el único pueblo culto que existe en la tierra, el último resultado obtenido de la civilizacion moderna (Viajes: 313).

Para Sarmiento la burla del europeo hacia el yanqui denuncia en realidad la impotencia del primero: los europeos, pese a sus lujos y refinamientos no han logrado sacudirse de la desigualdad y falta de libertad a la cual los ata su propia tradición. No gozan como los norteamericanos de esa prosperidad material y de ese ímpetu que los impulsa a avanzar incesantemente. Cuando el argentino proclama que son "el único pueblo culto", lo que hace es definir la cultura desde una perspectiva distinta. La potencia civilizadora del espíritu yanqui no radica en un perfeccionamiento de las costumbres ni en un mayor cúmulo de conocimiento, sino en cierta relación del hombre con su medio. Desde el punto de vista del sanjuanino, lo que hace a este pueblo grande es la capacidad de imponer un orden social sobre el medio virgen de la naturaleza. Allí donde el norteamericano llega, florecen las instituciones, la asociación y la propiedad; allí donde no existía nada el norteamericano ha creado ciudades y aldeas:

El yankee ha nacido irrevocablemente propietario; si nada posee ni poseyó jamas, no dice que es pobre sino que está pobre; los negocios van mal; el pais va en decadencia; i entonces los bosques primitivos se presentan a su imaginación oscuros, solitarios, apartados, i en el centro de ellos, a la orilla de algun rio desconocido, ve su futura mansion, el humo de las chimeneas, los bueyes que vuelven con tardo paso al caer de la tarde el redil, la dicha en fin, la propiedad que le pertenece. Desde entónces no habla ya de otra cosa que de ir a

poblar, a ocupar tierras nuevas. Sus vijilias se las pasa sobre la carta jeográfica, computando las jornadas, trazándose un camino para la carreta; i en el diario no busca sino el anuncio de venta de terrenos del Estado, o la ciudad nueva que se está construyendo a orillas del lago Superior (Viajes: 322).

El espíritu creador del norteamericano consiste justamente en su capacidad de apropiación: se apropia de los adelantos de otras civilizaciones y los lleva más alto, se apropia de las tierras que se encontraban “desiertas” y funda allí un espacio de lo humano. Su amor a la libertad es tal que no cree en lo imposible, pues goza del ímpetu de lo naciente. Esta energía sin par que le otorga el espíritu de apropiación y libertad lo hace fundar un cosmos humano allí donde antes sólo hubo caos. No es de extrañar que a Sarmiento le parezca que este atributo es superior a cualquier otra producción cultural. Si en su *Facundo* traza el semblante de la pampa como un medio que facilita la vida bárbara, es porque ve que el gaucho no ha sido capaz de crear este cosmos que ponga orden sobre el carácter indómito del territorio. Más bien, la barbarie se caracteriza por confundirse y mezclarse con el medio natural, el gaucho y la campaña se confunden con la inmensidad de las planicies, se adaptan a ellas y se mezclan con sus rasgos indómitos. El voluntarismo de Sarmiento, que desea crear *ex nihilo* un cosmos civilizado (Ossandón, 1992), encuentra en el ejemplo norteamericano una enorme satisfacción: si la pampa dibuja su marca salvaje sobre sus habitantes, el yanqui en cambio imprime su forma civilizada sobre el territorio e impone un orden frente al medio natural y los pueblos primitivos que amenazan con degradar el estatus racional del sujeto moderno.

La civilización norteamericana es pintada por la pluma sarmientina como la cima de la modernidad, entendida ésta como la capacidad del sujeto de imponerse sobre lo dado, de ser dueño de su medio y dueño de sí. El progreso técnico, la industria y la ciencia tomadas de Europa son las herramientas que este pueblo utiliza para imponerse sobre el vasto territorio, pero los resultados que el sanjuanino advierte adelantan con mucho a la civilización del viejo continente. A partir de una observación en apariencia poco trascendente –las diferencias entre los ferrocarriles de Francia y Estados Unidos– Sarmiento va a reflexionar sobre el amor a la libertad que hace superior al pueblo norteamericano:

La Europa con su antigua ciencia i sus riquezas acumuladas de siglos, no ha podido abrir la mitad de los caminos de hierro que facilitan el movimiento en Norte-América. El europeo es un menor que está bajo la tutela protectora del estado; su instinto de conservación no es reputado suficiente preservativo; verjas, puertas, vijilantes, señales preventivas, inspeccion, seguros, todo se ha puesto en ejercicio para conservar la vida; todo ménos su razon, su discernimiento, su arrojo, su libertad; todo, ménos su derecho de cuidarse a sí mismo, su intencion i su voluntad. El yankee se guarda a sí mismo, i si quiere matarse nadie se lo estorbará; si se viene siguiendo el tren, por alcanzarlo, i si se atreve a dar un salto i cojerse de una barra, salvando las ruedas, dueño es de hacerlo; si el pilluelo vendedor de diarios, llevado por el deseo de esponder un número mas ha dejado que el tren tome toda su carrera i salta en tierra, todos le aplaudirán la destreza con que cae parado, i sigue a pié su camino. Hé aquí como se forma el carácter de las naciones i como se usa de la libertad. Acaso hai un poco más de víctimas i de accidentes, pero hai en cambio hombres libres i no presos disciplinados, a quienes se les administra la vida (Viajes: 318).

Estas palabras no dejan de ser extraordinarias viniendo de la boca de un educador. Admite sin problemas que los yanquis son menos educados en costumbres, quizás hasta brutos en sus modales. Pero la agudeza sarmientina trasmuta hábilmente este defecto en virtud superior, en rasgo de una educación más profunda y mayor: su rudeza es en realidad signo luminoso de su libertad, de su señorío en el ejercicio de la razón. El sanjuanino ha realizado mediante su observación una transfiguración notable, ha transformado el disciplinamiento de las costumbres europeas en un signo de inmadurez, en una falta de autogobierno, en un atributo del atraso. Para nuestro intelectual pesan más la gallardía y el arrojo norteamericano cuando son fruto de su amor a la libertad, de la culminación de un proceso histórico que ha permitido al hombre hacerse dueño de sí. La modernidad norteamericana, para Sarmiento, consiste justamente en eso, en esta propiedad no sólo sobre tierra sino sobre sí mismo. El colono yanqui, el pionero, se transforma de este modo en el héroe de un *epos* particularmente moderno, es la encarnación de la epopeya civilizada. Los colonos del norte no creen en lo imposible y extienden las hazañas de su gesta, proyectan en la imaginación las futuras aldeas, ciudades e industrias; cruzan a pie el desierto y fundan en medio del bosque una civilización ya formada y firme en su organización política.

De este modo, Sarmiento abandona el ideal de la alta cultura que finalmente se muestra, si no estéril, al menos innecesario para la fundación del orden civilizado. La cultura norteamericana, si bien más modesta en sus producciones, es más efectiva en sus resultados. El arte y la ciencia europeos, en cambio, no han sido capaces de revertir la desigualdad y el estado paupérrimo de las masas proletarias y campesinas:

Vengo de recorrer la Europa, de admirar sus monumentos, de prosternarme ante su ciencia, asombrado todavía de los prodigios de sus artes; pero he visto sus millones de campesinos, proletarios i artesanos viles, degradados, indignos de ser contados entre los hombres; la costra de mugre que cubre sus cuerpos, los harapos i andrajos que visten, no revelan bastante las tinieblas de su espíritu; i en materia de política, de organización social, aquellas tinieblas alcanzan a oscurecer la mente de los sabios, de los banqueros i de los nobles (Viajes: 334).

La modernidad yanqui, si bien carece entonces de una producción artística que sea capaz de enaltecer el espíritu, se caracteriza por elevar el sentimiento de la civilización en sus habitantes a través de lo colosal. Las ciudades, los hoteles, las embarcaciones, los edificios públicos; todo lo que el hombre produce en los Estados Unidos es desmedido, nunca antes visto. La imposición que realiza la civilización sobre la naturaleza ruda queda signada a través de estas grandes estructuras que parecen reemplazar la magnificencia del escenario natural. Sarmiento habla de los inmensos buques de la Unión, que desafían la tempestad para realizar sus labores comerciales cuando ningún otro barco europeo se atreve a salir a la mar y que osan perseguir a las ballenas en los mares polares (*Viajes*: 335). En Nueva York va admirar las gigantescas construcciones públicas:

Nueva-York es la capital del mas rico de los Estados americanos. Su municipalidad sería por su magnificencia comparable sólo al senado romano, si no fuese ella misma compuesta de un senado i una cámara de diputados que lejislan sobre el bien de medio millon de ciudadanos. Solo la de Roma le ha precedido en la construccion de jigantescas obras de utilidad pública, si bien de los restos de los famosos acueductos que traian el agua a la ciudad eterna, ninguno ha vencido dificultades tan grandes, ni empleado medios mas adelantados. El acueducto de Croton ha costado a la ciudad de Nueva-York trece millones de pesos; prodúcele una renta anual de seiscientos mil, i sus habitantes

pueden en el cuarto piso de sus casas disponer de cuanta agua necesitan torciendo la llave (Viajes: 371).

Las construcciones humanas colosales se presentan como una segunda naturaleza, más grandiosa a veces que la naturaleza real, como sucede cuando visita la ciudad de Buffalo, cerca del Niágara:

La vista de esta ciudad, estrecha para el número de habitantes que contiene, me hizo un efecto singular. Una turba de buques de vapor dejaba escapar de sus chimeneas la gruesa mole de humo del fuego que aun se está encendiendo. La descarga de pieles de búfalo, i otras producciones del comercio con los salvajes, contrariaba el movimiento de la procesión de pasajeros que se dirigen al puerto, miéntras que volviendo la vista a la ciudad, descubríanse sobre lo alto de los edificios centenares de hombres ocupados afanosamente en construir edificios nuevos, agrandándose la ciudad de improviso para satisfacer las necesidades de una poblacion que cada año aumenta en veinte mil almas (...) De Búfalo en adelante las obras humanas, ferrocarriles, villas nacientes i plantaciones nuevas, deslucen las sublimes obras de la naturaleza (Viajes: 375).

En Buffalo Sarmiento pinta la imagen de la ciudad moderna en desarrollo constante, pujante, industrial. La constante actividad comercial, el tumulto, el vertiginoso crecimiento de las grandes construcciones y de la población; todo esto conforma una descripción que ejerce un efecto de admiración ante la grandeza del poderío humano y que compite con el sentimiento sublime que despierta la visión de la naturaleza. Cuando el argentino asiste al espectáculo de las cataratas del Niágara, y contempla con terror la inmensidad de las caídas de agua, describe su experiencia con estas palabras:

La [cascada] del Niágara, empero, sale de los términos de toda comparacion; es ella sola en la tierra el más terrífico espectáculo. Sus dimensiones colosales, la enormidad de las masas de agua, i las líneas rectas que describe, le quitan empero toda belleza, inspirando solo sensaciones de terror, admiración i aquel deleite sublime que causa el espectáculo de grandes conflictos (Viajes: 376).

La descripción sarmientina se asemeja curiosamente a lo que el pensamiento prerromántico europeo define como “sentimiento de lo sublime”. Como hemos mencionado, la sensación de terror y deleite ante la potencia inconmensurable de la naturaleza, que produce el colapso de las facultades del entendimiento, fue descrita por pensadores como Immanuel Kant¹³⁰ y Edmund Burke. Si atendemos al pensamiento kantiano, podemos descubrir que el sentimiento de admiración que experimenta el sanjuanino ante el poderío de la ciudad norteamericana y el terror acompañado de placer negativo frente a la potencia de la naturaleza en el Niágara, no son sentimientos opuestos sino más bien complementarios. Lo que Sarmiento admira y envidia en el pueblo estadounidense es “ese valor para

¹³⁰ Recordemos nuevamente la cita de Kant que mencionamos más arriba en el capítulo tercero “Las rocas que penden atrevidas y como amenazantes; tempestuosas nubes que se acumulan en el cielo y se aproximan con rayos y estruendo; los volcanes con todo su poder destructor; los huracanes con la desolación que dejan tras de sí; el océano sin límites, enfurecido; la alta catarata de un río poderoso y otras cosas parecidas, hacen de nuestra potencia para resistirlos, comparada con su poder, una pequeñez insignificante. Mas su vista se hace tanto más atrayente cuanto más temible es, con tal que nos hallemos seguros; y de buen grado llamamos sublimes a estos objetos, porque elevan la fortaleza del alma por sobre su término medio habitual y permiten descubrir en nosotros una potencia de resistir de especie completamente distinta, que nos da valor para poder medirnos con la aparente omnipotencia de la naturaleza” (Kant, 1983: 180-181). Esta descripción corresponde al análisis de lo “Sublime dinámico de la Naturaleza”, donde el sentimiento de lo sublime aparece en el sujeto ante la presentación de la Naturaleza como poder (Kant, 1983: 179 y ss.).

poder medirnos con la aparente omnipotencia de la naturaleza” (Kant, 1983: 181). La ciudad moderna es un resultado de ese sentimiento sublime de resistir ante la posible degradación que puede ejercer la potencia del espectáculo natural en el ánimo del sujeto moderno. Al mismo tiempo, si tomamos en cuenta las consideraciones de Burke sobre lo sublime, descubrimos que la remoción del peligro que la naturaleza representa, el peligro de sucumbir a la violencia natural, produce deleite en nuestro viajero, pues siente que supera las fuerzas inconmensurables de la naturaleza. Burke relacionaba este sentimiento de deleite o placer negativo con una cierta tensión que experimenta el cuerpo y que lo impulsa a la actividad, al trabajo, a encauzar la energía que produce dicho deleite en tareas productivas¹³¹. Según David Viñas, Sarmiento, una vez que termina su terrible y grandiosa descripción del Niágara, comienza frenéticamente a apelar a las estadísticas como un modo de exorcizar las sensaciones que despierta en él la inmensa catarata y de sortear el peligro de caer en el vértigo excesivo del sentimiento romántico (Viñas, 2008: 13). El discurso sarmientino va transformando el sentimiento sublime en saber útil, la tensión terrorífica se vuelca en la actividad que el sujeto moderno ejerce sobre la naturaleza para conocerla, domesticarla y transformarla en saber útil. Una acumulación de datos va transfigurando esa cascada inmensa en una realidad manejable que, según el sanjuanino, se “achica” una vez que tenemos a mano los datos de sus dimensiones, que transforman lo aparentemente inconmensurable en algo manipulable por la voluntad humana:

cae el agua 165 piés; i el canal escavado en la roca que la recibe, tiene cien varas de profundidad i ciento treinta de ancho. Al ver escritas estas cifras averiguadas por mensuras, nótase la incompetencia del ojo humano para abrazar las grandes superficies. San Pedro, en Roma, aparece una estructura de dimensiones naturales, i la cascada del Niágara se achica a la simple vista para ponerse al nivel de nuestra pequeñez (Viajes: 377).

Antes dijimos que para Sarmiento la diferencia entre el gaucho y el pionero es que este último se impone sobre su medio, en cambio el gaucho se fusiona con las pampas infinitas y se asemeja a sus rasgos bárbaros. La naturaleza para Sarmiento es una fuerza violenta, que amenaza con desestabilizar el uso de la razón, con barbarizar. Así, vimos que cuando se encontraba en Río de Janeiro él mismo sintió desfallecer las fuerzas de sus facultades frente a la potencia de la selva inmensa. El pensamiento de Sarmiento acerca de la civilización y la modernidad se encuentra animado por una suerte de economía energética. Las fuerzas de lo humano pueden resistir o sucumbir a la naturaleza, pueden ceder ante su acción barbarizante o pueden oponérsele a través del trabajo y la acción útil. Estados Unidos representa para el sanjuanino esta segunda opción, la potencia de lo humano domeñando la naturaleza hostil, la ciudad creciendo a pasos agigantados, aumentando el poderío de lo humano y su libertad. El voluntarismo sarmientino se expresa entonces en una “estética de la energía” (Castagnino, 1988: 148), donde el hombre debe dirigir sus esfuerzos al progreso humano y a lo útil en todas las esferas de la civilización, incluso en el arte y la cultura. El arte por el arte, el lujo, el refinamiento y la erudición estériles, que no conducen hacia la civilización, son rechazados. Si el pueblo norteamericano no es artístico, es porque encauza sus energías hacia labores más productivas. Así lo daba a entender el sanjuanino cuando hablaba de la poesía española en su carta desde Montevideo.

¹³¹ Dice Burke “El mejor remedio para todos nuestros males es el ejercicio o trabajo; y el trabajo es una superación de dificultades, un ejercicio del poder contractor de los músculos; y, en calidad de tal, se asemeja al dolor que consiste en tensión o contracción, en todo salvo en grados. El trabajo no sólo es un requisito para mantener a los órganos más torpes en un estado de aptitud para sus funciones; sino que es igualmente necesario para aquellos órganos más finos y más delicados, sobre los que y mediante los que la imaginación, y tal vez las otras facultades mentales actúan” (Burke, 1987: 100).

Para Sarmiento el arte se justifica sólo como medio para educar a las masas e inculcar en ellas la civilización, vimos cómo en Italia el arte tenía sentido sólo bajo este supuesto y una vez que el pueblo se disociaba de su influjo benéfico, la grandeza artística se traducían en un sentimiento de tristeza ante un pasado ya enterrado. El arte y las producciones culturales deben estar al servicio de la causa de la civilización, en cambio el goce estético *per se* no tiene ninguna utilidad. Sin embargo, el sanjuanino no dejará de afirmar que los norteamericanos tienen sus propias formas artísticas, sus propios sentimientos estéticos. Según Sarmiento, el arte expresa la conciencia de sí que tiene una nación (*Viajes*: 405) y encarna “al genio, al carácter nacional en cuanto reviste formas tangibles i afecta su historia” (*Viajes*: 407). Para el sanjuanino el arte norteamericano aparece en un cierto espíritu de este pueblo que expresa un gusto por belleza en lo moral, entendido como amor por el bienestar y la decencia material y el rechazo a la fealdad de la miseria:

Los norteamericanos creen que no tienen vocación artística, i afectan desdeñar las producciones del arte, como frutos de sociedades viejas i corrompidas por el lujo. Yo he creído, sin embargo, sorprender el sentimiento profundo, exquisito de lo bello i de lo grande en este pueblo que marcha de carrera en busca del bienestar material, i va dejando a su paso incompletas todas sus obras i a medio hacer. ¿Qué no entra por nada en el sentimiento del bello ideal, la beldad moral? ¿Qué pueblo del mundo ha sentido mas hondamente esta necesidad de confort, de decencia, de holgura, de bienestar, de cultura de la inteligencia? ¿Qué pueblo ha sentido mas horror por el espectáculo de lo feo, la pobreza, la ignorancia, la borrachera, la degradación física i moral, que es como la corteza i la primera apariencia de las sociedades europeas? En Roma, de entre los monumentos y las basílicas se alargan manos muy cuidadas pidiendo limosna (Viajes: 406).

Este amor del pueblo yanqui por el bienestar es, según Sarmiento, un rasgo de grandeza artística. ¿Y cuál es el arte de los Estados Unidos? Es su propia civilización, la creación de este “animal nuevo” y nunca visto. La potencia civilizadora de este pueblo es un sentimiento artístico expresado en sus monumentos, que ilustran “la altura, es decir, el sentimiento nacional de sobrepasar en la osadía a la especie humana entera, a todas las civilizaciones i a todos los siglos” (*Viajes*: 408). Lo colosal expresa la grandeza de esa osadía sin rival. El goce estético al admirar estos monumentos es el que tiene el pueblo al reconocer en ellos su grandeza como nación y el carácter inédito de la modernidad que sus sociedades han engendrado.

La fascinación de Sarmiento con los Estados Unidos es tan grande, que prácticamente omite tres cuestiones bien principales de este país, que difícilmente podía ignorar: la esclavitud de los afroamericanos, la usurpación de tierras a los indígenas y el conflicto con México, que acabaría con la anexión de los estados de Texas, California, Utah y Arizona en 1848. Respecto de los esclavos negros, Sarmiento se refiere al asunto sólo en dos ocasiones en las más de cien páginas de su misiva. En la primera, mientras observa los monumentos de Washington que traen a su memoria la antigua grandeza de la Roma antigua, recuerda cómo aquel gran imperio sucumbió frente a la invasión de los bárbaros y teme que algo similar pudiera ocurrir con la rebelión de los esclavos:

Acaso los yankees están amenazados de sucumbir bajo el peso de una elaboración interna tan amenazante como la de la plebe romana. Todos tiemblan hoy de que aquel coloso de una civilización tan completa i tan vasta no vaya a morir en las convulsiones que le prepara la emancipación de la raza negra; incidente de una magnitud amenazante, i sin embargo, tan extraño a

la civilización norteamericana en su esencia, como sería extraño a las leyes internas de nuestro globo el que un cometa de los millares que andan errantes por el espacio, se estrellase contra él un día i lo hiciese periclitarse (Viajes: 407).

Pese a que el sanjuanino desestima el peligro de una rebelión, queda claro que para él la población venida de África no forma parte del genio del pueblo estadounidense y no es casual que en el paralelo que teje entre los Estados Unidos y el Imperio Romano, los esclavos sean comparados con los bárbaros, es decir, con un pueblo salvaje y destructor de la civilización. Más adelante, Sarmiento vuelve a referirse al tema de la esclavitud, critica que aún exista esta institución en el territorio estadounidense y le parece que es un problema de difícil solución, pues la raza negra es, según el sanjuanino, absolutamente incompatible con la blanca del pueblo sajón: “La esclavatura de los Estados Unidos es hoy una cuestión sin solución posible; son cuatro millones de negros, i dentro de veinte años serán ocho. Rescatados, ¿quién paga los mil millones de pesos que valen? Libertos, ¿qué se hace con esta raza negra odiada por la raza blanca?” (Viajes: 427). Sin embargo, pese a que Sarmiento admite este defecto en sus admirados Estados Unidos, rápidamente comienza a elaborar una disculpa que dispensa a este pueblo de ser juzgado como atrasado por poseer aún esclavos. Primero dice que los estados yanquis genuinos –se refiere a los estados de Nueva Inglaterra, es decir, Massachusetts, Connecticut, New Hampshire, Rhode Island¹³², Maine y Vermont– abominan de la esclavitud:

Mientras tanto la esclavatura tiene en los estados yankees jenuinos, i éstos son los mas ricos, poblados i numerosos, antagonistas implacables, fanáticos. El espíritu puritano de igualdad i de justicia se eleva en el norte a la altura de un sentimiento religioso. Abominan de ella como de una lepra i de una mancha que deshonor a la Union, i en su ardor predicán la cruzada contra los réprobos que explotan la abyección de una raza maldecida (Viajes: 427).

La argumentación de Sarmiento termina exculpando a la nación estadounidense respecto de la cuestión de la esclavitud, bajo el pretexto de que dicho defecto es menor en comparación con todas sus grandes y sublimes virtudes y que, en última instancia, la esclavitud es una herencia del colonialismo que debe ser achacada más bien a los ingleses y que, como un parásito, no ha podido ser del todo arrancada de la república norteamericana:

Echámosles en cara a los norteamericanos su perpetuación. ¡Dios mío! Vale tanto como afligir i humillar las canas del padre virtuoso, echándole en cara los desmanes de su hijo pródigo. La esclavatura es una vegetación parásita que la colonización inglesa ha dejado pegada al árbol frondoso de las libertades americanas. No se atrevieron a arrancarla de raíz cuando podaron el árbol, dejando al tiempo que la matase, i la parásita ha crecido i amenaza desgajar el árbol entero (Viajes: 427).

Respecto del conflicto con México, Sarmiento se refiere al asunto sólo una vez y si bien declara que las “usurpaciones” que realiza el gobierno estadounidense son un “mal ejemplo”, su comentario es bastante ambiguo:

Yo no quiero hacer cómplice a la Providencia de todas las usurpaciones norteamericanas, ni de su mal ejemplo que en un período mas o ménos remoto, puede atraerle, unirle políticamente o anexarle, como ellos llaman, el Canadá

¹³² En el caso de este estado Sarmiento se equivoca, pues Rhode Island fue, después de la independencia estadounidense, uno de los principales polos del comercio de esclavos.

Méjico, etc. Entónces, la union de los hombres libres principiá en el Polo del norte, para venir a terminar por falta de tierra en el Istmo de Panamá (Viajes: 295).

El sanjuanino comienza diciendo “yo no quiero hacer culpable a la Providencia...”, una clara negación retórica (Pellicer, 1997: 940) si atendemos al final del párrafo donde celebra como obra de un futuro progreso la venidera “unión de hombres libres” que abarque desde el polo hasta Panamá. Si revisamos la correspondencia de Sarmiento con Manuel Montt, encontramos una nueva referencia al asunto, una confesión de sus deseos más profundos respecto del futuro de México, anterior a su visita a los Estados Unidos, cuando el sanjuanino se encontraba en Madrid:

Por esta razón deseo (aquí para mí) que los norteamericanos anexas a México, a fin de que cuanto antes y con treinta millones de republicanos, les hagan entender a estos caballeros lo que es la República y si le pertenece o no el porvenir del mundo (Vergara Quiroz, 1999: 73)¹³³.

Sarmiento no veía la intervención estadounidense como una expansión de orden imperialista sino como el triunfo de la “República”, es decir, de las fuerzas de la civilización y el progreso. Su actitud es similar a la que constatamos en Argelia, donde deseaba que en el futuro Francia borrara la barbarie árabe de la faz de la tierra. La adhesión del sanjuanino a los postulados esenciales de la filosofía de la historia, tan en boga por esos años entre los liberales sudamericanos y que pronto desembocaría en la “religión” positivista, y su deseo de erradicar los focos de barbarie a lo largo de América Latina, lo mueven a ver la expansión de la nación norteamericana como el despliegue de la Providencia divina que impulsa a la historia irremisiblemente hacia el triunfo de la civilización. Algo similar ocurre con la visión de Sarmiento acerca de los pueblos originarios de América. Si bien el sanjuanino no se refiere directamente al asunto en su carta sobre los Estados Unidos, está claro que su celebración de la expansión de la república norteamericana toca también al avance de los colonos que desplazaban la frontera oeste de la Unión a través de la usurpación de las tierras que habitaban los indígenas. Si revisamos la obra de Sarmiento –anterior y posterior a sus *Viajes*– podemos encontrar múltiples referencias a los indios de Latinoamérica, a quienes Sarmiento ve como salvajes que casi no merecen ser llamados seres humanos y que ciertamente no forman parte de las jóvenes repúblicas independientes de América Latina. En un artículo publicado en *El Progreso* el 27 de septiembre de 1844, donde Sarmiento hacía reseña del trabajo de José Victorino Lastarria *Investigaciones sobre el sistema colonial de los españoles*; el argentino critica el reclamo de Lastarria contra el trato que los españoles dieran a los indios durante el periodo colonial. Sarmiento defiende el derecho de la civilización a cometer estas “injusticias”, a las que califica nuevamente de providenciales¹³⁴, pues están al servicio del triunfo de la civilización. Incluso dice que

¹³³ *La carta aparece con fecha 6 de noviembre de 1846.*

¹³⁴ “Si este procedimiento terrible de la civilización es bárbaro i cruel a los ojos de la justicia i de la razón, es –como la guerra misma, como la conquista– uno de los medios de que la Providencia ha armado a las diversas razas humanas, i entre éstas a las más poderosas y adelantadas, para sustituirse en lugar de aquellas que por su debilidad orgánica o su atraso en la carrera de la civilización, no pueden alcanzar los grandes destinos del hombre en la tierra” (O.C., II: 214). Como puede verse, Sarmiento –cuyo pensamiento fue sin duda vanguardista en tantos aspectos –se adelanta al darwinismo social que sería dominante en el último tercio del siglo XIX, al referirse a la necesaria extinción de las razas de mayor “debilidad orgánica”; e incluso se adelanta peligrosamente al fascismo cuando justifica el exterminio de ciertas razas en favor de un destino superior de la humanidad.

en estos casos no puede invocarse siquiera el “derecho de jentes”, según Sarmiento los mapuches no pueden ser llamados gente, pues no son más que salvajes¹³⁵.

Claramente, si bien Sarmiento estaba a favor de la igualdad material, de la educación sin distinción de clases y de una sociedad donde el bienestar no fuera el privilegio de unos pocos; dichas ideas jamás incluyen a la población indígena, a la que no considera como parte de su proyecto de modernización¹³⁶. En varias ocasiones se lamentará de que los españoles se hayan mezclado con los indígenas¹³⁷, y en este sentido, le parecía que el proceso de colonización que se había llevado a cabo en los Estados Unidos poseía la virtud de no haber mezclado su población con la de los indios, que por obra del progreso de estos colonos habían tendido “naturalmente” a disminuir y casi desaparecer¹³⁸.

Todas estas omisiones de Sarmiento respecto de la realidad norteamericana son una prueba manifiesta de la proyección de sus deseos sobre el territorio de los Estados Unidos. El sanjuanino desea con todo su corazón ver en esta tierra el epítome de la civilización y el secreto camino hacia la modernización, el modelo vivo de la ruta a seguir para los estados latinoamericanos y la encarnación del futuro de la humanidad. Incluso, aunque Sarmiento visitó los Estados Unidos premunido de lecturas que podrían haber mermado su visión exaltada, nuestro viajero se basó en estos libros de tal modo que tomó de ellos lo que servía a su deseo, suprimiendo las observaciones que le eran adversas. Es el caso de su uso de la *Democracia en América* de Tocqueville, que Sarmiento demuestra haber conocido bien, pues sus descripciones de de las aldeas, de la igualdad material o del arte americano deben mucho –quizás demasiado– al autor francés (Katra, 1997: 859). Sin embargo, la interpretación que hace Sarmiento de la realidad norteamericana jamás alcanza la riqueza del texto de Tocqueville. El sanjuanino hace un diagnóstico no sólo exaltado sino además completamente unívoco, donde no hay matices ni zonas grises. La escritura de Tocqueville, en cambio, describe los Estados Unidos desde perspectivas múltiples que tienden a desestabilizar cualquier afirmación tajante; la realidad norteamericana tiene mucho de maravilloso, pero en sus instituciones y costumbres Tocqueville es capaz de

¹³⁵ “este derecho supone jentes, naciones que pactan entre sí, que se respetan, que reconocen derechos o los reclaman, i esto no puede tener lugar en las luchas que sostienen las naciones civilizadas con los salvajes, en las que para medir la justicia de procedimientos recíprocos, bastaría apreciar el estado de civilización de unas y otras” (O.C., II: 215).

¹³⁶ “Sobre todo, quisiéramos apartar de toda cuestión social americana a los salvajes, por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia, i para nosotros Colocolo, Lautaro i Caupolicán, no obstante los ropajes civilizados i nobles de que los revistiera Ercilla, no son mas que unos indios asquerosos, a quienes habríamos hecho colgar y mandaríamos colgar ahora, si reapareciesen en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla” (O.C., II: 216).

¹³⁷ Así, por ejemplo, en *De la Educación popular* podemos leer: “Muy de distinto procedió la colonización española en el resto de la América. Sin ser mas humana que la del Norte, por aprovechar del trabajo de las razas indígenas esclavizadas, acaso por encontrarlas mas dóciles también, incorporó en su seno a los salvajes; dejando para los tiempos futuros una projenie bastarda, rebelde a la cultura, y sin aquellas tradiciones de ciencia, arte e industria, que hacen que los deportados a la Nueva Holanda reproduzcan la riqueza, la libertad, i la industria inglesa en un corto número de años (...) ¿Qué porvenir aguarda a México, el Perú, Bolivia i otros estados sudamericanos que tienen aún vivas en sus entrañas como no digerido alimento, las razas salvajes o bárbaras indígenas que absorbió la colonización, i que conservan obstinadamente sus tradiciones de los bosques, su odio a la civilización, sus idiomas primitivos, i sus hábitos de indolencia i de repugnancia desdeñosa contra el vestido, el aseo, las comodidades i los usos de la vida civilizada? ¿Cuántos años, sino siglos para levantar a aquellos espíritus degradados, a la altura de hombres cultos, i dotados del sentimiento de su propia dignidad?” (Sarmiento, 1849: 23).

¹³⁸ “Nada más justo que la conducta observada por los primeros colonizadores ingleses en el norte de América con respecto a los salvajes indígenas; allí no hubo conquista sino ocupación del territorio, la mas de las veces comprado a los habitantes; i sin embargo, el resultado ha sido que en ménos de tres siglos han desaparecido más de doscientas naciones de indígenas” (O.C., II: 215).

leer potencialidades tanto positivas como negativas, la posibilidad de la emancipación y el triunfo de las libertades individuales, pero también el riesgo no menor de un despotismo altamente peligroso, en cuanto es menos evidente que el de la monarquía¹³⁹. El filósofo Diego Tatián¹⁴⁰ ha hecho notar esta diferencia entre las visiones de Tocqueville y Sarmiento: el argentino proyecta sobre los Estados Unidos su deseo de tal forma que todo lo que leyera en Tocqueville y que no se ajustara a dicho deseo, fue ignorado a sabiendas y excluido del retrato que elabora el sanjuanino.

La pintura que Sarmiento nos ofrece de los Estados Unidos es, de este modo, el rostro de la modernidad deseada para su propia nación. Lo que existe en Norteamérica es lo que debe edificarse en el lugar de las carencias argentinas. Si la pampa es el territorio del vacío de lo humano, Estados Unidos es lo humano plétórico, en su máxima potencia. El voluntarismo extremo de Sarmiento proyecta en muchos sentidos su deseo de modernidad en esta nación, que describe cargando las tintas hacia lo utópico. Sin embargo, nuestro viajero es un sujeto de contradicciones. Así como su descripción de la campaña en el *Facundo* deja traslucir sus simpatías por el mundo bárbaro, así como experimenta cierto goce estético en las corridas de toro españolas o en la observación de las costumbres y vestidos árabes en Argelia; asimismo en su descripción de los Estados Unidos aparecen ciertas fisuras, cierto descontento disimulado ante la encarnación de lo moderno que ha venido a observar e imitar. En medio de las laudatorias descripciones acerca de la igualdad material de los yanquis, asoma a veces el tedio ante la monotonía, la nostalgia por el color local que su pluma costumbrista estaba acostumbrada a retratar. A veces deja escapar comentarios ilustrativos de esta incomodidad:

El espectáculo de esta decencia uniforme, i de aquel bienestar general, si bien satisface el corazón de los que gozan en contemplar a una porción de la especie humana, dueña en proporciones comunes a todos, de los goces i las ventajas de la asociación, cansa al fin la vista por su monótona uniformidad; desluciendo el cuadro a veces (...) No hermosean el paisaje, por ejemplo, aquellos trajes romanescos de la campiña de Nápoles; el sombrero con pluma empinada de las aguadoras de Venecia; la mantilla de las manolas sevillanas; ni las vestiduras recamadas de oro de las judías de Arjel u Orán (Viajes: 305).

Este tipo de comentarios, hechos al pasar, dejan entrever una nostalgia por lo provinciano y por lo bárbaro, como cuadros fértiles en el plano estético. La representación del “otro” como el lugar de lo estético, como objeto del discurso literario del romanticismo latinoamericano, desaparece aquí y deja un vacío del cual Sarmiento se lamenta. Estas fisuras en el discurso

¹³⁹ Claude Lefort ha descrito como nadie esta cualidad de la escritura de Tocqueville, siempre ambigua y zigzagueante, capaz por esto de superar cualquier deslumbramiento y atisbar las posibilidades más oscuras de la democracia norteamericana: “Tocqueville intenta descubrir los principios generadores de la vida social, pero no permite creer que pueda disiparse la opacidad de esta vida social; impone la exigencia de un desciframiento interminable de la *génesis de sentido*. Persigue desvelar la otra cara de cualquier fenómeno; comprender cómo las oposiciones que se muestran en un registro de la experiencia nos remiten a otro registro. Y esta investigación invoca la anticipación de la historia sin pretender abolir su indeterminación. En el presente, busca huellas del tiempo; al examinar lo que adviene y le parece nuevo, característica de la democracia, imagina lo que es o puede ser su contrapartida, e incluso lo que podría ser la contrapartida de esa contrapartida” (Lefort, 2007: 160-161).

¹⁴⁰ Nos dice Tatián: “Pero si el propósito de Tocqueville había sido poner en claro los peligros que la igualdad hace correr a la libertad, y advertir que el despotismo resulta particularmente temible en épocas democráticas, nunca encontramos en el texto de Sarmiento una reserva, ni siquiera una conjetura de esa naturaleza; pareciera como si, no obstante ser un motivo particularmente relevante en la economía del texto tocquevilleano, en la *Carta* todo ello quedara fuera de óptica” (Tatián, 2008: 7). Aprovecho esta nota para agradecer al profesor Tatián, de la Universidad Nacional de Córdoba, por haberme facilitado este artículo, aún inédito.

sarmientino expresan ese doblez de su pensamiento, esa secreta admiración por un mundo bárbaro que a la vez desea suprimir. La barbarie es en Sarmiento una fuerza que lo atrae y repele al mismo tiempo, un estado de cosas que en su discurso se traduce como carencia y falta: falta de modernidad, falta de civilización, falta de asociación o educación (Ossandón, 1992: 116). Sin embargo, la nihilización de lo bárbaro es incompleta cuando su presencia adquiere rasgos de positividad como espectáculo que se desaprueba, pero que produce un secreto goce a los sentidos. Le pesa al argentino en Estados Unidos la falta de esa “ausencia de mundo”, ese no-ser que es la barbarie, atractiva a su pluma como el espectáculo mismo de la naturaleza indómita.

Conclusiones

Dije que lo nuevo no es exactamente lo moderno, salvo si es portador de la doble carga explosiva: ser negación del pasado y ser afirmación de algo distinto. (...) La unión de pasión y crítica subraya el carácter paradójico de nuestro culto a lo moderno. Pasión crítica: amor inmoderado, pasional, por la crítica y sus precisos mecanismos de desconstrucción, pero también crítica enamorada de su objeto, crítica apasionada por aquello mismo que niega.

Octavio Paz. Los hijos del limo.

Como afirma Ottmar Ette, la experiencia de viaje está animada por un deseo, que impulsa al viajero siempre más adelante, hacia nuevos derroteros (Ette, 2004). El viaje de Sarmiento es impulsado por su deseo de búsqueda de la modernidad, y en este sentido, sus observaciones siempre están dirigidas a recoger todos los detalles que sean indicadores de progreso o de barbarie, su atención se focaliza en estos detalles y de acuerdo a ellos el autor va trazando un mapa que clasifica a las distintas naciones visitadas en relación a sus avances en materia de civilización. Pero dicho concepto, el de civilización, no está en realidad definido en el pensamiento del argentino, sino que es una suerte de categoría móvil, cuyo contenido se va transformando a medida que el viaje avanza.

La modernidad, que en un principio Sarmiento, al igual que otros de sus contemporáneos latinoamericanos, identificaba con los procesos históricos de la Europa occidental (Dussel, 2003: 41-53), parece haber saltado fuera del continente europeo, para culminar, en tanto proceso histórico, en el continente americano. La constatación de esta nueva encarnación de la civilización en los Estados Unidos, que se caracteriza por ser una realidad nueva, inaudita, sin modelo anterior; implica para Sarmiento la metamorfosis de su antiguo ideario, que identificaba a Francia como la nación portadora del ideal de civilización. El pensamiento de Sarmiento se transforma justamente porque en su viaje constata que aquella Francia cultural, tan admirada durante su juventud, no ha logrado desasirse de su pasado monárquico y que, por lo tanto, sus ideas, si bien son progresistas, no tienen la fuerza para transformar la realidad, es decir, son estériles en cuanto a su potencia para producir una modernización, pues la modernidad para Sarmiento es justamente eso, la capacidad de transformar la realidad de manera radical, anulando las fuerzas retrógradas de un pasado oscurantista (Ossandón, 1992). Lo visto durante sus viajes se sedimenta, entonces, en una nueva convicción que queda anunciada en el prólogo del libro y que se confirma en las revoluciones europeas de 1848. Sarmiento, en el prólogo de *Viajes*, se jacta de haberse anticipado a las convulsiones que desató el socialismo a lo ancho del continente europeo:

puedo evanecerme de haber sentido moverse bajo mis plantas el suelo de las ideas, i de haber escuchado rumores sordos, que los mismos que habitaban el pais no alcanzaban a apercibir. La revolución europea de 1848, que tan honda huella dejara en las páginas de la historia, hallóme de regreso en Chile; pero los amigos en cuya presencia escribo, i personajes mui altamente colocados, pudieron oírme, desde el momento de mi arribo, no sin visibles muestras de incredulidad, la narración alarmante de lo que había visto (Viajes: 5).

Sarmiento ve estas revoluciones como el estallido inevitable que produjo la contradicción insoluble entre las ideas liberales y una organización social retrógrada, conservadora de los privilegios de unos pocos. Justamente el predominio de las ideas y de los castillos en el aire de los liberales, por sobre la transformación de la realidad, por sobre la efectiva praxis política, condujeron, según Sarmiento, al socialismo, que el argentino ve como la gran enfermedad surgida de estas contradicciones y que los gobiernos sudamericanos deben evitar a toda costa, a través de medidas de transformación social como la industrialización, el libre comercio, la inmigración y la educación extendida; todos elementos que permitirían hacer de las naciones sudamericanas potencias productivas, que transformen el medio natural en una fuente de riqueza y progreso que permita mantener el orden social. De este modo, Sarmiento no renuncia a sus ideales más básicos, pero su pensamiento se vuelve más moderado y más pragmático, mucho más cercano al positivismo que a los ideales revolucionarios de 1789 (Moraga, 1996: 117), pues cree que la elección de un modelo equivocado puede conducir al caos social y a la barbarie, de la cual ninguna nación está libre. Estados Unidos parece indicar la vía segura, y ser el modelo acertado para evitar el surgimiento de las revoluciones socialistas y su consecuencia, los gobiernos monárquicos o personales¹⁴¹. De modo que la experiencia de viaje se torna en una producción de saber acerca de las fuerzas secretas que impulsan la historia, y que brindan a Sarmiento una posición privilegiada y una nueva autoridad ya no sólo como letrado latinoamericano, sino como político. La certeza de que Francia ya no constituye un modelo viable para los estados sudamericanos, lo hace volver los ojos hacia los Estados Unidos, cuya sociedad ha demostrado al sanjuanino que la civilización, entendida como la creciente igualdad material entre los individuos de una sociedad, no va necesariamente aparejada a la producción de una alta cultura.

La mirada de Sarmiento construye lo moderno estadounidense como objeto del deseo, como una realidad utópica que es preciso desentrañar. Sarmiento observa Estados Unidos desde afuera, con una lejanía que no es la misma que tuvo con respecto a Francia. Si en Francia el texto de viajes sarmientino hace énfasis en lo experimentado en un cuerpo (que ve, toca, come, bebe, baila y goza del arte)¹⁴², en Estados Unidos la realidad moderna es siempre un más allá, un cosmos donde Sarmiento, en tanto viajero, tiene un rol pasivo de observador admirado, pero distante. Por eso su escritura es un medio de apropiación, que intenta reducir esa distancia, explicar los fenómenos que le parecen inauditos. El texto de Sarmiento es un esfuerzo por ordenar y explicar la realidad del norte, no porque su aprehensión se vea dificultada por una desestabilización que lo moderno produce sobre el sujeto, sino porque es un objeto esquivo, que no se da fácil a los ojos del argentino y que se presenta como maravilloso. Sarmiento sólo puede aspirar a observar de lejos e intentar descubrir, a través del examen de lo observable, los secretos que puedan explicar las causas de esta maravilla. La posesión del secreto de la civilización es lo que su escritura

¹⁴¹ En el artículo "En plena Francia", publicado el 19 de junio de 1856 en *El Nacional* de Buenos Aires, Sarmiento declara: "Vivamos en América como americanos, dejando á la Francia que viva, piense y se gobierne como pueda y sepa. Se han empeñado en inocularnos las pasiones políticas de la Francia, y sus apodos de partido y sus luchas (...) Estos extravíos de ideas van más allá de lo que el común cree. Con ellas vienen unidos los ejemplos, los hechos y las prácticas de una monarquía; sin proponérselo nos introducen doctrinas, principios y prácticas que nos han de conducir al gobierno personal. Apartemos, pues, los espantajos exóticos y estudiemos nuestras propias cuestiones, que nuestro camino va en rumbo opuesto al que llevaron todos esos ensayos. De la Francia no tenemos nada que adoptar hoy, sino sus modas y sus bellas artes" (O.C., XXV: 227).

¹⁴² Tanto David Viñas (1974) como Jorge Monteleone (1998) leen el viaje francés como viaje de experiencias vívidas sobre un cuerpo. La Francia es vivida intensamente como objeto de goce. Viñas hablará del "viaje balzaciano" de Sarmiento en Francia, en oposición al viaje de Alberdi en Italia, donde éste último se dedica al estudio febril y deja poco espacio a la recreación.

intenta capturar, es el secreto de un saber que Sarmiento querrá utilizar luego en sus propias tierras.

Según María Rosa Lojo (1994), existen en *Facundo* dos registros de barbarie y civilización: uno sociopolítico y otro cultural. Y a veces no existe plena coincidencia entre uno y otro. Nos parece a nosotros que este conflicto entre ambos planos alcanza su punto culminante en los *Viajes* y que con ello se radicalizan aspectos que antes eran más ambiguos en el pensamiento sarmientino. Pese a que la fascinación por la barbarie persistirá en Sarmiento a lo largo de su obra, el rechazo hacia el mundo cultural bárbaro es cada vez más claro y tajante, pese a que reconoce en aquel mundo el valor de ciertas producciones culturales. Asimismo, comprueba también que las máximas expresiones de la cultura no siempre están asociadas a la civilización. Entonces, es la esfera cultural la que se desprende poco a poco del concepto de civilización, que ahora quedará especificado en las esferas política y social. Y cuando la esfera cultural es apartada del concepto de civilización, se simplifica la relación y los derechos que tiene el mundo civilizado sobre el bárbaro. Claramente es lícito sacrificar bienes culturales (y vidas) en pro del progreso civilizatorio y se hace más evidente el carácter homogeneizador asociado a este concepto, que no tolera la diversidad y que expulsa violentamente fuera de su órbita los elementos e individuos que no se ajustan a la lógica del progreso. Las ideas de Sarmiento acerca del pueblo mapuche, de la colonización en Argelia y de la anexión de Texas en EE.UU.; son una expresión de la voluntad homogeneizadora asociada a su concepto de civilización.

Estas transformaciones en el ideario sarmientino son las marcas que ha dejado el viaje sobre el sujeto viajero, pues, como afirma Leed (1991), la experiencia de viaje se caracteriza por producir una nueva identidad. En Sarmiento, podemos ver esta nueva identidad no sólo en la metamorfosis de su pensamiento, sino también en la consagración de su figura como letrado latinoamericano, en la adquisición de una nueva posición de autoridad, que lo sitúa en una perspectiva privilegiada respecto de la barbarie latinoamericana y de la civilización que se realiza en los Estados Unidos. Nuestro autor ha llegado al final de un viaje iniciático y retorna a Sudamérica como poseedor del secreto de la civilización. Como afirma Ette, el viajero ha logrado transformar una experiencia individual en un saber colectivo (Ette, 2001: 27-28), y el significado último de su experiencia viajera se completa únicamente cuando retorna a Sudamérica. La trayectoria del viaje sarmientino describe un círculo, cuya significación se descubre sólo al final del periplo y que, en este caso, se traduce en la multiplicación de un saber que se transforma en acción política, en la capacidad de transfigurar la realidad en virtud de la nueva perspectiva adquirida durante sus viajes. La consagración como sujeto letrado permite a Sarmiento realizar el pasaje de las ideas a la acción (Barrera Enderle, 2005: 169) y transfigurarse en un agente constructor de la ciudad letrada, pues sus nuevas convicciones lo transforman en un animal político, completando el trayecto que va desde el acto de imaginar los caminos a seguir para su nación, como proyecto modernizador, hacia la ejecución de dicho proyecto en la acción política.

Bibliografía

- ABRAMSON, Pierre-Luc (1999) *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ALBERDI, Juan Bautista (1845) *Veinte días en Génova*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.
- _____ (1886) *Obras Completas*, Tomo I. Buenos Aires: La Tribuna Nacional Bolívar.
- Albuquerque, Luis (2006) “Los «libros de viajes» como género literario”. En LUCERNA GIRALDO, Manuel y Juan PIMENTEL (eds.) *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid: CSIC.
- Altamirano, Carlos (1997) “El orientalismo y la idea de despotismo en el *Facundo*”. En ALTAMIRANO, C. y Beatriz SARLO *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel.
- _____ (2008) “Introducción general”. En ALTAMIRANO, Carlos (director) *Historia de los Intelectuales en América Latina: I La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Buenos Aires: Katz Editores.
- ALTAMIRANO, Carlos y Beatriz SARLO (1980) “Identidad, linaje y mérito en Sarmiento”. En Revista *Punto de Vista*, N° 10, Buenos Aires.
- _____ (1997) “Una vida ejemplar: La estrategia de *Recuerdos de Provincia*”. En ALTAMIRANO, C. y Beatriz SARLO *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel.
- Bacon, Francis (1980) “De los viajes”. En Bacon, F. *Ensayos*. Buenos Aires: Aguilar.
- Bajtín, Mikhail (1979) “El problema de los géneros discursivos”. En BAJTIN, M. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- BALLANO, Inmaculada (1997) *España en Stendhal. Imagen sociocultural y literaturización de un mito*. Kassel: Edition Reichenberger.
- BARRENECHEA, Ana María (1978) “La configuración del *Facundo*” En BARRENECHEA, A. M. *Textos Hispanoamericanos: de Sarmiento a Sarduy*. Caracas: Monteavila.
- BARRERA ENDERLE, Víctor.(2005) “La polémica como manifestación crítica y literaria: Domingo Faustino Sarmiento”. En *La formación del discurso crítico hispanoamericano (1810-1870). Tesis para optar al grado de Doctor en Literatura Chilena e Hispanica*, de Víctor Barrera Enderle. Santiago: Universidad de Chile.
- Barthes, Roland (1987a) “El discurso de la historia”. En BARTHES, R. *Susurros del Lenguaje*. Barcelona: Paidós.
- _____ (1987b) “El efecto de lo real”. En BARTHES, R. *Susurros del Lenguaje*. Barcelona: Paidós.

- _____ (2003) *Mitologías*. México: Siglo XXI.
- BATTICUORE, Graciela (2005) *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830 - 1870*. Buenos Aires: Edhasa.
- BENÍTEZ, Rubén (1997) "El viaje a España". En SARMIENTO, Domingo Faustino *Viajes por Europa, África y América*. Colección Archivos. Santiago: Editorial Universitaria y ALLCA XX.
- BENJAMIN, Walter (1980) "París, Capital del siglo XIX". En BENJAMIN, Walter *Poesía y Capitalismo. Iluminaciones II*. Madrid: Taurus.
- _____ (2005) *Libro de los Pasajes*. Madrid: Akal.
- Berman, Marshall (2006) *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México: Siglo XXI.
- BLENGINO, Vanni (1997) "El viaje de Sarmiento a Italia". En SARMIENTO, Domingo Faustino *Viajes por Europa, África y América*. Colección Archivos. Santiago: Editorial Universitaria y ALLCA XX.
- BORGES, Jorge Luis (1975) "Prólogo". En SARMIENTO, D.F. *Facundo*. Madrid: Espasa-Calpe.
- BOURDIEU, Pierre (2002) *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Montessor.
- BRintrup, Lilianet (1992) *Viaje y escritura: viajeros románticos chilenos*. New York: Peter Lang.
- BUARQUE DE HOLANDA, Sergio (1969) "O sementeiro e o Ladrilhador". En BUARQUE DE HOLANDA, Sergio *Raizes do Brasil*. Río de Janeiro: José Olympio.
- Burke, Edmund (1987) *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y lo bello*. Madrid: Tecnos.
- Burke, Peter (2000) *Formas de la historia cultural*. Madrid: Editorial Alianza
- Buruma, Ian y Avishai Margalit (2005) *Occidentalismo. Breve historia del sentimiento antioccidental*. Barcelona: Península.
- CALM, Lillian (1987) *El Chile de Pío IX: 1824*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- CAMPOBASSI, José S. (1975) *Sarmiento y su época*. 2 volúmenes. Buenos Aires: Losada.
- CANCELLIER, Antonella (1996) "Sarmiento costumbrista en su viaje a España" *Romanticismo, VI: El Costumbrismo Romántico*. Ed. Joaquín Álvarez Barrientos, et al. Roma: Bulzoni.
- CANDIDO, Antonio (1998) "Literatura y subdesarrollo". En FERNÁNDEZ MORENO, César (ed.) *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI - UNESCO, 1998.
- CANTERA ORTIZ DE URBINA, Jesús (2002) "Los viajes a España y la ficción". En BOIXAREU, Mercè y Robin LEFERE (coords.) *La Historia de España en la Literatura Francesa: una fascinación*. Madrid: Editorial Castalia.
- CARRIÓ DE LA VANDERA, Alonso (1985) *El Lazarillo de ciegos caminantes*. Caracas: Ayacucho.
- CERVANTES, Miguel de (2004) *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Real Academia Española.

- Cicerchia, Ricardo (2000) "De diarios, mapas e inventarios. La narrativa de viaje y la construcción de la modernidad". En *19th. International Congress of Historical Sciences*. University of Oslo.
- Colombi, Beatriz (2004) *Viaje Intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora.
- _____ (2006) "El viaje y su relato". En *Latinoamerica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, N° 43, México D.F.: UNAM.
- DUMAS, Alejandro (1992) *De París a Cádiz*. Madrid: Silex.
- Dussel, Enrique (2003) "Europa, modernidad y eurocentrismo". En LANDER, Edgardo (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- ESTEBAN, José (comp.) (2004) *Viajeros Hispanoamericanos en Madrid*. Madrid: Silex Ediciones.
- Ette, Ottmar (2001) *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*. México D.F.: UNAM.
- _____ (2003) *Literature on the move*. Nueva York: Editions Rodopi.
- _____ (2004) "Los caminos del deseo. Coreografías en la literatura de viajes: un ensayo acerca de su multidimensionalidad y figuras fundamentales de los movimientos que pone en escena". En *Revista Humboldt*, N° 141.
- FERNÁNDEZ LATOUR DE BOTAS, Olga (1997) "La parábola africana como pre-texto de Sarmiento". En Domingo Faustino Sarmiento *Viajes por Europa, África y América*. Colección Archivos. Santiago: Editorial Universitaria y ALLCA XX.
- Fey, Ingrid E. y Karen RACINE (2000) *Strange Pilgrimages. Exile, Travel and National Identity in Latin America, 1800-1990s*. Wilmington: Scholarly Resources Inc.
- FOUCAULT, Michel (1999) "¿Qué es un autor?". En FOUCAULT, Michel *Entre filosofía y literatura*. Barcelona: Paidós.
- Gadamer, Hans Georg (1991) "La historicidad de la comprensión como principio hermenéutico". En GADAMER, H. G. *Verdad y Método*. Vol. I. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- GÁLVEZ, Manuel (1957) *Vida de Sarmiento. El hombre de autoridad*. Buenos Aires: Tor.
- GARRELS, Elizabeth (1988) "El *Facundo* como Folletín". En *Revista Iberoamericana* (Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana) LIV, N° 143. University of Pittsburg.
- GAUTIER, Teófilo (1949) *Viaje por España*. Valladolid: Maxtor.
- GERBI, Antonello (1960) *La disputa del nuevo mundo. Historia de una polémica 1750-1900*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1978) *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Gómez de la Serna, Gaspar (1974) *Los viajeros de la ilustración*. Madrid: Alianza.
- González Echeverría, Roberto (1988) "Redescubriendo el mundo perdido: el «Facundo» de Sarmiento". En *Revista Iberoamericana* N° 143. University of Pittsburg.

- GUIZOT, François (1968) *Historia de la Civilización en Europa*. Madrid: Alianza.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael (s/a) *La formación del intelectual latinoamericano en el siglo XIX*. University of Maryland at College Park, N°3.
- HABERLY, David T. (2005) "Francis Bond Head and Domingo Sarmiento: A Note on the Sources of *Facundo*". *MLN*, n° 120.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (1980) "Introducción". En HALPERIN DONGHI, T. (comp.) *Proyecto y Construcción de una Nación (Argentina 1846-1880)*. Caracas: Ayacucho.
- _____ (2003) "Hispanoamérica vista por sí misma". En *Historia General de América Latina*. Vol. VI. Madrid: UNESCO/ Trotta.
- Hulme, Peter y Tim Youngs (eds) (2002) *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Cambridge: University Press.
- JAKSI#, Iván (1994) "Sarmiento and the Chilean Press, 1841-1851". En *Sarmiento. Author of a Nation*, de Tulio et al Halperin Donghi. Berkeley - Los Angeles - London: University of California Press.
- Jitrik, Noé (1968) *Muerte y resurrección de Facundo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina S.A.
- _____ (1970) "Para una lectura de Facundo, de Domingo F. Sarmiento". En JITRIK, N. *Ensayos y estudios de Literatura Argentina*. Buenos Aires: Editorial Galerna.
- KANT, Immanuel (1983) *Textos Estéticos*. Traducción de Pablo Oyarzún Robles. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- KATRA, William H. (1997) "Sarmiento en los EE.UU.". En SARMIENTO, Domingo Faustino *Viajes por Europa, África y América*. Colección Archivos. Santiago: Editorial Universitaria y ALLCA XX.
- KOVADLOFF, Santiago (1997) "España en Sarmiento. La herencia colonial y su influjo en la organización de la Argentina independiente". En SARMIENTO, Domingo Faustino *Viajes por Europa, África y América*. Colección Archivos. Santiago: Editorial Universitaria y ALLCA XX.
- Le Goff, Jacques (1985) "Las mentalidades. Una historia ambigua". En *Hacer la Historia*, Vol. 3, Barcelona: Laia.
- Leed, Eric J. (1991) *The Mind of the Traveler. From Gilgamesh to Global Tourism*. Nueva York: Basic Books.
- LEFORT, Claude (2007) "Tocqueville: democracia y arte de escribir". En LEFORT, Claude *El arte de escribir y lo político*. Barcelona: Herder.
- Lojo, Maria Rosa (1994) *La barbarie en la narrativa argentina*. Buenos Aires: Editorial Corregidor.
- LYNCH, John (1984) *Juan Manuel de Rosas 1829-1852*. Buenos Aires: Emecé editores.
- MANN, Horace (1846) *Report of an Educational Tour in Germany, and parts of Great Britain and Ireland. Being part of the seventh annual report of Horace Mann, Esq., Secretary of the Board of Education, Mass., U.S., 1844*. London: Simpkin, Marshall and Company.

- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel (2001) *Sarmiento - Meditaciones sarmientinas. Los invariantes históricos en el Facundo*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo.
- MARTÍNEZ, Frédéric (2001) *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional de Colombia, 1845 – 1900*. Bogotá: Banco de la República / Instituto Francés de Estudios Andinos.
- MONTELEONE, Jorge (1998) *El relato de viaje. De Sarmiento a Umberto Eco*. Buenos Aires: El Ateneo.
- MONTSERRAT, Marcelo (1997) "Hacia las fuentes del entusiasmo político. (El viaje iniciático de Sarmiento)". En SARMIENTO, Domingo Faustino *Viajes por Europa, África y América*. Colección Archivos. Santiago: Editorial Universitaria y ALLCA XX.
- MORAGA, Fabio (1996) "La evolución política de Domingo Faustino Sarmiento: los dilemas de un intelectual decimonónico". En *Mapocho*, N° 40, Santiago de Chile, Dibam.
- Ossandón, Carlos (1992) "Sarmiento o la modernidad radical". En *Mapocho* N° 31, Santiago de Chile: Dibam.
- PAZ, Octavio (1993) *Los hijos del limo. Del Romanticismo a la Vanguardia*. Barcelona: Seix Barral.
- PELLICER, Jaime O. (1990) *El "Facundo": significante y significado*. Buenos Aires: Trilce.
- _____ (1997) "Los Estados Unidos en Sarmiento". En SARMIENTO, Domingo Faustino *Viajes por Europa, África y América*. Colección Archivos. Santiago: Editorial Universitaria y ALLCA XX, 1997.
- PÉREZ GUILHOU, Dardo (1997) "Ideas y sistemas políticos en los *Viajes de Sarmiento*". En SARMIENTO, Domingo Faustino *Viajes por Europa, África y América*. Colección Archivos. Santiago: Editorial Universitaria y ALLCA XX, 1997.
- PICARD, Roger (2005) *El Romanticismo Social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pierini, Margarita (1994) "La mirada y el discurso: la literatura de viajes". En Ana Pizarro *América Latina: palavra, literatura e cultura*. São Paulo: UNICAMP.
- Piglia, Ricardo (1980) "Notas sobre Facundo". En *Revista Punto de Vista* N°8. Buenos Aires.
- Pimentel, Juan (2003) *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*. Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia.
- PINEDO, Javier (1992) "España y América Latina en los *Viajes de Sarmiento*. Una contribución al estudio del pensamiento liberal latinoamericano". En *América Latina. Historia y destino. Homenaje a Leopoldo Zea*. México: UNAM.
- PINILLA, Norberto (comp.) (1943) *La Polémica del Romanticismo en 1842: Vicente Fidel López, Domingo Faustino Sarmiento y Salvador Sanfuentes*. Buenos Aires: Américalee.
- PITMAN, Thea (2007) "Mexican Travel Writing: The Legacy of Foreign Travel Writers in Mexico, or Why Mexicans Say They Don't Write Travel Books". En *Comparative Critical Studies* 4, 2.

- POLLMANN, Leo (1997) "Sarmiento y Alemania". En SARMIENTO, Domingo Faustino *Viajes por Europa, África y América*. Colección Archivos. Santiago: Editorial Universitaria y ALLCA XX.
- PORRAS CASTRO, Soledad (1995) "Concepto y actualización de la literatura de viajes. Viajeros en España en el siglo XIX". En *Castilla: Estudios de Literatura*, n° 20.
- Pratt, Mary Louise (1997) *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- PRAZ, Mario (1982) "El viaje a Italia de Jean-Baptiste Isabey". En PRAZ, Mario *Gusto Neoclásico*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1982.
- PRIETO, Adolfo. (1994) "Sarmiento: Casting the reader." En *Sarmiento. Author of a Nation*, de Tulio Halperin Donghi et. al., Bekeley - Los Angeles - London: University of California Press.
- _____ (2003) *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- RAMA, Angel (1984) *La Ciudad Letrada*. Hannover: Ediciones del Norte.
- _____ (1987) *Tranculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI.
- RAMOS, Julio (2003) "Saber del otro: escritura y oralidad en el Facundo". En RAMOS J. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio / Ediciones del Callejón.
- ROBLES RIVERA, José Francisco (2008) «*El Lazarillo de ciegos caminantes*» (1775) *y el colonialismo ilustrado*. Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos. Santiago: Universidad de Chile.
- RODRIGUEZ BUSTAMANTE, Norberto (1963) "La filosofía social de Sarmiento". En MANTOVANI, Juan *et al. Sarmiento: educador, sociólogo, escritor, político*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- ROJAS, Elena M. (1997) "Texto, texturas y formas". En SARMIENTO, Domingo Faustino *Viajes por Europa, África y América*. Colección Archivos. Santiago: Editorial Universitaria y ALLCA XX.
- Said, Edward (1990) *Orientalismo*. Madrid: Editorial Libertarias
- SANHUEZA, Carlos (1996) "De las lecturas ciegas: Historiografía y Lenguaje". En *Mapocho*, N°40. Santiago de Chile: Dibam.
- _____ (2005a) "Desde el Sur del mundo hasta el Viejo Continente. Relatos de viaje de chilenos en Europa y representación de la identidad nacional en el siglo XIX". En *Mapocho*, N° 57. Santiago de Chile: Dibam.
- _____ (2005b) "De la periferia colonial al centro del Imperio. Viajeros hispanoamericanos en las cortes españolas durante el siglo XVIII". En PIEPER Renate y Peer SCHMIDT (eds.) *Latin America in the Atlantic World. El mundo atlántico y América Latina (1500-1850). Essays in honor of Horst Pietschmann*. Colonia: Böhlau Verlag.
- _____ (2006) *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX*. Santiago De Chile: Editorial LOM y Dibam

-
- SARMIENTO, Domingo Faustino (1849) *De la Educación Popular*. Santiago: Imprenta Julio Belin y Compañía.
- _____ (1887) *Obras Completas*. Santiago: Imprenta Gutemberg.
- _____ (1979) *Recuerdos de Provincia*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- _____ (1985) *Facundo*. Barcelona: Biblioteca Ayacucho.
- _____ (1997) *Viajes por Europa, África y América*. Colección Archivos. Santiago: Editorial Universitaria y ALLCA XX.
- SCHWARZ, Roberto (1987) "Nacional por subtração". En SCHWARZ, R. *Que Horas São? Ensaíos*, de Roberto Schwarz. São Paulo: Companhia das Letras.
- SOMMER, Doris (2004) *Ficciones Fundacionales. Las novelas nacionales en América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- STUVEN, Ana María (2008) "El exilio de la intelectualidad argentina: polémica y construcción de la esfera pública chilena (1840-1850)". En ALTAMIRANO, Carlos (director) *Historia de los intelectuales en América Latina: I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Buenos Aires: Katz Editores.
- SUBERCASEAUX, Bernardo (1979) *Cultura y Sociedad Liberal en el siglo XIX. Lastarria, Ideología y Literatura*. Santiago: Editorial Aconcagua.
- _____ (1988) "La apropiación cultural en el pensamiento y la cultura en América Latina." En *Estudios Públicos*, nº 30, Santiago de Chile.
- _____ (1993) *Historia del libro en Chile (alma y cuerpo)*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- TATIÁN, Diego (2008) "Sarmiento y Tocqueville: *En busca del animal político*". Artículo inédito, expuesto como ponencia en el Coloquio Internacional "Repensando el siglo XIX desde América Latina y Francia. Homenaje al filósofo Arturo Andrés Roig", Universidad Nacional de Cuyo, Argentina.
- Tocqueville, Alexis de (2005) *La Democracia en América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Todorov, Tzvetan (1991) *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI.
- _____ (2003) *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI.
- UNAMUNO, Miguel de (2002) *Americanidad*. Caracas: Ayacucho.
- VERDEVOYE, Paul (1963) *Domingo Faustino Sarmiento. Éducateur et publiciste (entre 1839-1852)*. París: Institute des Hautes Études de l'Amérique Latine.
- _____ (1988) "Costumbrismo y americanismo en la obra de Domingo Faustino Sarmiento" En *Sarmiento. Centenario de su muerte*. Buenos Aires: Academia Argentina de las Letras, pp. 435-450.
- _____ (1997) "Viajes por Francia y Argelia". En Sarmiento, Domingo Faustino *Viajes por Europa, África y América*. Colección Archivos. Santiago: Editorial Universitaria y ALLCA XX.

- _____ (2002a) "Don Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento: polémica y colaboración". En VERDEVOYE P. *Literatura argentina e idiosincrasia*. Buenos Aires: Editorial Corregidor.
- _____ (2002b) "Viajes por Francia y Argelia". En VERDEVOYE P. *Literatura Argentina e idiosincrasia*. Buenos Aires: Editorial Corregidor.
- _____ (2002c) "La estadía de Domingo Faustino Sarmiento en Francia a la luz del Diario de Gastos". En VERDEVOYE P. *Literatura Argentina e idiosincrasia*. Buenos Aires: Editorial Corregidor.
- VERGARA QUIROZ, Sergio (1999) *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento: Epistolario 1833-1888*. Santiago de Chile: DIBAM; LOM; Centro de Investigación Diego Barros Arana.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín (1856) *Páginas de mi diario durante tres años de viaje 1853-1854- 1855*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.
- Villar Dégano, Juan F. (1995) "Paraliteratura y libros de viaje". En *Compás de Letras* N °7. Madrid.
- Viñas, David (1974) *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires: Siglo XX
- _____ (2008) "Sarmiento en seis incidentes provocativos". En VIÑAS, David *Viajeros argentinos a Estados Unidos*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
- WEINBERG, Félix (1997) "Sarmiento, Alberdi, Varela: viajeros argentinos por Europa". En SARMIENTO, Domingo Faustino *Viajes por Europa, África y América*. Colección Archivos. Santiago: Editorial Universitaria y ALLCA XX, 1997.
- White, Hayden (2003) *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Paidós.
- _____ (2005) *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ZEA, Leopoldo (1949) *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo*. México: Colegio de México.
- _____ (1976) *El pensamiento latinoamericano*. Barcelona: Ariel.